

ADAL  
6  
CCIÓN



MASSILL



SERMONES



BX1756  
.M32  
E5  
1800  
V.8  
C.1

135905



*José Angel Benavides.*



1080042924

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E #2 - C # 740



SERMONES  
DEL ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR  
D. JUAN BAUTISTA  
MASSILLON.  
TOMO VIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA DE BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
3-11-83 MICROFILMADO R-45-

38071



SERMONES  
DEL ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR  
D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,  
PRESBITERO, DE LA CONGREGACION  
DEL ORATORIO, UNO DE LOS QUARENTA DE  
LA ACADEMIA FRANCESA,

Y

OBISPO DE CLERMONT.

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion  
de Clérigos Reglares de S. Cayetano.

TOMO VIII.

FUNEBRES, Y PROFESIONES RELIGIOSAS.

TERCERA EDICION.



CON LICENCIA Y PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE MARIN.  
AÑO DE MDCCCI.

Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela  
del Angel, junto á la Nevería.



BX1756

M32

55

1800

V58



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE LEÓN

135905

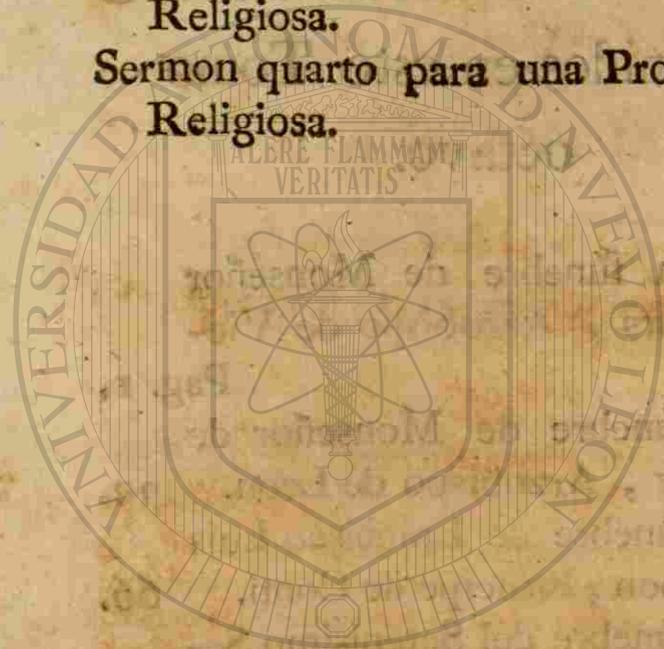
# TABLA

## DE LOS SERMONES

contenidos en este Tomo  
octavo.

Oracion fúnebre de Monseñor de Villars , Arzobispo de Viena.	Pag. 1.
Oracion fúnebre de Monseñor de Villeroy , Arzobispo de Leon.	32.
Oracion fúnebre de Francisco Luis de Borbon , Príncipe de Conti.	66.
Oracion fúnebre del Serenísimo Señor Luis Delfin de Francia.	107.
Oracion fúnebre de Luis el Grande, Rey de Francia.	142.
Oracion fúnebre de Madama la Duquesa de Orleans.	179.
Sermon primero para una Profesion Religiosa.	204.
Ser-	

Sermon segundo para una Profesion Religiosa.	241.
Sermon tercero para una Profesion Religiosa.	275.
Sermon quarto para una Profesion Religiosa.	303.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ORA-



ORACION

FÚNEBRE

DE MONSEÑOR

DE VILLARS,

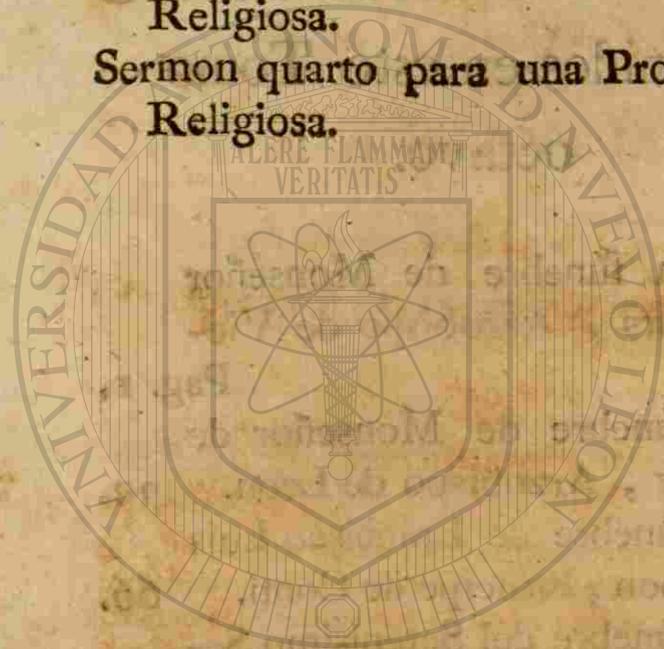
ARZOBISPO DE VIENA.

*Ambulabit pes meus iter rectum à juventute mea... Zelatus sum bonum, & venter meus conturbatus est; propterea bonam possidebo possessionem.*

Anduve por caminos rectos desde mi juventud; fui zeloso del bien, y mis entrañas se compadecieron de las miserias de mi pueblo, por lo que gozaré una herencia inmortal. *En el cap. 51. del Eclesiástico, v. 20. & seq.*

¿ES posible, señores, que había yo de estar destinado á tributar este último respeto á la memoria de nuestro piadoso Prelado, y que no había de permitir el cielo que yo viniese á ser testigo de su vida mas que para proporcionarme, al parecer, de antemano para un tan triste y lúgubre ministerio? ¿Es posible que habiendome visto obligado tantas veces por su modestia á callar sus alabanzas en la Cátedra Evangélica, solamente su muerte me haya de dar autoridad para publicarlas? ¿Es creíble que el primer prí-

Sermon segundo para una Profesion Religiosa.	241.
Sermon tercero para una Profesion Religiosa.	275.
Sermon quarto para una Profesion Religiosa.	303.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ORA-



ORACION

FÚNEBRE

DE MONSEÑOR

DE VILLARS,

ARZOBISPO DE VIENA.

*Ambulabit pes meus iter rectum à juventute mea... Zelatus sum bonum, & venter meus conturbatus est; propterea bonam possidebo possessionem.*

Anduve por caminos rectos desde mi juventud; fui zeloso del bien, y mis entrañas se compadecieron de las miserias de mi pueblo, por lo que gozaré una herencia inmortal. *En el cap. 51. del Eclesiástico, v. 20. & seq.*

¿ES posible, señores, que había yo de estar destinado á tributar este último respeto á la memoria de nuestro piadoso Prelado, y que no había de permitir el cielo que yo viniese á ser testigo de su vida mas que para proporcionarme, al parecer, de antemano para un tan triste y lúgubre ministerio? ¿Es posible que habiendome visto obligado tantas veces por su modestia á callar sus alabanzas en la Cátedra Evangélica, solamente su muerte me haya de dar autoridad para publicarlas? ¿Es creíble que el primer prí-

blico respeto que yo habia de tributar á su virtud , habia de ser una Oracion fúnebre?

De este modo , ¡oh Dios mio! disponeis nuestros destinos desde lo alto de vuestra Sabiduría ; de este modo , confundiendo nuestros consejos , burlando nuestros deseos , y destruyendo nuestras esperanzas , confirmais nuestra fé , y de este modo , manifestandonos lo diverso de vuestros caminos , dais lecciones á nuestra vigilancia.

Uno , dice Job , consumido con largas enfermedades , vé desde lexos el aparato de su sacrificio , exhala cada dia una porcion de su alma , y se siente morir mil veces antes de poder morir una sola vez : otro lleno de robustéz y de salud es herido repentinamente , toda su alma , por decirlo asi , queda hecha presa de la muerte , y casi no pone mas interválo de tiempo entre los horrores del sepulcro y las delicias de una salud perfecta que el último aliento.

Feliz el alma que mientras duraron sus dias mas serenos supo tomar las medidas contra la sorpresa de los vientos y de la tempestad : feliz la que habiendo caminado siempre con rectitud fue zelosa del bien , y cuyas entrañas se compadecieron de las públicas miserias . ¡ Ah ! Ya sea que una enfermedad lenta le anuncie desde lexos el dia del Señor , ya que un golpe repentino la abra al instante las puertas eternas , su muerte podrá ser diversa , pero su inmortalidad siempre será la misma.

No busquemos pues hoy , católicos , otro consuelo : En esta Oracion no vereis aquellos ruidosos sucesos en que el Orador , poco instruído de su ministerio , viene á este lugar santo á representar con arte la pintura de un mundo profano , y hasta en el sepulcro quiere dar realidad y figura á las fantasmas que adora el mundo.

No hablaré aqui , señores , ni de aquellas importantes negociaciones , que sacando como por fuerza al Pontífice del Santuario , le vuelven á empeñar en las inquietudes del siglo , y con el especioso pretexto del bien pú-  
bli-

blico , le autorizan para que quebrante sus obligaciones particulares ; ni de aquellos penosos artificios , en los que vemos á los interpretes de los secretos del cielo hechos depositarios de los de las Cortes ; á los Centinelas de Jerusalén , casi no velar mas que en la defensa de Jericó ; y á los Doctores de las Tribus de Israel gloriarse de ser Legisladores de las Naciones.

La Historia de nuestro piadoso Prelado solamente está mezclada con la de su Diócesis : sus dias solamente están señalados con las funciones de su ministerio : sus cargos se encierran en sus obligaciones ; y para saber lo que hizo basta saber lo que debió hacer.

Sacaré , pues , del mismo Santuario los sagrados adornos que han de servir de aparato en las exequias del ungido del Señor : tomaré del Altar las flores que he de esparcir sobre el sepulcro del Príncipe de los Sacerdotes : el siglo , como nunca tuvo parte en sus acciones , tampoco la tendrá en sus alabanzas : saldré de Egipto para tributar los supremos honores á este Jacob : pero no vendrán , como en otro tiempo , las pompas de Faraon hasta una tierra Santa , á honrar las cenizas y la memoria de los Patriarcas.

No ignoro los vanos pensamientos de los mundanos en este punto : Estos neciamente admiran las inconstantes fantasmas sobre que dá vueltas este siglo presente : solamente les parece grande los nuevos espectáculos , los vastos proyectos , las empresas ruidosas , y los empleos mas distinguidos ; siempre desprecian como obscuras las virtudes en los hombres en quienes no ven aquellos vicios que el mundo llama nobles ; y solamente á los grandes defectos saben conceder el nombre de gran mérito.

La inocencia de las costumbres , la buena fé , la afabilidad , la clemencia , la aplicacion á sus obligaciones , y la misericordia tienen no sé que uniformidad y sencillez , que no causan admiracion en los que las observan . Las maravillas de la fé no gozan del mismo privilegio

que las ilusiones de los sentidos ; lo que sirve de espectáculo á Dios y á los Angeles , apenas parece digno de la atencion de los hombres ; parece que para morir con honor se necesita de alguna cosa mas que de haber sido justo ; la solemnidad de los elogios parece que debe fundarse en el fausto del heroe á quien se alaba , y que nunca tiene mas necesidad de valerse del arte el Orador , que quando solamente tiene que elogiar la virtud y la justicia.

Bien sé que esta es la prudencia del siglo. ¿Pero vengo yo aqui acaso á dar estimacion á las costumbres de Egipto , al mismo tiempo que se celebra el Sacrificio del Cordero ? ¿Vengo á suspender con un discurso profano la atencion de los Ministros devotamente congregados al rededor del Altar , y aplicados al Sacrificio , ó á avivar su compuncion con la palabra del Evangelio ? ¿Vengo á mezclar con los cantos lúgubres de la triste Sion los Cán- ticos de Babilonia ? En una palabra , ¿vengo á honrar mi ministerio , y edificar vuestra piedad , ó á respetar vuestros errores , y á agraviar el honor del Sacerdocio ? ¡ Ah ! No os parezca , Señores , que esto es uno de aquellos artificiosos preludios con que parece compra el Orador el derecho de profanarlo todo , prometiendo al principio que será santo todo quanto diga , y en los que no se vé mas christiandad que las precauciones para no parecer christianos : lo que vá á apagarse en el sepulcro , no debe brillar en una Oracion fúnebre.

Tampoco os referiré una Historia de que no tengáis noticia : solamente os propondré lo que habeis visto , oído , y tocado con vuestras manos. Voy á hablar de un Pastor que nunca perdió de vista á su rebaño. La integridad de sus costumbres , la aplicacion á las funciones de su ministerio , la profusion de sus tesoros , que es lo que ha de servir de asunto á esta Oracion , os ha servido á vosotros muchas veces de materia para elogiarle ; y si fuera dícito al affigido pueblo que me está oyendo ocupar este

lugar , diria como yo , que siempre arregló su vida por la ley. *Ambulavit per meus iter rectum à juventute mea* , que su autoridad fue siempre util á la Iglesia : *Zelatus sum bonum* , y que distribuyó con liberalidad sus riquezas entre los pobres : *Et ventris meus conturbatus est*. Os le representaré , pues , como un hombre justo é irreprehensible , como un Pontifice fiel , y como un Padre caritativo. Este es el elogio que hoy consagro á la memoria del *ILUSTRISIMO SEÑOR HENRIQUE DE VILLARS, ARZOBISPO, Y CONDE DE VIENA, PRIMADO DE LOS PRIMADOS* : Divino Espiritu , poned en mi boca aquella espada de dos filos , aquella eficaz palabra , que al mismo tiempo que dé á conocer los pensamientos de los justos , haga dolorosas divisiones en el corazon del pecador y que no levante este piadoso y lúgubre monumento á la religion , sino sobre las ruinas del Idolo del mundo.

## PRIMERA PARTE.

**B**ien sé que la inocencia de las costumbres no siempre es fruto de la piedad de nuestros mayores , ni efecto de la educacion. Hay algunos hijos de ira , algunos corazones tan profundamente corrompidos , que ya se les ve meditar la iniquidad entre las lecciones de virtud que reciben de sus padres , y que aunque no hallan al rededor de sí sino objetos santos , saben formarse de su propio caudal objetos muy pecaminosos.

Bien sé que la sabiduría viene de lo alto , y descende del Padre de las luces , que no se hereda en la tierra como la sucesion de un padre mortal , y que la virtud es don del Espiritu Santo , que inspira donde quiere , y no fruto de la carne , que de nada sirve.

Con todo eso , es preciso confesar que el orden de nuestro nacimiento casi dá el primer movimiento al de nuestro destino : que con la sangre que nos constituye hombres , derivan regularmente nuestros padres en nosotros

tros las impresiones de su misma inclinacion; y que en el principio de vida que de ellos recibimos, hallamos unas secretas inclinaciones, que hacen que nos parezcamos á ellos: quando la raiz es santa, dice el Apostol, tambien lo son las ramas: es dificil que de una masa pura y resplandeciente solo se saquen porciones viles y manchadas: no quiero ir á buscar pruebas de esta verdad fuera de la historia del hombre justo, que es objeto de esta Oracion: descendiente de una familia, en la que la probidad, el honor, y no sé que elevacion de alma circulan con la sangre, en la que parece que la prudencia ha hecho una eterna alianza con su nombre, en la que parecen casi contemporaneas la nobleza y la virtud, en la que los exemplos que la sirven de regla son tan antiguos como los titulos que la ennoblecen: descendiente, vuelvo á decir, de una familia en la que el Dios de Israel habia establecido su mansion desde tiempo inmemorial, recogió todas las bendiciones de ella.

Un Padre, cuya memoria vivirá eternamente, le enseñó los caminos del Señor con sus instrucciones, y se los manifestó con su exemplo: atemorizado al contemplar la deplorable vanidad de las personas de su clase, quienes parecería degenerar de la grandeza de sus mayores, si se dedicaran ellos mismos á formar una posteridad digna de su nombre, que miran los cuidados de la educacion como indignos de su grandeza, siendo así que sin ellos se mancha y entorpece la nobleza de la sangre, que fian á los extraños el cultivo de las virtudes domesticas, que ponen precio á la enseñanza de sus hijos, y que por hacer demasiado caso de su grandeza, dexan unos sucesores que no se acuerdan de ella como deben; atemorizado, vuelvo á decir, con este desorden, procuró huir de él, y bendiciendo el Señor sus cuidados, formó para la Francia un Ministro sábio, ilustre en las Cortes estrangeras, y distinguido en la nuestra, apto para gobernar el espíritu de los Reyes, y proporcionar la fortuna de los reynos; hábil

bil en convertir en utilidad de la patria y gloria del Príncipe los diversos génios é intereses de los pueblos vecinos; formó, vuelvo á decir, al piadoso Prelado, triste objeto de esta ceremonia, cuya vida resplandece tanto mas á los ojos de la fé, quanto mas sepultada estuvo en la obscuridad de las funciones del Sacerdocio.

Las diversiones de su niñez eran ensayos para las virtudes: Quando todavia era incapáz de conocer á la criatura, ya levantaba sus manos puras ácia el Criador: Aprendió á consagrar su corazon al Señor en una edad, en que apenas tiene el hombre corazon para formar deseos; y la virtud, que siempre es tardío fruto de la gracia, se anticipó en él al uso de la razon.

¿Pues qué podia esperarse, Señores, de unas primicias tan felices? ¿La serenidad del cielo al tiempo de amanecer, podrá anunciar, segun la expresion del Evangelio, nieblas y tempestades? ¿El Templo fabricado por una diestra mano, con tanta lentitud y precaucion, podrá ser destruído en el corto término de tres dias? ¿Bastaría á este ungido del Señor, como á Saúl, al acabar de salir de las manos de Samuél, el haberse hallado una sola vez entre los furores y vanos excesos de los Profetas del siglo, para enfurecerse y profetizar como ellos? ¿Unas esperanzas tan grandes no habian de producir mas que un hombre regular, esto es, un hombre de una juventud des-arreglada, que cuenta las culpas entre las propiedades de la edad, y que encarga solamente á la pasion el cuidado de arreglar sus placeres; un hombre que en la edad madura no conociese otro honor mas que el secreto de saberle adquirir; y un hombre de una vejez obstinada, que en las reliquias de un cuerpo consumido y medio muerto, mantuviese unas pasiones muy vivas, que en vez de llorar las iniquidades que se hubiese permitido, no hiciese mas que suspirar al acordarse de los placeres de que ya no puede usar, y que nada le diese pesadumbre en su vida pasada sino el que ya hubiese pasado?

¡Ah!

¡Ah! Si solamente tuviera que anunciar estos mysterios de iniquidad en medio de la celebracion de los santos mysterios; si tuviera necesidad, como en otro tiempo Samuél con Saúl, de honrar al ungido del Señor en presencia del pueblo, más para escusar á su clase la vergüenza de sus flaquezas, que para edificar vuestra piedad con la memoria de sus virtudes, en este caso me contentaría con llorar en secreto una muerte que me ha sido tan sensible, sin tributar aquí á su memoria unos elogios que no la harían honor alguno: en vez de interrumpir el terrible sacrificio para acordaros la memoria de sus acciones, yo mismo ofreceria sacrificios al Altísimo, pidiéndole que borrarse del libro eterno esta memoria; y en medio de serme tan amable, daría satisfaccion á mi agradecimiento, sin faltar á mi ministerio.

¿Pero puede prohibir acaso la religion el que se registre un corazon, que ella posey ó absolutamente? Doy gracias al Señor, porque no tengo motivo alguno para temer el exponerle á vuestra vista. No tendré que valerme de artificios para persuadiros á que le estimeis; y para libertar la gloria de este David de la infamia de una muerte obscura, (a) no tendré necesidad, como Michol, de ocultarle á vuestra vista, ni de poner en su lugar una fantasma. (b)

¿Qué compostura la suya en una edad, en que para parecer un hombre virtuoso y modesto, casi basta cuidar de que el vicio no se manifieste, y saber hacer eleccion de los desordenes!

¿Qué candor, que afabilidad, y qué moderacion en una clase, en la que mil intereses secretos ocultan el corazon, en la que el peso de los negocios y las ocupaciones de la dignidad alteran el génio, ó le desenfrenan, y en la que se sienten las injurias con mayor viveza, á proporcion de los mayores respetos de que se vé rodeada!

¿Qué noble sencillez en un siglo en que ha llegado á tanto el arte de los ardides, que ha pasado hasta el pueblo;

en

Fig. 15. v. 30. (b) Reg. 19. v. 13.

en el que todo se halla confundido por miseria y vanidad, y en el que casi sin ser pacíficos poseedores de una porcion de la herencia de nuestros padres, y viendonos afligidos con unas calamidades que ellos no conocieron en su tiempo, ya estamos inventando nuevos placeres que les fueron aún mas desconocidos!

Vosotros prudentes ancianos de Israel, que le visteis pasar sus primeros dias, y fuisteis testigos de la primera gloria de este Templo, venid aquí á honrar sus ruinas con vuestras lágrimas, aunque sin esperanza de que por ahora se reedifique; y decidme: ¿Se manchó jamás su santidad con alguna cosa profana? ¿Huvo necesidad de escusar los desordenes de su corazon atribuyendolos á desgracia de la edad, ó de ocultar algunas faltas presentes con la esperanza de la enmienda en lo sucesivo, de buscar en los rasgos de un buen natural presagios dudosos de las virtudes, ó de esperar del disgusto de la iniquidad el gusto del dón celeste, y de pronosticar sin mas fundamento que la violencia del mal la esperanza de la salud?

Su alma fue un lugar de paz en un tiempo en que todas las pasiones braman al rededor de ella; y como aquellos tres Hebreos juvenes, vivió entre las delicias de los Babilonios sin tocar á sus viandas, y sin embriagarse con su vino.

El uso de las reflexiones que suele servir para ocultar el corazon, que hace que no se manifieste sino con cautela, y que muda en artificio el trato de la sociedad, no sirvió mas que de ayudar la rectitud y candor del suyo.

No era de aquellos hombres asperos é intratables, cuyo corazon está siempre cubierto con un fatal velo, que se grangean con su retiro el respeto de los pueblos, que la reverencia que se les tiene es porque nunca se les vé, y que como aquellas obscuras cavernas que consagró en otro tiempo una vana religion, nada tienen de venerables mas que su obscuridad: ¡Artificiosos disfraces de la prudencia del siglo! ¡Vana ciencia de los hijos de Adán! ¡Culpable tráfico de verdad y mentira! Yo no necesitaré hoy

pa-

para acomodarme á mi asunto daros aquí aquellos santos títulos que solamente son debidos á la prudencia de la Cruz, y á la sencillez christiana.

Yo alabo á un hombre justo y recto, sencillo en el mal, y prudente en el bien; á un hombre de quien no era digno este siglo perverso; á una de aquellas almas hechas para aquellos siglos de nuestros padres, en los que la buena fé se miraba como virtud, en los que no habia mas ardidés ni artificios que una noble ingenuidad, en los que en las inocentes diversiones de las pacíficas concurrencias se miraba como á mas hábil al mas ingenuo, en los que era inútil el arte de las precauciones, porque todavia no se habia inventado el de los fingimientos, y en los que toda la ciencia del mundo se reducía á ignorar las leyes y costumbres que reynan en nuestros tiempos.

Aquí siento, Señores, enardecerse mi discurso: Me estoy representando á nuestro Prelado con aquel rostro siempre afable y sereno, siempre accesible y amoroso, dexandose ver de todos á todas horas, y no conservando de su dignidad mas privilegio que el de poder ser importunado: Me le represento; pero podré decirlo sin renovar vuestro dolor! Me le represento en medio de vuestras familias, oculto en una amable obscuridad, gozando con vosotros de las dulzuras de una vida privada, familiarizando su dignidad con los fieles, sin pretender un vano respeto con hacerse invisible, y con gozar él solo de una dignidad que solamente fue establecida para bien de los demás fieles.

¿Os parece que para llegar á hablarle era preciso comprar, con una eterna lentitud, la audiencia que no suele durar mas que un solo instante; ni con mil penosas formalidades una negativa que siempre es sensible? ¿Huvo acaso entre él y nosotros mas barrera que la del respeto y la discrecion? ¿Le vimos afectar jamás aquellos sagrados ratos de retiro, inventados para hacer mas respetable la dignidad, ó para honrar la pereza? ¿Se pare-

cia

cia acaso su casa á aquellos palacios de vanidad y fausto, en donde los que tienen precision de concurrir por razon de sus negocios, mas piensan en los medios para poder presentarse al Juez, que en exponerle su derecho y su justicia; en donde con un silencio profundo, y con un respeto que se acerca á culto, están esperando á que se manifieste la divinidad; en donde mil infelices padecen mas con la molestia que en ellos se les ocasiona, que con sus propias miserias; y en donde, como antiguamente en la Piscina de Jerusalén, despues de haber esperado largo tiempo, se manifiesta este otro Angel del Señor, que apenas cura un solo enfermo?

El contagio de las dignidades y de la grandeza no formó en él aquellos ojos soberbios, y aquel corazon insaciable de honores de que habla el Profeta: Contento con merecer nuestros respetos, nunca nos los supo pedir, ó por mejor decir, nunca pudo sufrirlos; parece que aquellas respetuosas demostraciones, que suelen servir de agradable descanso en los cuidados de la autoridad, eran la mas penosa fatiga de la suya. Vivía muy distante de aquella estrema delicadez, que suele notarse en la mayor parte de los Grandes, para con los cuales un simple olvido es un delito que apenas puede expiarse con mil cuidados, ni con las mas extraordinarias diligencias; vanos ídolos, á los que no nos podemos acercar sino postrados en tierra, á los que no podemos servir sino con solemnidad, á los que no podemos tocar sino con religion, y que como el Arca de Israel, os herirán de muerte, si por atender á socorrerlos no poneis mayor cuidado en respetarlos.

Pero aún se me representa aquí otra cosa mayor y mas digna de la religion: Es verdad que suele suceder el que algunos reusen los honores por pura ostentacion, y por parecer mas dignos de ellos; bien sé que la moderacion muchas veces suele ser el sello de la soberbia, pero la vanidad que se deja conocer no es ni la mas fina, ni la

Tomo VIII.

C

mas

mas temible, y el que manifiesta deseos de que se le tributen respetos no sabe el arte de ser vano.

El ser tan indiferente á los honores como á los ultrages, haberse familiarizado con aquel punto tan difícil de la ley, esto es, con el perdón de las injurias, no conocer á los enemigos sino para hacerlos favores, tener siempre la vara en la mano para castigar á los murmuradores, y no servirse de ella sino para sacar agua de las peñas en favor de los mismos, como Moysés, esto es lo que no puede fingir la vanidad, ni alabar bastantemente la religion. Ninguno entre nosotros ignora, Señores, que el único medio de grangearse el favor de nuestro Prelado parece que era el haberle ofendido: Los mas agudos dardos solamente parece que llegaban á su corazón para dar lugar en él á los que se los tiraban; y como aquel leon misterioso de que se habla en la historia de Samson, parece que bastaba despedazarle para hallar en su boca la miel de la suavidad, y el rocío de las gracias: Ojalá que en este dia de dolor os pudiera mover este exemplo á vosotros los que creéis, que el no perder á vuestros enemigos es lo mismo que perdonarlos, y que ceñís la ley que os manda amar á vuestros enemigos á aborrecerlos con medida: Pasemos á vér el uso que hizo de su autoridad, y os le representaré como un Pontífice fiel.

## SEGUNDA PARTE.

**S**AN Pablo, hablando en otro tiempo en nombre de todo el cuerpo de los Obispos, decia: Dios no nos ha dado un espíritu de flaqueza, sino un espíritu de fortaleza y de amor: *Sed spiritum virtutis, & dilectionis.* (a)

Y á la verdad, Católicos, ¿qué cosa es un Obispo que

(a) 1. Timot. 1. vers. 7.

que no cuida de conservar la gracia de la imposición, que tiene apagado en sí este espíritu, ó que habiendose abierto con una ambiciosa intrusión la sagrada barrera que separa el Santuario, jamás ha recibido esta gracia? ¡Ah! ¿Podré decirlo aquí? Es un árbol dos veces muerto y desarraigado, que ocupa la mas hermosa porción de una tierra sagrada: Es una caña agitada del viento, sobre la que no obstante, descansa todo el edificio de la casa del Señor como sobre una santa columna: Es una nube destinada, como antiguamente, á manifestar la gloria del Señor en el templo que nos la oculta con su obscuridad: Es un astro errante, que aunque está destinado á guiarnos por entre las obscuridades de los sentidos y de la fé, no deja con todo eso de apartarnos del camino: Es una serpiente de metal, levantada para curar nuestras heridas, pero colocada en el Templo es para nosotros ocasión de idolatría y de muerte: En una palabra, es un misterio de iniquidad, casi desconocido en aquellos felices siglos que nos han precedido, cuya profundidad respeta la fé, aunque no sin susto, y que no será manifestado hasta su tiempo.

Pero nuestro piadoso Prelado habiendo nacido, por decirlo así, en el seno del Obispado, y hallando por parte de sus mayores una sucesión tan dilatada de prudentes Pontífices, heredó con su nombre todo su espíritu. Ya habia mas de un siglo que se sentaban sobre el sagrado trono de este santo Templo Prelados de su sangre: El soberano derecho de sacrificar casi se habia hecho patrimonio de su Tribu; y por un privilegio nuevo en el Sacerdocio de Melchisedech, se derivaba segun las leyes de una sucesión carnal, sin que interviniesen en esto las leyes de la carne ni de la sangre. Pero ¡ah! ¿qué no pueda yo pasar con rapidez sobre este punto de mi discurso! Nuestros padres, acostumbrados á respetar este nombre, nos criaron con el mismo respeto: Nuestros ancianos, casi vecinos á aquellos felices tiempos en que empezaron á gober-

bernar esta Iglesia los Pontífices de esta casa, contaban con alegría, en medio de sus familias, su historia á sus nietos, y les daban noticia de cada uno de los Prelados, por las virtudes en que se señaló cada uno de ellos; y aún nosotros mismos, acostumbrados á vivir bajo de tan suaves leyes, prometíamos á nuestros sucesores el mismo beneficio. ¡A cruel Italia! ¿Por qué cortastes el hilo de una tan larga sucesion de Pontífices? ¿Y por qué quitándonos con una temprana muerte la esperanza de un sucesor, nos quitastes tambien el único consuelo que nos quedaba, en la pérdida que acabamos de experimentar?

¡Pero ay! ¿acaso he venido yo á renovar hoy todas las heridas de la familia? Para traerlos á la memoria la gloriosa sucesion de Prelados que os ha dado, ¿me ha de ser preciso deciros en su presencia que ya no debeis esperar otros? Escusemos á la muy ilustre Señora que me está oyendo, la pena que le ocasiona la memoria de un hermano tan amado, y cuya muerte la costó tantas lágrimas, y no refiramos sus pasadas desgracias para consolarla en el triste accidente que aqui nos junta.

El Obispado es ministerio de fortaleza y de valor. Es necesario que el Obispo, firme en el sagrado derecho del Sacerdocio, resista á los esfuerzos de la ambicion, á los engaños de la adulacion, y á la rapidez de los abusos, que procure conformar la inocencia de nuestras costumbres con las leyes y disciplina de nuestros padres, que sepa contener los desórdenes en su principio, y que, como el Arca de Israel en medio del Jordán, haga subir las aguas contra su corriente, sin dejarse arrebatar de ellas.

No os parezca, Señores, que con estos primitivos rasgos del Obispado vengo aquí, por honrar al objeto de mi discurso, á formarlos segun mi idea uno de aquellos retratos originales, en que todo dá muestras de la mas pura antigüedad, y que solamente parecen hermosos porque no se parecen á nadie: Infeliz de mí, si convirtiera una ceremonia de la Religion en un vano juguete de

de eloqüencia, y si con unas alabanzas excesivas ayudase á los fieles á persuadirse, á que en la Cátedra Evangélica se les pondera demasiado la virtud, y les acostumbra de este modo á no estimarla.

Mas quiero haceros vér, que en un siglo en que está tan resfriada la caridad, en que la costumbre ha minorado mucho de las obligaciones del Obispado, en que impedidas muchas de estas por la potestad secular, ó mitigadas por el desorden de los fieles, casi es lo mismo desear el bien que hacerle; y que si el Prelado á quien elogio no pudo llegar hasta la fuente, y hacer renacer entre nosotros las primeras edades del Obispado, á lo menos no se dejó arrastrar de las flaquezas y relajaciones de la nuestra.

Declarado Agente, en unos tiempos en que mal afianzada la autoridad del gobierno, no dejaba esperar mas que una débil proteccion para los derechos de la Iglesia, no por eso manifesto menos zelo, ni menos valor: Quiero decirlo aqui para eterna gloria de la piedad del gran Turana, nombre de tanto honor para la Francia, tan amado de nuestras tropas, y tan temido todavia de nuestros enemigos, y que aunque siguió el error de sus mayores, abrazó despues la verdad con las mayores demostraciones de amor: Este grande hombre, quando aún seguia el partido de la heregia, quiso edificar un Templo en uno de sus estados, y como otro Michas, quiso tener cerca de la casa de sus padres sus dioses, su Levita, y todo el supersticioso aparato de su culto: No habia Rey en Israel, como dice la Escritura, en tiempo de aquel Hebreo, y cada uno era para sí mismo su ley y su Juez.

¿Pero qué esperais en este caso del ministerio de nuestro Agente? ¿Acaso una culpable condescendencia, que siempre está dispuesta á grangearse amigos, no con las riquezas de la iniquidad, segun la expresion del Evangelio, sino con los mas sagrados despojos del Santuario? ¿Un tímido disimulo, en que se honre la cobardía

día con todo el mérito de la prudencia? ¿Una resistencia débil, que aparecè en el principio, solamente por poderse decir á sí misma que se ha manifestado? En vano sollicitaban la condescendencia del Agente mil intereses secretos. Se opone en nombre del Clero, como zeloso sacrificador del Templo de Sion, para no permitir que en el tiempo de su ministerio se multipliquen los ídolos en Israel, y tuvo la felicidad de vér despues en el tiempo de su Sacerdocio la piedad de otro Ezechias dedicada á destruirlos, desterrando de Judá los dioses estrangeros, y obligando á los pueblos á que fuesen á adorar á Jerusalem; pero esto no era mas que un ensayo de su rectitud.

Sagrados Prelados de nuestras Gaulas, ¿ cuántas veces le visteis en vuestras asambleas, ignorando el nuevo arte de callar, restituyendo á la dignidad Episcopal su libertad primera, mirando su fortuna como pendiente únicamente de su obligación, siendo el Gamaliel de la Congregacion de los Príncipes y Sacerdotes, y sabiendo dudar aún en aquellas ocasiones en que parecia que no se debía saber mas que consentir? ¿ Qué no pueda yo hacer aquí público lo que paso en secreto! Veriais, Señores, burlados los ruegos, despreciadas las esperanzas, olvidados los intereses de la carne y de la sangre, conformar la autoridad soberana con las intenciones del Príncipe; veriais una inflexible rectitud, en un siglo en que toda la fortaleza parece está reducida á no buscar uno por sí mismo las ocasiones de ser cobarde. Pero estos son unos rasgos que no se pueden manifestar sino muy desde lejos; unas maravillas destinadas á la obscuridad, que al mismo tiempo que nos descubren unos males secretos, deben, como las figuras de oro de las llagas de los Filisteos, quedar escondidas en el Arca: ¿ Con qué constancia le vimos despreciar un descanso, que es tan apetecido en la dignidad Episcopal, por restituir á su autoridad sus primitivos derechos, y los sagrados é inalienables títulos que la habian usurpado la ignorancia, ó la supersticion de los pasados

si-

siglos; defender contra una célebre y poderosa Abadía los mas antiguos derechos del Sacerdocio; sacar de las manos ajenas los despojos de su Obispado; restituir al primer Pastor á la dignidad de cabeza de los Pastores subalternos; despreciar un tratado pernicioso, y no querer vender una paz, que introducía la division en el Santuario; en una palabra, no permitir, como Salomon, que el cuerpo de Jesu-Christo fuese dividido entre dos Iglesias, y hacer declarar por única y verdadera Madre á la que no quería permitir la division.

¿ Pudieron alcanzar de él los respetos de la sangre ni de la amistad aquellas gracias que minoran la fuerza de las leyes, que se levantan sobre sus ruinas, que secan poco á poco aquel precioso jugo que está todavia dando vida al tronco, que acaban de agotar aquellos primitivos espíritus de orden y de regularidad, que despues de tantos siglos han llegado hasta nosotros ya flacos y debilitados, que con una disimulada crueldad dán el último golpe á la disciplina que está para expirar, y que como aquel Amalecita, que se libró de la derrota de Saúl, acaban de dar la muerte al poder y magestad de Israel con pretexto de compadecerse de sus males? ¿ Ah! nunca estrechó mas los límites de su autoridad, que quando los había de emplear en favor de aquellas personas que le eran mas queridas; su mano detenía las gracias, que se inclinaba á conceder su corazon; y podía decirse, que el derecho que parecia hallarse en algunos para alcanzar de él los favores, era un título suficiente para que les fuesen negados. Dad, Señor, á vuestros Ministros este espíritu de fortaleza y circunspeccion: No permitais que vuestra herencia sea presa de las naciones, y oprobrio de los que os aborrecen.

Su rectitud é integridad nacia del amor que siempre tuvo á su Iglesia. ¿ Qué diligencias no hizo para restituir-sela á Jesu-Christo pura y hermosa, y para quitarla las manchas y arrugas que habian puesto en ella la ignorancia de los pasados siglos, y la libertad del presente? ¿ Qué

ar-

arruinado no estaba este Templo quando vimos entrar en él á nuestro nuevo Pontífice? ¡Ah! ¡Qué diferentes espectáculos se ofrecen aquí á mi imaginacion! ya veo á la hija de Sion cubierta de su vergüenza é ignominia, sufriendo que el enemigo ponga sus temerarias manos sobre lo que mas estima, y casi parecida en todo á las mugeres de Tyro: ya la veo como la aurora salir de entre estas tinieblas, y recobrar poco á poco su esplendor, volviendo á cuidar de su gloria; la estoy viendo bajo de tan distintas ideas, y me hallo igualmente confuso en orden á lo que debo decir, ó á lo que debo callar.

Bien sabeis, Señores, que las desgracias de los tiempos, las guerras civiles, la libertad y crédito del error habian casi apagado la fé en nuestras Gaulas, y confundido los derechos y disciplina de nuestras Iglesias: Esta, menos feliz que la tierra de Gessem, no se libró de las comunes plagas, pasó por ella el Angel exterminador, las huellas de la divina venganza quedaron por mucho tiempo impresas sobre nosotros, y no obstante lo mucho que habian trabajado los Prelados anteriores, todavía halló mucho que hacer el que hoy lloramos.

La primera señal de amor que dió á la nueva Jerusalén, á esta Esposa bajada del cielo, fue el no perderla nunca de vista: Oráculos eternos de los santos libros, venerables leyes de nuestros Padres, deseos fervorosos y antiguos de toda la Iglesia acerca de la residencia de los Pastores, ved aquí un Prelado que os conoció y respetó: Por mas que los servicios de un ilustre hermano, el mérito y autoridad de un sobrino, que vuela rapidamente á la fama y á los honores le manifesten unas esperanzas, que siempre son fatales al honor del Sacerdocio; por mas que el mismo Monarca, tan zeloso por otra parte de esta obligacion del Obispado, le arguía de que rara vez se le vé en la Corte, no se deja arrastrar de la pompa de Egypto; y este prudente anciano, como en otro tiempo el viejo Jacob, presentado á Pharaon, y recibido con tan-

tanto honor, no se avergüenza de manifestar al Príncipe que es Pastor, para estar menos tiempo en su Corte, y poderse restituir quanto antes á la tierra de Jessen; raro exemplo en un siglo en que la dignidad Episcopal casi no sirve mas que de decoracion en los palacios de los Reyes, en el que las Cortes parece que se han convertido en Diócesis comunes, en el que las centinelas de Jerusalén, y las trompetas del templo no ven ni hablan sino por ojos y bocas ajenas; y en el que se vé muchas veces á los Príncipes de la Tribu de Leví, indignos depositarios del Arca, ponerla, como los Filisteos, sobre unos hombros viles, y dexarla caminar á la ventura.

La ignorancia y los desordenes del Clero desfiguraban la hermosura de la Iglesia: Este era un obscuro vapor que desde el santuario se esparcia por todo el templo, y tiznaba su oro y su esplendor. ¡Pero qué cuidado no puso en disiparle! Tú, sagrado edificio, que fuera de los muros de esta ciudad encierras los preciosos manantiales donde se bebe con descanso la doctrina y la verdad; que ves correr desde tu seno los espíritus del Sacerdocio y del Apostolado que se derraman por nuestras ciudades y aldeas, que fuiste el piadoso fruto, y el mas tierno objeto de su amor, tú se lo dirás á la posteridad; y derivando hasta ella la noticia del amor que tuvo á la Iglesia, también la comunicarás el respeto y agradecimiento que conservas á su memoria.

Instruido en el precepto del Apóstol, ¿con qué circunspeccion imponia las manos para formar administradores de la heredad de Jesu-Christo? ¡Ah! ¡Si pudierais vos, sabio Coadjutor de su Obispado, decirlo aquí en mi lugar! Bien sé que confiando á vuestro zelo esta penosa parte de su ministerio, oía con agrado vuestros respetuosos consejos, los seguía con religion, y aún se anticipaba á ellos con prudencia: y que como Samuel en la casa de Isá, nunca atendió ni á los derechos del nacimiento, ni á las vanas distinciones de la carne, quando habia de der-

ramar la unción santa, y dar Príncipes á Israel.

Yo mismo; ; pero como lo podré decir sin renovar mi dolor al acordarme de su conversacion y afabilidad! Yo mismo le ví muchas veces con aquel aspecto de candor y sinceridad que explicaba en su rostro los pensamientos de su corazón, le ví llorar por la funesta negligencia de aquellos Prelados que á todas las horas del día, y sin distincion alguna reciben obreros, y los hacen pasar desde la misma plaza del mercado á la viña; poniendo inmediatamente el vestido de inocencia y dignidad á unos hijos pródigos, que regularmente se dedican á un estado santo y penoso, sin mas disposiciones que la imposibilidad de continuar mas tiempo en sus culpas, ó la esperanza de gozar mejor suerte en la casa del padre de familias.

Al mismo tiempo que se aplica á separar del santuario estos vasos de desprecio y de ignominia, ; con qué cuidado y con qué ansia coloca en él los vasos de honor y de eleccion! Sus ojos estaban abiertos como los del Profeta, para buscar dispenseros fieles hasta en los países extraños, y hacerlos sentar á su lado. ; Acaso dexó de amarlos aunque fuesen viles y despreciables á los ojos del siglo, por ser éste el destino inevitable de la virtud? Aunque estuviesen expuestos á las calumnias de los hombres, y á los dardos de los perversos, ; dexó de defenderlos con toda su autoridad como con un sagrado muro? ; No supo, siguiendo las huellas del Obispo de nuestras almas, Jesu Christo, justificar el zelo de sus discípulos contra las murmuraciones de los Fariseos, y poner como el Pontífice Achimelech la sagrada espada en manos de aquellos que solamente eran perseguidos por haberla empleado gloriosamente contra los Filisteos:

¡ Ah! ; Si pudiera yo manifestaros su tierno amor á los Pastores vigilantes, mudado en indignacion contra los infieles! ; Si pudiera referir sus empresas y deseos en este punto, y alabar tanto lo que hizo, como lo que deseó hacer! Pero queden cubiertos estos misterios de infa-

mia

mia y de ignominia con un perpetuo velo; no lleguemos á los unglidos del Señor, respetemos lo mismo que ellos deshonran, y seannos, en algun modo, tan sagrados sus vicios como sus personas.

Quiera Dios que la fatal revolucion de los tiempos, á la que todo cede, respete tambien algun día las señales aún vivas del amor que tuvo á su Iglesia. Quiera Dios que los siglos venideros cuenten desde el tiempo de su Obispado el restablecimiento de la fé, de la doctrina y de la piedad, y digan de él, que cortó los abusos, ó autorizados con la libertad, ó consagrados por la supersticion; que restableció las leyes, ó despreciadas por la relajacion, ó abolidas por la costumbre; que restituyó al culto exterior la decencia y magestad, la dignidad á los Ministros, y el honor al ministerio; que en su tiempo las gracias de los Sacramentos se distribuyeron con precaucion, y se recibieron con fruto; que en su tiempo se levantaron en nuestras ciudades estos públicos asilos, ó contra la miseria, ó contra las culpas; que en su tiempo una nueva luz empezó á alumbrar á los que estaban sentados en las tinieblas, y en la sombra de la muerte; que unas tierras casi desconocidas recibieron la divina palabra; que en nuestras aldeas se lograron las fatigas apostólicas; que se evangelizó á los pobres: y que en lo mas retirado de sus rusticos albergues, en donde vivian gobernados por un brutal instinto, sin que apenas se pudiese conocer que eran hombres, conocieron por último al Dios de sus padres, y la esperanza comun de los christianos. Este fue el uso que hizo de su autoridad: no falta mas que manifestarosle como un padre amoroso y caritativo.

TERCERA PARTE.

¿ Qué otra religion sino la de los christianos oyó jamás hablar de una virtud, que siente sobre manera los males ajenos, que no es ambiciosa, y que

D 2

aten-

atenta á las calamidades de sus próximos, se olvida voluntariamente de las propias? *Omnia suffert, non est ambitiosa, non querit que sua sunt.* (a) Pues éste es el caracter de la caridad, ó por mejor decir, el del caritativo Prelado que aqui elogio.

Persuadido á que los Pastores solamente son depositarios de los bienes de la Iglesia como de su fé, ¿con qué religion los distribuyó! Porque, señores, ¿qué otra cosa sería convertir las riquezas del santuario en usos profanos, sino mudar en motivo de pecado el sagrado fruto de la penitencia de nuestros padres, hallar en las inocentes ofrendas de los primeros fieles ocasion para formarse unas ofrendas pecaminosas, insultar á la pobreza evangelica con el patrimonio de los pobres; en una palabra, hacer que Dios sirviese á la iniquidad? Bien sabeis que las manos del Altísimo formaron en nuestro caritativo Prelado uno de aquellos corazones compasivos y misericordiosos, á quienes sirve de molestia su prosperidad al ver las miserias ajenas: su compasion no era como la de aquellos que solamente se compadecen de ciertos males, siendo insensibles para todos los demás, que hacen eleccion entre las miserias, y que por ser caritativos con prudencia, son piadosamente crueles; su caridad fue universal, jamás halló otra diferencia entre los desgraciados, que la que en ellos ponía su propia miseria.

¿Qué tierno espectáculo se presenta aqui á mi vista! En una parte la viuda cubierta de luto y de tristeza, baxo un pobre y desamparado techo, mira suspirando á sus pobres hijos, afligidos de la hambre, y sin esperanza de poderlos socorrer, vá como la de Elías á aliviar su necesidad con lo poco que la queda, y á morir despues con ellos; quando por un nuevo prodigio vé multiplicados sus bienes, y consolada su afliccion. Las Virgenes consagradas al Señor, levantan en su retiro sus puras manos

(a) I. Corinth. 13. v. 5. & 7.

nos al cielo, ofreciendo por él una inocencia conservada por sus liberalidades. El ciudadano, que debaxo de una brillante exterioridad, oculta una profunda miseria, privado del caritativo confidente de su verguenza, y de sus necesidades, busca las tinieblas para confiarlas su afliccion; y como Josef, se aparta para llorar, de aquellos que engañados con las apariencias acuden á él á buscar pan, temiendo que le reconozcan por su hermano.

¿Pero en qué relacion tan dilatada voy á empeñarme! Aqui hallan asilo aquellos vasos de ignominia, aquellas víctimas de la pública disolucion, y deben á sus liberalidades, ó el deseo de la virtud, ó á lo menos la imposibilidad para la culpa. Bien lo sabeis piadosos Ministros á quienes está confiado el cuidado de tan santa obra; aqui se levantan ó subsisten por su cuidado estos sagrados lugares, destinados, ó á recibir á los mendigos y vagos, ó á aliviar á la miseria afligida; aqui un rayo de luz penetra el horror de los calabozos, y dá á conocer á los infelices que los habitan, que todavia hay compasion en la tierra; aqui los Obreros evangelicos santamente ocupados en recorrer nuestras aldeas, y en distribuir á los párvulos la leche de la doctrina, derraman en su nombre el rocío del cielo, y las bendiciones de la tierra, y con un inocente artificio, al mismo tiempo que socorren las miserias del cuerpo, se abren camino para remediar las del corazon; aqui por el cuidado de este Jacob, los granos de Egipto vienen á consolar la esterilidad de la tierra de Canaan; y su caridad, siempre ingeniosa, vá á buscar á los pueblos estraños el remedio para la calamidad del suyo.

¿Cruelles entrañas que os utilizais de las públicas miserias, que haceis grangería de las lágrimas y de la necesidad de vuestro hermano, y que no le alargais la mano sino para acabar de despojarle, oid lo que dice el Espíritu santo! Quando esteis hartos, sentireis que os despedazan; vuestra misma felicidad será vuestro suplicio, y

el

el Señor hará que llueva sobre vosotros la venganza y el furor.

¡Que no pueda yo recoger aquí los infinitos frutos de su misericordia, y en medio de las calamidades que nos afligen, ó despertar vuestra tibieza, ó edificar vuestro zelo con la historia de sus liberalidades! ¡Que no pueda yo representaros su amoroso cuidado por las necesidades de su pueblo! Mil veces le ví que se conmovian sus entrañas al oír las públicas miserias; su rostro se cubria de una santa tristeza, salian de su boca palabras de dolor y caridad; y compadecido, como Jesu-Christo, de la multitud hambrienta, se le veía, como al Señor, levantar los ojos al cielo, y casi multiplicar sus tesoros para alimentarla.

Quiero pasar en silencio, que era vista del ciego, y pies del cojo, que miraba atentamente al huérfano, y consolaba á la viuda: que como aquel hombre instruido en el reyno de los cielos, sacó de su tesoro lo antiguo y lo nuevo, que siempre salia de su persona una virtud benéfica que aliviaba todas las miserias, que siempre salia desde su palacio, como de otro lugar de inocencia, un sagrado raudal que inundaba la tierra, que nunca fue tan ingeniosa la vergüenza para ocultarle los infelices, como habil su caridad para descubrirlos; y parece que su compasivo corazón le anunciaba las mas secretas necesidades.

No os figureis aquí, señores, uno de aquellos hombres, cuyo zelo vano solo gusta, por decirlo así, de exponer al público su riqueza, que manifiestan con arte la miseria de sus próximos, no tanto por grangearlos socorros, como por poder decir que los han socorrido; que con pretexto de edificar á los concurrentes, ponderan con viveza su grande compasion; que no tienen ojos para ver otras miserias más que las que se pueden hacer públicas; y que como los tímidos discípulos en la mar, quando se les aparece Jesu-Christo entre las tinieblas, exclaman, diciendo que es fantasma, y no quieren conocerle; invisibles ojos del Padre celestial, vosotros fuisteis

tes-

restigos de las secretas liberalidades de su caridad; ¡Quántas obras de luz no sepultó en las piadosas tinieblas! Parece que juzgaba, ¡oh Dios mio! que sus obras santas manchadas por la vista agena no eran dignas de la vuestra, y que para que borrasen sus iniquidades de vuestra memoria, era preciso que estas mismas obras se borrasen de la memoria de los hombres; en este particular nunca tuvo confidentes; la caridad se habia fabricado en su corazón una especie de santuario, en donde solamente tenia derecho de entrar el Pontífice, y ni aún su misma muerte pudo rasgar el velo que ocultaba á nuestra vista estos piadosos misterios.

¡Ah! Si yo pudiera á lo menos penetrar los secretos de las familias, veria en una parte á la inocencia á pique de perecer, y preservada del naufragio; veria en otra ser menos la iniquidad por no parecer ya tan necesaria; Pero qué es lo que voy á hacer, señores? Me parece que faltó al respeto que debo á estas sagradas tinieblas; me parece que se resienten sus amadas cenizas; me parece que esos aridos huesos se vivifican al oirme; que ese rostro, sobre el que en otro tiempo estaba pintada la afabilidad, se cubre de una modesta indignacion; y que desde lo profundo de ese triste mausoleo me dice: No turbes el descanso de mi sepulcro, y no vengas á registrar mis cenizas, para descubrir en ellas los secretos fervores de mi amor, destinados á permanecer en la obscuridad hasta el día de la manifestacion de Jesu-Christo.

No os parezca, señores, que no empleaba, como otros muchos, en alivio de los pobres sino las inútiles reliquias de su luxo ó de sus placeres, y que sus limosnas no eran más que el sobrante de sus pasiones. Supo honrar al Señor con su propia sustancia; la frugalidad de su mesa, la modestia de su trén, tan recomendada á los Prelados por las leyes de la Iglesia, fueron los fondos de donde sacó los caudales para los pobres, y su economía, por hablar con el Apóstol, fue la riqueza de los pueblos.

¡Qué

¿Qué modestia en su palacio! Esta nos acordaba aquellos felices tiempos, en que acompañado el Obispo solamente de su dignidad, sabía también grangearse el respeto de los fieles; en que el fausto no se había introducido como decencia en un ministerio de humildad; en que lo elevado del carácter servía de motivo á la moderación, y no de pretexto al lujo; en que toda la gloria de la hija del Rey era interior; y en que el pueblo de Dios solamente miraba como á Pontífices á los Aarones, revestidos de justicia y santidad. ¿Qué despego de la carne y de la sangre! ¿Os parece acaso que era uno de aquellos Pastores crueles, que mantienen la ambición y vanidad de sus parientes con la sangre y sustancia de los pobres, que hacen servir los tesoros del santuario á decoraciones profanas, que levantan ídolos sobre las ruinas del altar, y que con un vergonzoso desorden enriquecen á Egipto con los mismos despojos del tabernáculo? No por cierto, estas piadosas riquezas las empleó en cubrir la desnudez, y no en adorar la vanidad; en remediar el hambre, y no en lisongear la sensualidad; en apagar la sed, y no en irritar el apetito; y si en este punto se le puede arguir de algún exceso, será acaso de haber llevado á muy alto punto esta virtud.

Sacerdote eterno, Príncipe de los Pastores, divino Apóstol de nuestra fé, y de nuestra confesion, Christo Jesus, qué nos queda ya que hacer; mas que pedirnos para esta afligida Iglesia un Pontífice como el que acaba de perder, inocente, separado de los pecadores, cuidadoso de ofrecer dones y sacrificios por los pecados, aplicado á todo quanto se ordena á vuestro culto: mas elevado que los cielos, y que sepá compadecerse de las enfermedades de su pueblo. ¡Ah! ¡Habeis de permitir, Señor, que una Iglesia, cuyo nacimiento es contemporáneo al del christianismo en las Gaulas, levantada casi sobre el fundamento de los Apóstoles, y de los primeros Profetas, gobernada por una sucesion tan gloriosa de santos

tos Pastores, é ilustrada tantas veces con su sangre, tan pura en sus leyes, tan venerable en su culto, y tan ilustre en sus derechos, sea herencia de un Dispensero infiel, y que una porcion de vuestro rebaño, tan querida, sea presa de un lobo carnicero!

Piadoso Prelado, si en el seno de Abrahám, (porque, ¡ó Dios mio! no pretendo investigar lo profundo de vuestros consejos, ¿cómo habiais de poder cerrar vuestro eterno seno al que siempre os abrió el suyo en las personas de vuestros siervos afligidos?) Alma caritativa, si en el seno de Abrahám, vuelvo á decir, gozas ya el inmortal fruto de tantas obras de vida; si estas recogiendo las bendiciones que sembrabas acá en la tierra, mira con ojos propicios los gemidos de esta triste Sion; sé siempre su Esposo invisible; no perezcan jamás los sagrados vínculos con que estubiste unido á ella: Escoge tú mismo para ella en los tesoros eternos un Pontífice fiel; muévate todavía el cuidado de su gloria, aunque interrumpa ese mismo cuidado tu reposo en el seno de la inmortalidad.

¿Pero por qué os le he de representar gozando de la inmortalidad, aún antes de habérsle representado en el seno de la muerte? ¿Será acaso por escusaros esta afliccion? Pero pues es indispensable, hagamos memoria de este triste espectáculo: La inocencia de sus costumbres, la fidelidad á las obligaciones de su ministerio, la profusion de sus tesoros, aquella piedad constante y amorosa, aquella fé viva y sencilla, el tremendo sacrificio que ofrecia con tanta frecuencia, y siempre con tanta devocion y respeto, el sagrado baño de la penitencia, adonde continuamente acudia con tanto dolor y humildad á lavar las manchas de su alma, aquellos preciosos instantes que usurpaba, ó á sus ocupaciones, ó á su descanso, para sustentarse con las verdades de eterna salud por medio de la leccion de los libros piadosos: En una palabra, la memoria de su vida debiera servirnos de seguridad en su muerte.

La mano del Señor se extendió sobre él, y le hirió, pero tan levemente, que apenas parecía que le habia tocado; puede ser que fuese así para que se engañase nuestro dolor; el golpe fue casi absolutamente invisible. Cumplióse segunda vez la historia del sueño de Daniél, y vimos una piedrecita despedida de las montañas eternas, tropezar flojamente contra uno de los pies de esta preciosa Estatua, cuya estructura parecia prometernos una larga duracion, y reducirla á polvo inmediatamente; lo ligero del mal, el buen temperamento del enfermo, las conjeturas del arte, todo esto adormecia nuestro temor. Un Sobrino, á quien la gloriosa eleccion del Príncipe, y las necesidades del estado habian hecho pasar desde el Rhin á Italia, engañado con las mismas esperanzas, le dexa en la cama de su dolor, y se encamina á la Corte, donde le llamaban el agradecimiento y la obligacion; pero las tristes circunstancias de esta despedida, y los tiernos abrazos del afligido anciano, fueron como lúgubres presagios de un amor que agonizaba, y de una separacion aún mas cruel; y en efecto, muy poco despues llega el dia del Señor; un mortal letargo nos anuncia el sueño de la muerte, las señales de ésta cubrieron su rostro, dexóse ver escrito sobre él su decreto, y la muerte cruel, que hasta entonces habia estado escondida en su seno, casi se dexó ver con toda claridad.

Al oír esta fatal noticia se esparce por todas partes un temor universal. Los Sacerdotes del Señor suben al Altar, buscan en el Sacrificio de la muerte de Jesu-Christo un remedio de vida para el Pontífice que agonizaba; exponen la adorable víctima al público dolor; los ciudadanos corren en tropel á nuestros Templos, y rodean los Altares; los pobres en medio de nuestras plazas públicas, con las manos levantadas ácia el cielo, piden con sus gemidos la vida del padre que están para perder; las sagradas vírgenes lloran con silencio en el Santuario, y siendo tristes testigos de el dolor y conformidad christiana de

una

una Abadesa, para la que es tan cruel esta separacion, por razon del tierno vínculo que la unia á él, derraman su corazon al pie de los Altares, y mezclando sus suspiros con sus súplicas, las hacen subir hasta los pies del trono del Cordero, á quien ellas han de seguir algun dia; y con este tierno espectáculo casi intentan arrancar de manos del Dios Eterno la fatal espada que ha de cortar unos dias tan preciosos; pero los decretos con que Dios determina premiar ó castigar son irrevocables, y ya habia llegado su hora, ó por mejor decir, la nuestra; se recurre á los últimos remedios de la Iglesia, y el letargo como respetándolos cesa de repente; su fe se despierta, sus ojos se abren para ver á su Salvador, pide, no solamente que le de den á comer su carne, sino tambien á beber su sangre, y estando para espirar, quiere, como su Divino Maestro, embriagarse con este precioso vino, el que no habia de volver á gustar hasta que se hallase en el reyno de su padre celestial.

Entretanto el mal se aumenta; su afligida familia se deshace en lágrimas al rededor de su cama, un amigo prudente y fiel procura, aunque en vano, oír de su boca, por último consuelo, algunas palabras moribundas, y le exorta á que disponga de su casa terrestre; pero la lengua se hallaba ya ligada con un eterno freno, y no se le podia sacar mas respuesta que una respuesta de muerte; mirad, le dice aquel amigo, que los pobres á quienes tanto habeis amado pierden todo su alivio perdiéndoos á vos; vuestro Palacio resuena con sus gemidos; ¿qué remedio los dexais para despues de vuestra muerte? Pero qué esto, católicos? La caridad nunca muere; al oír estas palabras, aquella alma misericordiosa vuelve en sí para hacer el último esfuerzo de compasion; sus ojos, á los que ya habia cerrado la muerte, se vuelven á abrir, segun parece, para mirar con su acostumbrado amor á los infelices; sus manos desfallecidas, y por tanto tiempo acostumbradas á las santas profusiones, aprietan afectuo-

E 2

sa-

samente las de aquel ilustre amigo, como quejándose de que ya no estaban hábiles para estos oficios de caridad; parece que aquel cuerpo casi muerto se anima con una vida estraña, se atormenta, se inquieta, hace mil esfuerzos para explicar sus antiguos y piadosos designios; pero aquellas palabras de caridad que formaba en su corazón, espiraban al llegar á su lengua, ya fria é inmovil, y se mudaban en profundos suspiros. ¡Oh Dios mio! ¡Qué pasaba entonces en aquella alma! ¡Qué santas inquietudes! ¡Qué tiernos gemidos! ¡Qué nuevos excesos! ¡Qué ardientes deseos! No acabó de consumir las reliquias de sus flaquezas aquel sagrado fuego? No llegó sin mancha á vuestra presencia, quando separada de su habitacion terrestre por los mismos esfuerzos é inquietudes de la caridad, pareció delante de vuestro Tribunal terrible?

¡Qué mas os diré, católicos! ¡Que de este modo desaparece repentinamente la figura de este mundo! ¡Que de este modo se desvanece el encanto de los sentidos! ¡Que de este modo se deshace contra el sepulcro la fantasma que nos está burlando! ¡Que los mas felices dias de nuestra vida no son mas que porciones de nuestra muerte! ¡Que la flor de la edad se marchita! ¡Que las mas vivas pasiones se apagan! ¡Que nos cansan los placeres con su nada, ó que se nos huyen con sus excesos! ¡Que la gloria mundana no es mas que un nombre, que es preciso comprar á costa de nuestro sosiego! ¡Que la pompa y resplandor no son mas que vanas decoraciones de teatro! ¡Que los honores no son mas que títulos para nuestros sepulcros! ¡Que las mas bellas esperanzas no son mas que agradables errores! ¡Que los mas ruidosos movimientos no son mas que como los de aquellos resplandores de los fuegos nocturnos, que lo mismo es manifestarse que volverse á sepultar en las eternas tinieblas! En una palabra: ¡que en esta vida no hay otra cosa sólida mas que las medidas que se toman para la otra! ¡Quereis que os diga yo todas estas cosas? ¡Pero no lo está publi-

can-

cando todo en estos dias de luto y de tristeza? ¡Qué Orador ha habido jamás tan eloqüente acerca de los engaños del mundo como el mismo mundo? Entre los placeres hablamos de la frugalidad; insultamos al mundo, al mismo tiempo que le estamos adorando; ¡pero qué fruto sacamos de estas estériles reflexiones? Nada mas que algunos tibios proyectos de mudar de vida, que no hacen mas que tranquilizarnos acerca de nuestros presentes desórdenes; y contentos con haber conocido nuestras heridas, parece que vivimos contentos en nuestra enfermedad.

Triste Sion, prosigue en los cánticos lúgubres que yo te he interrumpido, y llora sobre las cenizas del Sagrado Esposo de que te ves privada. Subid al Altar, Sacerdotes del Señor, y si acaso algunas reliquias de la humana fragilidad, si algunas negligencias en las infinitas obligaciones de su penoso ministerio detienen aún al Príncipe de los Sacerdotes, á quien lloramos, en aquel misterioso lugar del Templo en donde acaban de purificarse los Ministros: ¡Ah! Disponedle el aparato del Sacrificio, poned en manos de ese piadoso Pontífice la Sangre del Cordero, para que pueda entrar en el eterno Santuario, y presentarse con confianza delante del Rey de la Gloria. Amen.

ORA-

ORACION FUNEBRE  
DE MONSEÑOR DE VILLEROY,  
ARZOBISPO DE LEON.

*Sacerdos magnus, qui praevaluit amplificare Civitatem,  
qui adaptus est gloriam in conversatione gentis, &  
ingressum domus, & atrii amplificavit.*

Ved aquí un Pontífice ilustre, que supo amplificar el poder y felicidad de la ciudad, que se adquirió gloria en medio de su nacion, y que por las funciones de su ministerio fue honrado en la casa del Señor, y en el recinto del Templo. *En el cap. 50. del Eclesiástico, vers. 5.*

**P**ARA consolar á Israel en la muerte del gran Sacerdote Simon, un Autor inspirado del cielo immortalizaba de este modo en otro tiempo con divinas y nobles alabanzas la memoria de aquel Pontífice; y en acordarse de sus virtudes, buscaba un triste consuelo al dolor de su pérdida. Colocándole desde luego entre aquellos hombres llenos de gloria, que hacen felices á los pueblos con lo sólido de su sabiduría, que han sido dotados de grandes talentos, y cuyo nombre vivirá en la sucesion de todos los siglos, vá á buscar en la naturaleza mil pinturas vivas y sublimes, celebrando con una noble Magestad, á que no puede llegar el entendimiento humano, las mas gloriosas circunstancias de su historia. Allí se le vé en unos tiempos de confusion y horror, como la estrella de la mañana en medio de las nubes,

bri-

brillar y seguir siempre su curso, y aún manifestar desde lejos los caminos de la justicia y de la obediencia á aquellos, que dexándose llevar de falsos resplandores, seguían los caminos resbaladizos y tenebrosos de la rebelion y de la injusticia.

Igualmente atento á reglar las diferencias del pueblo y de los principales de Israel, es un rayo de vivo fuego que penetra hasta el corazón, para hacer en un instante una delicada division entre las pasiones y la equidad.

Finalmente, dedicando toda su atencion á las públicas necesidades, empleando en la salud y seguridad de Judá hasta los últimos alientos de una vida enferma y flaca, es como un suave perfume, que en los dias del estío exhala su benéfica fragancia; se evapora, y se disipa á fuerza de comunicarse.

De este modo, el Sagrado Autor, valiéndose de los espectáculos mas santos y augustos, le representa en medio de los hijos de Aarón, aplicado á las terribles funciones del Sacerdocio, ofreciendo al Señor una oblacion pura en presencia de los hijos de Israel, alargando su mano para ofrecer la sangre de la víctima, manteniendo la casa del Señor, y asegurando los fundamentos del Templo; en una palabra, cuidando de su pueblo, librándole de la perdicion, y derramando sobre él, por puros y fieles canales, las gracias de los Sacramentos y las sagradas aguas de su doctrina.

Soberano Espíritu, ¿me será lícito preguntaros cuáles fueron vuestros fines quando dictasteis á este hombre inspirado unas expresiones tan divinas? ¿Fué vuestro intento referir, ó profetizar? ¿Consolabais á la Synagoga en la muerte de aquel famoso Pontífice, ó prometiais á la Iglesia la vida de **MONSEÑOR CAMILO DE NEUVILLE DE VILLEROY, ARZOBISPO, Y CONDE DE LEON, COMENDADOR DE LAS ORDENES DEL REY**, cuya pérdida venimos hoy á llorar en este Templo?

Y á la verdad, Señores, ¿quién vió jamás en un mis-

mo

mo hombre tanto amor á los intereses del Príncipe, y tanto cuidado de la utilidad de los particulares? ¿Tanta aplicacion á las necesidades del Estado, y tanta vigilancia á socorrer las de las familias? ¿Tanto respeto á la nobleza, y tanta afabilidad para con el pueblo? ¿Tanto amor á los derechos del reyno, con tanto zelo por los del Sacerdocio? ¿Tanta parte en los negocios del siglo, con tanto gusto para las cosas del cielo? ¿Tanta grandeza con tanta moderacion, y tantos peligros con tanta inocencia?

Vosotros mismos lo sabeis, ilustres habitantes de esta afligida ciudad; y en el magnífico aparato de esta triste ceremonia, en la que parece que el exceso de vuestro dolor no halla consuelo sino en las demostraciones de vuestro agradecimiento, dais bien á conocer que estais persuadidos á que debéis á la conducta, y piedad de este grande hombre las riquezas de la tierra, y las del cielo, pues las arrojais con tanta profusion sobre el magnífico sepulcro que le habeis levantado en este Templo.

¡Ah! ¡Si pudierais hablar aqui en mi lugar, vosotros los que encargados de los públicos negocios hallabais en una sola de sus respuestas aquellos felices expedientes, que regularmente son fruto de largas reflexiones y crueles ansiedades! ¡Vosotros, que constituyéndole árbitro de vuestras diferencias particulares, esperabais con confianza á que decidiese de los intereses de vuestro honor, ó de vuestra fortuna, quedando siempre agradecidos á su determinacion, aún quando quedaseis descontentos de vuestra suerte! vosotros los que no teniendo en vuestras desgracias el triste consuelo de explicar vuestras quejas, ibais á depositar en su seno vuestra vergüenza y vuestra miseria, y hallándole siempre igualmente discreto y caritativo, saliais asegurados en vuestro honor, y aliviados en vuestra necesidad! ¡Vosotros finalmente, Ministros del Señor, zelosos confidentes del amor que tenia á su Iglesia, que juntos al rededor de él, como los Espiritus Ce-

les-

lestiales al rededor del trono del antiguo de los dias, erais tantas veces, embiados por él á exercer vuestro ministerio en favor de aquellos que han de ser herederos de la salud, ¿qué no podriais decir aqui en mi lugar! Pero no dicen bastante ese lúgubre silencio, esa profunda consternacion, esa tristeza, y ese espanto que manifestais en vuestros rostros? ¿Hay necesidad de que yo haya de servir de triste interprete, ni de que justifique con un elogio público un dolor y unas lágrimas tan públicas?

Antes bien será mejor que yo me valga de esta lúgubre ceremonia para confundir todas las ilusiones de la vida, y que os repita con aquella noble sencillez que es tan propia de las verdades de eterna salud, (1) *en lo demás, hermanos míos, el hombre recogerá lo que hubiere sembrado; usad de este mundo como si no usárais de él;* (2) *porque es una figura que pasa, y una casa edificada sobre arena movediza, que mañana será juguete de los vientos y tempestades.* (3)

Bien sé que muchas veces suele tener mas parte en estas lúgubres ceremonias la vanidad que la piedad cristiana; bien sé que en vez de dexar perecer la memoria del impío, como un sonido que se disipa en los ayres, se la suelen tributar los mismos honores que á la del justo; bien sé que una boca sagrada, que no debe abrirse sino para anunciar con el Profeta las maravillas del Señor, suele subir muchas veces á este puesto para anunciar las obras del hombre; bien sé que muchas veces suele convertirse en espectáculo de fausto y vanagloria el objeto de mayor abatimiento que nos propone la fé; que muchas veces se sacan de entre las vilas cenizas unas ideas de grandeza y elevacion; que suele mezclarse con la memoria del sepulcro, á la que debe la gracia tantas conquistas, la de mil sucesos profanos, que acaso han sido de grande utilidad para

(1) Galat. 6. v. 8. (2) 1. Corinth. 7. v. 31.

(3) Matth. 7. v. 26. 27.

el infierno, y que parece que el demonio ha hallado, por ultimo, el secreto de triunfar, como Jesu-Christo, de la misma muerte; bien lo sé, pero tambien sé, Señor, que vos habeis de castigar á los labios engañosos, y á la lengua que habla con soberbia, sé de quanto soy deudor á la palabra Evangelica que anuncio, á la Magestad del Templo en donde reside la gloria del Altísimo, al santo terror del Santuario, en donde el Pontífice Eterno está siempre vivo para interceder por nosotros, á la Magestad del tremendo Sacrificio que interrumpo, á la presencia del Sagrado Pontífice que os le vá á ofrecer, y cuya devocion debo respetar, á la piedad de los fieles que me están oyendo, y por ultimo á la memoria del Gran Prelado á quien vengo á tributar estos últimos respetos de la religion; bien lo sé, y vos, Señor, no permitireis que en este punto yo haga indignamente traycion á las mas vivas luces de vuestra gracia.

Celebremos, pues, una ceremonia tan christiana de un modo christiano; no alabemos ni unos vicios gloriosos, ni unas virtudes que pone la fé en el número de los vicios; despreciemos aquel arte profano que sabe, segun lo pide la necesidad, apartar ó traer, adaptar con afectacion, ó olvidar con destreza unos hechos dudosos y delicados. En una palabra, santifiquemos en nuestro elogio fúnebre las qualidades que admira el siglo, con las que debe alabar la religion; mezclémos santamente al mundo con Jesu-Christo, y descubramos en nuestro illustre Arzobispo grandes talentos con grandes virtudes; consideremosle como un grande hombre nacido para el bien del estado, y como un grande Arzobispo nacido para utilidad de la Iglesia; supo componer los intereses del Príncipe con los del pueblo, este fue el uso que hizo de sus talentos; supo velar sobre sí mismo, haciendose util á la Iglesia, y á esto se reduxeron sus virtudes; es decir, fue un Pontífice illustre que supo aumentar la felicidad y el poder de la ciudad, que se adquirió gloria en su nacion, que fue honrado con las funciones de su ministerio

en

en la casa del Señor, y en el recinto del Templo: Este es todo el asunto de esta Oracion.

PRIMERA PARTE.

**D**E qué sirven los vastos talentos que tan lisongeramente nos elevan sobre los demás hombres, y que son como una señal de soberanía natural, impresa por las manos de Dios en ciertas almas, si la gracia de Jesu-Christo, atenta siempre á ordenar al Padre de las luces todos los dones que han salido de su seno, no los refiere á este mismo fin, si no arregla su uso, dispone sus fines, corrige sus distracciones, señala sus caminos, y santifica sus escollos? Porque, Señores, vuelvo á repetiros, que no debéis esperar de mí un elogio Pagano, sino una instruccion christiana; sé que alabo á un ungido del Señor, y no á un heroe del siglo. Ah! Bastante ingenioso es el mundo para engañarse, sin que nosotros, que somos Ministros del Señor, fomentemos su engaño desde un lugar destinado á instruirle en la verdad.

¿Qué lugar, pues, ocupan en la moral de los christianos estas prendas excelentes, quando no arregla su uso la fé? No son mas que unos dones de Dios, que nos apartan de su Magestad; unos medios de eterna salud, que facilitan nuestra perdicion; unas grandes luces, que nos ciegan para que no veamos los objetos que presenta la fé á nuestra vista; unas distinciones de la naturaleza, que nos confunden con la multitud de los pecadores; unas inclinaciones de inmortalidad, que empleamos en seguir unas sombras que se desvanecen; unas semillas de verdad, que ahogamos con los cuidados del siglo; unas esperanzas de la gracia, que acaban en codicia; unos entretenimientos brillantes, que nos hacen perder de vista nuestra principal ocupacion; un arte de condenarse con algo mas de circunspeccion y solemnidad; finalmente, unas flores que se abren por la mañana, y se secan por la tarde sobre el sepulcro, fatal término adonde todo viene á parar, abis-

F 2

mo

mo eterno adonde todo vá á perecer, inevitable escollo adonde despues de mayores ó menores inquietudes viene por ultimo á deshacerse la fantasma que se burla de nosotros, quando la tenemos por mas real; pero olvidémonos por un instante de estas tristes ideas, y busquemos en la historia de nuestro Prelado sólidos motivos de un christiano consuelo.

Dixe, en su historia, Señores, pues no debeis esperar que yo me salga de ella para ir á registrar la de sus antepasados, porque ¿de qué serviria acumular nombres antiguos, reunir títulos pomposos, juntar alianzas augustas, y hacer presente una larga sucesion de los pasados siglos, y en una ceremonia destinada á hacernos ver la nada de las grandezas presentes, querer dar realidad á las que no existen? Esto no me sería difícil, y la fama de la ilustre Casa de Villeroy adornaria sin duda esta parte de mi discurso; pero hablo de un Pontifice establecido segun el orden de Melchisedech, y bien sabeis que los libros santos donde leemos los elogios de este Rey de Salem, callan con especial cuidado, entre las alabanzas de un Sacerdote del Altísimo, la gloria de sus antepasados, y la vanidad de las genealogias.

Roma, Capital del Universo, fue el lugar que escogió la Providencia para dar á su pueblo *A MONSEÑOR CAMILLO DE NEUVILLE*; parece que esta grande alma, que algun día habia de unir en su persona la ciencia de gobernar los pueblos con la de santificarlos, mantener con una mano el trono, y con otra el Altar, y presidir en los mysterios del estado y de la Iglesia, no podia deber su nacimiento sino á una ciudad tan célebre, en donde se hallaban reunidas en una misma persona la autoridad del Imperio y del Sacerdocio.

La educacion que en los demás hombres sirve de adornar ó cultivar una materia tosca, ó ingrata, no sirvió en él mas que de manifestar las riquezas de la suya. En una edad en que apenas hay razon, ya se descubrian en él gran-

grandes reflexiones; y aún en las mismas diversiones de su niñez, yá casi se descubrian los primeros rasgos de sus grandes prendas; semejante á aquel grano Evangélico, que en su misteriosa pequenez manifestaba las esperanzas del incremento que habian de elevarle sobre las mas altas plantas, y cuyas sagradas ramas habian tambien de servir algun día de asilo á los pajaros del cielo.

Asi como los malos, segun dice el Profeta, se apartan del camino recto desde el seno de sus madres, nuestro Prelado sujetó sus pasiones á la razon en un tiempo en que los desordenes del corazon pasan por entretenimientos de la edad, venciendo sus apetitos, y jugando en su juventud con estos Leones, como se dice del piadoso Rey de Israel, que jugaba quando era joven con los Leones, del mismo modo que se suele jugar con los mas inocentes y mansos corderos.

En los elogios que se hacen de la mayor parte de los hombres extraordinarios, es preciso poner un velo á los primeros años de su vida; se olvidan, con un prudente disimulo, unos tiempos en que ellos se olvidaron de sí mismos; no se hace memoria de su infancia ni de su juventud; se empieza su historia por donde se puede dar principio á su elogio; y se vé que el Orador diestro presenta de repente su heroe en el teatro del mundo, casi del mismo modo que Dios crió á Adán; esto es, en una edad perfecta, y con uso de razon.

Y á la verdad, ¿qué cosa es la juventud, particularmente en las personas de cierta clase? Es una estacion peligrosa, en que los respetos de la grandeza no pueden servir de freno á las pasiones, antes bien con su autoridad facilitan los desordenes; es una fatal disposicion, en la que el vicio nada halla difícil ni vergonzoso; en que los placeres se hallan autorizados por la costumbre, la costumbre defendida con los exemplos que tienen fuerza de ley, los exemplos facilitados por el poder, y el poder puesto en execucion por los ardores de la edad, y por la viveza del

corazon. ¡Oh Señor! que sois el dueño de la fortaleza y de la sabiduría, ¿tiene vuestra gracia el poder suficiente, ó vuestros eternos consejos remedios bastante poderosos para preservar á una alma entre tantos peligros? Es verdad, Señor, que podeis hacerlo, ¡pero que pocas veces sucede de que useis de vuestro poder!

En esto fue privilegiado nuestro Arzobispo: ¿Pero en qué paro mi atención? Parece que voy á elogiar unos talentos comunes, sin reparar que lo que en otras ocasiones sería un asunto importante para la oracion, no puede ser aquí mas que puro entretenimiento.

Manifestemos de una vez este grande hombre á la frente de la Provincia, zelando los intereses y gloria de su Príncipe, cuidando de la fortuna y sosiego de los pueblos, siempre ocupado, y siempre superior á sus ocupaciones, mirando su obligacion como descanso, y contemplando el alivio de su pueblo como ocupacion propia suya; tan hábil en todas las materias, que para decidir no necesitaba de mas tiempo que el preciso para escuchar; tan docto, que sus decisiones siempre parecían dictadas por la misma sabiduría; penetrando lo futuro, cuidando de lo presente, y estudiando en lo pasado las resoluciones para su gobierno; con un entendimiento vivo, claro, y penetrante; con un juicio vasto, elevado y fecundo; con un corazon recto, noble, y afable; superior siempre á sus dignidades y grandeza; siempre compasivo de las miserias y desgracias; amigo sincero, Señor generoso, y Padre comun.

No quisiera que una piedad tímida y poco instruida desaprobese interiormente estas alabanzas que le tributo: Almas zelosas que me estais oyendo, yo respeto vuestra piadosa delicadez: Sé que, como enseña el Apostol, todo Pontifice es escogido de entre los hombres, solamente para aplicarse á lo que mira al culto de Dios: Que en el sagrado sosiego del Santuario no se debe introducir el tumulto de las ocupaciones del siglo; que los que, como dice

ce el Profeta, llegan á poner su boca en el cielo, no deben permitir que ande su lengua arrastrando sobre la tierra; y finalmente, que el mundo entero no es digno de ocupar unas manos destinadas á ofrecer dones y sacrificios. ¡Verdades santas, no os ignoro, ni vengo aquí á destruir lo que por razon de mi ministerio estoy obligado á edificar todos los dias en otras ocasiones!

¿Pero por ventura interesa tan poco á la Iglesia la prosperidad de los Principes, la seguridad de los Estados, la tranquilidad de los pueblos, la observancia de las leyes, que haya de mirar este cuidado como un cuidado profano? ¿La Dignidad Real no es la que protege y ampara al Sacerdocio? ¿El trabajar en utilidad de un Rey christianísimo, no es disponer triunfos á Jesu-Christo? ¿El Pontífice de la ley, muchas veces al salir del Tribunal donde acababa de sentenciar acerca de la fortuna y bienes de los hijos de Israel, no subia al Altar para pedir bienes invisibles, y una fortuna mas permanente? ¿Samuel no era á un mismo tiempo intérprete de los derechos del Rey, y de la voluntad del Señor para con su pueblo? ¿Santos Obispos de los primeros tiempos, no gozasteis vosotros de estas dos autoridades? ¿No era uno de los principales cuidados de vuestra pastoral obligacion el terminar las diferencias que nacia entre los fieles?

¿Pues por qué, quando baxo el gobierno de un Príncipe que hace á la Iglesia participante de sus victorias, y que divide con ella su fruto, se hallan algunas almas en quienes la providencia ha derramado estos raros y excelentes dones, necesarios para manejar los intereses de los Reyes, y el gobierno de los reynos, ¿por qué, vuelvo á decir, no se han de emplear en los cuidados del Imperio y del Sacerdocio? Ahora bien, señores, ¿en quién se manifestaron jamás estos raros y excelentes dones con mas resplandor, que en el Prelado cuya pérdida lloramos? no Pasaré en silencio que habia recibido del cielo uno de aquellos felices talentos, que hallan en su propio caudal

lo que no pueden dar ni el estudio, ni la experiencia á los que carecen de él; que ya nació instruido en el peligroso arte de gobernar los pueblos; que entre todos los misterios de la prudencia de los hombres solamente ignoró los que no quiso seguir; y que como aquel hábil caudillo del pueblo Hebreo, supo desde su niñez todos los secretos de la ciencia de los Egypcios. Tampoco diré que nunca hubo en los negocios obscuridad que él no aclarase, dudas que no resolviere, dificultades que no allanase, delicadez que no supiese manejar, peligro que no facilitase, ni trabajo que no venciese; que los negocios mas áridos siempre eran inferiores á su talento, y que aunque ocupado á un mismo tiempo en mil cuidados, se dedicaba todo entero á cada uno de ellos. No os parezca, señores, que esto es un puro hyperbole con que finjo á mi modo una fantasma que intento presentaros como verdadera idea; me parece que no hay quien desde luego no haya conocido de quien es el retrato que os acabo de presentar, pero no quiero detenerme en esto.

Persuadido nuestro ilustre Prelado á que los mas distinguidos talentos son inútiles ó peligrosos quando no se arregla su uso por la obligacion, ¿qué amor no tuvo á la persona del Monarca? ¡Ah! si pudiera yo haceros aqui presentes aquellos calamitosos tiempos, en que la menor edad del Príncipe, la ambicion de los Grandes, los intereses de los Ministros, y no sé que espíritu de rebelión y de mudanza que en algunos siglos se suele apoderar del espíritu de los pueblos, hicieron experimentar sucesivamente á la Francia todas las desgracias de las disensiones domésticas! ¡Ah! si pudiera yo representaros con especialidad aquel fatal momento, en que declarada la capital del reyno por cabeza de la rebelión, ganadas ya Borgoña, y la Guiena, dispuesto á seguir las el Delfinado, y no esperando mas que el exemplo de esta Provincia, nuestro ilustre difunto, instado por todas partes, decidió con su firmeza de la fortuna del Monarca, y de la de la Monarquía!

Pe-

¿Pero es acaso necesario para representaros la paz y tranquilidad que debió la Provincia á sus cuidados, mezclar en una ceremonia, instituida para honrar el pacífico sueño de los justos, las funestas imágenes de la guerra y de la rebelión, esparcidas por todas partes? ¿Es acaso necesario para exponeros el mérito de su fidelidad, traer os á la memoria tantas lastimosas caídas, con las que faltó poco para que se arruinase todo el Estado? ¿Es acaso necesario para alabar en él las esperanzas que abandonó, y las ofertas que desprecio, insultar las cenizas de los que solicitaron declararse contra su obligacion, y convertir el elogio de un particular en una invectiva pública? ¡Ah! no lo permita Dios; mejor es que esta gloria se sepulte con él en el sepulcro. Los libros santos nos enseñan que las virtudes de un justo que ha muerto, se deben proponer para condenar los vicios de los pecadores que viven actualmente, y no para manchar la memoria de los que ya no existen.

Pocas veces sucede que en estas desgraciadas revoluciones se halle un hombre dotado de todas las prendas necesarias para el gobierno; todos anhelan á tener parte, aunque sin conocimiento, en los negocios públicos; mas quieren ser necesarios en las asambleas de los malos, que inútiles en el partido de los justos: Con pretexto de buscar medios para manifestar su mérito, buscan para su ambicion ocasiones de culpa y de afrenta; y muchas veces abandonan su obligacion, sin mas motivo que no haberla podido desempeñar dignamente y con lucimiento. Unos talentos tan vastos como los de nuestro Prelado no debian ceñirse á el cuidado de una sola Provincia; pero mirando con indiferencia salir la abundancia y gloria de los malos del seno de su misma iniquidad, siempre estuvo contento con su fortuna, porque el estado lo estuvo siempre con sus servicios.

Si, señores; el Estado estuvo siempre contento con sus servicios; no quisiera dar aqui en el exceso de un

afectada eloquencia; hablemos sin artificio, pues en esto nada se arriesga: ¿Quántos cuidados y fatigas no empleó gloriosa y constantemente por espacio de mas de cinquenta años, en mirar por los intereses de sus Príncipes! Siempre vigilante, sin que nada se ocultase á la fuerza de su entendimiento; siempre intrépido, sin que nada pudiese trastornar la firmeza de su corazon; siempre infatigable, sin que nada pudiese abatir la flaqueza de su cuerpo. ¿Quántas veces, con unos consejos dados en tiempo, supo, ó corregir unos abusos que parecian irremediables, ó precaver unas inevitables desgracias, ó proporcionar unas felicidades no esperadas! Al mismo tiempo que en las demás Provincias esperaba la heregia unos golpes mortales para expirar, y quando era preciso labrar aquellas piedras espirituales, para poderlas colocar en el sagrado edificio de la Iglesia; nuestro sabio Prelado no se vale de otras fuerzas mas que de las de la razon para ganarlas, y como Salomon, edifica un Templo á la verdad, sin valerse del hierro, y sin dar ni un golpe con el martillo. ¿Quántas veces se le vió aún entre los desórdenes del Estado, respetado de los mismos rebeldes, caminar por medio de sus exércitos, y llevar al pie del trono el tributo de su constancia y fidelidad?

Bien sabeis, señores, que ni las injurias del ayre, ni la incomodidad de las estaciones, ni las enfermedades de la edad, ni lo vivo de los dolores, ni el peligro de los males presentes, ni el temor de los futuros, nada de esto le servia de obstáculo. Escuchad, almas entregadas á vuestros sentidos, y para quienes la sola ausencia del placer es un verdadero suplicio; de la misma cama de su dolor hizo un nuevo tribunal, en el que le vimos con un espíritu tranquilo y sereno reglar las necesidades de la providencia, y los intereses del Estado. Muy distinto de aquellos dioses, de que habla el Profeta, que tenían ojos y no veian, pies y no caminaban, manos y no usaban de ellas: él habia perdido el uso de la vista por sus lar-

gas y continuas fatigas, y con todo eso todo lo veia; habia perdido el uso de los pies, y volaba adonde le llamaban los intereses del Príncipe; el de las manos, y no obstante á todo daba movimiento: ¿Quáles eran vuestros justos temores, y quántas veces le reconveniais respetuosamente en este particular, vosotros los que despues de tanto tiempo viviais unidos á su persona y servicio? Repetid aquí aquellas vivas y tiernas expresiones, que os hacia decir entonces el amor que á él y á la Provincia teniais: Repetid las magnánimas y generosas respuestas que le inspiraba su amor al Príncipe.

¿Pero no le vimos en estos últimos dias, al oir el ruido de una comocion popular, recoger las reliquias de su alma desfallecida, juntar si es lícito decirlo así, las ruinas de un cuerpo ya deshecho, hallar en la viveza de su zelo vigor para sus fuerzas desfallecidas, dexar, como Moysés, el sosiego de su montaña, é ir á restablecer la paz en el pueblo, restableciendo como él la abundancia? Sí, señores, á las primeras noticias que tuvo del tumulto, sin que le pudiese detener el cuidado de su salud, que tanto aprecian los ancianos, parte de su casa, vuela, se dexa ver, y todo queda tranquilo. ¿Qué hombre es este, que los mares y los vientos se precian de obedecerle? ¿Pero adonde me lleva sin pensar el orden del discurso? ¡Ah! Ya casi toco el fatal momento que nos le arrebató, y al mismo tiempo que os refiero una accion gloriosa, no reparo en que es la última de su vida, y aún acaso la funesta causa de su muerte; pero no aceleremos un espectáculo tan triste.

Casi en todos los siglos ha visto la Francia en la escena de su gobierno alguno de aquellos hombres hábiles, que parece nacieron para manejar los intereses de los Príncipes, y para dar movimiento á las infinitas máquinas del Estado. Pero ¡ay! muchas veces, cargados, tanto con el odio, como con los negocios públicos, se les ha mirado, durante su vida, mas como á instrumentos de la divina

venganza, que como á Ministros del poder del Príncipe; murieron con el triste consuelo de haber tenido mérito para desagradar á todo un reyno; y esto consiste en que el mismo zelo que nos une al Príncipe, muchas veces nos hace inexôrables para con el público; en que el mismo crédito que nos hace necesarios á los demás hombres, nos hace tambien mirar algunas veces á los demás hombres con desprecio. Pero hoy llamo por testigo á la fé pública, decidme: Reconoceis dentro de aquel sepulcro al comun padre á quien lloramos? Al mismo tiempo que era necesario para todos, ¿no tenían todos la facilidad de llegar á él? ¿No habia arruinado aquella funesta muralla de separacion, que una costumbre poco christiana pone entre los Grandes y el pueblo? ¿Era acaso necesario para llegar á hablarle comprar el favor de un criado, ó merecer con largas y molestas concurrencias el favorable momento de ver al Prelado? ¿El nombre de los pobres no era un nombre de mucho honor á su vista? ¿Era acaso su gabinete como el Santuario del Templo de Jerusalén, en el que nadie podia entrar sino con ornamentos preciosos, y con un adorno magnifico? ¿Tenia acaso sobre su frente aquellas odiosas señales de poder, que parece están echando en cara á los demás hombres su miseria, ó su dependencia? ¿No habia conciliado la grandeza con la afabilidad? Finalmente, ¿conocieron jamás los que se llegaban á él la autoridad que tenia, sino quando concedia gracias?

¿Qué leccion para vosotros, hombres vanos, que apenas habeis salido de entre el pueblo, en donde os dexaron vuestros mayores, y apenas os hallais constituidos por alguna dignidad defensores de sus derechos; quando ya afectais no volver ácia él los ojos, como si temierais encontrar con la memoria de vuestra antigua baxeza. ¡Ah! el sepulcro confundirá vuestras cenizas con las de las almas viles, y el Señor hará secar la raiz de vuestra soberbia posteridad, é ingertará en ella otra, que conozca la justicia, y produzca misericordias.

¿Cuán-

¿Quántas veces admiramos en él aquellos talentos vastos y seguros, que siempre saben hallar el punto difícil de los grandes sucesos, y aquel agrado popular que tiene por descanso el cuidar de las familias, que atendiendo á los intereses domésticos, no sabe negarse á las necesidades particulares, ni dexarse ver con un rostro inquieto y desapacible, que aflige aún mas que la misma negativa? Sus manos, como las de la muger fuerte, despues de haberse ocupado en los mas arduos negocios, sabian dedicarse tambien á las ocupaciones mas humildes? Y si fuera lícito decirlo en un discurso christiano, ¿no nos acordaban aquellos Romanos tan celebrados, que despues de haberse visto á la frente de los negocios públicos, y dispuesto del destino de Roma, al volver á sus casas cubiertos de gloria, sabian en un hogar simple y rústico componer las diferencias de sus domésticos, como si jamás hubieran sabido practicar otras funciones mas honoríficas?

En los infinitos ramos del comercio de esta gran ciudad, ¿hubo acaso alguno, por despreciable que fuese, adonde no le viesemos acudir con gusto, manteniendo con su autoridad la paz y la buena fé, que son el nervio de todo comercio? ¿No arreglaba muchas veces los vastos proyectos con la prudencia de sus consejos, y con la capacidad de sus luces? Ese nuevo tribunal, que hace á esta ciudad como árbitra del comercio de todo el reyno, que tanta oposicion halló en su establecimiento, y adonde desde las mas remotas Provincias vienen á oír la decision de todos los negocios en que se hallan interesados nuestros ciudadanos, ¿no es un público monumento del crédito que tuvo con el Príncipe, y de su amor al pueblo? Es verdad que nosotros siempre le merecimos sus primeros cuidados; ¿pero se reducía acaso todo su cuidado á nosotros? La aplicacion que siempre tuvo á conocer, y arreglar aún los mas pequeños intereses de la Provincia, ¿no daban á entender que era un Magistrado par-

particular de cada pueblo de los de su gobierno.

Bien conozco, señores, que vosotros estais aqui añadiendo lo que yo no digo, y supliendo lo que explico tan debilmente; os estais acordando de mil circunstancias que yo, ó callo, ó ignoro; cada uno de vosotros acordándose ahora de algun beneficio particular me está ofreciendo en secreto materia para aumentar este pasage de su elogio. ¡Ah! ¡Que no haya de ser permitido á vuestro dolor y á vuestro agradecimiento el poder explicar aqui lo que estais pensando! Diriais, pero con terminos mucho mas vivos y enérgicos que yo, que libró al pobre de la tiranía del poderoso, que en tanto amaba á los Magistrados subalternos, en quanto ellos eran amados del público; que su mayor dicha era contribuir con sus cuidados á la comun felicidad; que era mas zeloso del lugar que ocupaba en nuestros corazones, que del que tenia en el reyno; que no conocia vuestros nombres, vuestras familias, ni vuestra fortuna, sino por los favores que os habia hecho; que muchas veces, depositando en su pecho los deseos é intereses públicos, los habia presentado al pie del trono con un respetuoso valor, y sin aquellos tímidos disfraces, injuriosos al Príncipe, cuya gloria exponen, é injustos para el público, cuyos derechos sacrifican, ¡exemplo raro, y que él solo merecia todo un discurso! En una palabra, que era el padre, la defensa, y la proteccion de la provincia, la esperanza, la alegría, y las delicias de esta ciudad.

Nobleza ilustre, á quien distinguió siempre con tanto agrado, y á quien honró con su mas estrecha familiaridad, ¿no os sirve de confusion el acordaros de la confianza con que le constituíais árbitro de vuestras diferencias? ¿Qué disensiones no ahogó en su nacimiento con su prudencia? ¿Quántos rencores inveterados, y que muchas veces suelen ser inmortales entre los nobles, no apagó con su autoridad? ¿Quántas pretensiones injustas, quántos derechos dudosos no aclaró con su penetración?

¿Cuán-

¿Quándo se vió amigo mas sincero y generoso? Bien lo sabeis, Cabildo ilustre de la mas noble Iglesia de Francia; es verdad que nunca faltan aduladores á la grandeza, pero regularmente faltan amigos á los Grandes: como estos no aman sino á su fortuna, nadie ama en ellos sino esta misma fortuna; la amistad, este suave consuelo de todos los pesares de la vida, como dice el Sabio, este agradable lazo de la sociedad, este único placer del corazón es para ellos un vínculo molesto, y un placer enfadoso; y asi como ellos solamente viven para sí mismos, nadie los ama sino por su propio interés. Pero pregunto: respecto de nuestro Prelado, ¿se dirigian vuestros respetos á su dignidad, ó á su persona? Quando le pediais algun favor, ¿os daba lugar para que le esperaseis? Si pudo conocer vuestro deseo, os dió lugar para que se le pidieseis? Despues de concedido, ¿sufrió jamás vuestras justas demostraciones de agradecimiento? Delicado placer, y que me parece ser la mas inocente recompensa del beneficio.

Es verdad que esta virtud podia ser una pura obstentacion; podia suceder que al mismo tiempo que era tan officioso á la vista del público, se desquitase de esta molesta ficcion dentro de su propia casa; pero, ¡o casa afligida de este grande hombre, tú puedes responderme! Bien conozco que en esto renuevo tu dolor: ¿hubo jamás Señor mas compasivo y generoso? ¿No bastaba tener el honor de servirle, para no tener necesidad de servir á nadie? Viviendo seguro de vuestro afecto, ¿no atendia con mas cuidado á vuestra fortuna, que á vuestra fidelidad? ¿Era acaso como aquellos hombres vanos y altivos, que se persuaden á que nos hacen gran favor en permitirnos que seamos del número de sus esclavos, queriendo que los mismos servicios que les hacemos nos sirvan de recompensa? Finalmente, ¿os pedia vuestros respetos como tirano, ó se grangeó vuestro amor como verdadero padre?

¿Que no pueda yo pasar de sus acciones á explicaros los fines que le movian? Jamás hubo alma que hiciese ac-

cio-

ciones mas heroicas, ni por fines mas sublimes: le parecia que sus mas laudables empresas perdian su estimacion luego que eran alabadas; el darle á conocer el mérito de sus acciones era desagradarle; y los que se llegaban á él para representarle sus méritos, necesitaban disimular que conocian los de este Prelado.

Sagrados Ministros de la palabra Evangélica, ¿ cuántas veces al mismo tiempo que os abria la boca para que anunciaseis la verdad, os la cerró tambien para que callaseis las que podian mirar á él?

Y yo mismo no me veo hoy obligado con este público elogio á quebrantar, no solamente sus amados deseos, sino tambien las últimas voluntades de los muertos, que son como unas preciosas reliquias, á las que no es lícito tocar, y á las que una especie de religion civil ha hecho casi tan sagradas para los hombres como las mismas cenizas y despojos de sus sepulcros: Pero, ¡ó alma generosa y modesta! era preciso que tuvieses la gloria de reusar las alabanzas, y que un justo agradecimiento tuviese la libertad de tributartelas.

¡ Ah! alma benéfica y generosa, si despues de la dissolution de ese cuerpo terrestre podeis aún ser sensible á la gloria de la tierra, volved alguna vez la vista á estos afligidos ciudadanos con la misma utilidad que soliais mirarlos otras veces: venid á recoger en las lágrimas que mezclan con vuestras cenizas, y en los tristes suspiros con que honran vuestras exéquias, la mas dulce recompensa de vuestras fatigas, y el mas sincero tributo de su agradecimiento: venid á ver al mayor de los Reyes del mundo, no ya dandoos honrosas señales de estimacion y confianza, y recibiendoos con tanta distincion entre los Grandes de su Corte, sino no pudiendo negaros las señales de su dolor, en medio de los regocijos y aclamaciones de sus victorias, y pensando unicamente en vuestra pérdida, al mismo tiempo que toda la Europa solo piensa en sus conquistas.

Aquí

Aquí debiera yo poner fin á su elogio, pues el sentimiento de Luis el Grande nada dexa que decir. Pero podré pasar en silencio aquella gloriosa carta que ha visto toda la Francia, tan digna de conservarse en nuestros annales para la posteridad, en la que se vé aquella Real mano ocupada en dexar á los venideros un elogio digno del gran CAMILO, y de toda su ilustre familia? Yo no puedo ponderar bastantemente una circunstancia de tanto honor á su memoria; lo que yo pudiera decir nunca sería suficiente para explicar lo que pienso; las palabras de los Reyes tienen cierta energia, á la que no equivale todo un discurso; en esta carta, Luis el Grande pide por la conservacion de la salud de nuestro Prelado, y pareciéndole que como en otro tiempo el viejo Jacob al acercarse su muerte, sentia restablecerse sus fuerzas al ver el baston del mando en las manos de Josef; del mismo modo nuestro glorioso anciano recuperaria las suyas, al ver á su ilustre sobrino honrado con el baston de Mariscal de Francia; en ella le exôrta este gran Príncipe á que vuelva á su Corte, y le asegura que *nadie, sin excepcion de personas, tendrá tanto gusto en verle como él*. Reynad Príncipe, únicamente digno de ser servido, pues solamente vos sabeis honrar tan distinguidamente á los que os sirven; esto es lo mas que puedo deciros.

¿ Pero podré pasar en silencio que este gran Príncipe se dá á sí mismo el parabien de haber hecho justicia al mérito de nuestro ilustre Gobernador? ¿ Esta sola expresion no trae á vuestra memoria su grandeza de animo, su elevacion de espíritu, otras prendas dignas aún de mas alta fortuna, y mil acciones gloriosas que ninguno de vosotros ignora, y que la palabra de paz, cuyo Ministro soy, me prohíbe el repetir en este puesto? ¿ Podré omitir que honra en ella con un glorioso monumento, y con un agradecimiento perpetuo, la memoria de aquel prudente y valeroso Mariscal, que sembró en su real animo la primeras semillas del valor y de la prudencia, y que

Tomo VIII.

H

fué

fué el primero que supo delinear á Luis el Grande? ¿Qué gloria para esta ilustre casa!

Pero, ¡ó muger ilustre que me estás oyendo! (\*) el oprobrio de Jesu-Christo ha tenido para vos mas atractivos que toda la pompa de Egipto: Aunque he referido las glorias de vuestra familia, no ha sido mi intento debilitar vuestra fé, sino ayudar vuestro reconocimiento, y manifestaros los peligros de que os ha librado la gracia, en vez de haceros estimar los falsos bienes, y los vanos honores que tan generosamente habeis despreciado.

Pasemos á la última parte de este discurso; ya os he manifestado como sus talentos le hicieron necesario al Principe, y útil al pueblo; ahora os haré ver que fue fiel á Jesu-Christo, y útil á la Iglesia por sus virtudes christianas y Episcopales.

### SEGUNDA PARTE.

**C**onfieso que es cosa gloriosa para un Pontífice Sagrado el haber sido, segun parece, formado por las manos del Altísimo para manejar los intereses de los Reyes, y la fortuna de los reynos. Esto, sin duda alguna, hace mucho honor á su memoria; pero si al mismo tiempo que honra al Príncipe no teme al Señor, si al mismo tiempo que vela sobre los miembros del Estado, tiene cerrados sus ojos para los miembros de Jesu-Christo, será inútil que á costa de grandes fatigas adquiera una gloria fragil para con los hombres, porque nada tiene de sólida en la presencia de Dios. *Habet gloriam, sed non apud Deum. Procuremos que los hombres nos miren, decia en otro tiempo San Pablo, como Ministros de Jesu-Christo, y Dispenseros de los Misterios de Dios.* Ahora bien, señores, ¿cómo hemos de distribuir fielmente estos misterios terribles, si no conocemos su grandeza, y nues-

(\*) *Madama de Villeroy, Carmelita.*

tra miseria? ¿Qué fé tan viva y tan perfecta no se necesita para esto? ¿Cómo los hemos de distribuir santamente si estas divinas luces no sirven de regla indefectible á nuestras costumbres, para lo qual es necesaria una gran pureza? Además de esto, para ser asociados al ministerio de Jesu-Christo es necesario ocuparse enteramente en descubrir las necesidades de los fieles, y para esto es necesaria una gran vigilancia. Es necesario estar siempre dispuestos á aliviarlos, y para esto se necesita de una grande caridad.

Y á la verdad, ¿qué cosa es el honor del Obispado, si atendemos á lo que nos dictan la carne y la sangre en este punto, y si juzgamos de él por la miseria y relajacion de estos últimos tiempos? Hoy se mira como un puesto eminente, que puede pretenderse, que es cosa gloriosa el conseguirle, y de mucho gusto el gozarle; como un título de honor y sin obligaciones, que conserva todos los honores del Sacerdocio, repartiendo á los demás las fatigas como si fueran favores, y como una autoridad descansada, que á la sombra del fausto que la rodea decide del trabajo de los que llevan el peso del dia y del calor: Pero si consultamos al Padre de las luces, y si registramos aquellos siglos de fervor y pureza, el Obispado era un peso temible y santo, que nunca se deseaba sin temeridad, el que nadie se imponía por sí mismo sin profanarle, y baxo el qual se debia gemir con temor y temblor; era una penosa servidumbre, que al mismo tiempo que nos constituía superiores á los demás, nos hacia responsables de todos; un ministerio de amor y de humildad, que constituía al Pastor depositario de las misericordias del Señor, y de las miserias de los pueblos; ¡ó siglos de tanto honor para la fé, santa antigüedad, tan conocida en nuestros tiempos, y tan poco imitada, tiempos felices, dónde estais!

No diré, señores, que nuestro grande Arzobispo, á exemplo de Jesu-Christo, no se constituyó por sí mis-

mo Pontífice; que los deseos del Príncipe se anticiparon á sus deseos, y que le fué presentado el honor del Sacerdocio antes que él mismo se ofreciese á él. ¿Pero me he de atrever á decir, ni será creíble, que la fé en medio de estar tan resfriada, es aún capaz de los esfuerzos de su primitivo fervor? Mas instancias se le hicieron á él para que se resolviese á cargar con este sagrado peso; que las que suelen hacer otros para conseguirle: Empleó tanto tiempo en reusarle, como suelen emplear otros para obtenerle; en una palabra, fué hecho Obispo despues de haberlo resistido.

Persuadido á que vos reprobais muchas veces, ¡ó Dios mio! los consejos de los Príncipes, ¡quántas veces derramando su corazon al pie de vuestros Altares, os pidió, como en otro tiempo Moysés, que enviaseis para gobernar este numeroso pueblo al que habiaís señalado en vuestros eternos consejos? ¡Quántas veces poniendo en vuestras manos la suerte de su alma, y la de su dignidad, os pidió que le libraseis, ó de las flaquezas de aquella, ó del terrible peso de esta? ¡Ah! puede ser que esto consistiese en que alumbrado con vuestra santa gracia, veía en su corazon algunas reliquias de aquellos deseos del siglo que una santa disciplina ha desterrado del Santuario, y que sin duda ofenden la excelencia y gravedad del Sacerdocio christiano. Pero con todo eso, Señor, no quisisteis que otro recibiese su Obispado: Le ungisteis con la uncion santa, y aflojasteis, al parecer, un poco en la severidad de vuestras leyes, á favor del que algun dia las habia de hacer observar con tanto cuidado y bendicion.

No os parezca, señores, que este es un elogio de puro cumplimiento; no permita Dios que yo afrente de este modo mi ministerio, ni que venga á insultar á la verdad hasta en los mismos Altares en donde se le adora. Vosotros mismos lo sabeis; vosotros, los que tuvisteis el triste consuelo de recoger sus últimos suspiros. Pero estoy yo acaso destinado á acordaros continuamente una

memoria tan amarga? Vosotros visteis á su alma, quando estaba para separarse de su cuerpo, buscar consuelo acerca de las inmensas obligaciones de su ministerio, del que estaba ya para dar cuenta, en la memoria de los temores que habia padecido al tiempo de aceptarle, y esperar tener lugar en el seno de Abrahám; solamente porque siempre le habia reusado en el Santuario.

¿Pero qué podreis responder vosotros en el Tribunal de Jesu-Christo, vosotros, cuya mas inocente accion al tiempo de entrar en la herencia del Señor ha sido el desealarla; que debeis á unas profanas ruindades una elevacion tan santa; que habeis subido arrastrando al trono Sacerdotal; que habeis llegado á sentaros en el Santuario del Dios vivo, sin mas mérito que haber estado mucho tiempo de pie en las antecámaras de los Grandes; y que jamás os hubierais visto colocados sobre los demás hombres, por usar de la expresion del Profeta, si no os hubierais puesto mil veces infamemente á sus pies.

Las mismas luces con que vio lo elevado del ministerio, le sirvieron tambien para conocer hasta dónde debia llegar la pureza del Ministro. Conoció que era un espectáculo monstruoso el ver las manos del Pontífice manchadas, unas veces levantadas al cielo para alcanzar aquellos preciosos rocíos que consuelan las conciencias, otras veces estendidas sobre las sagradas cabezas, derramando en las almas los angustos é indelibles caracteres del poder, y sellándolas con el sello del Señor; otras veces bañadas en la sangre del Cordero, entre el sagrado ruido de los cánticos y el humo de los inciensos, presentando con solemnidad al Dios Santo el terrible sacrificio; otras veces arrojando sobre los pecadores rebeldes unos rayos con que debiera ser herido él mismo; otras ofreciendo á los pecadores arrepentidos unos tesoros de que él se hallaba indigno: El ver una boca impura ofreciendo entre los terribles Misterios el beso de paz á unos Ministros puros é irrepreensibles; otras pronunciando las místicas palabras

y criando en el Altar el pan sagrado, que sirve de sustento á los Angeles, y el suave vino que engendra Vírgenes; otras santificando los Templos de Sion, y haciendo baxar á ellos la gloria del Señor con augustas dedicaciones; otras consagrando en ellos á Jesu-Christo unas Vírgenes inocentes; y otras finalmente contando las justicias y maravillas de su alianza.

¿Con qué honor y con qué santidad poseyó siempre el vaso de su cuerpo, por hablar con el Apóstol? No parece que había llegado á aquel punto de pureza Sacerdotal, como se explica San Gerónimo, que hace que la virtud mas penosa á la naturaleza nos sea como natural, y que, por decirlo así, acostumbra el corazón á resistir á todos los objetos que pudieran mancharle: ¿Se le vió jamás, no digo envilecer la magestad del Sacerdocio con la indignidad ó flaqueza de una pasión, pero ni aún abatirla á la ociosidad y diversion de las conversaciones? Y no os parezca, señores, que esta circunstancia era en nuestro Prelado efecto de su ancianidad, ó de aquellas tardas reflexiones, que mas se deben á los años, que á las disposiciones del corazón; que mas sirven de adornar las ruinas del cuerpo, que de reparar las del alma; en las que tiene mas parte el respeto humano, que la gracia; y que no tienen otra cosa de virtud, mas que la imposibilidad para ser vicios: Nuestro Prelado no hizo mas que recoger en el invierno lo que había sembrado en los días de su primavera; sus pasiones se manifestaron apagadas en su ancianidad, porque las había reprimido quando empezaban á nacer; y en una tan dilatada carrera de mas de ochenta años, jamás se conoció la sensibilidad de su corazón, sino por el horror que tuvo al vicio.

¿Quién puede ignorar las mitigaciones y condescendencias que en este punto ha introducido la costumbre? ¡Ah! esta flaqueza ya casi ha perdido su nombre y su infamia entre nosotros: Es una lepra que ya no aparta del Santuario: Los ojos christianos están ya acostumbrados á mi-

mirar sin horror levantarse un fuego profano del mismo Altar en donde arde el sagrado fuego; y al mismo corazón, que acaba de suspirar en secreto delante del Idolo; presentar públicamente al Dios Santo los suspiros, y súplicas de toda la congregacion de los fieles.

Santas y piadosas constituciones, en que atendia con tanto cuidado al pudor de los Ministros de Jesu-Christo, en donde renueva las mas antiguas leyes de la Iglesia acerca de la edad de las mugeres de que deben servirse para el gobierno de sus casas, temiendo que los mismos cuidados que se emplean en la vida del cuerpo, no sean cuidados mortales para sus almas, vosotras sois los preciosos frutos del amor que tuvo á esta Sacerdotal virtud.

¡Ah! si no me prohibieran los libros santos revelar la infamia de los que se presentan en el Altar, os le representaria en una parte aterrando á los Ministros escandalosos con la saludable severidad de las penas Canónicas, y colocando otros vasos de honor en el lugar de los vasos de infamia y de ignominia: En otra, alargando la mano con amorosas reconvenções á los que la enfermedad de la carne habia precipitado en el abismo, y sacando lágrimas de dolor de los mismos ojos, á quienes acaso la pasión habia hecho derramar lágrimas delinquentes; otras veces, por ultimo descubriendo con piadosos artificios de caridad la infección de los sepulcros blanqueados, cuyos delitos parece que descansaban á la sombra de la virtud, y haciendo derramar un olor de vida á los que hasta entonces no habían esparcido mas que un funesto olor de muerte.

Sábios y zelosos Coadjutores de su Obispado, interrumpid aqui los elogios que le tributo, si os parecen excesivos; pero no, bien podeis añadir que el amor que tuvo á esta virtud fue mas fuerte que la muerte, y que se estendió este amor hasta el cuidado que tuvo de su sepulcro: Que no obstante el exemplo del Salvador, no quiso que las mugeres de Jesusalén tributasen los ultimos respetos á su cuerpo, y que fue zeloso de su pureza hasta en

un tiempo en que no podia gozar de su mérito. Pero acaso le basta á un Obispo el haber cuidado de sí mismo? No es tambien preciso que para que cumpla toda la justicia (1) haya cuidado del rebaño de Jesu-Christo?

Acordaos pues, señores, del triste estado en que se hallaba esta dilatada Diócesis, esta Iglesia tan venerable, que trae su origen desde los tiempos Apostólicos, que fue la primera de nuestras Gaulas, que recibió del Oriente las riquezas del Evangelio, que vió llegar, y recibió con alegría á los Photinos é Ireneos, aquellos hombres divinos, teñidos aún con la sangre de Jesu-Christo que acababa de derramarse, y que al mismo tiempo que publicaban la fé, esparcian tambien por todas partes un espíritu de mortificacion y de martyrio: Esta Iglesia, que formada con sus trabajos, y fortalecida con su doctrina, mereció por ultimo ser ilustrada con su sangre, y que aún hoy conserva la primera distincion en el reyno, por haber sido la primera que recibió las luces de la fé; acordaos, vuelvo á decir, del triste estado en que se hallaba quando nuestro illustre Arzobispo fue llamado á su gobierno.

¡Ah! todo el esplendor de esta hija de Sion estaba obscurecido; sus Profetas ya no tenían visiones, y si tenían algunas, eran falsas; sus solemnidades y Sabados casi no eran mas que disoluciones supersticiosas; las piedras del Santuario estaban indignamente despreciadas en medio de las plazas públicas; la lengua de los que debian repartir la leche de la doctrina estaba pegada á su paladar; el oro y la plata eran casi los únicos canales por donde corria hasta nosotros el agua de los Sacramentos; y Leon, esta ciudad santa, á la que la dignidad de su trono la constituye cabeza de tantas Provincias, gemía en una especie de triste viudez, y casi se habia hecho tributaria de Garizim. *Princeps Provinciarum facta est sub tributo.* (2)

Pero hablemos con mas claridad; el Sacerdote admi-

(1) *Actor. 20. v. 28.* (2) *Thren. 1. v. 2.*

tido sin precaucion á las funciones de este cargo, cumplía con ellas indignamente; el fiel, permaneciendo toda su vida en un profundo olvido de nuestros misterios, y de la ley de Dios, moria tranquilo, confiado en la buena fé de la ignorancia y desórdenes del Ministro; y la heregía, que como el ejército de los Asirios no acomete á Jerusalén sino á favor de las tinieblas, se aprovechaba de estas para trastornar sus muros, y cautivar á los verdaderos adoradores hasta dentro del mismo recinto del santuario.

Ya habia mucho tiempo que no habia visto esta Iglesia á sus Pontífices ir como nubes santas á derramar saludables rocíos sobre las diversas provincias de su jurisdiccion; los ancianos, que en lo mas retirado de sus aldeas habian tenido el consuelo de verlos, lo contaban á sus nietos como un suceso prodigioso; y si se me perdona la expresion diré, que la aparicion y curso anual de estos santos astros habia llegado á ser un fenómeno casi tan raro y prodigioso como la de los cometas.

Pero no permita Dios que yo intente aquí manchar su memoria, por honrar la del Prelado á quien lloramos: venero como debo las sagradas cenizas de esos grandes hombres; sé que tuvieron la desgracia de vivir en unos tiempos infelices; que estos desordenes mas eran vicios de su siglo que de sus personas; y que si no procedieron mejor, fue porque entonces no habia proporcion para ello.

Estas eran las ruinas de la casa del Señor quando vimos entrar en ella á nuestro Pontífice. ¿Quáles fueron entonces nuestras aclamaciones y nuestros tiernos regocijos? Templo magestuoso, en donde la uncion santa se derramó sobre su sagrada cabeza, tú nos viste mientras duró la alegre solemnidad de esta augusta ceremonia, con las manos levantadas al cielo, dirigir el suave perfume de nuestras oraciones y de nuestro agradecimiento hasta los pies del trono del Cordero, darle gracias de haber dado por Obispo á esta ciudad al que el mismo Prin-

cipe la habia dado por Gobernador, y suplicarle que hiciese renacer los días y bendiciones del Obispado del Grande Ambrosio, pues hacia revivir su historia, y casi todas sus circunstancias.

Este pasage me acuerda, señores, la primera edad de su ministerio, y estoy viendo á esta dilatada Diócesis como un cahos informe y tenebroso, que poco á poco se vá descubriendo, y cada dia ofrece á mi vista nuevos espectáculos.

En una parte se levantan sucesivamente casas de retiro, públicos manantiales del espíritu Eclesiástico, escuelas del Sacerdocio y del Apostolado, y Seminarios piadosos, tan necesarios entonces, y tan raros en el reyno, en donde lexos del comercio del siglo, y á la vista de Directores graves y consumados, se salva en tiempo la inocencia de los Clerigos del contagio del mundo, en donde se purifican los corazones que algun dia han de ofrecer á Dios las súplicas de los hombres, y en donde con las semillas de doctrina y verdad que se siembran en una sola alma, se vé crecer la suave esperanza de la conquista de otras muchas.

En otra parte, por los cuidados de un Ministro sabio é infatigable, los Pastores juntos conferencian entre sí acerca de lo que mira al reyno de los cielos, se comunican sus dudas y sus doctrinas, aprenden las mas puras reglas de las costumbres, los medios para dirigir con seguridad las conciencias, oponen la ley de Dios á las interpretaciones de los hombres, aprenden á huir igualmente de aquel zelo desabrido é indiscreto, que sin atender á nada acaba de romper la caña ya quebrantada, y de apagar la lámpara que aún arroja humo, y que con las extremas dificultades con que presenta la observancia de la ley, casi dá á los pecadores nuevos motivos para quebrantarla, como tambien de aquella indigna condescendencia, que queriendo allanar los caminos del Señor no hace mas que abrir precipicios á los fieles.

Aqui

Aqui le miro fundando útiles retiros, adonde pudiesen acudir los Pastores á reparar con el silencio y con la oracion las distracciones que suelen ser inevitables en su ministerio: Allí veo salir de aquel nuevo Cenaculo unas sagradas tropas, que van á recorrer de un modo apostólico nuestras aldeas, imitando, tanto en los prodigios, como en los trabajos, á los primeros discípulos; en una parte se ponen los fundamentos de un sagrado edificio, en donde se evangeliza á los pobres, en donde los pequeños hallan el pan que sirve de sustento al alma, el que hasta entonces habian pedido tan inutilmente como el que sustenta al cuerpo; en otra, muchas nuevas Comunidades de ambos sexos están implorando nuevas bendiciones.

Pero no advierto que esto mas parece historia que elogio: ¿Quereis, señores, que os represente á nuestro infatigable Pontífice presidiendo por sí mismo á tan piadosos establecimientos? Unas veces recorre esta dilatada Diócesis, y hace que los pueblos de la campaña vean por fin un Obispo: otras, desde su palacio Episcopal, dá movimiento á las diversas máquinas que sirven de socorrer las necesidades espirituales de esta gran ciudad: otras, zeloso de los venerables derechos de su Silla, se le vé resuelto á no ascender á una de las primeras Dignidades del Estado, por no degradar á su Iglesia del honor y dignidad de primera Iglesia de Francia.

¿Os le representaré sufriendo las fatigas de la administracion de los Sagrados Ordenes en las mas numerosas concurrencias? ¡Ah! Poco tiempo há que le vimos, á pesar de lo abanzado de su edad, y de lo vivo de sus dolores, recoger las fuerzas que le habian quedado para dar todavía Ministros á la Iglesia, y dexarla, por decirlo así, unos hijos de su dolor. Otras veces, á la cabeza de una Congregacion de Sacerdotes prudentes, como dice el sabio, le vimos tomar con ellos medidas santas para dilatar el reyno de Jesu-Christo, pedirles su consejo con bon-

I 2

dad,

dad, oírle con estimacion, seguirle religiosamente, y mantener con su autoridad lo que allí se habia deliberado con su prudencia. Si, señores, el entendimiento mas elevado de su siglo, el mas vasto, el mas recto, y el mas capáz no hallaba seguridad en sus propias luces, y se persuadia á que nunca pueden ser excesivas las precauciones en un ministerio en que las faltas son irreparables.

Sagrados Ministros de Jesu-Christo, que formabais aquella prudente y sabia junta, ¡ojalá tenga la misma condescendencia á vuestros saludables consejos el Pastor que destina la Providencia para el gobierno de esta ilustre Iglesia! ¡Ojalá vuestras antiguas y santas fatigas se continúen con otras nuevas!

¡Ah! Si no me fuera preciso contenerme dentro de los límites de un discurso, yo os haria ver con toda claridad lo que hasta ahora solamente os he manifestado como en bosquejo: Los Clerigos atentos á su ministerio, los pueblos instruidos por su doctrina, socorridos con su zelo, edificados con su exemplo todo este grande Obispado, en el que con tanta libertad reynaban los abusos y los desordenes de los últimos siglos, renovado, y casi semejante á la disciplina de los primeros tiempos.

¡Padre de misericordias, y Dios de todo consuelo! ¿No tenemos justo motivo para esperar que vos no habeis de excluir del eterno festín á aquel de quien os servisteis para hacer entrar en él tantos ciegos y cojos? ¡Ah! Me parece que os está diciendo en vuestro terrible tribunal, donde espera la decision de su eternidad: Es verdad, Señor, que acaso mis obras no os parecerán perfectas; yo no soy mas que polvo y ceniza, y así no puedo aspirar á justificarme en vuestra presencia; vos sois un Dios zeloso, y puede ser que los cuidados del siglo hayan dividido demasiado mi corazon entre vos y las criaturas; vos me disteis un puesto distinguido en el sosiego del santuario, y puede ser que yo introduxese en él algunas reliquias del tumulto y diversiones del siglo; pero mirad

á

á esta dilatada Iglesia, que queda tan afligida con mi pérdida; desde luego convengo, Señor, en que no tengo mas mérito que éste en vuestra presencia: *Apud te laus mea in Ecclesia magna.* (a) Yo os ofrezco los sudores y trabajos de tantos Ministros como he formado; las súplicas fervorosas, y las preciosas lágrimas de compuncion de tantos pecadores, á quienes todos los dias están dando á gustar el dón celestial, y las virtudes del siglo futuro; los escandalos y profanaciones de tantos dispenseros infieles como he corregido, la piedad de tantos christianos á quienes su mal exemplo hubiera sepultado en el abismo; presento delante del trono de vuestra misericordia los preciosos frutos de tantas piadosas fundaciones como he facilitado, los devotos ejercicios de tantas casas santas como he consagrado, y sobre todo, los votos y afliccion de las hijas del Carmelo, donde mi cuerpo espera la gloriosa inmortalidad. ¡Ah! Quando suba á vuestro trono el olor de sus sacrificios, acordaos Señor, de que yo mismo encendí los primeros fuegos, y dispuse casi todo el aparato.

¿Pero os parece, señores, que me olvido de que remedió la hambre, apagó la sed, y cubrió la desnudez de los miembros de Jesu-Christo? ¿Qué motivo mas justo para confiar? ¿Es posible que me ha de ser preciso pasar tan rápidamente por uno de los mas preciosos pasages de su vida? Pero publicadlo mas despacio vosotros cuyas necesidades alivió, y esa misma voz de que tantas veces os valisteis para exponerle vuestras necesidades, sirvaos en adelante para contar su liberalidad.

¿A cuántas familias nobles que estaban para arruinarse no alargó sus caritativas manos? ¿Cuántas personas jóvenes de ambos sexos deben á sus cuidados su educacion, su establecimiento, y aún acaso tambien su inocencia? Aquellas desgraciadas familias, que son como secretos asi-

los

(a) *Psalm. 21. v. 26.*

los de la necesidad y de la miseria, ¿ cuántas veces lo fueron tambien de sus dones y riquezas? ¿ Halló acaso jamás la vergonzosa pobreza tantos artificios para ocultarse, como supo él hallar para descubrirla? La pobreza pública pudo jamás adelantar las ansias de ser socorrida, al cuidado que él tuvo de socorrerla? Finalmente, ¿ las rentas de su Obispado no eran rentas anuales de los pobres de su Diócesis? ¿ No estuvo siempre persuadido á que era preciso ocultar honoríficamente en su seno, como en un vivo santuario, los sagrados tesoros que sacaba del mismo santuario?

Este fue el hombre grande, y caritativo Prelado á quien hoy tributais estos tristes y magníficos respetos, ilustres y afligidos ciudadanos. Las lecciones que dá una larga ancianidad acerca de la vanidad de las grandezas humanas, aquellos freqüentes amagos de muerte, que solamente parece que le ponian á las puertas del sepulcro para que viese mas de cerca la fragilidad del mundo que nos encanta, para que atendiese con mas cuidado á la ley de Dios, cuyas verdades mas esenciales y penetrantes se hacia leer todos los días; su fé y su religion, que se fortificaban al paso que se debilitaba su cuerpo terrestre, prepararon su grande alma á que por último viese llegar sin temor el día del Señor; vióle, y depositó todos sus temores en el seno de la divina misericordia, y estando tan distante de la falsa seguridad de que se precia el mundo, como de las tímidas inquietudes que afrentan á la fé, atemorizado con la vista de su Juez, y asegurado con la presencia de su Salvador, bañado todo en la sangre del Cordero que acababa de aplicarle la Iglesia en sus Sacramentos, acompañado de las lágrimas de la ciudad y de la Provincia, de los llantos y suspiros de los pobres, de las oraciones de tantos Ministros, y honrado con el sincero sentimiento del Príncipe, fue á presentarse con confianza delante del tribunal de Jesu-Christo, y en una sola muerte dexó un universal motivo de luto y de triste-

teza, como dice San Ambrosio, hablando de la muerte de su hermano: *Privatum funus, sed fletus publicis universorum fletibus est consecratus.* (a)

No esperéis aqui á que recoja las fuerzas que aún me quedan para excitar vuestra fé, y que á vista de la muerte y de sus despojos os haga acordar de la triste necesidad de morir; no esperéis á que sobre un sepulcro en donde se halla encerrado quanto puede dar de sí la fama, la mayor grandeza de las Dignidades, lo mas sólido del mérito, lo mas apreciable del favor, y lo mas apetecible que en sí tienen el nacimiento y las riquezas, os avise de que la fama no es mas que un puro nombre, las dignidades distinciones vanas, el favor un puro entretenimiento, la reputacion un sonido que se deshace en el ayre, y el nacimiento una fantasma á la que los hombres han determinado respetar: En una palabra, que todo quanto vemos perecerá, y que únicamente permanecerán las invisibles felicidades. ¡ Ah! mas quiero dexar á un espectáculo tan tierno é instructivo el cuidado de que él mismo os desengañe, que debilitar con reflexiones la secreta fuerza que tienen sobre el corazon estas tristes y religiosas ceremonias.

Subid al altar, Ministros santos de Jesu-Christo, acabad de rociar esas amadas cenizas con la sangre del Cordero, sellad ese sepulcro para que no llegue á él en el día terrible de las venganzas el Angel exterminador. ¡ Ah! ojalá ese santo Cordero, esa adorable víctima que vais á ofrecer, sea para este ilustre difunto, como en otro tiempo para los hijos de Israel, un feliz paso de las tinieblas de Egipto, de aquellos lugares oscuros donde acaban de purificarse las almas de los fieles, á la tierra de los vivos, y á la morada de la inmortalidad. Amen

ORA-

(a) *S. Ambr. orat. funeb. in ob. Fratr.*

## ORACION FUNEBRE

DE FRANCISCO LUIS DE BORBON,  
PRINCIPE DE CONTI.

*Habeo claritatem ad turbas, & honorem apud seniores, juvenis: Acutus inveniar in judicio, in conspectu potentium admirabilis ero, & habebó immortalitatem.*

Me he hecho ilustre entre los pueblos, y me haré respetar de los sabios y ancianos, aún siendo joven: Los Príncipes y poderosos admirarán lo vasto de mi talento, y la penetracion de mis juicios, y gozaré de inmortalidad. *Sap. 8. v. 10. 11. 13.*

SEÑOR.

**S**Upuesto que el mismo Espíritu de Dios, fuente de toda verdad, alaba en un Príncipe de Judá los talentos raros y prodigiosos que forman á los grandes hombres, ¿para qué he de usar yo de otro estilo?

¿Por qué, ó ponderando demasiado la obligacion de mi ministerio, ó la nada de las grandezas humanas que nos pone á la vista esta fúnebre ceremonia, me he de valer del estilo de la piedad, para deciros que la gloria de las armas es un ruido vano, que las virtudes civiles, en las que consiste el sosiego y armonía de la so-

cie-

ciudad, son puros nombres, que un entendimiento sublime y los grandes estudios no son mas que unos falsos vislumbres, que solo tienen de verdadero el engaño que los admira, y finalmente, que son nada los mayores hombres?

Dexemos á los dónes del Autor de la naturaleza todo su mérito y su uso; respetemos estos grandes espectáculos con que su poder adorna de tiempo en tiempo al Universo, dexando ver en él unos hombres extraordinarios; y no confundamos el abuso que hace la soberbia de los dónes de Dios, con la gloria que está anexá al buen uso que de ellos deben hacer los hombres.

Es verdad que la gloria de los pecadores no es mas que un gusano, que al mismo tiempo que brilla exteriormente, los corroe y despedaza en el interior por la injusticia de sus deseos, formándolos el suplicio de su misma grandeza.

¿Pero no son los pecadores obra de Dios? Todo el bien que en ellos se halla viene de su Magestad; pone en ellos aquellos dónes eminentes que sirven para felicidad de los pueblos, para seguridad de los Estados, para defensa de los Altares, para honor de la humanidad, y para elevarlos á ellos mismos por medio de estas grandes prendas con que los ha enoblecido, de la baxeza de las cosas presentes á la grandeza de las eternas.

Son culpables quando hacen servir los dónes de Dios á la injusticia, y quando en estos mismos medios que Dios les proporciona para salvarse, hallan ocasion para perderse.

Y así, señores, si el *MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRINCIPE, FRANCISCO LUIS DE BORBON, PRINCIPE DE CONTI*, á quien llora toda la Francia, á quien echan menos los Extrangeros, y á quien nuestros mismos enemigos, olvidándose de las pérdidas que les causó su valor, honran con su sentimiento y sus elogios, si este Príncipe no hubiera sido mas que un gran-

Tomo VIII.

K

de

## ORACION FUNEBRE

DE FRANCISCO LUIS DE BORBON,  
PRINCIPE DE CONTI.

*Habeo claritatem ad turbas, & honorem apud seniores, juvenis: Acutus inveniar in judicio, in conspectu potentium admirabilis ero, & habebó immortalitatem.*

Me he hecho ilustre entre los pueblos, y me haré respetar de los sabios y ancianos, aún siendo joven: Los Príncipes y poderosos admirarán lo vasto de mi talento, y la penetracion de mis juicios, y gozaré de inmortalidad. *Sap. 8. v. 10. 11. 13.*

SEÑOR.

**S**Upuesto que el mismo Espíritu de Dios, fuente de toda verdad, alaba en un Príncipe de Judá los talentos raros y prodigiosos que forman á los grandes hombres, ¿para qué he de usar yo de otro estilo?

¿Por qué, ó ponderando demasiado la obligacion de mi ministerio, ó la nada de las grandezas humanas que nos pone á la vista esta fúnebre ceremonia, me he de valer del estilo de la piedad, para deciros que la gloria de las armas es un ruido vano, que las virtudes civiles, en las que consiste el sosiego y armonía de la so-

cie-

ciudad, son puros nombres, que un entendimiento sublime y los grandes estudios no son mas que unos falsos vislumbres, que solo tienen de verdadero el engaño que los admira, y finalmente, que son nada los mayores hombres?

Dexemos á los dónes del Autor de la naturaleza todo su mérito y su uso; respetemos estos grandes espectáculos con que su poder adorna de tiempo en tiempo al Universo, dexando ver en él unos hombres extraordinarios; y no confundamos el abuso que hace la soberbia de los dónes de Dios, con la gloria que está anexá al buen uso que de ellos deben hacer los hombres.

Es verdad que la gloria de los pecadores no es mas que un gusano, que al mismo tiempo que brilla exteriormente, los corroe y despedaza en el interior por la injusticia de sus deseos, formándolos el suplicio de su misma grandeza.

¿Pero no son los pecadores obra de Dios? Todo el bien que en ellos se halla viene de su Magestad; pone en ellos aquellos dónes eminentes que sirven para felicidad de los pueblos, para seguridad de los Estados, para defensa de los Altares, para honor de la humanidad, y para elevarlos á ellos mismos por medio de estas grandes prendas con que los ha enoblecido, de la baxeza de las cosas presentes á la grandeza de las eternas.

Son culpables quando hacen servir los dónes de Dios á la injusticia, y quando en estos mismos medios que Dios les proporciona para salvarse, hallan ocasion para perderse.

Y así, señores, si el *MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRINCIPE, FRANCISCO LUIS DE BORBON, PRINCIPE DE CONTI*, á quien llora toda la Francia, á quien echan menos los Extrangeros, y á quien nuestros mismos enemigos, olvidándose de las pérdidas que les causó su valor, honran con su sentimiento y sus elogios, si este Príncipe no hubiera sido mas que un gran-

Tomo VIII.

K

de

de hombre segun el mundo , y hubiera muerto lleno de gloria para con los hombres , y vacío de fé y de caridad en la presencia de Dios. ¡ Ah! ¿ Qué tendria yo que hacer aqui , ni qué parte podria tener la religion en su elogio ?

Pero gracias á vuestras eternas misericordias , ¡ ó Dios mio ! Vos habeis visto sus caminos , y le llamasteis quando estaba apartado de ellos ; el valor que siempre manifestó en los peligros , se convirtió en una christiana fortaleza en sus enfermedades ; aquel caudal de entendimiento , de moderacion , de bondad , de verdad , de equidad , y de todo lo que puede hacer que un hombre sea las delicias de los demás hombres , sirvió á vuestra gracia para que le proporcionase los medios de que fuese agradable á vuestros ojos ; sus luces , que siempre le habian manifestado desde lejos la salud y la verdad , le acércaron por último á ella , y habeis hecho que sucedan los consuelos á las lágrimas de los que le lloran.

Consagremos , pues , sin escrúpulo , á honor de la religion , un elogio que siempre servirá de honor á la misma religion ; pues una voz que siempre debe ser organo de la verdad , puede muy bien emplearse en unas alabanzas que son triunfo de la misma verdad.

Feliz yo , señores , no porque con este elogio llene todas vuestras esperanzas , y desempeñe dignamente el asunto de mi Oracion : ¡ Ah ! ¿ qué podria importar á la fama de este Príncipe , que un débil discurso que no ha de pasar á la posteridad , fuese superior á su mérito ? ¿ Quién de vosotros no tiene impreso éste en su corazon ? Vosotros se le referireis á vuestros descendientes : Nuestras historias , las de nuestros vecinos , y mucho mas el amor de los pueblos conservará su memoria hasta las mas remotas edades ; y esta sola memoria será siempre su mayor elogio.

Feliz , por tener que hablar en vuestra presencia , Augusto Príncipe , que con el nombre del gran Condé ha-

ceis

ceis revivir su espíritu y su valor , que estais mas unido al Príncipe , á quien debo elogiar , con los lazos de la amistad que con los de la sangre , y que solamente con vuestro dolor estais justificando mis alabanzas.

Feliz tambien , si estos piadosos respetos que le tributamos os sirven de instruccion , y no de puro espectáculo.

Vosotros le admirasteis como uno de los primeros hombres de su siglo para la guerra : *Habeo claritatem ad turbas*. Como uno de los mas excelentes en la vida civil : *Et honorem apud Seniores , juvenis*. Como uno de los mas ilustrados , por lo raro de sus estudios y superioridad de sus talentos : *Acutus inveniar in judicio* : Esto es , como un heroe , como un sábio , y como un talento superior y universal. Juntemos todas estas prendas de valor , de prudencia , y de entendimiento , y busquemos en la relacion de las maravillas de su vida , y en la memoria de las misericordias que el Señor usó con él en la cama de su muerte , motivo para consolarnos en el dolor de su pérdida.

## PRIMERA PARTE.

**Q**UE un Príncipe de la Sangre de nuestros Reyes haya sido valeroso , esto mas es privilegio de su nacimiento , que mérito con que se deba hacer honor á la virtud.

El valor y la intrepidez son en nuestros Príncipes bienes hereditarios como sus Cetros y Coronas , y asi como no se les alaba por haber nacido Príncipes , tampoco se les debe alabar por haber nacido valerosos.

Sí , Señores , aunque el *PRINCIPE DE CONDÉ* no tuviera mas prendas personales que el no haber degenerado del valor de sus Augustos Progenitores , solamente la historia de éstos bastaba para adornar su elogio , y en la gloria de su sangre , la mas noble de todo el Universo , se hallarian todas las qualidades que pudieran faltar á su persona.

K 2

Pe-

Pero aún fue mayor por lo elevado de su espíritu, que por lo grande de su nacimiento. ¿Qué talento tan extraordinario para la guerra no se observó en él, aún en su niñez?

¿Qué afición á los mas penosos ejercicios de este arte, en una edad en que solamente se halla gusto para las diversiones! ¿Qué intrepidez en los peligros! Pero al mismo tiempo ¿qué ideas, qué arbitrios, y qué superioridad de talento en su misma intrepidez y valor!

Nacieron con él todas aquellas gracias juntas que suele repartir la naturaleza entre los demás hombres; la viveza de espíritu, la afabilidad en el trato, el agrado en la conversacion, la buena disposicion de su persona, y las preeminencias de la clase; entró en el mundo con todo lo que se necesita para agradar y perecer en él.

Dios, al mismo tiempo que parece le franqueaba los caminos de las pasiones, le cerraba tambien los de los socorros y remedios.

El Príncipe su Padre, cuya penitencia servia de edificacion á la Iglesia, y de honor á la religion, fue arrebatado por una temprana muerte, casi antes de que pudiera conocerle; y aunque en esta desgracia no perdió las instrucciones que pudo muy bien hallar en sus escritos, eternos monumentos de su talento y virtud, perdió á lo menos el exemplo con que se asegura el buen éxito de las instrucciones.

¡Oh profundidad de los juicios de Dios! Al cabo de pocos años muere tambien la piadosa Princesa que le reengendraba todos los dias para Jesu-Christo; Dios, que corona sus virtudes, no parece que oye sus súplicas. Pero dexemos crecer á los dos Príncipes sus hijos; ya llegará el momento de la gracia; se cumplirán los designios de Dios, y las lágrimas de una madre santa no correrán en vano, ni perecerá la estirpe de los justos.

Los grandes talentos que distinguen á los hombres en su estado, se manifiestan desde luego por las inclinaciones que descubren: David, siendo aún niño, buscaba entre

entre los leones y los osos ocasiones en que exercitar su valor, y se retiraba gustoso del sosiego de la vida del campo, por ir á instruirse con sus hermanos en los Exércitos de Israel.

La afición á la guerra fue la primera inclinacion que manifestó la naturaleza en el *PRINCIPE DE CONTI*; pero no fue aquella afición como en los demás hombres, en los que mas es efecto de los ardores de la edad, que prueba de su talento.

Guiado por la fuerza de su inclinacion, se propuso desde luego el Arte Militar como estudio, y no como diversion: Se hizo cargo de la capacidad, elevacion, sosiego, actividad, penetracion, arbitrios, y estudios que se necesitan para sobresalir en este arte, y se persuadió á que un Príncipe no debia hacer tanto aprecio de saber pelear, como de hacerse digno del mando de las tropas.

Dedicóse á la leccion de los Autores antiguos, y particularmente de los Comentarios de Cesar, de los que tradujo los pasages mas notables, añadiendo á esto el buscar el trato de los hombres mas consumados en la ciencia de la guerra: Los oía, los estudiaba, se hacia amigo suyo, para tener mas proporcion de aprender de ellos; procuraba adquirir los diferentes talentos que en cada uno de ellos se distinguian, porque estaba persuadido á que aunque el nacimiento pueda dar grandes disposiciones, solamente la aplicacion es la que forma á los hombres grandes.

En la flor de su edad, habiendo nacido al parecer para agradar, siendo el objeto de las atenciones y deseos de toda la Corte, en medio de todas las diversiones frívolas, ya concebía ideas vastas y serias; ya pensaba que un Príncipe solo es amable por su grandeza de ánimo; y que las señales que le han de hacer inmortal, mas deben estar gravadas en la hermosura de sus acciones, que en la agradable disposicion de su persona.

Des-

Desde entonces empezabais, ¡oh Dios mío! la obra de vuestras misericordias, y al mismo tiempo que formabais en él este modo de pensar prudente y sólido, le ibais disponiendo para que por último se desengañase de todo lo que no es mas que locura y vanidad.

Gozaba entonces la Francia de una paz que acababa de dar á casi toda la Europa, la moderacion del Rey, y nuestras victorias. La Ungría solamente era todavia teatro de la guerra: los Turcos, soberbios con sus conquistas, amenazaban al christiano nombre: vuela á allá el Príncipe su hermano, y el que hoy lloramos sigue su amada compañía; ceden sus reflexiones á su amor; el gusto le lleva á aquel País, pero en él le estaba esperando la fama.

Aquel agrado tan propio de su persona le gana desde luego todos los corazones: en un país tan opuesto á nuestras costumbres, tan enemigo del nombre Francés, y en medio de la aspereza Alemana, halla los mismos aplausos que en Versalles; y solamente con su agrado vence ya la fiereza de una nacion, de la que algun dia ha de alcanzar su valor otras muchas victorias.

Dexemos por ahora las gloriosas acciones que hizo en esta campaña, y veamos su inclinacion al Príncipe Carlos de Lorena, General de las Tropas del Imperio, á aquel grande hombre, cuya memoria, la Francia que es equitativa hasta con sus mismos enemigos, venerará siempre.

¡Qué amor el de aquel célebre General á nuestro joven heroel! ¡Qué admiracion la suya al ver en su edad lo que ni los años dan á los hombres regulares! ¡Qué alegría al contemplar que le animaba tan gloriosamente la sangre de Francia! Una sangre á la que siempre amó, no obstante haberle formado otros destinos las desgracias y las obligaciones de su vida.

El *PRINCIPE DE CONTI* sigue sus pasos: en la accion, en los consejos, en las empresas, en los movimientos del corazon, y en todo el método de vida jamás perdió de vista aquel gran modelo; la utilidad que sacó de

vivir entre nuestros enemigos, fué instruirse en el arte de vencerlos; como otro nuevo Moysés estudió en Egipto los secretos de sus ciencias, para ser uno de los Conductores del pueblo, que habia de deshacer su orgullo, y abatir su imperio.

Pero estaba reservado para otra mano mas hábil el perfeccionar esta grande obra: A su vuelta de Ungría fué el *PRINCIPE DE CONTI* á enjugar en *Chantilli* las lágrimas que acababa de derramar sobre el sepulcro del Príncipe su hermano.

Alli gozaba el Gran Condé, en un glorioso sosiego, el fruto de su fama y de sus victorias, y habiendo vivido hasta entonces para la posteridad, ya solamente vivia para sí mismo.

Alli se hallaba el *PRINCIPE DE CONTI* como en la fuente de los buenos consejos, y de los grandes exemplos: no necesitaba mas que saber la historia de un Heroe que tenia á la vista. ¡De qué tiernas y respetuosas instancias, y de qué amables artificios no se valió para saberla de su propia boca! Pero la verdadera gloria siempre es sencilla y modesta, y Condé no puede resolverse á referir sus acciones, porque esto sería lo mismo que contar sus alabanzas.

Señores, ¿qué nuevo género de combate es este? La vejez, que siempre está dispuesta á contar sus pasadas heroicidades, se niega aqui á dar unas instrucciones domésticas y necesarias, y la juventud que nunca se sujeta sino muy de mala gana á lo serio de las lecciones y preceptos, los desea aqui como si fueran placeres, y los solicita como gracias; pero en todas las edades han sido así los grandes hombres.

Finalmente, el amor que tenia á este querido sobrino mitigó la severidad de su modestia; Condé le descubre todo su corazon, manifiesta á este Joven Príncipe los tesoros de prudencia, de precaucion, de actividad, de intrépidéz, y de disimulo que le habian hecho el mayor de

todos los hombres en el arte de pelear y vencer; como hombre sencillo y verdadero mezcla con la relacion de sus gloriosas acciones la confesion de sus faltas, y le manifiesta en la carrera de su vida las reglas que ha de seguir, y los escollos que ha de evitar.

¡Qué días aquellos tan felices para el *PRINCIPE DE CONTI*! apenas le bastaban sus ojos, sus oídos, y toda su alma para lo que veía y escuchaba: Apenas acaba de salir de estas amorosas conversaciones, quando se dá prisa á poner por escrito las maravillas que ha oído, y al mismo tiempo que las escribe se siente animado del mismo espíritu que las produjo.

¿Qué historia sería esta tan digna del gran Condé, si las memorias, que aún conservamos escritas de su propia mano con tanta nobleza y método, se hubieran dado á luz? nada faltaría á la fama de aquel grande hombre.

Un natural tan feliz, y unas esperanzas tan grandes en un sobrino tan querido, sacaban de los ojos del Príncipe de Condé lágrimas de alegría, de admiracion y afecto; le parecia que volvía á resucitar en él su valor, porque en él hallaba copiadas sus admirables prendas, y corregidos sus defectos (permítaseme esta expresion.) La misma naturaleza había delineado en la semejanza de sus rostros la de sus almas; instruyéndole, acaba y perfecciona el Gran Condé su propia imagen; y como aquel Caudillo del pueblo de Dios, muere contento, viendo que le substituye este otro Josué, á quien dexa su espíritu, sus máximas, sus preceptos, y una parte de su gloria. *Et dabis eis precepta cunctis videntibus, & partem glorie tue.* (a)

Pero qué distintos son los consejos del Señor de nuestros pensamientos: Al *PRINCIPE DE CONTI* le dispone una gloria mas durable; quería santificarle con largas en-

(a) Num. 27. v. 20.

fermedades, y manifestarnos sus extraordinarios talentos, y su heroyco valor.

Si, Señores, las lecciones del Príncipe de Condé, ayudadas de un natural tan prodigioso ¿qué otra cosa podían producir mas que el mismo valor?

Esto es, un valor noble en el modo de pensar, tranquilo en los peligros, seguro en los consejos, superior en las ideas y en los arbitrios; id reparando Señores, en todas estas prendas.

¿Con qué dignidad no había ya mantenido en Alemania lo distinguido de su nacimiento? Y entre aquella multitud de Soberanos, tan zelosos de sus derechos, ¿cómo hizo respetar á los Príncipes de la sangre de Francia, que solamente se miran como inferiores á las Testas coronadas?

En otras circunstancias nada tendría de extraordinario este pasage; pero que quando apenas acababa de salir de su niñez, lexos de su patria, sin mas compañía que su dignidad, en medio de una nacion altiva, y entre las manos de aquellos mismos á quienes quería ser preferido, no permitía que se le disputasen sus derechos: La expresion del Profeta parece que se hizo para este asunto; es propio de un Príncipe el pensar como tal en una edad, en que los demás hombres no piensan así, y merecer con lo elevado de sus pensamientos las preeminencias que ya son debidas á su nacimiento: *Princeps ea que digna sunt Principe cogitabit, & ipse super duces stabit.* (1)

La misma grandeza de ánimo le acompañaba en los peligros. ¿Qué podré yo decir aquí, Señores, que llegue á lo que la mayor parte de vosotros ha visto? ¿Se halló acaso en alguna funcion en donde no se llevase tras sí la atencion de todo el Exercito, y en la que sin haber tenido el honor del mando, no se adquiriese casi solo todo el honor de la victoria?

Acor-

(1) Isai. 32. v. 8.  
Tomo VIII.

L

Acordaos de sus primeras campañas : en ellas parecia el gran Condé en lo mas activo y valeroso de su juventud.

Miradle en Courtray , en donde se manifestó la primera vez á nuestros enemigos , y á nuestras tropas como un nuevo heroe.

En Luxembourg , en donde á la frente de los Granaderos , se arroja al asalto del Bastion con la espada en la mano ; en donde herido con el casco de una granada , y librandose de otros infinitos golpes , hizo temer que la victoria nos costase una vida tan apreciable.

En Novo-grado , en donde habiendose empeñado temerariamente nuestros Soldados en una escaramuza con los Turcos , todo muda de semblante al llegar el Príncipe , y muchos Oficiales distinguidos deben á su valor , y á los peligros á que se expuso en esta ocasion , la libertad y la vida que hubieran merecido perder por su temeridad.

En Neuhausel , en donde despues de haber rechazado á los Infieles hasta la orilla del foso , vuelve cubierto de polvo y de gloria , y vá corriendo con el Elector de Baviera á reparar una obra á la que habian pegado fuego los sitiados ; y la amistad que formó entre ellos , la edad , y sus estimables prendas , hizo que desde entonces naciesen en el corazon de aquel Príncipe las primeras disposiciones de aquel amor á la Francia que manifestó despues ; y aunque este generoso y fiel aliado haya tenido contraria la fortuna en las ocasiones que han ocurrido , ha tenido á lo menos el honor de la constancia , y de la buena fé , la estimacion de la nacion , el amor de las tropas , y el afecto del Rey , el que equivale á la mayor felicidad , ó por lo menos es remedio contra las pérdidas.

Finalmente , en Gran , en donde á la frente del primer Regimiento del Imperio detiene el primer ímpetu del Turco , le rechaza , le derrota , le quita de las manos la victoria , que ya le parecia poseer , desafia mil veces á la muerte , la que parece le tiene mas respeto , que él temor á ella ; en todas partes introduce el espanto que ocasiona

la

la sangre francesa , funesta siempre para los infieles ; hace ya que teman los Alemanes , en el brazo que entonces los defiende , al que muy presto los ha de vencer ; y manifiesta á los votos de los Polacos , testigos y admiradores de sus acciones , el heroe digno de ser colocado algun dia sobre su trono.

¿Le conoceis , Señores , por estas señas ? Pues estos no son todavia mas que los primeros ensayos de su valor ; vá creciendo este nuevo David , y manifestandose cada dia superior á su misma actividad : *David proficiscens , & semper se ipso robustior.*

Me parece , Señores , que no os habreis olvidado , porque aún está reciente la memoria de aquellas dos famosas batallas , en que el *PRINCIPE DE CONTI* se manifestó tan grande : Estas acciones fueron tan gloriosas para la Francia , para la memoria del Mariscal de Luxembourg , para la historia de este reyno , y particularmente de tanto honor para el valeroso Príncipe que aqui nos honra con su presencia , y que participó tan distinguidamente de la gloria y de los peligros , y aún las tenemos tan presentes todos los dias quando se trata de los diferentes sucesos que ocurren , que no se pueden haber borrado de vuestra memoria , pues nunca se borrarán de nuestros annales.

¡ Si yo fuera práctico en el arte de explicar las victorias y las batallas ! ó por mejor decir , si este Templo y este Altar no me estuvieran avisando , de que mi ministerio no me permite que yo tome en mi boca palabras que no sean de paz y reconciliacion , le veriais en Steinquerre llamando á la victoria que huía de nosotros al principio , restableciendo en todas partes las ventajas que habiamos perdido con el primer susto , tomando él mismo de las manos de uno de nuestros Oficiales , que estaba herido , el Estandarte que ya no podia mantener , juntando al rededor de sí á aquellos que , ó hallaban seguridad en su presencia , ó acudian al peligro en que estaba su persona , exhortandolos como otro Ma-

cabéo , á que no manchasen con una vergonzosa huída la gloria del nombre Francés , acostumbrado hasta entonces á vencer ó morir , antes que deber la vida á una cobarde retirada , corriendo á llevar en medio de los enemigos el Estandarte de Francia como señal de triunfo. Acude al centro , á la izquierda , y á la derecha , y á todas aquellas partes en donde está dudosa la victoria , y luego que se presenta , ésta se declara en su favor ; y aún ilustrando al mismo tiempo al mismo Mariscal de Luxembourg con lo arreglado de sus consejos , y con la penetracion de sus luces ; finalmente fue en aquella famosa batalla el alma de aquel grande General , asi como éste lo fue de todo el Exercito.

Tan grande , y aún mucho mayor se manifestó despues en Nervinde. El enemigo atrincherado en su campo , como en una fortaleza , defiende las avenidas con mil rayos que llevan consigo la muerte á todas partes : Nuestras tropas ya habian sido muchas veces rechazadas , los Soldados se hallaban acobardados , el General , acostumbrado á unas victorias prontas , estaba admirado de verla dudosa aquel dia por tanto tiempo , yá corriendo al *PRINCIPE DE CONTI* , y le dice : *Gran Príncipe , todo está perdido , solamente vuestra presencia podrá allanar todas las dificultades.* Presentase *CONTI* , y al verle vuelven las tropas á animarse ; se manifiesta el valor de la nacion , le siguen sin que haya quien pueda resistir , fuerzan las trincheras por muchas partes , y abren otros tantos caminos á *CONTI* para la victoria ; abanza hasta seis veces á la frente de seis distintos cuerpos , el enemigo , que no tiene ya mas muralla que su propio valor , tiembla ; *CONTI* cubierto de fuego y sangre rompe sus filas , una cuchillada que recibió en la cabeza , estuvo para quitarle la victoria que ya poseía , pero inmediatamente quedó castigada la audacia de aquel temerario que le dió el golpe , y herido por la propia mano del Príncipe espira á sus pies ; finalmente , siendo á un mismo tiempo Sol-

Soldado y General , según lo pedía la necesidad del servicio , empezó la victoria con sus consejos , y la acabó con su valor.

Dixe sus consejos , Señores , porque el Mariscal de Luxembourg no hallaba otros mas prudentes ni mas sólidos : El *PRINCIPE DE CONTI* era su oráculo.

Este gran General , en quien la naturaleza habia formado un génio tan extraordinario para la guerra , tan profundo en sus ideas , tan pronto en resolverse , tan fecundo en arbitrios , tan feliz en sus empresas , y que habia sabido añadir á la gloria de los Montmorencys sus progenitores , la fortuna que parece habia faltado á la mayor parte de ellos : Este grande hombre continuamente estaba diciendo , que el *PRINCIPE DE CONTI* le enseñaba en su oficio. Si se ofrecian dificultades , acudia al Príncipe para buscar expedientes ; si formaba proyectos , el Príncipe era quien le aseguraba en sus ideas , ó quien le facilitaba su execucion ; si emprendia alguna accion , fiaba del Príncipe el buen éxito ; finalmente , el talento del *PRINCIPE DE CONTI* era como la guia del de aquel famoso General ; y aunque le tenia baxo sus ordenes , se sometia , por decirlo asi , á sus consejos.

¿Quántas veces se le oyó decir , que debia al *PRINCIPE DE CONTI* el principal honor de sus victorias ! Con esta expresion honraba al Príncipe , sin que con ella se quitase á sí mismo el honor que le habian adquirido sus grandes acciones , y que le aseguraba su modestia.

¿Os parece , Señores , que digo demasiado , ó por mejor decir , ¿os parece que ya lo he dicho todo ? ¿Qué circunstancias no está añadiendo cada uno de vosotros á este elogio ?

¿Qué hombre , no siendo él , no habiendo podido manifestar , por decirlo asi , mas que esperanzas , llegó jamás en la guerra á tan alto grado de reputacion , quando los Turenas , y los Condes solo le consiguieron despues de muchos años de mando , y de repetidas victorias ?

¿Quién

¿Quién se grangeó jamás como él la confianza de las tropas, el amor de los Oficiales, el afecto de los pueblos, los votos de la Corte, el respeto de los Príncipes, que parece se olvidaban de su clase por honrar su mérito, la admiración de los mayores Capitanes de su siglo, la estimación de nuestros enemigos, y los aplausos de toda la Europa, en donde era tan célebre su nombre como entre nosotros? ¿Qué mérito tan superior el suyo, pues obligó á la aprobacion pública á que diese solamente á las esperanzas, los elogios que no siempre suele dar á los felices sucesos!

Estas esperanzas se fundaban, Señores, en la superioridad de sus talentos, en su prudencia, en lo grande de sus ideas, y en lo perspicáz de sus luces. No escribió mejor que él acerca de la guerra aquel famoso Romano, cuyos Comentarios han inmortalizado sus hazañas y talento; ¿qué elevacion, qué pureza, qué inteligencia no se admira en las memorias que se han hallado despues de su muerte, que son los frutos de sus ocios, y de una salud débil? En ellas se divertía frecuentemente este gran Principe en poner por escrito sus ideas acerca de los sucesos que acaecian en Europa.

Y aún en aquellas revoluciones, en que parece que la fortuna se ha declarado algunas veces contra la justicia de nuestras armas, en que por los incomprehensibles consejos de vuestros juicios, ¡oh Dios mio! la victoria que hasta entonces habia estado unida á la prudencia, y á la felicidad del Rey, parece que se ha negado aún á su piedad: En aquellas revoluciones, en que el amor que el *PRINCIPE DE CONTI* tenia al Rey y al Estado, manifestaba en él un dolor tan noble y tan sincero, vos, ¡oh Dios mio! le haciais ver desde lexos la fragilidad de las cosas humanas; infundiáis en su entendimiento unas reflexiones, que algun dia habia de mudar la gracia: le representabais aquel momento que ha de poner fin á todas las inquietudes, que ha de igualar á todos los hombres, en el que se ha de ha-

cer

cer mas caso de nuestras obras que de nuestras felicidades; en el que mirados los mas gloriosos sucesos segun sus fines, no serán mas que ó falsas virtudes, ó grandes delitos; y en el que solamente se contarán como nuestras las victorias que hubieremos conseguido contra nosotros mismos.

Este fue el *PRINCIPE DE CONTI*, uno de los primeros hombres de su siglo para la guerra: *Habebo claritatem ad turbas*. Ahora le vereis como uno de los mas perfectos en la vida civil: *Et honorem apud Seniores, juvenis*. Habeis admirado en él un heroe; pues ahora admirareis un sábio.

## SEGUNDA PARTE.

**A**quellos grandes hombres, que solamente deben este título á algunas acciones extraordinarias, no suelen tener de grandes mas que la apariencia.

En aquellas ocasiones raras, en que la atencion del público, y la felicidad de los sucesos, dán al alma una fuerza y un valor extraño, la vanidad se viste de las apariencias de virtud, el hombre se excede á sí mismo, y no se manifiesta como es en sí.

¡Quántos Conquistadores, famosos en la historia, en un dia de batalla, y á la frente de sus tropas parecian mas que heroes, quando atendiendo á sus costumbres y á su trato civil, apenas se les podia mirar como á hombres!

Esto consiste, Señores, en que en las ocasiones de honor solo se vé al hombre como en un teatro, representando lo que no es; pero en las acciones regulares de la vida, se dexa ver como es en sí, y despojandose del personage que representaba, ya no manifiesta mas que su persona.

Por eso, quando el Espiritu Santo alaba á aquellos hombres ilustres que han sido ricos en virtud, y que se han adquirido en su pueblo una fama que ha de pasar á la posteridad, reduce todo su elogio á estas dos expresiones: Mantuvieron, dice, y enoblecieron en el exterior

el

el buen orden, y la hermosura de la sociedad con lo suave de todas las virtudes civiles. *Pulchritudinis studium habentes.* (1) Y en lo interior fueron como unos géneos pacíficos y tutelares de sus casas: *Pacificantes in domibus suis.*

El que el *PRINCIPE DE CONTI* haya sido un hombre grande en la guerra, es una gloria que le es comun con otros muchos hombres famosos que ha tenido la Francia en todos los siglos.

Pero la alabanza que le es propia, es, que en medio de la vida privada y tranquila, que es el escollo de la mas brillante fama, manifestó en sí virtudes aún mas apreciables, y en que en medio de que le estabamos viendo todos los días, cada día nos parecia mas grande. Era buen Vasallo, y fiel amigo, verídico y agradable, humano, modesto, prudente, y aunque en diferentes circunstancias, siempre el mismo.

¿Qué respeto y amor no tuvo al Rey? ¿Quántas veces le vimos lamentarse de la desgracia de tantos Príncipes que se habian valido de su nacimiento para fomentar su ambicion; que en vez de poner á los pies del trono del Soberano sus súplicas, y los respetos de los pueblos, infundian á los pueblos el desprecio del respeto debido al Soberano; que en vez de servir de union entre el Príncipe y los Vasallos, eran el muro de separacion; que armaban contra su patria el nombre que há tanto tiempo que la protege; y que el ser los Vasallos principales, solo les servia de ser los principales rebeldes?

El *PRINCIPE DE CONTI* solía decir muchas veces, que el nacimiento solamente acerca mas á los Príncipes al Trono, para unirlos mas inseparablemente al Soberano: Que es de mayor gloria para ellos obedecer á su propia

(1) *Eccles. 44. v. 6.*

sangre, que mandar á los estraños: Que la desobediencia en los demás vasallos es un delito contra el Estado, pero que en los Príncipes es un ultraje que se hacen á sí mismos: Que los Príncipes solo han nacido para felicidad de su patria: Que habiendo sido siempre el Estado patrimonio de sus mayores, deben mantener su tranquilidad como la de su propia familia; y que cayendo sobre ellos las primeras miradas de el Trono, deben ser los primeros que baxen la vista en presencia de su esplendor, y los primeros que dén exemplo de sumision á lo restante del pueblo.

Este era el modo de pensar del *PRINCIPE DE CONTI*: Este fué siempre su constante modo de proceder: Todos sus caminos fueron hermosos, y sus sendas pacíficas: *Vie ejus vie pulchræ, & omnes semitæ ejus pacificæ.* (a) En este particular no hay necesidad de recurrir á las reglas de el arte, ni ocultar una parte de su vida para alabar otra.

En este punto sus inclinaciones facilitaban su obligacion: Las virtudes de el Rey le unian tanto á su persona, quanto le sujetaba á sus órdenes su dignidad. Su obediencia, su amor, y su admiracion, mas eran estudio de aquel gran modelo, que sujecion al Soberano. Despues de haber llegado á la rada de Dantzic, estando yá cerca del Trono, y dispuesto para subir á él, hacia todavia mas caso de su calidad de vasallo, que de el título de Rey que le pertenecia: Pone su corazon, con la Corona que yá le parecia poseer, á los pies de Luis, escribiéndole: *Que tenia por desgracia el que la distancia no le permitiese el ser gobernado por sus órdenes, y dirigido por sus consejos.* Aunque pudiera mudarse su estado de vasallo, su respeto y sumision siempre serian los mismos.

De aqui nacia su tierno y respetuoso amor al Seren-

(a) *Prov. 3. v. 17.*  
Tomo VIII.

nisimo Delfin, amor que nació con su infancia, y que creció despues con la edad. No obstante el amor y confianza con que le honraba este Gran Príncipe, no obstante la familiaridad que con él habia contraido desde su tierna edad, no obstante aquella amable libertad, que es la delicia de la Corte: ¿Con qué respeto, y con qué noble atencion le trataba el PRINCIPE DE CONTI? Bastaba el verle para aprender á respetar á los Soberanos; y la entrada y libertad que le concedia su clase para con este Príncipe, solamente servian para enseñar á los demás respeto y reverencia.

Tan familiar era con sus amigos como respetuoso con sus Soberanos, sin permitir que usasen con él las atenciones debidas á su clase. Vosotros, señores, á quienes honró con su confianza, sois buenos testigos de esta verdad; bien quisiera yo que lo pudierais decir en mi lugar: ¿Pero no lo explican suficientemente los objetos que en este mismo instante os está representando su amable memoria, y los tristes suspiros que os veo mezclar con su elogio, los que el respeto debido á este lugar habia suspendido hasta ahora? ¿Podré yo, sin que estos me interrumpen, explicaros esta verdad?

No era este *aquel hombre amado de la sociedad*, de quien habla la Escritura, y *aquel amigo mas querido mil veces que un hermano?* (a)

Regularmente los Príncipes tienen poca experiencia de los placeres de la amistad; su elevacion, ó los hace demasiado inaccesibles á los demás hombres, ó que miren á estos con desprecio. Confunden el respeto que se debe á su clase, con la amistad que solamente es debida á su persona: Son mas zelosos de grangearse respetos, que de ganar corazones; y aún quando sepan hacerse amar ellos, regularmente nunca aman de veras.

¿Qué

(a) Prov. 18. v. 24.

¿Qué podreis hallar, señores, en este retrato que se parezca al PRINCIPE DE CONTI? ¿Qué amigo hubo jamás mas tierno, mas accesible, mas fiel, ni mas digno de ser amado? ¿La amistad no le igualaba con vosotros? ¿Conociais la superioridad que le daba su clase y su mérito, mas que en el amoroso cuidado que tenia de olvidarla?

¿Qué afabilidad en sus costumbres! ¿Qué firmeza en el amor! ¿Qué verdad en sus expresiones! ¿Qué fidelidad en el secreto! ¿Qué agrado en el trato! ¿Qué gusto en la eleccion de amigos! ¿Qué cuidado en conservarlos hasta el fin! La misma muerte que os le ha quitado, no ha podido apartaros de su corazón: ¿No fuisteis depositarios de sus secretos, como de sus últimos suspiros? ¿No derramó en vuestro seno las últimas expresiones de su alma? ¿Su amistad y confianza no fueron mas fuertes que la misma muerte? ¿Si vuestro dolor os permitiera reflexionar aquí en otra cosa mas que en su pérdida, no estariais pensando en que siempre dirá de él la posteridad, como de aquel hombre maravilloso de quien habla la Escritura: ¡Felices los que te vieron, los que vivieron contigo, y á los que llenó de honor y gloria tu amistad! ¡Beati qui te viderunt, & in amicitia tua decorati sunt! (a)

No era tampoco como aquellos, que al mismo tiempo que son afables y agradables con un corto número de amigos, manifiestan la vanidad de su clase, ó las altanerias de su genio con los demás hombres; y limitando á un comercio privado las prendas que tienen apreciables, guardan sus defectos para el público.

A esto puede responder por mí el afecto que le tuvieron los Grandes y el pueblo: Las lágrimas de sus amigos están mezcladas con las lágrimas de el público; y si

(a) Eccl. 48. v. 11.

el general sentimiento no ha permitido á su amistad el triste consuelo de señalarse en el dolor de su muerte, á lo menos los ha dexado el de no ser solos en el llanto de su pérdida.

¿ En qué hombre se hallaron jamás juntas en tan alto grado todas las virtudes que nos unen á los demás hombres?

Era sobre manera verídico; y así, solamente amaba la verdad en los demás: Jamás dió entrada en su gran razon á interés alguno en competencia de la verdad: Esta le parecia la primera obligacion de el hombre, y el mas glorioso título de el Príncipe: Dexaba para las almas vulgares las ficciones y disimulos útiles de que se suelen valer, ó para adornarse de una gloria que no les corresponde, ó para ocultar sus verdaderos defectos: Todas sus palabras eran dictadas por la misma verdad: No hablaba en los hombres mayor hermosura que la verdad: No tenia por amigos á los que le adulaban: Su misma clase le servia muchas veces de molestia, por el respeto que tenian precision de guardarle los que le trataban: Y muchas veces se le oyó decir, que quando la decencia de su estado le habia permitido caminar incognito, no habia hallado gusto mas cumplido que el de oír explicarse á los hombres naturalmente, y manifestarse como en la realidad son; placer muy poco conocido de los Grandes, los que nunca ven en los hombres mas que la superficie, y regularmente no aman en ellos mas que la falsedad.

Y no os parezca, señores, que su amor á la verdad era un amor áspero y desabrido, que regularmente degenera en un humor cynico, y que mas es aborrecimiento de los hombres, que de sus defectos.

Era tan afable como verídico: La verdad no manifestaba en él aquella aspereza y desabrimiento que hace odioso al sabio, sin hacerle amable.

¿ Se vió acaso jamás tanto agrado y afabilidad en un nacimiento tan distinguido, y en unos talentos tan superiores?

rio-

riores? Bien lo sabeis, señores, y aún ahora mismo os estais acordando de quando vivia entre nosotros, manifestando á todos aquella afabilidad noble y sencilla, que se ganaba los corazones de todos, sin conservar de su dignidad mas que lo preciso para hacer aún mucho mas amable el agrado con que se familiarizaba con todos, é infundiendo tal confianza al respeto, ó á la timidez, con el agrado inseparable de su persona, que al salir de su conversacion gozaban todos á un mismo tiempo el gusto de quedar encantados de él, sin quedar disgustados de sí mismos.

De este modo conservaba en el esplendor de su nacimiento la dignidad que le hace respetable, quitándole aquella altivez que nada añade á la Grandeza, y hace muy poco honor á los Grandes.

Este agrado no era en él un fingimiento, en que tuviese mas parte la política ó el artificio que el corazon; ó que fuese mas pura costumbre, que virtud; sino que que era un puro efecto de su buen natural.

El valor y la grandeza casi siempre forman cierta especie de insensibilidad: La gloria de las armas siempre está teñida de sangre; y pocas veces sucede que el corazon se aficiona á unos hombres, á quienes su clase hace muy inferiores á nosotros.

El PRINCIPE DE CONTI juntaba en sí las prendas de un Héroe y de un Príncipe afable: Decia muchas veces, que aún quando la religion no nos obligara á mirar á los demás hombres como á hermanos, bastaba el ser hombres para compadecerse de las miserias de sus semejantes.

En la toma de Neuhausel, en donde el haber ganado la plaza por asalto, parecia autorizar la crueldad y furor de los soldados, ¿ cuántas inocentes víctimas sacó de los brazos de la muerte? ¿ cuántas acciones bárbaras que inspira la crueldad, sin que sean necesarias para la victoria, no impidió, enseñando á los Alemanes á que mezclasen el valor, que les es comun con nosotros,

con

con la humanidad que es propia nuestra?

Al día siguiente al combate de Steinquerque vá al campo de batalla, que aún estaba cubierto de muertos y moribundos; manda recoger los heridos sin distincion de Franceses ó enemigos; asegura á una infinidad de infelices la vida ó la salud; y obliga á los mismos enemigos á que alaben en el Héroe que supo vencerlos, el Libertador que los salva.

Desde entonces, ¡ó Dios mio! concedisteis á las lágrimas de tantos infelices como salvó, las gracias y las misericordias que le disponian á él mismo su eterna salud.

No os parezca, señores, que en esto buscaba aplausos ó elogios, no hacia mas que seguir los movimientos y la bondad de su corazon.

Jamás hubo Príncipe mas opuesto á la ostentacion y vanagloria. Siempre fue sencillo, modesto, enemigo de las alabanzas, y cuidadoso de merecerlas: al mismo tiempo que era la admiracion de todos, siempre era el mismo á su propia vista: casi él solo ignoraba, como Moysés, la gloria y la luz que brillaba al rededor de él: nosotros mismos veíamos que apenas daba á su clase la exterior magnificencia que se la debe de costumbre: vivia entre nosotros como un ciudadano, sin mas séquito que aquella dignidad que en todas partes acompaña á los grandes hombres, sin mezclar con ella adorno alguno exterior, y debiéndoselo todo á sí mismo: siendo mayor quando se dexaba ver solo que otros muchos, aún quando se presentan rodeados de fausto y pompa.

Su modestia nacia de la moderacion natural de su alma: Muchas veces le vimos, que por cuidar de sí mismo se negaba aún á los mas inocentes placeres, hasta privarse de la curiosidad de las pinturas en que pudieran hallar algun alivio sus enfermedades. ¿Qué os parece que respondió en este punto á las instancias de la Princesa su Esposa, siempre atenta á ver como podria aliviarse la molestia de sus males? *Que el que se entrega á un gusto, facil-*

*mente se acostumbra á entregarse á los demás; que es necesario saber, ó no desear cosa alguna, ó pasarse muchas veces sin lo que se desea.*

Atiendan á esto aquellos á quienes nada parece suficiente, y cuyos gustos extraordinarios y soberbios solo sirven de traernos todos los días á la memoria su indigna prosapia, la injusticia de sus riquezas, y las miserias públicas, que á un mismo tiempo son su fruto y su raíz.

¡Qué inclinaciones estas tan admirables, señores! ¡Qué uniformidad no se observaba en todas estas virtudes! Sus grandes prendas no se ceñian, como en otros muchos, á algunas pocas acciones laudables, que suelen escaparse del tropel de los vicios, que pierden todo su mérito luego que se exáminan atentamente, y que en la realidad mas son descuidos que virtudes.

Siempre superior á los sucesos, si no tuvo la gloria de ser siempre feliz, á lo menos tuvo la de manifestarse siempre mas grande que su fortuna: tan tranquilo se queda quando se le huyen las coronas, como quando se las presentan: contento con no haber omitido diligencia alguna de las que dicta la prudencia, se persuade á que no debe atribuirse á sí los sucesos de que solamente decide la Providencia; al verle en el punto decisivo de los mayores negocios, en medio de las inquietudes y diferentes ideas que se presentan al entendimiento quando aún está dudoso el éxito, qualquiera hubiera creido que yá todo estaba determinado; su tranquilidad no se inmuta con la incertidumbre de los sucesos, siendo así que suele ser mas difícil mantener ésta, que sufrir un suceso desgraciado.

Si, señores, en todas partes le acompañaba esta serenidad de animo. ¡Qué destreza para manejar los genios! ¡Qué habilidad en conciliar los mas contrarios intereses! ¡Qué conocimiento tan profundo de los hombres! ¡Qué ideas en orden á todo lo que podia asegurar la felicidad de los pueblos, y de los Estados! ¡Qué moderacion aún en aquellos negocios en los que parece que es propia la

90 ORACION FUNEBRE  
actividad! ¿Qué prudencia aún en el gracejo de las mas libres conversaciones!

¿Pero será esta acaso una de aquellas imágenes que pinta el Orador segun su idea, que explican lo que el Héroe debiera haber sido, pero no lo que en la realidad fué, y que son mas á propósito para acordarnos sus defectos, que para formar su elogio?

Bien veo, señores, que quereis interrumpirme: bien conozco que os ofende mi desconfianza: oigo levantarse contra mí, en medio de esta Augusta Asamblea, una voz pública, formada por el amor y el dolor, que me reprehende de que me quedo muy corto en las alabanzas, al mismo tiempo que yo recelo que parezcan excesivas.

Y á la verdad, ¿qué pudiera faltar á su elogio, si entonces hubiera sido tan agradable á los ojos de Dios, como era grande á vista de los hombres!

Y quando digo á vista de los hombres, no os parece, señores, que grangeándose la estimacion pública con unas exterioridades de moderacion y prudencia, se contradecía despues en el recinto de sus obligaciones domésticas; que cansado de representar en público el personage de un hombre grande, introducía despues entre los suyos las molestias del respeto; y que entre ellos descansaba de las apariencias de la virtud, entregándose á los vicios.

Poseyó, pues, aquel primer distintivo de los hombres ilustres, alabado en los libros santos; esto es, que cada uno de ellos habia sido en su siglo ornamento de la sociedad. *Pulchritudinis studium habentes*: pero no les fué menos semejante en el segundo, que es el haber sido Angeles pacíficos, y tutelares de sus propias casas. *Pacificantes in domibus suis*.

Fué buen esposo, buen padre, y buen señor: ¿pero cuántas heridas voy á renovar á un mismo tiempo! ¿Acaso la afligida Princesa que estubo unida á él con el sagrado vinculo, no siente suficientemente la violencia del golpe? De este modo se nos huyen, ¡ó Dios mio! los mas amados obje-

je-

DE FRANCISCO LUIS DE BORBON. 91

jetos; de este modo se desatan los mas estrechos lazos: de este modo se convierte en amargura aún aquello mismo que nos prometía la mayor felicidad, y fuera de la esperanza de la fé, no nos dexa mas que una agradable memoria, que al mismo tiempo que parece alivia nuestro dolor, perpetúa el luto y la tristeza.

El *PRINCIPE DE CONTI*, señores, podia decir de sí mismo, como David, *que le habia tocado un buen corazon, que caminaba por medio de su casa con paz, y con inocencia.* (1)

¿Qué respeto no tuvo á la Princesa su Esposa, cuya conducta y virtud han hecho siempre tanto honor á su nacimiento? Aún aquellas atenciones mas indiferentes, que parecia podian ocultarse á la superioridad de su talento, no se ocultaban al amor de su corazon. ¿Qué tierno afecto á los Príncipes sus hijos? El mismo formaba en sus corazones aquellos pensamientos de honor y grandeza, tan dignos de su nacimiento; se hacia niño con ellos, por decirlo así, para enseñarlos á que algun dia fuesen prudentes, grandes, equitativos, humanos, moderados, en una palabra, semejantes á él; vivía como un hombre particular en medio de su Augusta familia, respetaba los vínculos de la religion y de la naturaleza, los agradables títulos de Padre, y de Esposo; y no conocía aquella necia costumbre que hace que la mayor parte de los Grandes juzgue que viven solos en la tierra, que piense que es privilegio de su clase el trastornar las primeras impresiones de la naturaleza, mirando todo lo que les une á los demás hombres como un yugo que les afrenta.

Es preciso, señores, haber nacido con una grande elevacion de ánimo, para mantener, aún en medio de aquellas obligaciones privadas y domesticas, en que el hombre nunca cuida tanto de sí, y en que el génio ocupa tan

(1) *Psalm.* 100. v. 2. 3. 4.

tan facilmente el lugar de la virtud, un carácter siempre igual de grandeza y prudencia.

Afligida casa de este gran Príncipe, bien veo que tú te adelantas á mi discurso, y que pudiera poner á tu dolor por testigo de esta verdad. ¿Qué Amo dió menores muestras de tal? ó por mejor decir, ¿quién tuvo jamás mas mérito que él para ser Amo?

Los grandes regularmente se persuaden á que todo se hizo para ellos; que los demás hombres no nacieron mas que para sufrir el peso, ó de su vanidad, ó de sus antojos; pero el *PRINCIPE DE CONTI* solamente exercia su autoridad sobre sí mismo. ¿Qué agrado y qué afabilidad para con los suyos, sin obligar á éstos á que por él se mortificasen! No reparaba en sus faltas quando era él solo el que padecía con ellas, queriendo mas sufrir algunas veces las molestias de su poca habilidad, que contristar su buen deseo; jamás se advirtió en él movimiento alguno de humor y de génio, que pudiese denotar que su grande alma estaba fuera de su asiento natural; llegaba á tanto su afabilidad, que solamente el amor que le tenían los suyos podia impedir el abuso que de ella pudieran haber hecho, pues mas parecia su amigo que su amo; los dispensaba de aquellas rigurosas obligaciones, que mas son efecto de la costumbre que de la necesidad; los miraba como compañeros de su fortuna, y no como juguetes ó instrumentos de sus antojos y de sus pasiones; y hacia ver, cosa bien estraña, que los Grandes pueden hallar amigos aún entre los mismos que los sirven.

Este es el hombre sábio, el amado de los pueblos, modelo de Príncipes, alegría de los suyos, y admiracion de todos. Acabad, Señor, en él vuestra obra, coronad vuestros dones, animad estas virtudes puramente naturales, y estos huesos áridos con un soplo de vida; haced que á la hermosura de estas hojas estériles sucedan frutos de inmortalidad; guiad este día del hombre hasta el día perfecto de la gracia; formad de todos estos tesoros de

Egyp-

Egypto un tabernáculo para vuestra gloria; no permitais que se pierda la prudencia del Sábio, antes bien dadle la fé de los humildes y pequeñuelos.

Fue, pues, uno de aquellos hombres perfectos en la vida civil: *Et honorem apud Seniores, juvenis*. Pasemos á la ultima parte del discurso: Fue tambien uno de aquellos hombres ilustrados con lo singular de su estudio, y con lo superior de sus talentos: *Acutus inveniar in judicio; in conspectu potentium admirabilis ero, & habebó immortalitatem*: No solamente fue heroe, y sábio, sino tambien un génio superior y universal.

## TERCERA PARTE.

**L**A ciencia y los talentos en los Príncipes suelen servir de escollo á su fama, ó á su religion.

La ciencia del mundo muchas veces los empeña en unos estudios vanos y frívolos, agenos de la obligacion y grandeza de su estado, que aunque puedan ilustrar al hombre, no instruyen al Príncipe.

En la presencia de Dios los hincha y desordena, y muchas veces aunque ilustra su razon, es á costa de su fé.

Admirad pues, desde luego, Señores, en los raros estudios del *PRINCIPE DE CONTI* dos utilidades, que estan señaladas en mi texto, y que son muy opuestas á estos dos escollos.

La fama de su ciencia y de sus talentos hace que vengan á buscarle desde las estremidades de la tierra, no una Reyna estrangera, sino todos los votos de un rey-no entero. Los Grandes y poderosos de Polonia, movidos de las maravillas que la fama publicaba de él en todas partes, le ofrecen á porfia una corona, que siempre ha sido precio del valor y del mérito: *In conspectu potentium admirabilis ero*.

A este primer fruto de sus talentos podeis añadir otro, que es la prenda de la corona inmortal por su conver-

N 2

sion

sion á Dios estando para morir: *Et habebó immortalitatem.*

¡Qué estudio tan vasto el del *PRINCIPE DE CONTI*! parecía que se había dedicado á todas las facultades. Guerrero, Humanista, Historiador, Político, Jurisperito, y aún Teólogo, en cada una de estas ciencias, según la diferencia de sugetos con quienes trataba, parecía que era la única de que había hecho profesion; y al oírle, exclamaban, como en otro tiempo al oír al Principe mas sábio é instruído del Oriente.

“¡Qué abundancia de doctrina y erudicion se admiraba en tu juventud! la ciencia corre de tu boca como las aguas en un caudaloso rio; las luces de tu alma han penetrado todos los secretos de la tierra, y en esta pacífica gloria has sido las delicias de los pueblos, del mismo modo que la gloria de las armas te había hecho su admiracion y su defensa: *Quemadmodum eruditus es in juventute tua, & impletus es sicut flumen sapientia, & terram retexit anima tua . . . & dilectus es in pace tua.*” (1)

Reparad, señores, en dos abusos que evitó siempre en su continuada leccion; nunca gustó de aquellos libros frívolos que de nada mas sirven que de descanso de la ociosidad, y que corrompen el corazon sin instruir el entendimiento.

Siempre gustó mucho de los libros santos, y tuvo mucho respeto á las verdades de la fé.

En el mismo tiempo ¡oh Dios mio! en que aún no podía gustar lo suave que sois, confesaba que erais el santo y verdadero. Su razon respetaba los límites de la fé, aún quando estaba olvidado de sus obligaciones: Su boca respetaba la verdad de vuestros mysterios, aún quando todavía estaba su corazon lexos de vos; en su gran ta-

(1) *Psalm. 40. v. 24.*

talento hallaba motivos de sumision; y si no amaba todavía á la verdad que liberta, á lo menos siempre tuvo un religioso respeto á la verdad que sujeta y cautiva.

En un siglo, señores, en que la religion se ha hecho el juguete del desorden ó de la falsa ciencia; en un siglo en que la impiedad es como la primera prueba de un talento despejado; en un siglo en que el creer en Dios parece casi vergüenza de la razon ó del valor; en un siglo en que para no confundirse con el vulgo es necesario preciarse escandalosamente de incrédulo; en un siglo finalmente, en que tantos hombres superficiales blasfeman lo que ignoran, se tienen por mas hábiles á proporcion que son mas temerarios, que aprenden á dudar de la religion antes de conocerla, que se declaran Doctores de la impiedad; antes de haber sido discipulos de la fé, y que se levantan contra la ciencia de Dios sin poseer ni aún la de los hombres.

En medio de estos abusos, la fé del *PRINCIPE DE CONTI*, tan superior en luces y doctrinas, honra á la verdad de la religion. Este grande ingenio no es mas que un humilde fiel delante de la Magestad de aquel Señor que pesa los talentos, y que *mira á los escudriñadores de sus secretos como si no existiesen.* (1) Su curiosidad solamente llega hasta quedar convencido de que la razon no puede alcanzarlo todo; que el hombre no conoce de los caminos de Dios mas que lo que Dios ha querido revelarle; que la fé es el punto fixo de nuestras luces; que aunque se sacuda el yugo, se hallan los mismos abismos y las mismas incertidumbres que en la sumision; que los dogmas de la impiedad no tienen mas claridad ni mas inteligencia que los mysterios de la religion; y que el que se niega á creer pierde la fé, sin que por esto gane ó adelante la razon.

Ja-

(1) *Psalm. 40. v. 24.*

Jamás se apartaron del corazón de este gran Príncipe estos pensamientos. Pero á tanto valor, á tanta ciencia, á tanta religion, á tan grandes talentos, ¿qué faltaba, Señores, sino una Corona? Pero el *PRINCIPE DE CONTI* contento con la clase en que le habia colocado su nacimiento, jamás la deseó. La gloria de estar unido por la sangre al primar trono del mundo, el zelo que le unia al Rey, aún mas que la sangre, el gusto de vivir á su vista y baxo sus órdenes, esto era á lo que aspiraba su corazón fiel, y hasta donde estendió siempre los límites de su ambicion; y como aquella Princesa de que se habla en la Escritura, que estimaba en menos la Dignidad Real, que la condicion de los siervos de Salomón, se tenia por mas dichoso en ser uno de los primeros vasallos de Luis, que Rey de una nacion estrangera: *Beati servi, qui stant coram te semper.* (1)

Pero finalmente, la Polonia se le envidia á la Francia. Su trono, vacante por la muerte de un Rey que habia sido el terror de los infieles, pide un Príncipe de la sangre de nuestros Reyes. La fama del *PRINCIPE DE CONTI* fue el único manejo que desde luego le adquirió todos los votos.

Una nacion guerrera necesitaba de un Príncipe belicoso; una nacion libre, de un Príncipe sábio y moderado; una nacion zelosa de la fé, de un Príncipe ilustrado y religioso, que supiese á un mismo tiempo respetar la fé, y defenderla. Una nacion que ella misma se elige sus Reyes, necesitaba de un Príncipe á quien llamase al trono la estimacion general, que reynase por amor, y que mirase á sus vasallos como á sus bienhechores; finalmente, una nacion casi siempre dividida entre facciones domesticas, necesitaba de un Príncipe de un talento superior, hábil en el arte de conocer los hombres y gobernar-

(1) 3. Reg. 10. v. 8.

narlos, que supiese ganarse los corazones, conciliar los intereses, y reunir en defensa de la patria las mismas pasiones que la despedazan.

¡Feliz pueblo! si Dios, que es el que dispone de los Reyes y reynos, no le hubiera negado, en su indignacion, á tus primeros votos; ó por mejor decir, si tú mismo no te hubieras conjurado contra tu propia felicidad! Pasarias tus dias con paz, con abundancia, y con honor; tus leyes te servirian todavia de fuerza y de defensa; no se ofrecerian sobre tus altares sino sacrificios de alegria y de agradecimiento; estarian ya olvidadas las desgracias de los anteriores reynados; tus nuevas conquistas excederian á tus pasadas pérdidas, y tu valor sería temido de tus vecinos.

Pero á este tiempo se levanta una faccion enemiga de las leyes, de la religion, y de la libertad; los votos sediciosos trastornan una eleccion legitima, se quebrantan los mas sagrados derechos, las leyes ceden á la fuerza, un vil interés prevalece sobre la gloria de la nacion, sobre la felicidad de la patria, y sobre los mismos intereses de la fé. Un nuevo Jeroboam divide las Tribus, y se sienta sobre un trono usurpado, y baxo las apariencias de un culto santo, introduce en la heredad del Señor un culto profano, abandonando al Rey que Dios habia elegido; el Señor en el tiempo de su indignacion se le manifiesta desde lexos á la Polonia; le retira de ella, y con el su proteccion y sus misericordias; y la misma desgracia que le aparta de aquella tierra ingrata, es para ella la señal y la raíz de todas sus miserias.

¡Qué espectáculo de afliccion y de horror presenta á toda la Europa! El espíritu de discordia y de furor enciende la guerra y la disension entre los ciudadanos; la nacion vuelve su valor contra sí misma; queda arruinado el Idolo que habia puesto sobre el trono: Su Corona es el juguete de los pueblos y de los Reyes: Sus ciudades son presa de sus aliados y de sus enemigos: *Dá la*

mano á los Asyrios : (1) Lllaman al Moscovita , y éste vá volando á vengar en los mismos que le llaman sus anti- guas pérdidas ; un pueblo , á quien siempre habia mira- do como esclavo suyo , se hace su tirano : (2) se arrui- nan sus Altares ; sus Sacerdotes son arrancados del San- tuario , y llevados en cautiverio ; sus Virgenes quedan deshonradas : Sus Príncipes , como tímidos corderos , ca- minan sin fuerza y sin valor delante del que los persi- gue. (3) Sus campos inundados de sangre , niegan el sus- tento á su pueblo ; por fuera se vé la espada , y por dentro la muerte : (4) El Señor no se cansa de herirlos : Con una mano derrama una copa de veneno y mor- tandad , y con la otra tiene levantada la espada de la guerra y de la venganza : Todos los azotes de su ira caen juntos sobre esta desgraciada tierra ; lloran todos sus ca- minos , y no son mas que una triste soledad ; y en me- dio de tantas calamidades aún no está satisfecho el furor de sus ciudadanos ; la mano que los hiere y los destru- ye , no los desarma ; acaban de vengar en sí mismos á la divina justicia ; la ruina de la patria no puede poner fin á sus disensiones y querellas , y consumidos con tantas pér- didas todavía quieren perecer por sus propias manos.

¡Gran Dios! parece que los castigais para arruinarlos, y no para corregirlos! ¿No os acordareis, Señor, de Abraham y de Jacob? ¿No os olvidareis de los peccados de los hijos, atendiendo á la piedad de sus padres? Las Heduviges, los Casimiros, y otros muchos Reyes Santos, que tuvieron esta Corona, y que vengaron la gloria de vuestro nombre, no os quitarán de la mano la espada de vuestra venganza? ¿Habeis puesto delante de vos para siempre una nube de indignación, para que las oraciones y los gemidos de aquella afligida Iglesia, no

(1) Jerem. orat. v. 6. (2) Ibid. v. 8.  
(3) Thren. 1. v. 6. (4) Ibid. v. 10.

lleguen á vuestro trono? (a) ¿Es posible que no os hayan de mover mas sus desgracias que sus delitos?

¡Oh pueblo! Mira y considera los males que el Señor ha obrado en tus provincias. Despreciaste á tu Ley, y á su Christo. (b) Apartaste de tí al que habias llamado, y el Señor te abandonó. Tus Reyes han sido á un mismo tiempo tu castigo y tu delito.

Pero ya, señores, empiezan á manifestarse los juicios de Dios: No queria su Magestad dar al PRINCIPE DE CONTI la gloria de un reyno y de una corona terres- tre, sino disponerle para la corona inmortal.

Porque, finalmente: No se glorie el Héroe, dice el Profeta, en su valor; no ponga el Sabio una vana con- fianza en su sabiduría; el que es rico en talentos y ciencia, no se ensalce con las riquezas de su ciencia y su talento. (c) Los talentos extraordinarios, en medio de ser dones de Dios, suelen servir para apartar al hombre de él; son origen de su perdicion, si no miran á Dios, que es su Autor, como fin; si no es su Magestad quien regla el uso de ellos; y si el conoceros y amaros, ¡oh Dios mio! no dá valor y estimacion á todas las demás obras.

Yá tocamos por último aquel momento, en que el PRINCIPE DE CONTI gustó de estas verdades. Momento feliz para él, terrible para la Francia que le llora, para los suyos, que con sus lamentos parece que le están lla- mando de lo profundo de el sepulcro, para la afligida Princesa que le echa menos, para sus amigos que le pier- den, si se puede llamar perdido al que Dios salvó. ¿Qué puede faltarme que decir despues de haberos hecho ver que sus excelentes talentos casi le colocaron en el trono, sino manifestaros el uso que de ellos hizo para el cielo?

Sus continuas enfermedades le manifestaban desde le-

(a) Thren. 5. v. 44. (b) Psalm. 88.

(c) Jerem. 9. v. 28.

jos el día de el Señor, y nos disponian á esperar su pérdida; bien que el vigor de la edad, la eficacia de los remedios, ó por mejor decir, nuestros deseos, servian de consuelo á nuestros temores. ¡Pero, ó esperanzas vanas de los hombres! Los momentos de Dios nunca son los nuestros: La muerte, que aún creíamos distante, estaba ya á la puerta: Y la luz de Israel estaba ya para apagarse.

¡Qué consternacion se esparce en el Pueblo al oír esta triste nueva! Nadie se atreve á fiarse de la voz pública: Todos quieren verlo con sus ojos, y oírlo con sus oídos: Todos acuden á saber lo que pasa, y hallan que el dolor está publicando esta triste nueva: El mismo pueblo, que regularmente no siente mas que sus propias pérdidas, tiembla al contemplar la que le amenaza. ¡Qué ofrendas no se presentan al pie de los Altares para alcanzar el alivio de una salud tan preciosa! Cada uno se persuade que es el único que vá secretamente al Templo á dar este consuelo á su dolor, y halla en él mezcladas sus lágrimas y oblaciones con las oblaciones y lágrimas del público.

Vos, Señor, parece que os dexasteis mover de nuestros ruegos: Se apartó la muerte, y nuestros temores se mudaron en felices esperanzas: Pero vuestros decretos, Señor, nunca se mudan: Esta pasajera luz, que nos manifestaba la vida, se vuelve de repente ácia el sepulcro: Se cumplen vuestros eternos designios: El haberse suspendido el golpe, engaño nuestra esperanza solamente para hacernos mas sensible el dolor de su pérdida.

¡Qué esperais, Señores, de este Héroe, de este Sábio, de este gran talento? ¡Qué podeis esperar, sino una penitencia en que se hallen todas estas circunstancias? Una penitencia constante, prudente, é ilustrada: Los mismos caminos que le guiaron á la gloria de el mundo, le guían tambien á la salud eterna.

Es verdad que este Héroe no mira la muerte con des-

desprecio y tranquilidad: ¿Por qué, ¡ó Dios mio! puede el vaso de tierra ensoberbecerse, hallándose debajo de la poderosa mano que vá á caer sobre él, y á hacerle pedazos? ¿Qué cosa es la intrepidez de un hombre que está para morir? Es una cobarde desesperacion, que no teniendo valor para sufrir el temor de vuestros juicios, elige el medio de despreciarlos; y que no atreviéndose á esperar su salvacion, se forma un detestable honor de perderse.

El PRINCIPE DE CONTI, quando le anuncian de parte de Dios, como al Rey Ezequias, que vá á morir, manifiesta aquella inquietud, y aquel temor de que todos los hombres son deudores á la naturaleza y á la verdad, y todos los christianos á la fé de el juicio venidero: No intenta engañar á los demás, ni engañarse á sí mismo: No quiere adornarse con una falsa virtud, ni ocultar sus propias miserias.

Peró esperad: La fé produce el temor, y el temor produce el amor, la resignacion, y la eterna salud. Dios entra en su corazon á ocupar el lugar del hombre, ¡y qué grande es el que logra ser grande para con su Dios!

Desde aquel instante fijó sus ojos en la eternidad, la que no volvió á perder de vista: El mundo desaparece; este mundo que tan grande es á la vista de las pasiones, nada es á los ojos de su fé: No se acuerda de la vida, sino para contemplar en el mal uso que de ella ha hecho: No piensa en Egipto, sino para acordarse de las misericordias de el Señor que le han libertado de su cautiverio: Rodeado de Ministros Santos, camina como el Tabernáculo á Israel, con un paso magestuoso, ácia la tierra de promision: Lleva en su seno el Sagrado Maná, aquel Pan de los Angeles que acaba de recibir, ¡pero con qué fé, y con qué tierno amor! y en él halla todo su consuelo y fortaleza.

En medio de los mas vivos dolores, con el cuerpo extenuado, y que se vá aniquilando por instantes con la

violencia de los males y de los remedios, no permite á sus congojas aquellas inocentes demostraciones de dolor, que parece sirven de alivio. Y no os parezca, señores, que esto era un valor puramente Filosofico, ó una obstentacion vana, sino que era una sólida virtud. Bien le visteis, que no reparaba en los asistentes, y que toda su atencion estaba fija en Dios: Siempre dió muestras de su veracidad: Se atemorizó quando debía temer, y se manifesto constante quando Dios se lo mandaba: Esta es la fortaleza de la fé, la paciencia de los Santos, y la humildad de la penitencia: Y de este modo, ¡ó Dios mio! los que esperan en Vos, mudan de valor y fortaleza. *Qui sperant in Domino mutabunt fortitudinem. (a)*

Este es el Héroe y el Sabio que se formó la gracia. Pide para socorro de su flaqueza el último remedio de el christiano; esto es, la gracia de la Santa Uncion: No hay necesidad de usar con él de aquellos tímidos artificios con que suelen proponerse á los que agonizan los remedios de la fé, como si fueran solamente anuncio de que se desespera de su salud, y que muchas veces, por no representarlos los horrores de la muerte, no se atreven á manifestarlos los socorros de la inmortalidad, y los medios para conseguir una mejor vida: En vez de atemorizarle la Sangre de el Cordero que corre por estos Sagrados Canales, le sirve de su mas firme esperanza: Baña con una fé viva las llagas de su corazon en este baño de vida: Vos le lavareis, Señor, y renovareis su juventud como la del Aguila. (b)

Al mismo tiempo que cumple con las obligaciones de la piedad christiana, no se olvida de las de la amistad, de las de el agradecimiento, y de las de la naturaleza: Da á sus amigos las últimas señales de su confianza, y de su amor: Habla como padre á los criados, á quienes siem-

(b) *Isai. 40. v. 1. (b) Psalm. 102. v. 5.*

siempre habia mirado como á hijos: Encarga á un ilustrado y piadoso Príncipe el cuidado de llevar á los pies de el Rey las demostraciones de el respeto, de el amor, y de la fidelidad que siempre le habia tenido: Por último, llama al Príncipe su hijo.

“Hijo mio, le dice, yo quisiera haberte dado mejor exemplo; y creo que si Dios me conservára la vida, no dexaria de dártelo: Ten siempre presente, que es necesario servir á Dios, ser fiel á su Divina Magestad, y al Rey, y vivir como hombre honrado, y como buen christiano para merecer las bendiciones del Cielo.”

¡Oh Príncipe! Unica esperanza de vuestra Augusta Casa, no se borren jamás de vuestro corazon estos últimos consejos; procurad conservar, con las heroycas prendas que habeis heredado de un padre, que ha sido la gloria de nuestro siglo, los pensamientos y virtudes que santificaron su muerte.

Finalmente, aparta de sí todos los cuidados de las criaturas, y se queda solo con su Dios: Entonces se reunen todas sus luces, su grande alma se desprende mas y mas de los sentidos, la Magestad del Dios que se acerca y se le manifiesta, la ilumina, la llena, y la eleva sobre sí misma.

*La vista de los justos es como una luz, que cada dia vá creciendo, hasta el perfecto dia de la eternidad. (a)* Yá podía decirse, no que su fé padecia con resignacion, sino que su amor deseaba padecer: “Señor, repite continuamente en medio de sus dolores, descargad sobre mí vuestro brazo, aumentad los golpes, hacedme pedazos, quemad, cortad, destruid este cuerpo de pecado; yo le entrego á vuestra Justicia; pero reservad vuestras misericordias para mi alma: Perdedme”

(a) *Proverb. 4. v. 19.*

me en el tiempo, y salvadme en la eternidad."

Ya no le asusta, ni amedrenta el temor de los juicios de Dios, porque su grande amor á los hombres le sosiega y consueta. Y quando el prudente y docto Ministro, que está viendo las operaciones de la gracia en su alma, le renueva esta memoria con las palabras del Apostol: *Dios que es rico en misericordia, movido del extremo amor con que nos amó quando estabamos muertos por nuestros pecados, nos ha dado la vida en Jesu-Christo, nos ha resucitado con él, y hecho sentar en el Cielo.* (a) Al oír estas palabras, su boca ya moribunda, apenas puede explicar los afectos de su fé y de su religion; y exclama: *Ese es el fundamento de todas mis esperanzas.*

Poco tiempo despues movido íntimamente del olvido de Dios en que viven casi todos los hombres, volviéndose al Sagrado Ministro, le dice: "Si el hombre pudiera comprehender el estado en que se ha de hallar quando llegue á estos últimos instantes, conocería que en nada puede hallar remedio seguro sino en la religion."

Al acabar estas palabras, la lengua se niega á la fé que le anima, faltan las fuerzas, se suspende la voz, pero su corazon prosigue hablando con Dios; su alma mas pura, y mas libre, segun iba disolviéndose el cuerpo terrestre que la oprime, le invoca, le llama, le suplica, le adora, le alaba, ya le empieza á poseer, y no muere sino para ir á vivir eternamente con él: ¡Gran Dios! ¿Podrá haberse frustrado este deseo? ¿Habeis, Señor, de negaros á recibir la oveja que acude á buscaros, quando seguis aceleradamente á la que se descamina? Tantas dones y tantas luces con que adornasteis á esta grande alma, no habian de ir á reunirse con su principio? Tantas lágrimas

(a) Ephes 2. v. 5. 6.

como se derraman sobre estas amadas cenizas no han de acabar de purificarlas? Los gemidos de su fé y de su penitencia habian de haber llegado en vano hasta vuestro trono? ¿No habia de ser oída la Sangre del Cordero, que está clamando á vos, y que corre sobre el Altar por manos de un fiel Pontífice? ¿No os habiais de inclinar vos mismo, ó Señor, á favor suyo? Vos le salvareis, ¡Gran Dios! Vuestras promesas se cumplirán, y su esperanza no quedará confundida.

Escuchad, Grandes de la tierra, y aprended: todo quanto ha habido mas digno de admiracion en el mundo, las victorias, los talentos, la fama, la prudencia, la sabiduría, todo parece vano y frívolo en la cama de la muerte; la vida mas gloriosa para con los hombres, la mas llena de grandes sucesos, si no se ha ordenado á Dios parece entonces vacía, y digna de un eterno olvido. ¡Qué locura no se registra entonces en aquella prudencia, que no nos ha guiado á la salvacion! ¡Qué poco caso se hace de los estudios y talentos que no nos han adquirido la ciencia de los Santos! Entonces Dios parece todas las cosas, y el hombre sin Dios nada parece; solamente puede aspirar á la eternidad por Dios, por la fé, y por la gracia; la clase, las conquistas, la fama, los talentos solamente nos unen por un corto tiempo á una nube que se disipa, á un rio que corre rápidamente á precipitarse en el eterno abismo; su nombre podrá conservarse en las historias, sus acciones podrán gravarse en el marmol, y en el bronce; los nombres de los que os han olvidado, ¡ó Dios mio! no están escritos mas que sobre el polvo, y un ligero soplo puede borrarlos. *Recedentes à te, in terra scribentur.* (a)

La inmortalidad solamente está reservada para el Justo: Solamente los nombres que están escritos en el libro

(a) Jerem. 17. v. 13.

de la vida son los que nunca perecerán: todo lo que únicamente depende del mundo pasará con el mundo: vos solo, ó Dios mio! permanecereis eternamente: feliz, pues, el hombre que en nada pone su afecto sino en vos, que no ama sino lo que ha de ser siempre amado, que no quiere gozar sino de lo que puede poseer para siempre, que no confia sino en lo que nunca puede faltar, *que no ha recibido en vano su alma*, (a) que no vive entregado al acaso, y así de los días de su vida mortal se vá formando insensiblemente el día de su eternidad. Amen.

(a) *Psalm. 23. v. 4.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

ORA-

ORACION FUNEBRE

DEL SERENISIMO SEÑOR

LUIS DELFIN DE FRANCIA.

PREDICADA EN LA SANTA  
Capilla de París.

*Erunt accepta opera mea... & ero dignus sedium Patris mei.*

Seré digno del agrado de mi pueblo, por la benignidad de mis procederes; y de ocupar el trono de mi Padre.  
*Sap. 9. v. 12.*

**D**E este modo juzgaban los Grandes y el pueblo. Esto era lo que esperaban del *MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRINCIPE LUIS DELFIN DE FRANCIA*. Nuestros juicios eran arreglados, no se fundaban ni en el interés, ni en la adulacion, ni en el temor, sino solamente en el amor; nuestras esperanzas eran bien fundadas; lo presente nos aseguraba de lo por venir, y la afabilidad y agrado que habíamos visto en su vida privada, nos descubria ya anticipadamente la historia de su reynado.

Pero, ¡ó Dios mio! Vos nos le disteis, y vos nos le quitasteis: le concedisteis á nuestros ruegos, y le habeis negado á nuestras culpas; le criasteis para felicidad de la Francia, y nos le quitais para castigarnos con su pérdida: nos quitais *arreatadamente lo que nos era tan*

Tomo VIII.

P

ama-

de la vida son los que nunca perecerán: todo lo que únicamente depende del mundo pasará con el mundo: vos solo, ó Dios mio! permanecereis eternamente: feliz, pues, el hombre que en nada pone su afecto sino en vos, que no ama sino lo que ha de ser siempre amado, que no quiere gozar sino de lo que puede poseer para siempre, que no confia sino en lo que nunca puede faltar, *que no ha recibido en vano su alma*, (a) que no vive entregado al acaso, y así de los días de su vida mortal se vá formando insensiblemente el día de su eternidad. Amen.

(a) *Psalm. 23. v. 4.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ORA-

ORACION FUNEBRE

DEL SERENISIMO SEÑOR

LUIS DELFIN DE FRANCIA.

PREDICADA EN LA SANTA  
Capilla de París.

*Erunt accepta opera mea... & ero dignus sedium Patris mei.*

Seré digno del agrado de mi pueblo, por la benignidad de mis procederes; y de ocupar el trono de mi Padre.  
*Sap. 9. v. 12.*

**D**E este modo juzgaban los Grandes y el pueblo. Esto era lo que esperaban del *MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRINCIPE LUIS DELFIN DE FRANCIA*. Nuestros juicios eran arreglados, no se fundaban ni en el interés, ni en la adulacion, ni en el temor, sino solamente en el amor; nuestras esperanzas eran bien fundadas; lo presente nos aseguraba de lo por venir, y la afabilidad y agrado que habíamos visto en su vida privada, nos descubria ya anticipadamente la historia de su reynado.

Pero, ¡ó Dios mio! Vos nos le disteis, y vos nos le quitasteis: le concedisteis á nuestros ruegos, y le habeis negado á nuestras culpas; le criasteis para felicidad de la Francia, y nos le quitais para castigarnos con su pérdida: nos quitais *arreatadamente lo que nos era tan*

Tomo VIII.

P

ama-

amable; su vida ha pasado como una nube, (a) su muerte confunde nuestros juicios, y arruina nuestras esperanzas; pero mudará acaso nuestro corazón?

¿Qué mas plagas puede Dios reservar en los tesoros de su indignacion para instruir y castigar á los hombres, que estas que envia á su pueblo? *Nosotros esperabamos la paz, (b) el Rey sacrificaba su gloria, sus intereses, y su amor á nuestro deseo, era pacífico con los que aborrecian la paz, (c) está se aparta de nosotros, y vuelve el furor y la guerra; nuestros campos han estado gimiendo con una larga esterilidad; la enfermedad y la muerte han derramado el luto en nuestras ciudades, hemos visto caer hasta los mismos cedros del libano, todavía está llorando la Francia tres Príncipes de la sangre real, arrebatados en casi el corto tiempo de un año, á sus augustos hijos, y á sus afligidas esposas; y al mismo tiempo que tributabamos los lúgubres y religiosos respetos á su memoria, os hemos anunciado los juicios del Señor, y la vanidad de las cosas humanas; finalmente, hasta el mismo hijo y heredero acaba de ser herido, los castigos de Dios se van aumentando al paso que se aumentan nuestros delitos. ¿Quándo detendremos, católicos, el brazo que está levantado sobre nosotros?*

El pueblo infiel se ensoberbece con sus felicidades; canta cánticos de alegría y de victoria; y la Francia, la porcion mas pura de la Iglesia, la region de la verdad y de la luz, una nacion escogida, y cuyo Rey, que es según el corazón de Dios, ha arruinado todos los altos lugares, y todos los Altares estraños; la Francia, vuelvo á decir, llora; se vé privada de su Príncipe, y parece que el Señor se ha olvidado de sus antiguas misericordias.

¿Qué

(a) Job. 36. v. 15. (b) Jerem. 14. v. 19.

(c) Psalm. 19. v. 7.

¿Qué es lo que hemos hecho? ¿Cómo han sucedido estas desgracias en Israel? Nosotros hemos abandonado al Señor, y el Señor nos ha castigado; no nos hemos vuelto á su Magestad en nuestra afliccion, y el Príncipe ha sido arrebatado de en medio de su pueblo. ¿Nos ha de estar Dios siempre castigando en vano, católicos? Sus golpes son inútiles, si al mismo tiempo que nos afligen no nos enmiendan; ¿qué tendrá dispuesto el Señor para nosotros, si esta última desgracia nos es una leccion infructuosa!

¿Es posible que hemos de venir todos los días á estas pompas lúgubres con el estilo del dolor, para no esperar de los que nos escuchan mas que, como de aquellos niños del Evangelio, unas lágrimas que solo sirven de juguete ó de diversion pueril? Hemos de convertir en un puro espectáculo nuestras propias desgracias? La leccion mas terrible de la fé, ¿no ha de ser para nosotros mas que una vana ceremonia?

¿Son aún los mismos nuestros juicios y nuestras esperanzas de las cosas de la tierra, á vista de ese sepulcro en donde toda la grandeza humana se vé reducida á polvo y ceniza?

La muerte nos arrebató un Príncipe benigno y afable; nosotros le mirabamos como digno del trono de sus antepasados, esperábamos gozar con él unos días felices y pacíficos, pues este es el motivo de nuestras lágrimas; la muerte confunde nuestros juicios y nuestras esperanzas, pero no muda nuestros corazones, y esto será el motivo de nuestra instruccion.

Hagamos, señores, que nuestro dolor nos sea útil; juntemos las reflexiones de la fé con las lágrimas de la naturaleza y del afecto, y al mismo tiempo que ofrecemos las oraciones de la Iglesia, y el sacrificio de expiacion por esas amadas y augustas cenizas, desengañémonos del error de nuestros juicios, y de la vanidad de nuestras esperanzas; esto es, pensemos por último, que nada

son todas las cosas percederas, y solamente miraremos como dignas de nuestra esperanza las inmortales.

## PRIMERA PARTE.

**T**odos los dias están usando los hombres del idioma de la fé y de la verdad para hablar de la nada de las cosas humanas, sin que por eso dexen de seguir los caminos de la vanidad y de la mentira; continuamente estamos diciendo que el mundo es nada, y con todo eso solamente vivimos para el mundo; somos sabios en los discursos, pero muy necios en las obras: somos filósofos en la inutilidad de las conversaciones, pero ignorantes en nuestros procederes; somos muy eloquentes para declamar contra el mundo, sin que por eso dexemos de amarle cada vez mas: doblamos la rodilla con la multitud delante del ídolo que poco antes habíamos pisado; y poco tiempo despues de haberle despreciado le volvemos á tributar nuevos sacrificios.

Lo que parece grande á la vista del mundo, siempre es grande para nuestra estimacion. Lo que el mundo llama felicidad es la única dicha á que nuestro corazon aspira; y lo que el mundo pondera es la única gloria que nos mueve. Abramos por último los ojos, y confunda esta triste y religiosa ceremonia la vanidad de nuestros juicios, sacándonos del error de los sentidos á las luces de la fé.

Quanto el mundo tiene en sí de grande parece se hallaba junto en el Príncipe que lloramos: Un nacimiento que hace sombra á todas las genealogías del universo; un nombre superior á todos los demás nombres: una sangre que trae su primer origen desde el trono, y que há tantos siglos corre sin interrupcion por las venas de tantos Soberanos; una casa augusta que vió nacer á todas las demás, que dió principio á nuestras historias, que cuenta entre sus títulos propios todos los monumentos que tenemos de los mas remotos reynados; y que siendo la única que permanece desde el principio entre las ruinas de

de tantas casas Soberanas que han perecido, parece que como en la casa de Noé se deposita en ella toda la gloria de los pasados siglos, y de la primera alianza que hizo el Señor con nuestros Padres: *Testamenta sæculi posita sunt apud illum. (a)*

Este fué *LUIS DELFIN DE FRANCIA*, el hijo de tantos Reyes, el heredero de la gloria de tantos siglos, y añadid á esto, el hijo de Luis el Grande.

Los Pirineos acababan de ver finalizarse con un glorioso tratado una guerra aún mucho mas gloriosa para la Nacion: *Los Montes habian recibiao la paz para el pueblo. (b)*

La España se consolaba de sus pérdidas, dando á *Luis* una piadosa Princesa, que acababa de dividir con él su trono y sus victorias. La Francia, libre ya de las turbaciones inseparables de una menor edad, veia crecer con su Rey sus esperanzas y su gloria; veia nuestras tropas aguerridas con nuestras propias disensiones; los grandes Generales que se habian formado, y que peleando contra la misma patria se habian perfeccionado en el arte de defenderla; las rentas del Erario, restablecidas por el cuidado de un Ministro habil; la libertad mudada en moderacion; las antiguas máximas, que estaban casi olvidadas, restablecidas á su primer espíritu; las artes, que habian decaido con la debilidad del gobierno, adquiriendo baxo su direccion, su vigor y lustre; las letras, que se hallaban como desterradas con nuestras turbaciones y desgracias, restablecidas en su antiguo honor para publicar nuestras victorias; veia finalmente aquellos hombres singulares, cuyas obras durarán eternamente, y que hasta ahora solo se habian visto de siglo en siglo, de reynado en reynado, ser muy comunes, apresurándose á nacer todos juntos, por decirlo así, en un reynado tan glorioso. El

(a) *Eccl. 44. v. 19. (b) Psalm. 71. v. 3.*

El Estado y el Rey, todo se hallaba en una juventud activa y floreciente.

En medio de tantas prosperidades concede Dios un Delfin á la Francia, que es el objeto de los públicos deseos, prenda de la felicidad de los pueblos, esperanza de la Monarquía, sagrado lazo de la sucesion real, é hijo de la gloria y de la magnificencia.

Con él se aumentan nuestras felicidades, sus días se cuentan por las victorias de un padre, siempre triunfante; cada estacion llega á poner á los pies de su real cuna trofeos y despojos; las maravillas se multiplican, la abundancia enriquece lo interior del reyno, al mismo tiempo que el valor dilata las fronteras. La magnificencia de los sitios Reales corresponde á la grandeza del Rey; en un instante salen del seno de la tierra, como por encanto, soberbios edificios, y lo que habia de ser obra de muchos siglos, lo es de pocos meses. La esterilidad de algunos lugares se convierte en adorno, y el Rey al volver de sus campañas, en donde dexa vencidos á su enemigos, se divierte en su propia casa en vencer á la naturaleza: Estos son los beneficios de Dios, de que nos estamos acordando, y si siempre los hubieramos mirado como tales, puede ser que todavia gozasemos de ellos.

Entretanto iba saliendo de su infancia el heredero de tanta grandeza; ya empezaba á manifestarse en él un natural feliz: las heroycas prendas del Rey, y la piedad de la Reyna formaban ya aquel conjunto de agrado y magestad, que fué siempre su principal distintivo, y aquellas felices disposiciones que no esperaban mas que el socorro de los Maestros.

¡Pero qué empresa tan ardua es, señores, el cuidado de formar la juventud de los Soberanos; el introducir en estas almas destinadas al trono las primeras semillas de la felicidad de los pueblos y de los imperios; el arreglar en tiempo las pasiones que no han de tener mas freno que la autoridad; el precaver los vicios, ó inspirar la virtudes que

que han de ser, por decirlo así, vicios ó virtudes del público; el hacerles ver que el principio de su grandeza se hallaba en la humanidad; el acostumbrarlos á que den á la verdad el lugar que siempre la usurpa la adulacion; el darlos á conocer que son grandes, y enseñarlos al mismo tiempo á que sepan olvidar su grandeza; el enseñarlos á que formen pensamientos elevados, manteniendo al mismo tiempo un corazon benigno; el guiarlos á la fama por el camino de la moderacion; el inclinar ácia la virtud unos afectos, que en todas partes han de hallar disposiciones para el vicio; en una palabra, el haber de formar soberanos y padres, grandes Reyes, y Reyes christianos! ¡Qué obra esta! ¡Pero qué sujetos no eligio para perfeccionarla la prudencia del Rey!

Uno (1) de una virtud sublime y rígida, de una probidad superior á nuestras costumbres, y de una veracidad que no pudo contrastar la Corte; filósofo sin ostentacion, christiano sin flaqueza, cortesano sin pasion, árbitro del buen gusto, y fiel observador de las atenciones políticas; enemigo del fingimiento, amigo y protector del mérito, zeloso de la gloria de la nacion, censor de la pública libertad; finalmente, uno de aquellos que mas parecen reliquias de las antiguas costumbres, que hombres de nuestro siglo.

Otro (2) de un ingenio vasto y feliz, de un candor que es siempre el distintivo de las almas grandes, y de los ingenios de primer orden, gloria de su Obispado, y eterno honor del Clero de Francia; un Obispo en medio de la Corte, un hombre dotado de todos los talentos y de todas las ciencias, el Doctor de todas las Iglesias, el terror de todas las sectas; el padre del siglo decimoséptimo, al que no faltó mas que haber nacido en los primeros

(1) *El Duque de Montausier.* (2) *Monseñor Bossuet, Obispo de Meaux.*

ros tiempos para haber sido luz de los Concilios, y alma de los padres congregados, para haber dictado Cánones, y presidido en Nicéa y Efeso.

¿Quién hubiera creído que estos dos hombres, tan únicos cada uno de ellos en su clase, podían hallar sucesores que después de su muerte fuesen dignos de ocupar sus puestos, si los que después de ella los sucedieron (1) en la educación del Príncipe que había de reynar, no nos hubieran enseñado que nunca son irreparables las pérdidas de la Francia.

Esto era lo que nos parecía tan grande; faltaban términos á la eloquencia para publicar tantas maravillas; el amor multiplicaba los elogios; la política del siglo los hacía dignos de pasar hasta la mas remota posteridad. Los extrangeros venían desde las Islas mas distantes á mezclar con nosotros su admiración y sus respetos; y qué sé yo si acaso por haberles manifestado con demasiada complacencia nuestros tesoros, y nuestra magnificencia, como aquel Rey de los judios á los Embiados de Babilonia, y por haber hecho un excesivo alarde de nuestra gloria, permitió Dios, que como á ellos nos fuesen quitados por algun tiempo.

Pero la triste ceremonia que aquí nos junta disipa la fantasma de grandeza que nos engañaba: Nada de lo que es perecedero puede ser grande: Esto no es mas que una decoracion de teatro: La muerte acaba con la escena, y con la representacion: Cada uno se despoja de la pompa del personage que representaba, y de la ficcion de sus títulos; y tanto el Soberano, como el esclavo vuelven á su nada, y á su primera baxeza. Solamente los dones de la gracia no perecen con nosotros; la muerte los asegura una eterna inmutabilidad; y al mismo tiempo

(1) El Duque de Beauvilliers, Monseñor de Fénélon, Obispo de Cambray.

que toda la grandeza del mundo se precipita en el sepulcro, se desvanece y aniquila, al mismo tiempo una virtud obscura que nos unía á Dios, sale resplandeciente de nuestras cenizas, y lleva al justo como en triunfo al seno de la eternidad. Solamente los que os temen ¡oh Dios mio! serán grandes, porque solamente ellos lo son, y lo serán siempre en vuestra presencia: *Qui autem timent te, magni erunt apud te per omnia.* (a) ¡Falsa idea de la grandeza! tú solamente duras hasta la muerte, y con todo eso, siempre has sido y serás hasta el fin la mas engañosa ilusion de la vida humana.

¿Será acaso mas sólida la felicidad que acompaña á la grandeza? Digamoslo, Señores, y acabemos de desengañarnos: Si el mundo pudiera hacer felices, lo sería sin duda el Príncipe por quien oramos: El amor que el Rey le tenía se aumentaba al paso que se aumentaban los felices sucesos de su educación: Este Monarca tan glorioso se mezclaba por sí mismo en los cuidados de aquellos grandes hombres á quienes le había confiado; era como David, que al volver de sus victorias hacia llamar á su hijo Salomón para instruirle en las obligaciones del Reyno, y en las máximas de virtud y sabiduría; el amor de padre no es incompatible con la grandeza de heroe; y el avergonzarse de los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad, si fueran flaqueza de ánimo, es adornarse de una falsa grandeza, y manifestar al mismo tiempo que no se tiene la grandeza verdadera.

Crece en edad el Príncipe, y el afecto del Rey se muda en amistad; este hijo tan querido se hace un amigo fiel. Asocia el Rey al *SERENISIMO SEÑOR DELFIN* á los secretos del Gobierno, y á los mysterios de los consejos, de aquellos consejos impenetrables, en cuya sabiduría y secreto consistía entonces la fuerza y seguridad de la Monar-

(a) *Judith* 10. v. 16. 19.

narquía, y que eran el terror y admiracion de toda la Europa. El Rey deposita en su seno el peso de sus pensamientos, y aún los mismos cuidados de la prosperidad y de la gloria; la confianza ocupa el lugar de la autoridad paterna, la amistad se aumenta cada dia con el uso de la confianza, y el *SERENISIMO DELFIN* mas es ya Colega del Imperio, que heredero de la Corona.

¿Qué faltaba ya á tanta felicidad mas que asegurar la sucesion en la Casa Real, y dar, con un augusto matrimonio, Príncipes á la Francia, y nuevos apoyos al trono? Una casa que siempre habia sido aliada de la Corona nos presentó una Princesa fecunda y prudente; pero todavía no nos daba bastante la Babiera, y nos preparaba mayores dones. Dos Príncipes de esta Nacion se criaban entre nosotros, (1) pero ya ha llegado el tiempo, ¡oh Dios mio! de que los restituyais á sus pueblos, que los están pidiendo, y puede ser que el llevarlos por estos caminos de opresion y de trabajos, sea para guiarlos á otros mas altos destinos.

¿Cuáles fueron nuestros cánticos de alegría al ver nacer de este sagrado matrimonio al Príncipe á quien hoy admiramos? (2) Pronosticabamos para lo sucesivo, veíamos desde lexos una juventud santa, una religion ilustrada, un corazon lleno de amor á Dios y á los pueblos, un extraordinario talento para las empresas arduas; la piedad de un David, la sabiduría, y elevacion de un Salomón, la clemencia, y benignidad de un Josías: veíamos grandes luces y virtudes: felicidad es, Señores, tributarle estos respetos en un Templo (3) tan augusto y antiguo, eterno monumento de la piedad de San Luis, en donde él nos está acordando tan perfectamente todos los dias su historia y sus exemplos.

(1) Los Electores de Babiera, y Colonia, que se habian retirado á Francia. (2) El Duque de Borgoña. (3) La santa Capilla de París.

¿Qué dón este para la Francia! Pero aún no se habian agotado los dones de Dios; continúa la felicidad en la Casa Real: El *SERENISIMO SEÑOR DELFIN* es Padre de otros dos (1) Príncipes; y aquí se nos manifiestan aún mayores sucesos.

La España, envidiosa siempre de nuestra gloria, y que en otro tiempo habia querido darnos Soberanos, viene á buscar al suyo entre nosotros: las ideas de los hombres se desvanecen, los designios de Dios se cumplen, Castilla se hace patrimonio de un hijo de Francia, cesan los antiguos zelos, se unen las dos Naciones, semejantes á dos famosos rivales, que despues de haber peleado uno contra otro mucho tiempo, sin omitir diligencia alguna para arruinarse, se valen de las mismas pruebas de valor que mutuamente han experimentado, como de un lazo de estimacion y amistad que los une entre sí, y emplean las mismas armas de que antes se habian valido para herirse, en su comun defensa.

¿Pero qué es lo que veo? El infierno se desata, se acaba el tiempo de la paz, vuelven los dias desgraciados; la felicidad de la Francia arma á todos los pueblos contra ella: Las dos Coronas reunidas en una misma Casa derraman la discordia y el furor en toda Europa, y los Reyes vecinos, atemorizados con las maravillas que el Señor acaba de obrar en favor de Israel, se dicen unos á otros, como en otro tiempo los Reyes de Canaán: Este pueblo vá á aniquilar todos los pueblos, y á tragarse todos los países de al rededor: *Delebit hic populus omnes, qui in nostris finibus commorantur.* (a) No reparan en que nuestra entrada es pacífica, y que no queremos mas que tomar posesion de la tierra que el Señor prometió á nuestros Padres. Entretanto se enciende una guerra cruel, las Naciones

(1) Los Duques de Anjou, y de Berry.

(a) Num. 12. v. 4.

nes conjuradas caen sobre nosotros, parece que Dios abandona á su pueblo, parece que se olvida de que la union de las dos Monarquías es obra suya; si nuestras empresas huvieran sido felices las huvieramos atribuido á nuestro poder; pero el Señor nos aflige para ser él solo nuestro escudo y nuestra victoria; nunca prevalecerán los intereses y las pasiones humanas contra los designios de Dios; la sangre de la Reyna Blanca de Castilla permanecerá siempre sobre el trono; nunca faltará el Cetro de la Casa de Judá; Dios que es quien hace los Reyes sabrá protegerlos; acaso la soberbia de que estaban acompañadas nuestras prosperidades le habian apartado de nosotros, y es necesario que nuestras desgracias nos le vuelvan á traer.

Pero ya llega el día; Dios sale de la nube en que se habia ocultado, ya empieza á manifestarse á nosotros, las felicidades corresponden á la justicia de nuestra causa, Aragon nos venga del Bravante, muere el Gefe de la liga. (1) Pero no cantemos canticos de alegría sobre su sepulcro, quando estamos llorando una pérdida semejante; el luto de nuestros enemigos no debe ser para nosotros día festivo y victorioso; la religion no permite que nos alegremos de la muerte de un Soberano fiel; aunque la Francia se libra de un enemigo, la Iglesia siempre pierde un Cesar; nosotros solamente debemos desear mayores felicidades para los pueblos, y pedir antes la paz que la victoria.

¡Oh Dón del Altísimo, y hija del cielo, dignaos de baxar á la tierra! ¡Ojalá los dos Príncipes que acaba de perder la Iglesia, reunidos en el seno de Dios, y habiendo dexado con los despojos de la mortalidad los opuestos intereses que los animaban en la tierra, os alcancen para sus pueblos! ¡Ojalá sean en la presencia de Dios Ministros y negociadores de una paz que hasta ahora no han po-

(1) Muerte del Emperador Josef, sucedida al mismo tiempo que la del Delfin.

podido proporcionar los hombres! ¡Ojalá se concluya el tratado en los tabernáculos eternos, en presencia de los Angeles tutelares de las dos Naciones, y que éstos le traygan á la tierra! ¡Ojalá la muerte de estos dos Príncipes, que puso fin á todas sus esperanzas, le ponga tambien á nuestras disensiones é inquietudes, que la divina venganza acepte estas dos ilustres víctimas, que sus sagradas cenizas, mezcladas entre sí, y esparcidas sobre los dos pueblos, sean las señales de su alianza, y que una desgracia que ha sido comun, sea el principio de una comun alegría! Estas súplicas son efecto de mis ansias, pero los deseos no siempre se acomodan á las necesidades de los tiempos; no apresuremos el triste espectáculo de la muerte del Príncipe á quien lloramos, y volvamos á nuestro asunto.

Si pudiera haber felicidad completa en la tierra, ¿qué faltaba á la de un Padre tan amoroso como el Serenísimo Señor Delfin? ¿La amistad del Rey, el amor de los pueblos, las mayores esperanzas del Príncipe su hijo, destinado por las leyes del Reyno, por el orden de su nacimiento, y mucho mas por especial predileccion de Dios, á gobernar la Francia? El otro Príncipe, hijo segundo suyo, colocado en el trono de España, y Dueño de la mas dilatada Monarquía de Europa, asegurada su autoridad contra los esfuerzos de su competidor con un sucesor (1) que acababa de darle Dios á su corona, y con la nunca bastantemente ponderada fidelidad de sus pueblos.

¡Qué feliz era este Príncipe á la vista de los hombres! Pero qué es la felicidad humana á los ojos de la fé! ¿Qué es lo que puede durar! Y cuánta hiél y amargura se halla mezclada aún con su corta duracion! ¿Tienen en este particular los Príncipes algun privilegio distinto del de el pueblo? ¿Les hace acaso felices todo lo que les rodea? Ah! Nada de lo que está fuera de nosotros

(1) Nacimiento del Príncipe de Asturias.

tros nos puede servir de verdadera felicidad; los placeres ocupan el exterior, pero el interior siempre está vacío: al mismo tiempo que parece que todo es felicidad para los grandes, todo suele estarlos sirviendo de molestia; los placeres quanto mas se multiplican mas los cansan; el ser feliz no consiste en no tener que desear, esto no es mas que perder el gusto de este agradable error, y el placer no consiste mas que en el engaño con que se espera y se desea; aún la misma grandeza es un peso que cansa, los disgustos llegan hasta el trono, y se sientan al lado del Soberano, la prosperidad los hace mas amargos, el mundo aunque presenta felicidades no puede hacer felices, los grandes nos manifiestan la felicidad, pero no la poseen; pues cuál es el hombre feliz en la tierra? El que teme al Señor; el Justo que no es de este mundo, el corazón que solamente está unido á Dios, y á el que la muerte solamente quita el estorvo del cuerpo terrestre que le apartaba de su Magestad.

A qualquiera parte que os volvais, dice el Sábio, hallareis que la gloria de los hombres, este ídolo á quien en todos tiempos ha levantado Altares el mundo, no es mas que vanidad.

Tampoco faltó esta gloria al Príncipe á quien lloramos: una tregua deseada de nuestros enemigos por mucho tiempo, acababa de desarmar á toda la Europa. El Rey, no obstante todas sus felicidades, habia preferido el descanso de sus pueblos, á las victorias que siempre son precio de la sangre, y peligro de las almas; quando de lo interior de la Holanda sale un nuevo vaso de la divina indignacion, (1) enviado de Dios para destronar á los mas santos Reyes, y servir de instrumento á sus venganzas sobre los reynos y los pueblos; un Príncipe de una penetracion profunda, hábil en formar ligas, y reunir

(1) *El Príncipe de Orange.*

nir los espíritus, mas feliz en mover las guerras que en pelear, mas temible en el retiro de su Gabinete, que á la frente de los Exercitos; un enemigo á quien el odio que tenia al nombre Francés le habia obligado á idear empresas arduas, y ejecutarlas; uno de aquellos génios que parece han nacido para mover á su arbitrio los pueblos y los Soberanos; un grande hombre si no hubiera querido ser Rey.

Recorrió de incognito todas las Cortes de Alemania; reunió toda la Europa en favor de su usurpacion; nuestro Rey queda solo, defendiendo los Sagrados Derechos de la Dignidad Real, y todos los Soberanos se arman contra él quando defiende la causa de todos los Soberanos; ya nos está amenazando la tempestad, pero el Rey se anticipa á ella; el Serenísimo Delfin marcha ácia el Rhin á la frente de un Exercito triunfante; entonces estaba acostumbrada la Francia á precaver con sus conquistas las medidas y proyectos de sus enemigos; Philisbourgo, baluarte de Alemania, es el premio de los primeros ensayos del hijo de Luis; el Rhin, atemorizado todavia con el famoso paso del Rey, reconoce en el hijo la gloria y el rápido valor del Padre; Manheim, Fran-Kendal, y otras muchas plazas siguen el destino de Philisbourgo; no halla el joven Príncipe obstáculo que le detenga; con su intrepidez mantiene el valor de nuestras tropas acostumbradas á vencer; todo se lo facilita con su agrado y sus liberalidades; no conoce los peligros; todo quiere verlo con sus ojos, y animarlo todo con sus ordenes; y si el valor en los descendientes de Carlo Magno y San Luis fuera asunto para un elogio, me podria servir aqui de él para honrar su memoria.

Bien os acordais todavia de que nuestros felices sucesos hicieron que se manifestase en todas partes la guerra que ya estaba encendida en los corazones: el fuego que estaba oculto se aviva, y se esparce por todas las Provincias; la Flandes era entonces el teatro de nuestra gloria, el Ma-

riscal de Luxembourg nos estaba consolando todos los dias con repetidas victorias, de la pérdida de los Condees, y Turenas; el Serenísimo Delfin acude volando á aquellos Países, el exercito que manda desconcierta con su acelerada marcha los designios de los enemigos; nuestras tropas como las que vió aquel siervo del Profeta, se hallan de repente, y como por encanto, desde Vignamont, sobre las margenes del Esquelda; nuestra presencia acobarda á los Aliados, y aunque con sus ardidés escusan la batalla, no por eso quitan al Serenísimo Delfin la gloria de haberla solicitado; y el haber conseguido que el enemigo temiese pelear con nosotros es lo mismo que haberle vencido.

Pero, Señores, dexemos al mundo que alabe sus hazañas, á mí me corresponde el instruiros. En el mundo los sucesos famosos hacen hombres grandes, pero los mayores hombres nada son en el terrible Tribunal, si no tienen otros méritos; á la verdad, no háy otra verdadera gloria mas que aquella que nos acompaña en la presencia de Dios. ¡Ah!; Qué son los heroes en la Cámara de la muerte, si todas sus virtudes se reducen á sus victorias? Su vida está llena de grandes sucesos que se conservarán en las historias, pero vacía de aquellas obras que son las que únicamente se han de escribir en el libro de la vida; es verdad que vivieron para la posteridad, pero vivieron acaso para la eternidad? Llenaron la tierra con la fama de su nombre, pero el Señor no los conoce, *porque solamente conoce á los suyos.* (a) Es verdad que consiguieron victorias, pero Dios solamente cuenta las victorias de la fé, y las que el Justo alcanza contra sí mismo: es verdad que han sido celebrados sus felices sucesos, y su heroyco valor, pero muchas veces estos mismos sucesos han sido delitos, y aún acaso el ser heroes lo han debido solamente.

(a) 1. *Timoth. 2. v. 19.*

mente á la injusticia: es verdad, que se les han levantado estatuas, y *soberbios monumentos*, pero éstos no son mas que monumentos de la vanidad, que perecen con ella: Vos, ¡oh Dios mio! los hareis pedazos en vuestra Ciudad eterna, y solamente la semejanza con Jesu-Christo crucificado serviria de adorno á los pórticos de la Santa Jerusalén. *In civitate tua, imaginem ipsorum ad nihilum rediges.* (1) En una palabra, es verdad que fueron los hombres del siglo presente, ¿pero lo serán del venidero? La historia de los conquistadores se borrará, pero la historia de los justos, escrita con caracteres inmortales, permanecerá eternamente; las pasiones que suscitan las guerras y forman los heroes serán destruidas con el mundo, pero las virtudes que constituyen á los Santos nunca perecerán.

Busquemos, católicos, la gloria que proviene de Dios: no nos neguemos á la patria, porque la religion no autoriza la pereza, pero tampoco corona mas que las virtudes; peleemos contra los enemigos del estado, pero acordemonos al mismo tiempo de que la fé nos está manifestando unos enemigos aún mas temibles; miremos al mundo con toda su gloria como le hemos de mirar en la hora de la muerte, y como le miro sin duda en este momento el Príncipe, á quien lloramos; reflexionemos sobre ese sepulcro el espanto, el poder, y Magestad de Dios, y la nada de todas las cosas de la tierra, y sirva la muerte de un Príncipe, á quien el nacimiento hizo tan grande, y su afabilidad tan amable, despues de haber corregido el error de nuestros juicios, de confundir tambien la vanidad de nuestras esperanzas.

(1) *Psalm. 72. v. 20.*

## SEGUNDA PARTE.

SI el mundo no cautivára á los hombres mas que con la felicidad de su condicion presente , asi como no puede hacer felices ; tampoco se formaria adoradores : Lo futuro , que siempre nos está manifestando , es su mayor arbitrio , y su mas inevitable engaño : Nos atrae con sus esperanzas , ya que no puede satisfacernos con sus dónes : Y el error de sus promesas nos adormecé siempre para que no reparemos en la nada de todos sus beneficios : Acabemos , pues , de instruirnos.

*Los frutos de la luz* , dice el Apostol , *son la bondad , la justicia , y la verdad.* (1) Estos frutos luminosos resplandecieron en el Príncipe á quien hoy lloramos , para desengañarnos de la vanidad de nuestras esperanzas , justificando los excesos de nuestro dolor y de nuestro sentimiento.

El mayor elogio de un Príncipe es el haber sido bueno ; y las únicas alabanzas que tributa el corazon son las que se grangea la bondad : El valor por sí solo solamente sirve de gloria al Soberano , pero su bondad hace felices á sus pueblos ; con las victorias se grangea respetos , pero con el agrado gana los corazones : El ser conquistador es gloria suya ; el ser bueno es provecho nuestro ; y la gloria de las armas nunca puede ser completa , como dice el Espiritu Santo , si el amor de los pueblos no la hace inmortal.

Aquí se renueva el luto de la Francia , se vuelve á abrir la llaga , se representa la imagen del Serenísimo Delfin , y empiezan á correr de nuevo las públicas lágrimas. Es imposible acordarnos de lo que hemos perdido , sin exasperar y renovar el dolor de nuestra pérdida : En él , la bondad no era puramente una de sus vir-  
tu-

(1) *Ephes. 5. v. 9.*

tudes , sino que era su propio carácter , y parecia su mismo sér. *Nació con él* , como dice Job , *y salió con él del seno de su Madre.* (1)

En él se hallaba una bondad siempre accesible : Para llegar á los Grandes es necesario estudiar los momentos favorables : La mayor ciencia del cortesano es saberse aprovechar del tiempo y de las ocasiones ; pero en nuestro Príncipe todos los tiempos eran los mismos , sin que la habilidad del cortesano hallase mas fácil entrada ; ni mas afabilidad , que la sencillez del plebeyo , o la ignorancia del ciudadano. Ninguno de los que se acercaban á él experimentaba aquellas secretas inquietudes que nacen de la duda del buen recibimiento ; antes se manifestaba en él el agrado que la Magestad ; todos buscaban en la afabilidad de un particular la Soberanía de Príncipe ; ó por mejor decir , al ver su agrado todos conocian que era digno de ser Soberano. El corazon le daba inmediatamente unos títulos de soberanía , mucho mas gloriosos que los que dá el nacimiento : El amor hace Reyes ; el nacimiento solamente dá las coronas , pero el amor forma los vasallos.

En él se hallaba una bondad con que correspondia al amor que le tenian los pueblos : Los Príncipes no siempre saben gozar del placer de ser amados ; suele ser muy poca la estimacion que hacen de los demás hombres para que los mueva su amistad. No conocen suficientemente quanto vale un corazon ; y el continuado uso de las adulaciones los hace insensibles al amor verdadero.

Pero el Serenísimo Delfin amaba á los pueblos , y gustaba de ser amado de ellos. ¿ Qué alegría la suya , quando al presentarse en esta Capital veia que se iban tras él todos los corazones , que se avivaba el amor del público , y que olvidado el pueblo de sus miserias , en

(1) *Job 31. v. 18.*

nada pensaba mas que en el gusto de ver á tan buen Príncipe!

Acordaos, señores, de aquel terrible momento en que Dios amenazó la primera vez á su vida: ¡Ah! Ya nos manifestaba desde lexos nuestra desgracia, pero el amor á todo se atreve: Aún el pueblo mas ínfimo y despreciable corre á los pies del Trono, y las augustas puertas de la gloria y de la Magestad se abren para que éntre el amor. El amor es un título que siempre dá derecho para llegar á la presencia de un buen Príncipe: El Serenísimo Delfin se dexa ver: (1) Aquella gente de la ínfima clase del pueblo se acerca á la cama de su dolor: Parece que solamente se restituye á la vida para darse á su pueblo: Respeta en estas demostraciones populares el amor de la nacion: Se persuade á que un Príncipe, por grande que sea, siempre debe mirar como su mayor honor el ser amado: Dexandose ver enjuga unas lágrimas que siempre son mas sinceras en el pueblo, porque éste no sabe fingir su dolor, y solo llora la pérdida de lo que ama.

¡Oh Príncipe digno de una nacion cuyo distintivo ha sido siempre el amor á sus Soberanos, que cuenta una sola mirada de éstos como un singular beneficio, y que aún en el tiempo de sus mas tristes miserias, solamente con levantar los ojos ácia su Príncipe se consuela en el dolor de sus heridas, y se olvida inmediatamente de sus trabajos y penas!

En él se halló una bondad prudente é ilustrada. La bondad del Príncipe autoriza muchas veces la malicia.

(1) Las Pescaderas de París, diputaron seis de las principales de su Gremio, las que fueron á Versailles á dar al Serenísimo Delfin la enhorabuena de su convalecencia, y tuvo la bondad de mandarlas entrar hasta su propia alcoba.

licia de los perversos. Los mejores Reyes, decia en otro tiempo el Rey Asuero, se dexan engañar de los artificios de los malos, porque juzgan de los demás por sí mismos.

Las Cortes, con especialidad, suelen estar llenas de acusaciones y malas voluntades; en ellas parece que se reúnen todas las pasiones para pelear unas con otras, y destruirse; en ellas se mudan los odios y las amistades segun se mudan los intereses: No hay en ellas cosa alguna constante y permanente, sino el deseo de ofenderse. Aún los mismos vínculos de la sangre se abandonan, si no los unen los intereses comunes. *El amigo, como dice Jeremías, camina fraudulentamente sobre su amigo, y el hermano pone debaxo de sus pies á su hermano.* (1) En ellas parece que todos han convenido en que la buena fé no debe ser una virtud apreciable, y que la amistad solo debe ser un puro cumplimiento. El arte de armarse lazos á nadie afrenta, sino al que no consigue con él sus fines: Finalmente, en ellas aún la misma virtud, que las mas veces es fingida, es mas de temer que el vicio. Muchas veces suelen valerse los Cortesanos de las apariencias de religion para ocultar las emboscadas que disponen: Muchas veces se valen de las exterioridades de la piedad para guardar con mas seguridad el corazon para la amargura de la envidia, y para el insaciable deseo de la fortuna: Y como en aquel Templo de Babylonia, de que se habla en el libro de Daniél, en público todo parece que es para la Divinidad, pero al mismo tiempo entran en secreto por caminos subterranos á recogerlo todo para sí mismos. (2)

El Serenísimo Delfin era bueno, pero era menester que tambien lo fuese el que deseaba merecer su favor: Sus oídos estaban cerrados á la malicia de las delaciones, é

(1) Jerem. 9. v. 4. (2) Daniel. 14. v. 12.

imposturas: El murmurador disimulado no hallaba en él más que un silencio de indignacion y severidad. La lengua venenosa, en vez de comunicar el veneno, no hacia mas que emponzoñarse á sí misma: La malicia recaía siempre sobre el hombre perverso: El que intentaba perder al inocente se perdía á sí mismo, y disponia para sí la pena y la ignominia que le habia destinado: Desterraba de su corazon aquellos enemigos públicos de la sociedad, que debieran ser desterrados de entre los hombres; conociendo, como solia decir muchas veces, que los malos no desacreditan á sus semejantes, y que la impostura siempre se dirige contra la virtud.

Finalmente, poseyó una bondad universal. Era bueno para sus amigos, capaz de unirse estrechamente con ellos, y amarlos: Amaba siempre lo que una vez habia amado, sin conocer aquellas inconstancias que suelen ser regulares en la amistad de los Príncipes, no valiendose de aquel privilegio de los Grandes, que consiste en no amar nada, ó en amar por poco tiempo. Buen padre, dividiendo con los Príncipes sus hijos la afabilidad é inocencia de sus placeres, no manifestandoles su autoridad, sino en su amor; deseoso de su gloria, y aún mas deseoso, segun parece, de su amistad; gustando de vivir con ellos, y sin ocasionarles mas sujecion que la que proviene del gusto de vivir con lo que se ama.

Buen amo, pues nunca se observaron en él aquellas demostraciones del génio, que suelen ser tan frecuentes en los que no tienen respetos que los contengan: Quanto mas íntimamente se le trataba, mas se conocia su bondad: En la realidad, mas parecia amigo que amo: Atendia á todas las necesidades de los suyos, persuadiendose á que nunca es mayor un Príncipe, que quando su bondad le abate á estos cuidados: Quería que con él todos fuesen felices: Estaba persuadido á que los Príncipes solamente han nacido para felicidad de los demás hombres, y no tenia por dicha el ser él solo feliz.

¡Gran

¡Gran Dios! ¡Qué esperanzas nos manifestabais! Es verdad que no le hizo immortal el amor de los pueblos, pues hemos visto que su carrera ha sido tan rápida y precipitada: Pero la muerte de los buenos Príncipes es siempre uno de los mas rigurosos azotes con que castigais la malicia de los hombres.

De este modo, católicos, nos hemos engañado en nuestras esperanzas: La nación esperaba toda su felicidad de tan buen Príncipe. Muchos de los que me están oyendo fundaban ya en su bondad y amistad ideas seguras y particulares de elevacion y de fortuna: Cada uno se forma para lo sucesivo una fantasma con que se engaña: La felicidad siempre se nos manifiesta desde lexos. La muerte de nuestros Superiores, este grande espectáculo en que se desvanece á nuestra vista el mundo y toda su gloria, su muerte, vuelvo á decir, muda nuestras ideas, pero no nuestros corazones: Cada uno procura buscar su fortuna por otros nuevos caminos, formamos nuevos proyectos, ideamos un nuevo plan, y tomamos nuevas medidas; nos consolamos de nuestras pérdidas con nuevas pretensiones, continuamente se están desvaneciendo nuestros proyectos, y de estos mismos proyectos desconcertados renacen nuevas esperanzas: Entre las ruinas de todo lo que nos rodea, nos consolamos con lo por venir; todo nos desengaña del mundo, y nada nos vuelve á Dios; se pasa toda nuestra vida en esperanzas de una engañosa felicidad, ó de una falsa duracion. Esta era la bendicion prometida á la piedad filial; pero no fue la justicia que se incluye en el cumplimiento de esta obligacion prenda menos propia del Serenísimo Delfin, que la bondad: *In omni bonitate, & justitia.* (1)

¡Será razon que yo alabe como mérito en este Príncipe la tierna y respetuosa sumision al Rey? Aún quando

(1) *Ephes. 5. v. 9.*

la naturaleza sola no nos enseñára á honrar á los padres, aún quando el amor que los debemos no circulára por nuestras venas con la sangre que de ellos hemos recibido, aún quando este respeto no naciera con nosotros, y se formára, por decirlo así, al mismo tiempo que nuestro corazón; qué padre, y qué Rey es el que se presenta á la piedad filial del Serenísimo Delfin? un Rey, que es la gloria y modelo de todos los Reyes; un padre amorosísimo, y el mejor de todos los padres.

Pero algunas veces los derechos de la naturaleza son mas débiles en el corazón de los hijos de los Grandes, que en el de los demás hombres: Miran los sentimientos de la sangre y de la naturaleza como propios solamente del pueblo; en ellos la ambición ocupa el lugar del amor, y muchas veces suelen mirar á sus padres como á sus rivales. Las historias de los pasados siglos, y aún las del nuestro, siempre están manchadas con estos tristes ejemplos, y aún á David, padre tan amoroso, y Rey tan glorioso y grande, no le faltó un Absalón.

El perpetuo y sincero respeto del Serenísimo Delfin al Rey, acaso no tiene exemplar, no solamente en la historia de los Príncipes, pero ni aún en la de los hombres particulares. Quanto mas le acercaba al trono la edad, mas parece que se aumentaba su sumisión; habiendo llegado á aquella edad, que en los Reyes suele ya mirarse como abanzada, no se cansó jamás de ser vasallo; contento con pasar al pie del trono sus mas felices dias, nunca pasaron mas adelante sus deseos, y aunque nació para reynar, siempre pensó que debía vivir solamente para obedecer.

Siempre arreglaba su voluntad por la del Rey: si conocia la voluntad del Rey, procuraba anticiparse á ella; sus gustos y sus deseos siempre eran conformes á los del Rey; respetaba sus ideas y sus determinaciones, y ni aún se atrevia á pedirle gracias, por no desagradarle; enseñando de este modo á los vasallos el respeto que deben

te-

tener á las lecciones y designios de sus Príncipes, á no entrar temerariamente en el Santuario de los Consejos y secretos de los Reyes, á no formar dentro de sí mismos un tribunal de vanidad é independencia, atreviéndose á citar á él á los Soberanos, y á no llegar á los misterios del Trono, como á los del Altar, sino con una especie de religioso silencio.

Las ideas que tenia el Rey para con el Serenísimo Delfin, le parecían siempre á éste que eran el único partido que debía seguir; volaba á ponerse á la frente de los Exércitos quando le llamaban allí sus órdenes, y abrazó en Mendon, con la misma sumisión, el sosiego é inocencia de una vida privada, luego que lo pidió así el bien de el Estado. Siempre estuvo en las manos del Rey, y siempre se halló contento con esta suerte.

Los hombres, regularmente, no admiran sino los grandes sucesos. La vida de los Príncipes les parece vacía y obscura, y no les mueve, quando no ven en ella aquellas acciones ruidosas, que sirven de adorno á las historias, y en las que suelen no haber tenido mas parte que haberlas honrado con su nombre: Solamente las cosas extraordinarias llaman nuestra atención. *Hagamos inmortal nuestro nombre*, (a) decían aquellos hijos de Noé, dexando á nuestros sucesores un monumento eterno de nuestra soberbia: Las pasiones son casi siempre las que immortalizan á los hombres en el espíritu de los demás hombres: Los vicios famosos pasan á la posteridad: Una virtud oculta dentro de los límites de su estado apenas es conocida en su mismo siglo: Un Príncipe que siempre prefiere la obligación á la fama, parece que no ha vivido: No dá asunto á la vanidad de los elogios si no ha tenido aquellas ambiciosas ideas, que turban la paz de los Estados, que trastornan el orden de las sucesiones,

(a) Genes. II. v. 4.  
Tomo VIII.

y de la naturaleza, que introducen en todas partes la miseria, el horror, la confusion, y que solo llegan al Templo de la fama por los caminos de la iniquidad. Es cosa gloriosa el conseguir victorias, y conquistar Provincias; y sin duda que para esto no le faltó al Serenísimo Delfin mas que la ocasion: pero, ¿qué cosa tan grande es, como dice San Ambrosio, no haber sido jamás un hombre sino lo que debía ser! *Grande est aliquem intra se tranquilum esse, & sibi convenire.* (a)

Aturde, católicos, el modo de pensar de algunos hombres en este asunto: Parece que no se nos puede ocurrir cosa alguna, quando solamente tenemos que alabar unas virtudes útiles á la felicidad de los pueblos, y á la tranquilidad de los Imperios; y que para que sean aplaudidos nuestros discursos, es preciso ó tener que palear delitos públicos, ó honrar con pomposos elogios unos talentos perniciosos al género humano: ¡Hombres frívolos! Vosotros merecis tener tales Soberanos, pues sois capaces de admirarlos!

El talento mas apreciable del Serenísimo Delfin fué un respeto, y una constante y absoluta sumision al Rey; y no os parezca, Señores, que le era violenta esta sumision: esta virtud no era en él puro efecto de su razon, con la que conocia á lo que estaba obligado; tampoco era pura atencion ó cumplimiento, no hacia mas que seguir los impulsos de su corazon; siempre estaba pensando en qué podría agradar al Rey; se llenaba de regocijo siempre que se le proporcionaba alguna nueva ocasion de agradarle; salió fuera de sí quando tuvo el honor de recibirle en Mendon; estaba lleno de amorosas inquietudes, no omitiendo diligencia alguna para que el gusto del Rey fuese tan completo como el suyo, y manifestándose mas como un reverente cortesano, que como heredero de la Corona.

La

(a) S. Ambr. de vita Jacob.

La esperanza del trono, tan dulce y tan á propósito para ahogar aún los mismos movimientos de la naturaleza, jamás se le presentó sino como una imagen terrible: si algun temerario se hubiera atrevido á manifestarsela, aún desde lejos, hubiera hallado al instante, como aquel Amalecita que creyó lisongear á David, diciéndole que era Rey, el castigo de su temeridad é insolencia: jamás se le vieron formar aquellos proyectos para lo sucesivo, que son tan regulares en los hombres, y tan inevitables en la imaginacion, con que diese á entender que podia reynar algun dia; siempre pensó como si siempre debiera estar obedeciendo; y aunque la naturaleza parece que le prometia mas dilatada vida que al Rey, su amor se abreviaba sus dias, y muchas veces se le oyó decir: *Que su mayor consuelo era pensar que el Rey le habia de sobrevivir, y que si él le perdiera no podria sobrevivir al dolor de su pérdida.*

Nosotros mismos vimos sus sinceros sustos en aquellos dias de afliccion, en que amenazada la salud de este Monarca, se hallaba consternada la Francia. Al ver su profundo dolor qualquiera hubiera creído, que en su pérdida se acababa su fortuna y sus esperanzas; miraba la Dignidad Real como la mayor de sus desgracias, pues habia de comprarla á costa de la pérdida de tan gran Rey, y de tan buen padre; vivia contento con obedecer, con tal que su padre reynase.

Parece que la recompensa de una piedad tan afectuosa debia ser la larga duracion de sus dias; pero sus dias fueron muy cortos. *Buscó en vano el resto de sus años,* nosotros nos le prometiamos para nuestros sucesores, y ni aún para nosotros ha sido.

¿Qué aprecio puede hacerse de la vida? ¿Quién puede contar con el dia de mañana? Estas son unas reflexiones que ya hemos mezclado con nuestras lágrimas, y con todo eso vivimos como si esto nunca se hubiera de acabar; miramos á la muerte como al Orizonte en donde

se termina nuestra vista, que segun vamos caminando ácia él se vá apartando de nosotros, y nunca la vemos sino muy desde lejos, y creyendo no poder llegar á ella jamás; cada uno se promete una especie de inmortalidad en la tierra; todo cae á nuestro lado; Dios hiere en nuestra presencia á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestros Príncipes, y entre tantas cabezas y fortunas abatidas permanecemos firmes, como si el golpe hubiera de caer siempre á nuestro lado, ó como si hubieramos echado unas raíces eternas en la tierra; nos parece que siempre estamos á tiempo para la salvacion, y este tiempo es precisamente el instante presente, y moriremos solamente con el deseo de vivir mejor.

Última esperanza que nos engaña. La Religion del Príncipe que lloramos supo precaver esta sorpresa: Fué bueno para los pueblos, y respetuoso para con el Rey, pero no fué menos religioso para con Dios, y la verdad había hecho en él una santa alianza con la bondad y la justicia. *In omni bonitate, & justitia, & veritate.*

No os parezca, señores, que quiero ocultar aquí con el artificio de las alabanzas, las flaquezas de sus primeros años. En él no se deben alabar sino los dones, y llorar al mismo tiempo las fragilidades del hombre; no quiero escusar lo que él mismo condenó, y en el tiempo en que la Iglesia ofrece aquí la víctima de propiciacion, y que con sus cánticos lúgubres pide al Señor que le purifique de las enfermedades anexas á la naturaleza, no debo yo temer el hablar en el estilo en que ella pide, ni confesar que fué capaz de ellas.

¡Ah! ¿Qué es la juventud en los Príncipes? ¿De qué pueden servir las mas felices y santas inclinaciones contra todo lo que los rodea? ¿Acaso nosotros, aunque entre menos peligros que ellos, somos mas fieles? Nuestras caídas se ocultan en la obscuridad de nuestro destino: pero si nuestra vida sirviera de espectáculo á la vista del público como la suya, ¿qué podria presentarle? ¡Ah! Es des-

desgracia de su alta clase, que muchas veces, aunque sean mas inocentes que nosotros, no pueden gozar como nosotros de la impunidad del menor de sus vicios.

Si hubo algun desorden en los primeros años de este Príncipe, tuvo mas parte en él la edad que el corazon: si la ocasion le pudo hallar alguna vez flaco, nunca pudo hacerle vicioso; y el resto de sus dias, que pasó despues con tanto arreglo, manifiestan suficientemente que el desorden fué en él como un descuido, y que el retirarse á la obligacion era seguir su inclinacion al bien.

El Serenísimo Delfin podia decir como Salomon, que le habia tocado una alma buena, y un corazon inclinado á la virtud; una rectitud y una veracidad dignas de la educacion que recibió de aquel Cortesano christiano, que fué tenido por el hombre mas verídico de su siglo; fué religioso observador de la buena fé, y de los pensamientos de honor y probidad, mas seguro algunas veces para enseñar la virtud, que las mas vivas expresiones del zelo; ocultó los secretos que se le confiaban aún de sus enemigos mas privados: en una palabra, fué uno de aquellos hombres que cada uno quisiera tener por amigos, si permitiera el respeto formarse un amigo de un Príncipe.

El Serenísimo Delfin era tan verídico como enemigo de la falsedad. ¿Qué desprecio no hacia de los aduladores, que son vergüenza de las Cortes, y escollo de los mejores Príncipes! Miraba las alabanzas como público testimonio de la mala fé del que las tributa, y de la vanidad del que las recibe: se persuadia á que los elogios que se tributan á las virtudes que no tenemos, sirven en la posteridad de censuras que inmortalizan nuestros verdaderos defectos, y creía que la mayor alabanza de un Príncipe es el ser amado.

Pero hasta ahora no os le he representado virtuoso sino para con los hombres: ahora le vereis virtuoso en la presencia de Dios, le vereis justo y caritativo: ¿De qué no es capaz la bondad natural quando es ayudada de la

religion, y quando la naturaleza, por decirlo asi, se conforma con la gracia?

Casa desierta y afligida, que habiendo quedado sin habitador, como dice el Profeta, lloras tu soledad (1) y la gloria de tus antiguos dias, nunca podrás olvidarte de las piadosas liberalidades de este buen Príncipe; tus pobres te acompañarán en tu llanto; la viuda y el huérfano vendrán á pedirte su consolador y su padre, bañarán con sus lágrimas los felices lugares que habitó, y renovándote continuamente con sus clamores la memoria de su pérdida, te renovarán tambien la feliz esperanza, de que aunque pereció en tiempo, goza de la inmortalidad.

Aunque empleaba sus riquezas en santas liberalidades, no por eso se olvidaba de las demás obligaciones de la religion, y no creía como la mayor parte de los Grandes, que para ellos todo el Evangelio se reduce á la misericordia. Todo el mundo conoció el respeto que conservó desde su infancia á las leyes de la Iglesia: Los dias que ésta consagra á la abstinencia, los que apenas son conocidos de los poderosos, fueron siempre para él dias sagrados; ¡Quántas veces le vimos arrojar de su boca el bocado, que habia tomado por descuido, temiendo, como Jonathás, hacerse reo de muerte, si aunque fuese por ignorancia gustaba un poco de miel contra el comun voto que observaba el pueblo santo?

Y no os parezca, señores, que esta era una escrupulosa observancia, en que suele tener mas parte la flaqueza que la fé, sino que esta observancia provenia de un corazon religioso, y de una piedad sincera; todo quanto pertenecia á la religion le parecia grande, y siempre opuso estos pensamientos de religion á los discursos de la impiedad; porque sucede pocas veces á los grandes, particularmente en la primera edad, no estar rodeados de

(1) Mendon.

de aquellos hombres temerarios que dicen: *¿Quál es nuestro Dios?* Y que siendo muy flacos para servirle, les parece que se manifiestan fuertes dando á entender que no le conocen; de aquellos hombres, que no saben de la ciencia de la fé mas que las blasfemias con que la impugnan; que han aprendido á ser incrédulos antes que á ser creyentes; que no son impíos sino por vanagloria; y que muchas veces inspiran á otros la incredulidad á que ellos mismos no han podido llegar todavia.

La lengua del impío siempre se secó en su presencia, llena de vergüenza y confusion: Solamente usaba de su autoridad quando veia impugnar la autoridad de la fé; entonces su afabilidad se mudaba en una magestuosa indignacion, digna de un descendiente del gran Clodoveo; del benigno y del clemente salian la fortaleza y la severidad; ¡qué cosa tan gloriosa era el ver al heredero de la Corona defender, al mismo tiempo que defendia la religion, el privilegio de mas honor que ilustra al trono de sus padres! No podia sufrir que la impiedad quitase á la Casa de Francia el mas antiguo patrimonio de que se precia, y que mirase el título de la fé y de primer Rey christiano, con que siempre se honraron los Reyes sus antecesores, como título vano, y error popular.

Lección inmortal para los Soberanos, que deben acordarse de que la religion asegura su autoridad; que el incrédulo que ha sacudido el yugo de la fé, se desembaraza muy presto del de la obediencia; que los que no conocen á Dios, no respetan á los hombres; y que los impíos siempre son malos vasallos.

De este modo honraba este Príncipe á la religion con su sincera piedad: Pero finalmente, ¡ó Dios mio! La Francia no era digna de él; vos le formabais para vos solo; solamente reynó sobre los corazones, y su reyno no habia de ser de este mundo.

Sale el Decreto de los eternos Consejos: El Angel, Ministro de los designios y venganzas del Señor, baxa á

señalar la Casa del Primogénito; la plaga que affige al pueblo llega hasta la Casa del Príncipe, y es herido su mas querido hijo. ¡Qué consternacion se esparce en el público con esta triste nueva! Tiembla el pueblo, llora la ciudad, los Templos santos son el recurso del temor y dolor público; todos levantan las manos al cielo; la Corte muda en luto su magestad y su gloria: Un buen Príncipe es el patrimonio de cada particular, y así todos temen, porque cada uno le pierde.

El Rey, movido del peligro del *SERENISIMO DELFIN*, no conoce el suyo; se olvida de que es deudor de su vida á su pueblo, y se entrega á los afectos de su amor; expone, con su sagrada persona, la salud de todo el Estado, añadiendo al veneno del dolor, de que ya está traspasado su paternal y amoroso corazon, el del mortal ayre que respiraba; sin duda que tan buen hijo era digno de que el mejor padre recibiese sus últimos suspiros; siempre habia vivido en sus manos, y era justo que muriese del mismo modo.

¡Ah! cubierto todo de su dolor, y de la llaga que inficiona todos sus miembros, está al mismo tiempo lleno de temores y recelos; teme por la salud del Rey; el ver expuesta una vida tan preciosa es para él el mayor tormento: *Me moriria de dolor*, dixo, *si al salir de aquí el Rey le doliera la cabeza*. ¡Qué amoroso espectáculo se presenta aquí á la posteridad! El amor de un padre, tan grande en sus aflicciones como en sus prosperidades, no hace caso del peligro; y el peligro del padre es el mas vivo dolor del hijo que agoniza. ¡Qué leccion esta para los siglos futuros, y para los descendientes de esta ilustre casa! ¿Son acaso menos dignos de immortalizarse en las Historias estos extraordinarios exemplos de humanidad, que las victorias y conquistas, las que muchas veces no han hecho famosos á los hombres sino á costa de la misma humanidad?

Los dos Príncipes sus hijos, penetrados ya de las inquietudes

del temor, se ven obligados á sufrir el tormento de la separacion, y se les priva de la entrada en Mendon, lugar en donde se halla la prenda de mayor estimacion que tienen en este mundo. Una Augusta Princesa, (1) lazo y alegría de la Casa Real, que con tanta felicidad para el estado dá herederos á la Corona que habia de poner sobre su cabeza, pide por gracia que se la permita participar del peligro; pero la Francia se manifiesta inexorable á sus amorosos ruegos; bastante ibamos á perder sin aventurarlo todo.

Con todo eso, aún nos lisonjeabamos con nuestras esperanzas. A las grandes desgracias siempre parece que precede una suave seguridad; quanto mayor ha de ser la pérdida, mayor es la esperanza. Las apariencias del mal solo nos anunciaban un peligro regular: Las conjeturas del arte, gobernadas igualmente por el amor y por la ciencia, tambien eran favorables á nuestros deseos; el rayo que habia de manifestarse, aún estaba oculto baxo el engañoso resplandor de la nube. Dios permitia que todavía gozamos de nuestro error. ¡Pero ay, que siempre somos á su vista el juguete de nuestras vanas esperanzas! *La palabra de muerte habia salido de su boca, y no habia de volverse á él vacía.* (a)

Unos presagios dudosos nos anuncian ya esta muerte; el mal vence á los remedios; el Príncipe se vé amenazado muy de cerca; conforme con la voluntad de Dios, adora la mano que le hiere; no se advierte en él impaciencia alguna en medio de sus dolores: Solamente la violencia del mal nos dá muestras de lo que padece; no se pueden sacar de él ni aún aquellas expresiones de dolor, que suelen ser necesarias para el socorro del arte; solamente se queja á Dios, pero no de sus dolores; no dá muestras de otro dolor mas que del de sus culpas; pro-

(1) *Aldelayda de Saboya, Duquesa de Borgoña.*

(a) *Psalm. 71. v. 1.*

cura expiarlas con su paciencia y sus deseos; una alteracion interior y repentina le postra, pone una funesta nube sobre sus ojos, é impide que su lengua pronuncie las palabras de penitencia y reconciliacion; alarga sus manos á la Iglesia en señal de dolor y arrepentimiento; á la Iglesia, cuyas leyes siempre habia respetado, que poco antes le habia alimentado con el pan mysterioso, delicias de los Reyes, y de la que por su nacimiento estaba destinado á ser protector; su lengua, ya inmovil, se desata por ultimo para pedir la gracia de los Sacramentos; estas gracias, de que habia usado con tanta religion, y de las que habia participado en los ultimos mysterios de la Pasqua, con una demonstracion de fé y de devocion mas vivas y fervorosas que nunca; como si conociera que aquella Pasqua habia de ser la vispera y disposicion de su muerte, y que no habia de volver á beber aquella mysteriosa bebida hasta que se hallase en el Reyno del Padre Celestial.

Pero finalmente, la fé puede suplir el ministerio de los hombres. El fuego del cielo por sí solo basta para encender, quando hay necesidad, el sacrificio, y para santificar la víctima; sus fervorosos deseos se convierten en la misma gracia que pide; le faltó el consuelo de haber recibido los Sacramentos, pero tenemos la esperanza de que no le faltó su efecto y su virtud.

¡Gran Dios! una alma tan buena y tan religiosa, no habia de haber hallado abierto el seno de vuestras eternas misericordias! ¡Un Príncipe tan valeroso, segun el corazon de los hombres, no habia de ser conforme al vuestro! Recibid, Señor, el sacrificio de nuestras lágrimas y oraciones; mirad desde lo alto del cielo estas santas ofrendas; no sea inutil el sacrificio de la víctima, cuya sangre corre sobre el Altar; consolad la piedad de un Rey, y el dolor de un Padre, que ya no pide que su hijo viva para él, con tal que viva para vos: Este Augusto Templo está clamando en favor de la sangre de San Luis:

Dad

*Dad vuestra justicia al hijo del Rey, (a) si es que sus justicias se hallan defectuosas; colocadle en vuestra presencia entre aquellos santos Reyes sus antepasados, que ocuparon el mismo trono á que le destinaba su nacimiento; hallese escrito en el libro eterno entre los sucesores de Carlo-Magno y San Luis, ya que ha de ser excluido de los de nuestras historias; y dadle en el cielo la corona que no habeis permitido que se pusiese en la tierra.*

(a) Psalm. 71. v. 1.

T 2

ORA-

ORACION FÚNEBRE  
DE LUIS EL GRANDE,  
REY DE FRANCIA,  
DICHA EN LA SANTA CAPILLA  
de París.

*Ecce magnus effectus sum, & præcessi omnes sapientia, qui fuerunt ante me in Jerusalem.... & agnovi quod in his quoque esset labor, & afflictio spiritus.*

He sido grande, y he excedido en fama y sabiduría á todos mis predecesores en Jerusalén; y he conocido que aún en esto no hay mas que vanidad, y afliccion de espíritu. *Eccles. 1. v. 16. 17.*

**S**olamente Dios es grande, católicos, y se manifiesta tal, especialmente en los últimos momentos en que preside á la muerte de los Reyes de la tierra. Quanto mas han resplandecido su gloria y su poder, mas acreditan, al desvanecerse, la suprema grandeza; entonces Dios se manifiesta con todo su poder, y el hombre nada es de quanto parecia.

Feliz el Príncipe cuyo corazón no se ha ensalzado en medio de sus prosperidades y glorias; que semejante á Salomón, no espera á que su grandeza espire con él en el lecho de la muerte, para confesar que esta no era mas que vanidad y afliccion de espíritu; y que se ha humi-

llado baxo la mano de Dios, al mismo tiempo que la adulacion le daba á entender que era mas que hombre.

Bien públicas han sido, católicos, las grandezas y victorias del Rey que lloramos; la magnificencia de los elogios ha igualado á la de los sucesos; todo lo han dicho los hombres hablando de su gloria; ¡pues qué me queda á mí que hacer, sino hablar para nuestra instruccion!

Este Rey, terror de sus vecinos, asombro del Universo, Padre de Reyes, mayor que todos sus antepasados, mas magnifico que Salomón en toda su gloria, conoció como él, que todo era vanidad; el mundo ha estado admirado del resplandor que le rodeaba; sus enemigos han embiado su poder; los Estrangeros vinieron desde los Países mas remotos á baxar sus ojos delante de la gloria de su Magestad; sus mismos Vasallos casi le levantaron Altares; pero esta fantasma que se formaba al rededor, no pudo engañarle.

Vos ¡oh Dios mio! habiais infundido en él el terro de vuestro nombre. Estaba escrito en el libro eterno entre la sucesion de los santos Reyes que habian de gobernar vuestros pueblos; le habiais revestido de grandeza y magnificencia; Pero todavia era poco esto: Era preciso tambien que fuese señalado con el caracter de vuestros recogidos. Vos, Señor, recompensasteis su fé con tribulaciones y desgracias. El buen uso de las prosperidades puede darnos derecho al reyno de los cielos, pero solamente la afliccion y la violencia son las que nos le aseguran.

¡Miramos nosotros, católicos, del mismo modo la inconstancia de las cosas humanas? Sin recurrir á los siglos de nuestros Padres, ¡qué lecciones no nos ha dado Dios en este siglo! Hemos visto casi aniquilada la Real extirpe; los Príncipes, esperanzas del trono, arrebatados en la flor de su edad; hemos visto al Esposo y á su Augusta Esposa encerrados en un mismo feretro en lo mejor de sus días, y á las cenizas del hijo seguir tristemente, y aumentar

ORACION FÚNEBRE  
DE LUIS EL GRANDE,  
REY DE FRANCIA,  
DICHA EN LA SANTA CAPILLA  
de París.

*Ecce magnus effectus sum, & præcessi omnes sapientia, qui fuerunt ante me in Jerusalem.... & agnovi quod in his quoque esset labor, & afflictio spiritus.*

He sido grande, y he excedido en fama y sabiduría á todos mis predecesores en Jerusalén; y he conocido que aún en esto no hay mas que vanidad, y aflicción de espíritu. *Eccles. 1. v. 16. 17.*

**S**olamente Dios es grande, católicos, y se manifiesta tal, especialmente en los últimos momentos en que preside á la muerte de los Reyes de la tierra. Quanto mas han resplandecido su gloria y su poder, mas acreditan, al desvanecerse, la suprema grandeza; entonces Dios se manifiesta con todo su poder, y el hombre nada es de quanto parecia.

Feliz el Príncipe cuyo corazón no se ha ensalzado en medio de sus prosperidades y glorias; que semejante á Salomón, no espera á que su grandeza espire con él en el lecho de la muerte, para confesar que esta no era mas que vanidad y aflicción de espíritu; y que se ha humi-

llado baxo la mano de Dios, al mismo tiempo que la adulación le daba á entender que era mas que hombre.

Bien públicas han sido, católicos, las grandezas y victorias del Rey que lloramos; la magnificencia de los elogios ha igualado á la de los sucesos; todo lo han dicho los hombres hablando de su gloria; ¡pues qué me queda á mí que hacer, sino hablar para nuestra instrucción!

Este Rey, terror de sus vecinos, asombro del Universo, Padre de Reyes, mayor que todos sus antepasados, mas magnifico que Salomón en toda su gloria, conoció como él, que todo era vanidad; el mundo ha estado admirado del resplandor que le rodeaba; sus enemigos han embiado su poder; los Estrangeros vinieron desde los Países mas remotos á baxar sus ojos delante de la gloria de su Magestad; sus mismos Vasallos casi le levantaron Altares; pero esta fantasma que se formaba al rededor, no pudo engañarle.

Vos ¡oh Dios mio! habiais infundido en él el terro de vuestro nombre. Estaba escrito en el libro eterno entre la sucesion de los santos Reyes que habian de gobernar vuestros pueblos; le habiais revestido de grandeza y magnificencia; Pero todavia era poco esto: Era preciso tambien que fuese señalado con el caracter de vuestros recogidos. Vos, Señor, recompensasteis su fé con tribulaciones y desgracias. El buen uso de las prosperidades puede darnos derecho al reyno de los cielos, pero solamente la aflicción y la violencia son las que nos le aseguran.

¡Miramos nosotros, católicos, del mismo modo la inconstancia de las cosas humanas? Sin recurrir á los siglos de nuestros Padres, ¡qué lecciones no nos ha dado Dios en este siglo! Hemos visto casi aniquilada la Real extirpe; los Príncipes, esperanzas del trono, arrebatados en la flor de su edad; hemos visto al Esposo y á su Augusta Esposa encerrados en un mismo feretro en lo mejor de sus días, y á las cenizas del hijo seguir tristemente, y aumentar

tar el aparato lúgubre de sus exequias: Hemos visto al Rey, que habia pasado desde una menor edad tempestuosa al reynado mas floreciente de que hay memoria en nuestras historias, caer desde esta gloria en unas desgracias superiores á sus antiguas felicidades; le hemos visto levantarse mas Augusto en medio de estas pérdidas, y sobrevivir á tan diversos sucesos para dar gloria á Dios, y confirmarse en la fé de los bienes inmutables.

Estos grandes sucesos pasan á nuestra vista como Scenas fabulosas: El corazon se mueve por un instante á vista del espectáculo, pero estos movimientos cesan con la representacion, y parece que Dios ha obrado tantas revoluciones acá en la tierra, solamente para burlarse del Universo, y mas para divertirnos que para que nos sirvan de instruccion.

Añadamos, pues, á esta triste ceremonia las palabras de la fé, porque sin ellas seria vana é inutil: Refiramos, no las maravillas de un reynado que ya han ensalzado tanto los hombres, sino las maravillas que Dios obró en el Rey que hemos perdido. Representemos aqui sus virtudes, y no sus victorias: Manifestemosle mayor en la cama de la muerte, de lo que era antiguamente en el trono en los dias de su gloria. No defraudemos á la vanidad de sus elogios, sino para darselos á la gracia. Y aunque es verdad que fue grande, tanto por el inaudito esplendor de su reynado, como por los heroycos pensamientos de su piedad, dos reflexiones á que se reducirá esta religiosa obligacion que tributamos á la memoria del

*MUY ALTO, MUY PODEROSO, Y MUY EXCELENTE PRINCIPE LUIS XIV. DE ESTE NOMBRE, REY DE FRANCIA, Y DE NAVARRA:* Hablaré de la gloria y grandeza de su reynado, sólomente para manifestar que conoció su vanidad y sus peligros; y de su piedad, para proponer é inmortalizar sus exemplos.

## PRIMERA PARTE.

Lo mismo que sirve á los Reyes de grandeza en la tierra los sirve tambien de peligro: Los famosos sucesos de la guerra, la magnificencia en la paz, la elevacion de pensamientos, y la magestad en la persona es lo mas que puede hacer desear la vanidad á los Soberanos, y esto mismo es lo que la fé debe hacerlos temer.

El Rey por quien rogamos pasó, por decirlo así, desde la cuna al trono; no disfrutó las utilidades de la vida privada, que siempre es util para el Soberano, porque le enseña á conocer á los hombres, y porque estos le enseñan á que se conozca á sí mismo.

Pero Dios, que cuida de la infancia de los Reyes, y que al mismo tiempo que forma sus primeras inclinaciones, parece que forma los públicos destinos, derramó desde luego en su alma aquellas grandes prendas que suplen por las instrucciones, y que no siempre suele dar la educacion.

Sosegadas las inquietudes de una menor edad que habia durado mucho tiempo, por los cuidados de una Regente virtuosa, y de un Ministro hábil, al salir *Luis* de estas nubes, empieza á manifestarse á sus pueblos: La juventud, que parece es siempre mas amable en los Príncipes; aquel augusto semblante, que por sí solo anunciaba la soberanía; el amor perpetuo de la nacion á sus Reyes, todo le hacia dueño de los corazones, porque un Príncipe es verdaderamente Rey, solo quando, si es lícito decirlo así, le proclama el amor de los pueblos.

La Francia iba adquiriendo entonces aquel estado floreciente que un nuevo reynado promete siempre á los Imperios: Las guerras civiles mas habian servido de aguerirla y limpiarla de malos ciudadanos, que de destruirla. Los Grandes reunidos al pie del trono, no pensaban mas que en defenderle; las guerras estrangeras, que todavia no eran mas que de Nacion á Nacion, ocupaban el valor de

de sus vasallos, sin debilitar sus pueblos: La Francia hubiera sido feliz, si despues no hubiera conocido todo su poder, y si ignorando lo fácil que la era conquistar, no hubiera experimentado despues quanto podia perder.

El casamiento de la Infanta de España con *LUIS* acababa de suspender la antigua oposicion que la vecindad, el valor, y el poder formaban entre las dos naciones. Los Pirineos, que tantas veces las habian visto disputarse la victoria, las vieron llevar en triunfo sobre los mismos lugares las augustas prendas de la paz; el lecho nupcial se fabricó, por decirlo así, sobre el famoso campo donde se habian dado tantas batallas: Allí, sin saberlo, celebraban el futuro nacimiento de un Soberano, que este matrimonio habia de dar algun dia á España; pero este gran dia, que despues produjo la reunion de los dos Imperios, no pudo con todo eso reunir los corazones.

La Regente sobrevivió poco tiempo á la alegría de una ceremonia que fue fruto de su prudencia, objeto de todos sus deseos, y corona de su gloriosa administracion. El gran Ministro que la habia ayudado á sostener el peso de los negocios, y que no obstante estar la Francia conjurada contra él, habia sabido salvarla, habia visto poco antes espirar con él una autoridad que nunca sufrió la Francia sin envidia en manos de un Estrangero; pero las mismas tempestades habian afianzado esta autoridad.

*LUIS* se halló solo, joven, pacífico, absoluto, y poderoso á la frente de una nacion belicosa, dueño de los corazones de sus vasallos, y del mas florido reyno del mundo; deseoso de gloria, rodeado de Capitanes viejos, cuyas pasadas hazañas parecian arguirle del reposo que les dexaba gozar. ¿Qué cosa tan difícil es para el que todo lo puede, desconfiar de que todo puede intentarlo!

Lo feliz de nuestros sucesos justifican inmediatamente nuestras empresas; nos apoderamos de la Flandes como

pa-

patrimonio de Teresa, y mientras nuestros manifiestos publican nuestros derechos, nuestras victorias los deciden.

La Holanda, aquel baluarte que nosotros mismos habiamos levantado contra España, cede á la fuerza de nuestros golpes. Sus ciudades, delante de las quales se habia visto tantas veces burlada la intrepidez Española, no tienen murallas que puedan resistir al valor Francés; y en una sola campaña le faltó poco á *LUIS* para arruinar la obra lenta y penosa del valor y política de un siglo entero.

Ya se enciende el fuego de la guerra en toda Europa, el número de nuestras victorias excede al de nuestros enemigos, y quanto mas se aumentan éstos, mas se multiplican aquellas. El Esquelda, el Rhim, el Pó, el Ther son débiles diques para detener lo rápido de nuestras conquistas; se une toda la Europa, y sus fuerzas reunidas solo sirven de manifestar la superioridad de las nuestras; las desgracias irritan á nuestros enemigos, pero no los desarman; sus derrotas, que debieran poner fin á la guerra, la eternizan; tanta sangre derramada sirve de mantener el rencor, en vez de apagarle; los tratados de paz no sirven mas que de disposicion para una nueva guerra. Munster, Nimega, Risvic, en donde congregada toda la ciencia de la Europa prometia dias tan serenos, no formaba mas que relampagos, que anunciaban nuevas tempestades; se mudan las circunstancias, pero nuestras prosperidades siempre continúan; jamás habia visto la Monarquía dias mas felices; en otros tiempos se rehacia de sus desgracias, pero ahora estuvo á pique de perecer, y ceder al peso de su propia gloria.

Toda la tierra parecia que no bastaba para nuestros triunfos, la mar gemia con el número y enorme peso de nuestros Navios: Nuestras Armadas Navales, que en los anteriores Reynados apenas bastaban para defender nuestras costas de los insultos de los Piratas, introducian en todas partes el espanto y la victoria. Los enemigos

acometidos aún en sus mismos puertos, parece que habian cedido al Estandarte de la Francia el imperio de los dos mares. La Sicilia, la Mancha, las Islas del nuevo mundo habian visto ensangrentadas sus aguas con las mas crueles derrotas; aún la misma Africa, fiera todavía por haber visto deshacerse en otro tiempo contra sus rocas el valor de San Luis, y todo el poder de Carlos V. no hallandose segura dentro de sus murallas cañoneadas, se había visto precisada á humillarse, y á venir á buscar asilo á los pies del trono de Luis.

Nosotros nos ensalzabamos con tantas prosperidades, y no sabiamos que la soberbia de los Imperios es siempre la primera señal de su decadencia.

Esta fue la grandeza de Luis en la guerra: jamás había levantado la Francia tan formidables exércitos: jamás se había adelantado tanto en el arte militar, esto es, en aquel arte funesto de enseñar á los hombres á destruirse unos á otros: jamás se habían juntado tantos famosos Generales; y por no hablar sino de aquellos primeros tiempos, un Condé, que á la primera vista decidia siempre de la victoria; un Turena, que aunque parecia mas tarde, era porque estaba mas seguro del feliz suceso; un Crequi mayor en el día de su derrota que en los de sus triunfos; un Luxembourg, que parecia jugaba con la victoria; y otros muchos que los han sucedido, los que á su tiempo pondrán nuestros Anales entre los Guesclins, y los Duinois de nuestro siglo.

¡Pero ah! ¡Triste memoria de nuestras victorias! ¡Qué es lo que nos acuerdas! Soberbios monumentos levantados en medio de nuestras plazas públicas para inmortalizar las hazañas de nuestros heroes, ¡qué acordareis á nuestros sucesores quando os pregunten, como preguntaban en otro tiempo los Israelitas, ¡qué significan estos suntuosos y enormes monumentos? *Quando interrogaverint vos filii vestri dicentes; ¿quid sibi volunt isti lapides?* (a)

Les

(a) Jerem. 47. v. 6.

Les traereis á la memoria un siglo entero de horror y de carniceria, les hareis ver la flor de la nobleza Francesa precipitada en el sepulcro, tantas casas antiguas aniquiladas, tantas madres sin consuelo, que aún están llorando la muerte de sus hijos, nuestras campañas desiertas, sin producir, en vez de los tesoros que encierran en su seno, mas que espinas al corto número de labradores que se ven precisados á abandonarlas; nuestras ciudades desiertas, nuestros pueblos agotados, las artes sin emulacion, y el comercio decaído; les traereis á la memoria nuestras pérdidas, mas bien que nuestras conquistas. *Quando interrogaverint vos filii vestri dicentes; ¿quid sibi volunt isti lapides?* Los acordareis tantos lugares santos profanados, tantas disoluciones capaces de excitar la divina indignacion sobre las mas justas empresas, el fuego, la sangre, la blasfemia, la abominacion, y todos los horrores que produce la guerra; les traereis á la memoria nuestros delitos, y no nuestras victorias. *Quando interrogaverint, &c.*

¡Oh castigo de Dios! ¡Oh guerra! ¡Cesa ya de arruinar el patrimonio de Jesu-Christo! ¡Oh Espada del Señor tanto tiempo levantada sobre los pueblos y naciones, quando has de descansar! *¿O mucro Domini usquequo non quiesces?* ¡Oh Dios mio! ¡No está aún satisfecha vuestra venganza! ¡No ha de ser todavía permanente la paz que habeis concedido á la tierra! La inocencia del Augusto Infante que acabais de colocar sobre el trono de la nacion, ¡no ha de desarmar vuestro brazo mas de lo que le irritan nuestras iniquidades! Miradle desde lo alto del cielo, y no executeis en nosotros unos castigos que hasta ahora no han servido mas que de multiplicar nuestros delitos: *¿O mucro Domini usquequo non quiesces? Ingre- dere in vaginam tuam, refrigerare, & sile.*

Una tan larga série de prosperidades inauditas, que algun dia nos habian de costar tan caras, ensalzó muy presto el reyno á un punto de gloria y magnificencia

V 2

á

á que nunca habia llegado en los Reynados anteriores: La Francia era como el espectáculo y admiracion de toda la Europa. ¡Quántos Reales Palacios se edificaron para servir de habitacion á Luis, en donde juntas todas las maravillas del Asia y de la Italia, parecia que venian á tributar respetos á su grandeza! Paris, del mismo modo que Roma en sus triunfos, se enriquecia con los despojos de las naciones; la Corte, á exemplo del Soberano, mas lucida y mas brillante que nunca, hizo alarde de sobrepasar la magnificencia de las Cortes extrangeras; la ciudad, perpetua imitadora de la Corte, siguió su fausto; las Provincias á competencia seguian á lo lejos los pasos de la ciudad; mudóse la sencillez de las antiguas costumbres, no quedó mas señal de la modestia de nuestros Padres que sus antiguos y respetables retratos, los que al mismo tiempo que servian de adorno á las paredes, nos estaban reprehendiendo mudamente nuestra magnificencia; el luxo, precursor indefectible de la miseria, al mismo tiempo que corrompia las costumbres, secaba la raíz de nuestras riquezas; la misma miseria á quien él habia producido, no pudo moderarle; la perpetua inconstancia de los adornos se convirtió en genio de la nacion; la altanería pasó á ser gusto; nuestros mismos vecinos, que tanto nos aborrecian por nuestro fausto, no dejaban por eso de venir á buscar entre nosotros su modelo; y despues de haberlos arruinado nosotros con nuestras victorias, supimos tambien corromperlos con nuestro mal exemplo.

Entretanto cada dia se aumentaba la gloria del Reynado de Luis: La navegacion mas floreciente que en los anteriores Reynados estendió nuestro comercio á todas las partes del mundo conocido: fueron enviados hombres hábiles á los mas remotos países de ambos Emisferios, para que averiguasen los puntos fijos, y perfeccionasen las ideas de este arte: se levantó fuera de nuestros muros un celebre edificio, desde donde observando el curso de los astros, y toda la magnificencia de los cielos, se

le señalan al piloto caminos seguros en la vasta extension del Oceano, y se le enseña al Filósofo á que respete con humildad la inmensa Magestad del Autor de la naturaleza: nuestras flotas, ayudadas de estos socorros, nos traían todos los años, como las de Salomón, las riquezas del nuevo mundo: ¡Ah! aquellas naciones sencillas que habitan sus Islas nos enviaban su oro y su plata, y nosotros en vez de enviarlas en recompensa la fé, acaso no las enviabamos mas que nuestros vicios y desórdenes.

El comercio, que tanto se estendió por la parte de afuera, se facilitó tambien en lo interior del Reyno con unas obras dignas de la grandeza de los Romanos: Los rios, no obstante las tierras y colinas que los separaban, vieron reunirse sus aguas, y traer al pie de los muros de esta Capital el tributo, y las diversas riquezas de cada Provincia: Los dos mares que rodean y enriquecen este dilatado Reyno, se dieron la mano uno á otro, y un canal milagroso por lo extraordinario, y por los incompreensibles trabajos de la empresa, reunió lo que la naturaleza habia separado con inmensos espacios.

Estaba reservado para Luis el acabar lo que los siglos anteriores de la Monarquía no se hubieran atrevido á desear. Este era el Reynado de los prodigios; nuestros Padres ni aún los habian imaginado, ni la posteridad los verá semejantes; pero acaso nuestros sucesores serán mas felices que nosotros, si logran ver el Reyno de la paz, de la frugalidad, y de la inocencia; no permita Dios que lleguen jamás al punto frívolo de nuestra grandeza, si la han de comprar á costa de las desgracias y vicios en que á nosotros nos ha precipitado.

Es verdad que no tenían límites los cuidados de Luis, para aumentar la gloria y el buen orden de su Reyno. La Ciudad Capital, habitacion de todas las naciones, y que encierra en sí, tanto lo mas escogido, como lo mas despreciable de nuestras Provincias, vió á este prodigioso número de habitantes, tan diferentes en costumbres, in-

tereses, y países, vivir como un hombre solo; la Policía quitó en ella á los delitos la seguridad que hasta entonces los habia concedido la confusion y la multitud; en medio de este cahos se veía reynar el buen orden y la paz, y en una infinita concurrencia de hombres que no se conocian unos á otros, á todos conocia la vigilancia del Magistrado.

Todo el reyno mudó de semblante del mismo modo que la capital: la justicia tuvo leyes fijas, el derecho de cada ciudadano no dependia ya del arbitrio del Juez, ó del poder de la parte; se publicaron reglamentos útiles que serán la jurisprudencia de todos los siglos venideros, se animó el estudio de los derechos Publico y Patrio, los Tribunales estaban adornados con unos Senadores célebres, cuyos nombres formarán algun dia la tradicion de los hombres grandes, que servirán de adorno á la historia de la Magistratura: Resplandecieron en los estrados de la judicatura la eloqüencia, y la ciencia de las leyes y máximas; y el Tribunal de el principal Senado se hizo tan célebre por su Magestad en las causas públicas, como lo habia sido el de Roma en los tiempos de los Hortensios y Cicerones.

¿A qué perfeccion no llegaron las ciencias y las artes? Famosas Escuelas que os juntasteis al rededor de el trono, y que asegurais su esplendor y Magestad con mas firmeza que los sesenta Soldados valerosos que rodeaban el de Salomón, vosotras sereis sus eternos monumentos: Allí se formó el gusto con la emulacion, y al paso que se aumentaba el mérito, se multiplicaban tambien las recompensas.

¡Qué hombres, y qué obras se vieron salir á un mismo tiempo de aquellas asambleas de sabios! Los Phidias, los Apéles, los Platones, los Sophocles, los Plautos, los Demóstenes, los Horacios, unos hombres y unas obras, cuyo gusto será siempre el gusto de las mas remotas edades de la Monarquía. Veo que revive el siglo de

de Augusto, y los tiempos mas famosos y cultivados de la Grecia. Era preciso que en el reynado de Luis todo quedase sellado con el sello de la inmortalidad, y que la Epoca de las letras fuese tan célebre como la de las victorias.

La Francia resonó mucho tiempo con pomposos elogios, y ya no nos han quedado mas alabanzas que desear. Pero ¡ay dolor! Al mismo tiempo que hemos añadido la ciencia, hemos tambien añadido el trabajo y la malicia: Las Artes, al mismo tiempo que han lisongea-do nuestra curiosidad, han producido el ocio: El teatro, mas floreciente que nunca, aunque es siempre el triste fruto de la abundancia, del ocio, y de la corrupcion, ha satirizado el vicio sin corregir las costumbres, y ha corrompido las costumbres haciendo mas amable el vicio. La Poesía, al mismo tiempo que ha introducido entre nosotros las sales y gracejos de los antiguos, nos ha traído tambien sus libertades y engaños: La Filosofía parece que ha perdido por parte de la sencillez de la fé, tanto como ha adelantado en el conocimiento de la naturaleza: La eloqüencia, siempre lisongera en las Monarquías, ha perdido su vigor con unas adulaciones peligrosas siempre aún para los mejores Principes. Finalmente, la misma ciencia de la Religión, debiendo con el mayor y mas profundo estudio que en ella se ha hecho producir la paz y la verdad, ha degenerado en vanas sutilezas, y eternas disputas. ¡Oh siglo tan ponderado! *Tu ignominia se multiplica al mismo paso que tu gloria.* (a) Pero la gloria era obra de Luis, y el abuso que de ella hemos hecho ha sido obra propia nuestra. De este modo resplandecia por de fuera la grandeza y fama de la Francia, quando al mismo tiempo se estaba arruinando interiormente con sus propias utilidades.

Lo que hasta ahora os he referido es una corta parte de

(a) Osé. 4. v. 7.

de las maravillas de que vosotros mismos habeis sido testigos: Toda la mayor grandeza de los Imperios se hallaba reunida al rededor de Luis: Tenia unos Ministros hábiles y prudentes, que son el alivio de los pueblos y de los Reyes: Nuestras fronteras estaban tan estendidas, que parece apartaban de nosotros la guerra para siempre: En todas partes se habian fabricado fortalezas tan inaccesibles, que mas parecian destinadas á amenazar á los Estados vecinos, que á defender el nuestro. La España se vió obligada á cedernos, con solemne testimonio, la preferencia que hasta ahora nos habia disputado: La misma Roma desaprobó con un público monumento el insulto que habia hecho al derecho de las gentes, y el ultrage que de ella habia recibido una Corona, á la que debe su esplendor, y la dilatada extension de su patrimonio. Finalmente, el mismo Soberano de una floreciente República bajó de su trono, de el que hasta entonces no habian bajado sus Predecesores, abandonó sus ciudades y su patria, y vino á los pies de Luis á poner á ellos las señales de su dignidad, para implorar su clemencia.

Estos grandes sucesos mas atraian sobre nosotros la envidia que la admiracion de la Europa: Unos sucesos que dan motivo á tanta envidia, podrán servir de adorno á la historia de un reynado, pero nunca aseguran la felicidad del Imperio.

¿Qué faltaba en aquellos felices tiempos á la gloria de Luis? Arbitro de la paz y de la guerra, Soberano de toda la Europa, decidiendo casi con la misma autoridad los negocios de las Cortes extrangeras, que los de sus propios Consejos: Hallando en el amor de sus vasallos recursos, que aunque agotaban sus riquezas no podian agotar su zelo. Conservando sobre los Príncipes de su Real Sangre, señalados con mil victorias, un poder tan absoluto como sobre los demás vasallos; viendo al rededor de su trono á los hijos de sus hijos, Padre de una numerosa posteridad, Patriarca, por decirlo así, de la

Fa-

Familia Real, y criando á un mismo tiempo á su vista los sucesores de los tres siguientes Reynados. Nunca se habia visto tan asegurada la sucesion Real: Veiamos crecer al pie del trono á los Reyes de nuestros hijos, y de nuestros nietos: Pero, ¡ay! que apenas ha quedado uno para nosotros mismos: No ha quedado mas que una centellita en Israel. Pero omitamos por ahora estas tristes imágenes, que no dexará de traernos á la memoria en la continuacion de este discurso la constancia de Luis.

¿Qué distantes parecian estar de nosotros estos dias de luto, en aquellos alegres dias en que dabamos Reyes á nuestros vecinos, y en que la misma España, que tantas veces habia amenazado trastornar el Imperio Francés, vino á poner todas sus Coronas sobre la cabeza de uno de los nietos de Luis!

En este grande dia se dexó ver como un nuevo Carlo Magno, colocando á sus hijos por Soberanos en diversas partes de Europa; viendo su trono rodeado de Reyes descendientes de su sangre; reuniendo otra vez, baxo la Augusta Estirpe de los Francos, los pueblos y las naciones: Dando movimiento desde su Palacio á las máquinas de tantos Reynos; y hecho centro y union de dos vastas Monarquías, cuyos intereses hasta entonces habian parecido tan incompatibles como sus genios.

¡Oh memorable dia! Es verdad que no serás escrito en nuestros fastos sino con la sangre que hiciste derramar de tantos Franceses: Las desgracias que nos preparabas nos han hecho amarga y triste esta gloria: Tus excelentes dones, al mismo tiempo que lisongearon nuestra vanidad, humillaron, y faltó poco para que arruinasen nuestro poder: España, quando era nuestra enemiga, no habia podido ofendernos; pero España, hecha nuestra aliada, nos consume: Nuestras desgracias permanecerán gravadas eternamente al rededor de la Corona que puso sobre la cabeza de uno de nuestros Príncipes. Pero aunque ha visto Castilla moderada nuestra gloria con nuestras pérdidas, nunca verá acabado nuestro agra-

Tomo VIII.

X

de-

decimiento á su eleccion , á su valor , y á su fidelidad.

Confieso , señores , que la gloria de los sucesos que ensalzan un reynado , muchas veces no suele pertenecer al Soberano : Los Reyes solamente son grandes por las virtudes que les son propias : Sus mayores felicidades muchas veces no sirven mas que de ocultar sus defectos , y mas son prueba de que están bien servidos , que de que son dignos del mando.

Pero yo no tengo que temer aunque despoje á Luis de toda su gloria , y os le manifieste como es en sí. ¡Qué prudencia , y qué acierto en los negocios! La Europa temía tanto sus Consejos como sus Armas : Sus Ministros estudiaban baxo su direccion el arte de gobernar : Su larga experiencia maduraba su juventud ; y aseguraba sus talentos : Las negociaciones conducidas con destreza tenían siempre feliz éxito , por el secreto que en ellas se observaba. ¡Qué felicidad no prometia á la Francia la sola reputacion de su gobierno , si hubieramos sabido contentarnos con la gloria de la prudencia! Todos los Reyes vecinos , que quando nacieron hallaron ya á Luis envejecido en el trono , se hubieran tenido por hijos y pupilos de tan gran Rey : No hubiera sido Conquistador de sus reynos , pero hubiera llegado á tal punto la grandeza de su corazon , que despreciando la gloria de los triunfos , se hubiera contentado con ser su tutor y padre. (1)

De esta prudencia nacia la Magestad que se admiraba en su persona : Aún en la vida privada no se le vió olvidarse un instante de la gravedad y circunspeccion propias de la Dignidad Real. Jamás hubo Rey que supiese sostener , como él , el Magestuoso caracter de la Soberanía. ¡Qué grandeza , quando los Ministros de otros Reyes venian al pie de su trono ! ¡Qué exáctitud en sus palabras!

(1) *Jam Caesar tantus erat ut posset triumphos contemnere.* Horat.

bras ! ¡Qué Magestad en sus respuestas ! Nosotros las recogiamos como máximas de sabiduría : Temiamos que su silencio nos ocultase muchas veces unos tesoros , que eran propios nuestros ; y si es lícito decirlo , sentiamos tambien que escasease sus palabras á unos vasallos , que con prodigalidad le ofrecian su sangre y su amor.

Con todo eso , bien sabeis que en su Magestad no se hallaba señal alguna de soberbia : Quando daba entrada á sus vasallos , los recibia con extraordinario agrado : Sazonaba sus favores con un arte aún mas apreciable que las mismas gracias : La afabilidad de sus conversaciones hallaba siempre ocasion de mezclar con ellas lo que nosotros mas gustábamos de oir : Saliamos de su presencia llenos de gozo , y echábamos menos los instantes que su soledad y sus ocupaciones nos le ocultaban. Nacion fiel , nosotros siempre hemos gustado de ver á nuestros Reyes ; y los Reyes siempre ganan mucho en manifestarse á una nacion que los ama.

¿Y qué Rey hubiera ganado en esto mas que Luis ? Vosotros lo podeis decir aqui en mi lugar , ancianos , é ilustres vasallos , que siempre estabais ocupados al rededor de su persona. Entre vosotros este gran Rey no era el terror de la Europa , ni aquel cuya Magestad apenas podia sufrir nuestra vista : Era un dueño humano , agradable , benéfico y afable : El resplandor que le rodeaba le ocultaba á nuestra vista : Nosotros no veiamos en él mas que su gloria , pero vosotros veiais todas sus virtudes.

Se admiró en él un gran caudal de honor , de rectitud , de probidad y de verdad , prendas todas muy esenciales á los Reyes , y que no obstante suelen ser muy raras aún entre los hombres particulares : Fué un amigo fiel , un esposo que siempre respetó las virtudes de Teresa , no obstante las flaquezas que dividieron su corazon ; desaprobando , por decirlo así , con el respeto que la tenia , sus injustos amores , y renovando con la estimacion un lazo , que habian aflojado las pasiones : Fué

un padre amoroso, mayor en el cuidado de sus negocios domésticos, cuya fama acaso no pasará á nuestros sucesores mas que en los ruidosos sucesos de su reynado, que se conservarán en las publicas historias para la posteridad. ¿Pero qué son en la presencia de Dios estas virtudes humanas, quando no las santifica la piedad? ¡Ah! Las mas veces solo sirven de vano objeto á las alabanzas de los hombres, y á las venganzas de el Señor: ¿Pero de qué sirve para la eternidad esta gloria tan celebrada, y que ha dado motivo á tantas envidias y lisonjas, si no se ordena á aquel Señor á quien solamente es debida la gloria? No sirve mas que de ser causa de un juicio mas riguroso, tanto por la ambicion, adonde siempre guia, como por la vanidad que inspira: ¡Suerte terrible, y siempre mas digna de temerse en los mayores Reyes! Tú no podrás aumentar el luto de nuestros ruegos, ni turbar la paz de las ofrendas santas que descansan sobre el Altar, y que están implorando en favor de Luis la clemencia del Padre de las misericordias.

Conoció la nada de la gloria humana: *Et agnovit quod in his quoque esset labor, & afflictio spiritus.* Pero aun fué mayor por su humilde fé, y por su sincera piedad, que por el resplandor de su poder y de sus victorias.

## SEGUNDA PARTE.

**A**unque la unción santa que se derrama sobre los Reyes consagra su caracter, no siempre santifica sus personas: Sus obligaciones son tantas como su poder: El Cetro mas es señal de sus cuidados y servidumbre, que de su autoridad: Solamente son Reyes para ser padres y pastores de los pueblos: No nacieron para sí solos, y las virtudes particulares, que por sí solas aseguran la salvacion del vasallo, en el Soberano serian vicios.

A lo sublime de estas ideas reduce la Escritura el elogio de uno de los mas Santos Reyes de Judá: Conservó fiel su corazon á Dios: *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*

*suis*: (a) Esta es la mas esencial obligacion de el hombre: Derribó las abominaciones de la impiedad, y todos los monumentos de el error: *Tulit abominationes impietatis*: Este es el zelo de el Soberano: Aseguró la piedad en los dias de pecado y de malicia, honrándola con sus favores y confianza. *In diebus peccatorum corroboravit pietatem*: y este es el exemplo que debe á sus vasallos, el que es su pastor y su padre.

Nació Luis con unos principios de religion y de temor de Dios, que nunca pudieron destruir aún los mismos desórdenes de la edad. La sangre de San Luis y de tantos Reyes que circulaba por sus venas, la memoria todavia reciente de un padre justo, los exemplos de una madre piadosa, las instrucciones de un prelado irreprehensible á quien se encargó su educacion, las felices inclinaciones, mucho mas seguras que las instrucciones y exemplos, todo parecia destinarle á la virtud de el mismo modo que al trono.

¡Pero ay! ¡Qué cosa es la juventud de los Reyes! Una estacion peligrosa, en que las pasiones empiezan á gozar de la misma autoridad que el Soberano, y á subir con él al trono; y Luis con especialidad, ¿qué podia esperar en estos primeros años? El hombre mas bien dispuesto de su Corte, y en quien brillaban la Magestad y la gracia, dueño de su voluntad, y poderoso para satisfacerla, viendo nacer todos los dias debaxo de sus pies muchos placeres, que estaban esperando con impaciencia sus deseos, no hallando al rededor de sí sino objetos muy instruidos en agradar, y que todos parecia estar unidos y dispuestos á agradarle á él solo, rodeado de Apologistas de las pasiones, que avivaban el fuego de la sensualidad, y que procuraban borrar sus primeras impresiones de virtud, dando títulos de honor al libertinage; en medio de una Corte lucida, en donde el regalo y el

(a) *Eccles. 49. v. 3. & 4.*

el deleite siempre han hallado el secreto de unirse entre sí; y aún de igualarse con ella el aliento y el valor; y finalmente, en un siglo en que poco contentas las mugeres con haberse olvidado de su propio pudor, parece que desafian también al que todavía puede haber quedado en aquellos á quienes intentan agradar.

Pero con todo eso, ¿qué diluvio de males no se deriva al pueblo del mal exemplo del Príncipe! Sus costumbres son el modelo de las costumbres públicas; la imitación, segura siempre de agradar, y de grangearse los favores, concilia la ambicion con la sensualidad; los placeres que en otros se vén interrumpidos con las ideas de la fortuna, hallan en ellos mayor facilidad, y tienen el camino mas seguro; los Escritores profanos venden sus plumas á la iniquidad, y celebran unas pasiones, que bastaba solamente el respeto para que quedasen sepultadas en un eterno olvido; se levantan nuevos espectáculos, que sirven de públicas lecciones; y todo lisongea á la pasion del Soberano.

¡Oh Reyes de los pueblos, dice el Espíritu de Dios, los que sentados sobre vuestro trono os estais complaciendo en ver á vuestros pies la multitud de naciones, á vosotros se dirigen mis palabras: *Ad vos Reges sunt isti Sermones mei.* (a) Acordaos de que el poder que teneis le habeis recibido del cielo, que su uso debe ser tan santo como su origen, que espera un juicio muy severo á los que están establecidos para mandar á los demás, y que á la mas grande autoridad casi siempre la está reservado mayor castigo.

Pero aqui empiezan á manifestarse las eternas misericordias que estaban preparadas para *Luis*. Dios le dispone desde lejos para la virtud, armando contra los vicios las primeras demostraciones de su autoridad. La bárbara costumbre de los desafíos, antigua reliquia de la fe-

(a) Sap. 6. v. 3. 4. 5. 10.

ferocidad de nuestros conquistadores, que no habia podido contener la religion, ni la política que esta infunde en las costumbres, que tantos Reyes habian condenado, aunque inútilmente, y que tanta sangre habia costado á la nacion, fué por último abolida, consagrando *Luis* el principio de su reynado con una accion, que asegura el sosiego y tranquilidad de los venideros.

Sí, catolicos, en el mismo tiempo en que parecia que *Luis* estaba muy distante del Señor, el Señor estaba muy cerca de él; aún las mismas pasiones, que inficionaban su corazon, respetaban su fé. ¿Qué horror no tenia á aquellos hombres, que no hallan gusto completo sino en lo que está sazonado con la impiedad, y que parece no se acuerdan de Dios sino para ultrajarle con sus infames desordones! El impío, luego que era conocido, podia contarse por desterrado de su Palacio: El nacimiento y los servicios, lejos de asegurar la impunidad á la irreligion, eran motivo de que fuese mas ruidoso el castigo: Los gracejos de la discrecion, engaño contra el que es tan difícil defenderse, no tenian para él atractivo alguno, si advertia en ellos algun vislumbre de incredulidad; no conocia mérito alguno en el hombre que no conocia á su Dios; y el impío que blasfemaba del cielo, era inmediatamente para él anathema de la tierra.

De este modo se disponia la obra de la santificacion de *Luis*. Pero salgamos de estos tenebrosos tiempos tan inevitables para los Reyes, y tan comunes en los demás hombres; perezcan y bórrense para siempre de nuestra memoria aquellos dias que él borro con sus lágrimas y su piedad, y los que el Señor ha olvidado sin duda. Casi todos los Soberanos se parecen en los primeros años de su juventud, del mismo modo que en el principio de su nacimiento: *Nemo ex Regibus habuit aliud natiuitatis initium.* (a) Pero si *Luis* los imitó en estos primeros ca-

(a) Sap. 7. v. 5.

minos de las pasiones, ¿dónde están los Reyes que después hayan caminado con tanta grandeza y fidelidad como él en los caminos de la gracia? ¿Le siguieron acaso aquellos mismos vasallos que siempre estaban á su vista, y que por razon de su clase tenían facil llegada al trono? ¡Ah! siendo la mayor parte de ellos imitadores, por no decir adoradores culpables de sus flaquezas, acaso acabaron su vida censurando su virtud.

¿Y qué virtud? una virtud sólida, amorosa, y constante. No se vieron en él aquellas variedades en la devoción, tan inseparables de la inconstancia de los hombres, á los que sola la uniformidad cansa, ó á los que solamente la molestia del vicio atrae muchas veces á la virtud, á los que el uso de la virtud vuelve á servir de nuevo atractivo para el vicio, y que pasando continuamente de la virtud al vicio, mas procuran buscar alivio á su inconstancia, que fijar su infidelidad.

Desde que *Luis* se dedicó á seguir los caminos de Dios, caminó siempre por ellos con un paso igual y magestuoso; un día era instruccion para otro día, y una noche daba lecciones semejantes á otra noche: La historia de su virtud es la historia de sus acciones; y fuera de aquellos sucesos inesperados, que manifestaban en él nuevas virtudes, la virtud del primer día fué la de todo lo restante de su vida.

¡Inmensos cuidados del gobierno, cuyo peso casi llevaba él solo, jamás interrumpisteis la exactitud de sus obligaciones religiosas! La vida de la Corte, siempre inconstante, porque siempre es ociosa, jamás descompuso la respetable uniformidad de su conducta; y en un lugar, en donde el ocio y el antojo son tan ingeniosos para variar los días y los momentos, solo *Luis* era el punto fijo en donde todos los días y todos los momentos se hallaban siempre los mismos; virtud rara, particularmente en los Príncipes, á los que nada detiene, y en quienes la inconstancia de la imaginacion siempre se está avivando con la eleccion y abundancia de arbitrios.

La piedad y la buena fé de su gobierno correspondian á

á la exactitud de las obligaciones. ¡Qué religion tan profunda al pie de los Altares! ¡Con qué respeto iba á doblar delante de la gloria del Santuario aquella cabeza que disponia, por decirlo así, de todo el Universo, y la que era mas augusta por su virtud, que por la edad, la magestad y las victorias! ¡Qué temor no experimentaba al acercarse á los Misterios santos, y á aquella celestial vianda, que es las delicias de los Reyes! ¡Qué atencion á la Divina palabra, qué respeto á la santa libertad del ministerio, y aún á las faltas del Ministro, no obstante los disgustos y murmuraciones de una Corte instruida y demasiado critica: *Bastante nos ha dicho para que nos enmendemos*, respondia á aquellos Cortesanos, que salian disgustados del Sermon! ¡Qué conciencia tan delicada! ¡qué horror á las mas leves transgresiones! Siempre amó el bien que conoció; si no cumplió con toda la justicia, sería por no conocerla toda: Este es defecto de los mejores Reyes; y mas es desgracia de la dignidad, que vicio de la persona.

Pero la adversidad es la prueba menos equívoca de una virtud sólida. ¡Qué golpes no disponiais, ¡oh Dios mio! á su constancia! Este gran Rey, á quien desde la cuna habia acompañado la victoria, y que contaba sus prosperidades por los días de su reynado; este Rey, cuyas empresas por sí solas anunciaban siempre la felicidad, y que no habiendo hallado hasta entonces obstaculo alguno, solamente habia tenido que temer de sus propios deseos; este Rey, cuyas conquistas se habian inmortalizado con tantos elogios y públicos trofeos, y que nunca habia tenido que temer mas que los escollos que nacen del mismo seno de la alabanza y de la gloria; este Rey, que por tanto tiempo habia sido dueño absoluto de los sucesos, los vé repentinamente vueltos todos contra sí; los enemigos se apoderan de nuestras plazas: solamente con qué se presenten, se dexa vér con ellos la victoria: Sus propias felicidades les asombran; el valor de

nuestras tropas parece que se ha pasado á su campo ; el prodigioso número de nuestros exércitos solo sirve de facilitar nuestras derrotas ; la diversidad de lugares no hace mas que multiplicar nuestras desgracias ; tantos campos de batalla , famosos con nuestras victorias , se admiran al ver que sirven de teatro á nuestra ruina : El pueblo se halla consternado , la capital amenazada , la miseria y la mortandad parece que se unen con nuestros enemigos para acabarnos ; todos los males vienen sobre nosotros ; y Dios , aunque nos disponia los remedios , no se dignaba de manifestarnoslos. Denain , y Landreci estaban aún ocultos en los eternos consejos : Nuestra causa era justa , ¿ pero lo habia sido siempre ? ; y qué sé yo si expiabamos con nuestras ultimas derrotas la equidad dudosa , ó la vanagloria inevitable de nuestras pasadas victorias ?

Bien lo conoció *LUIS* , y así , se explicaba de este modo : *En otro tiempo emprendí la guerra con ligereza , y con todo eso , parece que Dios me favorecia : Ahora peléo por mantener los legítimos derechos de mi nieto á la corona de España , y el Señor me abandona ; sin duda que disponia este castigo á mis pecados.* Se humilló baxo el brazo que sobre él se descargaba : Su fé quitó á sus desgracias la nueva amargura que las dá el largo uso de las prosperidades ; su grande alma se manifestaba inmovil ; en medio de la tristeza y abatimiento de la Corte , la serenidad de su augusta frente servía de seguridad á los públicos temores ; Miró los castigos del cielo como pena del abuso que habia hecho de sus pasados favores ; reparó con la plenitud de su sumision lo que en otro tiempo pudo haber faltado á su agradecimiento : Puede ser que se atribuyese á sí mismo la gloria de sus felicidades , y Dios se las quita para darle la de la sumision y la constancia.

Pero aún no está acabado el tiempo de las pruebas : Vos oh Dios mio ! le heristeis en su pueblo , como á David,

vid , pero tambien le castigasteis como á él en sus propios hijos ; él os habia sacrificado su gloria , pero queriais que tambien os sacrificase su amor.

Pero ; qué es lo que veo ! ; qué espectáculo tan tierno será este para la posteridad quando lea su Historia ! Dios derrama la desolacion y la muerte sobre toda la Casa Real . ¡ Quántas augustas cabezas derribó ! ; Quántos apoyos del trono caen por tierra ! El juicio empieza por el Primogenito . Su bondad nos prometia unos dias felices , y ya hemos derramado aquí nuestras lagrimas y oraciones sobre sus amadas y augustas cenizas . Pero todavia nos quedaba algun consuelo ; aún no habiamos enjugado nuestras lagrimas , quando una amable Princesa , (1) que era el descanso de *LUIS* en los cuidados del reyno , es privada en la flor de su edad de las dulzuras de la vida , de la esperanza de la Corona , y del amor de los pueblos que ya empezaba á mirar como á sus vasallos : Vuestras venganzas ; oh Dios mio ! aún se disponen nuevas víctimas ; sus ultimos suspiros introducen el dolor y la muerte en el corazon de su Real Esposo . (2) Las cenizas de este joven Principe se dán priesa á unirse con las de su Esposa ; no la sobrevivió mas que el tiempo preciso para conocer su pérdida ; y nosotros perdimos con él las esperanzas de prudencia y virtud , que habian de hacer revivir el reynado de los mejores Reyes , y los antiguos dias de paz y de inocencia .

¡ Gran Dios ! deteneos . ¿ Habeis de manifestar tambien vuestro poder é indignacion contra el hijo que acaba de nacer ? ¿ Quereis secar la raiz de la Real Estirpe ? La Sangre de Carlo Magno y de San Luis , que tanto pelearon por la gloria de vuestro nombre , ¿ ha de ser para vos como la Sangre de Acab y de tantos Reyes impíos , cuya posteridad exterminasteis ?

Todavia está levantada la espada , católicos , ¿ Dios

se

(1) Muerte de Adelaida de Saboya.

(2) Muerte del Duque de Borgoña.

se muestra sordo á nuestras lágrimas, al amor, y á la piedad de Luis? Tambien cortó este pimpollo, cuyos primeros días fueron tan lozanos, (1) y si la muerte cruel se contenta con amenazar solamente al que está pendiente del pecho de su madre, (2) á esa preciosa reliquia que Dios quiso salvarnos entre tantas perdidas, es para acabar esta triste y sangrienta tragedia, quitandonos el unico de los tres Principes (3) que nos quedaba para gobernar su infancia, y conducirle y asegurarle en el trono.

Luis, en medio de las lugubres ruinas de su Augusta Casa permanece firme en la fé; Dios sopla sobre su numerosa posteridad, y en un instante queda borrada como los caracteres que se escriben sobre la arena. De todos los Principes que le rodeaban, y que eran como la gloria y rayos de su corona, no queda mas que una debil pavesa, la que tambien entonces estuvo para apagarse; pero sus desgracias no pueden agotar su heroyca fé; espera como Abraham que el hijo unico de las promesas no ha de perecer; adora al que dispone de los Cetros y Coronas, y acaso vé en estas pérdidas domesticas la mano de la misericordia que expia, y que acaba de borrar del libro de las justicias del Señor sus antiguas y desordenadas pasiones.

Conservó, pues, Luis un corazon siempre fiel á Dios. *Gubernavit ad Dominum cor ipsius*, y esta es la obligacion mas esencial del hombre; ¿pero á qué no llegó su zelo por la Iglesia? su zelo, virtud tan propia en los Soberanos, que solamente han recibido la espada y el poder para servir de apoyo á los Altares, y para defender su doctrina. *Tulit abominationes impietatis*.

Aquí hablan en mi lugar los sucesos. Las sediciosas quejas de la heregia arrojada del reyno, que han resonado

(1) Muerte del Duque de Bretaña, hermano mayor de Luis XV. que murió pocos dias despues.

(2) El Rey Luis XV. estuvo entonces á la muerte.

(3) Muerte del Duque de Berry, tio del Rey Luis XV.

do tanto tiempo por toda la Europa, los clamores de los falsos Profetas desterrados, que siguiendo el exemplo de sus padres, manifestaban en todas partes la señal de la guerra y de la venganza contra Luis, hicieron antes que yo el elogio de su zelo.

¡Falsa razon de estado, en vano opusiste á Luis las cobardes ideas de la prudencia humana! el cuerpo de la Monarquía, debilitado con la falta de tantos ciudadanos, la decadencia del comercio, ó por quedar privado de su industria, ó por la furtiva exportacion de sus riquezas; las naciones vecinas, protectoras de la heregia, dispuestas á armarse para defenderla, nada le acobarda; los peligros aumentan su zelo, la obra de Dios no teme á los hombres, se persuade á que es asegurar su trono trastornar el del error; se destruyen los Templos profanos, se derriban las Cátedras del error; los Profetas de la mentira son apartados de los rebaños á quienes engañaban, las Congregaciones estrañas se reunen á la Congregacion de los fieles, se quita el muro de separacion, nuestros hermanos vienen á buscar al pie de nuestros Altares, con los sepulcros de sus mayores, los títulos domesticos de la fé de que habian degenerado; el tiempo, la gracia, y la instruccion acaban poco á poco una mudanza que nunca puede conseguir la violencia sino aparentemente; el error, que habiendo nacido en Francia, parecia haber echado en ella unas eternas raices; aquella cizaña, que tantas veces habia estado á pique de ahogar entre nosotros el buen grano; la heregia que tanto tiempo habia sido temible aún al mismo trono, por la fuerza de sus Plazas, por la flaqueza de los reynados anteriores, en los que fue preciso tolerarla, por los rios de sangre Francesa que habia hecho derramar, por el número de sus partidarios, por la soberbia ciencia de sus Doctores, por el apoyo de tantas naciones, y aún por la antigua memoria y la injusticia de aquella sangrienta batalla, que debiera borrarse de nuestros Annales, la que siempre están desaprobando la piedad, y la humanidad,

y que por quererla apagar uno de estos ultimos Reyes avivó su fuerza y su furor, é hizo de su sangre, si es lícito decirlo así, semilla de nuevos discipulos; la heregía, defendida con tantos baluartes cae al primer golpe que la dá Luis; desaparece y se vé reducida, ó á ocultarse en las tinieblas de donde habia salido, ó á pasar los mares, y llevar con sus falsos dioses su rabia y su amargura á otros países estraños.

Feliz hubiera sido si la sumision hubiera precedido á los castigos, si en vez de ceder á la autoridad hubiera cedido á la verdad, si sus Sectarios, contentos la mayor parte de ellos con obedecer en la apariencia á su Soberano, no hubieran sacado otra utilidad del zelo de Luis mas que dexar á sus hijos y á sus nietos la felicidad de obedecer hoy á la Iglesia. Pero finalmente la Francia, para fama eterna de Luis, se vé libre de este escandalo; el contagio no se perpetúa en las familias; entre nosotros no hay mas que un redil y un pastor; y si entonces el temor formó hipocritas, la instruccion ha formado despues en sus descendientes verdaderos fieles.

Y así baxo qualquiera color que procurase manifestarse la heregía, igualmente dispertaba el zelo y la piedad de Luis, ¡vanas ideas de la perfeccion, que con pretexto de elevar al hombre hasta Dios le dexais entregado todo á sí mismo, y haceis de la sublime pureza de su virtud la seguridad de su libertinage! ¡Nuevo sistema de oracion, tan ignorado de la sencillez de la fé, y que colocas la ociosa quietud, y el fanatismo de tus oraciones en el lugar de las obligaciones y mortificacion del Evangelio! ¡Doctrina impia y ridícula, que intentas persuadir en secreto que la oracion, que es la que nos alcanza la gracia de vencer las tentaciones, nos dá tambien derecho para caer en ellas sin pecado! Luis tuvo horror á tus blasfemias, armó el zelo de la Iglesia contra los ocultos lazos que ponias á la piedad, y aquel grande Obispo, (1) que

(1) Monseñor de Fenelon, Arzobispo de Cambray.

por querer averiguar tus ilusiones, casi se dexó vencer de ellas, engañado mas del amor que tenia á la Oracion, que de las falsas máximas que juntabas á ella, se unió á la unanime voz de los Pastores contra sí mismo, dexó un exemplo á la Dignidad Episcopal, que libraria á la Iglesia de muchos escandalos si fuera imitado, y convirtió con el candor y prontitud de su sumision los rayos de la Iglesia que le amenazaban, en una abundante lluvia de gracias y bendiciones para sí. *Fulgura in pluviam fecit* (a)

Pero el hombre enemigo siempre está velando para sembrar escandalos en el campo del Señor. La verdad triunfó de la heregía y del fanatismo, pero no por eso llegó la paz que esperabamos. *Expectavimus pacem, & non erat bonum.* (b) Los Misterios de la gracia, en que tantas veces ha tropezado la soberbia del humano entendimiento, encienden de nuevo los espíritus; los Pastores de la Iglesia, que siempre unidos entre sí no debieran jamás tomar las armas sino contra los enemigos exteriores, se dividen como si fueran diversos sus intereses y esperanzas; los entendimientos se alteran, se avivan las disputas, y en todas partes no se vé mas que inquietud y confusion. ¡Gran Dios! ¿En qué han de venir á parar estas funestas disensiones? ¿Un siglo entero de disputas no era bastante para apaciguar el furor? Las tropas de los Filisteos nos rodean, y en vez de unirnos para rechazar á los infieles, nosotros mismos los damos aparentes pretextos para que insulten los ejércitos del Dios vivo; pero dexemos una materia, cuya sola relacion no puede menos de affigir á los hijos de la Iglesia que tienen algun amor á esta comun madre de los fieles; para mi asunto basta decir, que nada deseó tanto Luis como el ver reynar la union entre los pastores, mantenida la fé en su pureza, á los fieles, no divididos entre Pablo, Apolo, ó Cephas,

(a) Psalm. 134. (b) Jerem 8. v. 15.

sino unidos unicamente á Jesu-Christo y á su Iglesia, y este era el único fin de todas sus acciones; Dios no se dignó concederle que antes de morir viese el fin de nuestras tristes disensiones, ¡pero cuál era su dolor al verlas perpetuarse en su reyno! En las desgracias del estado se manifestaba constante, pero las disensiones de la religion affligian su alma, y borraban la serenidad de su Augusto semblante; y en la misma cama de su dolor y de su muerte, como otro Theodosio quando estaba para morir, mas pensaba en los males de la Iglesia, y mas le affligian estos, que los horrores de la muerte de que estaba rodeado. *Qui cum jam corpore solveretur, magis de statu Ecclesiarum, quam de suis periculis angebatur*, que dice San Ambrosio.

Todo lo que podia servir de adelantar los intereses de la religion lo miraba como interés del estado: ¿Con qué magnificencia franqueó su reyno y sus tesoros á un Rey, (1) y á una piadosa Reyna, que por haber querido poner en el trono la fé de sus mayores, habian sido arrojados de él? Una nacion valerosa, aunque tan inconstante como el mar que la rodea, y acostumbrada á dar semejantes espectaculos á la Europa, se turba, se inquieta, se subleva, y arroja de su seno á estos sagrados depositos; solo Luis entre todos los Soberanos á quienes interesaba este negocio corre á recibirlos, los libra del naufragio, ofrece un asilo á la religion, y á la Dignidad Real fugitiva, se arma para vengar la Magestad de los Reyes, y la santidad de la fé, ultrajadas en sus personas, atrahe sobre sus estados los furoros de una terrible liga, y las calamidades de una larga guerra, que parece no se habia de acabar sino con la Monarquía; y ya que no tuvo la gloria de restituirles su corona, tuvo á lo menos el mérito de exponer la suya.

(1) *El Rey Jacobo II. y la Reyna su Esposa, echados de Inglaterra, y refugiados á Francia.*

Pero si su zelo en defensa de la fé parecia crecer y avivarse con su abanzada edad, acordaos tambien de los cuidados que empleó para restablecer la piedad en aquellos dias de pecado y de malicia. *Corroboravit pietatem in diebus peccatorum*: Este es el exemplo que el padre y el pastor deben dar á sus vasallos.

Bien sabeis, señores, que la raíz de la regularidad y pureza de las publicas costumbres se halla siempre en el zelo y santidad de los Obispos, establecidos para ser modelos de sus rebaños, para santificarlos y gobernarlos, pues casi siempre depende la salud ó perdicion de los fieles, de los cuidados y de los exemplos de los primeros Pastores: Persuadido Luis de esta verdad, ¡qué cuidado no puso en elegir Ministros irreprehensibles! ¡qué precauciones y qué delicadeza de conciencia! Los testimonios mas seguros y publicos apenas bastaban para asegurarle en su eleccion; este apreciable derecho, vinculado en su Corona, en vez de lisongearle le atemorizaba como escollo de los Reyes, y como peso el mas molesto y peligroso de la Dignidad Real; ni las pretensiones, ni el favor, ni la carne, ni la sangre tenian para con él derecho alguno para poseer las Dignidades de la Iglesia, que es el reyno de Jesu-Christo; ni los servicios, ni el nacimiento, ni la larga ascendencia de los mayores le parecian vocacion suficiente para el Sacerdocio de Melchisedech, que no tuvo genealogía; estaba vivamente persuadido á que el Obispado no es un favor temporal, destinado á gratificar las familias, sino un don del cielo propio para honrar la Iglesia, dandola Ministros capaces de desempeñar su ministerio; y aún no sé si en este punto la exactitud de su religion y zelo excedió á la de las reglas.

Quería que el poder de su dignidad solo sirviese para establecer el reyno de Dios en sus pueblos: ¡Qué alegría la suya quando veía que alguno de su Corte salia del desorden de las pasiones, y hacia una vida tan piadosa, y tan arreglada como la suya! Miraba esto como una nueva

conquista que añadía á sus victorias; ya la virtud no era motivo de irrisión en la Corte, antes bien era la que ocupaba los primeros puestos, la que se adquiría todos los honores, y finalmente la que se grangeaba la aceptación del trono, y la confianza del Soberano.

¡Oh días felices! ¡Vosotros habiais de restituir en nuestros tiempos el reynado de la virtud y de la inocencia, y no obstante esto jamas abundó tanto la malicia, pues aunque los favores reales solo se concedían á la virtud, parece que solo hacían estimables sus apariencias! ¡Siglo perverso! ¡Todo coopera á tu perdición! Si el Príncipe se olvida de su Dios, confirma y perpetúa los vicios; y si favorece á los justos, no hace mas que multiplicar los hipocritas.

Pero finalmente; Luis obligó á las obras de tinieblas á que se ocultasen, y á que no insultasen á la luz; el desorden no se miraba ya como graciosidad, y si no pudo detener su curso, á lo menos le quitó la ostentación y el escándalo.

Desterró la libertad de un teatro extranjero, en donde se juntaban los Grandes y el pueblo á oír las mas barbaras obscenidades, con vergüenza de las publicas costumbres y del pudor de la nación; en donde el vicio hablaba un idioma de que se avergonzaba nuestra propia lengua, y en donde hasta el mismo sexo, en el que es tan propia la vergüenza, iba á celebrar publicamente unas indecencias que eran como publicos ultrages hechos á su pudor; las ruinas de esta impura escena levantaron á la piedad de Luis un monumento mas inmortal, que el que habían levantado á su gloria las ruinas de los muros de tantas ciudades como había conquistado.

Pero al mismo tiempo que arruinó las escuelas del vicio, ¿qué asilos no edificó á la piedad? Edificio augustot, (1) en donde refugiado el valor consagra al pie de los

(1) *Hospital de los Invalidos.*

Altars las estropeadas y debiles reliquias de una vida expuesta tantas veces por el estado, tú se lo podrás decir á la posteridad. Santa Casa (1) en donde remediada la pobreza, ó el nacimiento, se salva igualmente la inocencia del sexo debil de los peligros, y su nobleza de la infamia y de la necesidad, tambien tú podrás dar el mismo testimonio.

¿Quántos piadosos edificios veo levantarse en su reynado en la Capital y en las Provincias? El reyno de Dios se aumenta y estiende con el de *LUIS*. Los jóvenes Ministros del Santuario recobran en las santas casas, que á porfia edifican los Pastores, aquel primer espíritu de ciencia, de fervor, y de disciplina que tanto había degenerado del tiempo de nuestros Padres. Los bosques se pueblan de Solitarios, y como en tiempo de los Machabeos, muchos bajan (2) al desierto para buscar allí el juicio y la justicia, porque los males y la corrupción habían inundado las ciudades, y Dios ya no era conocido en ellas: *Tunc descenderunt multi quærentes iudicium, & iustitiam in desertum, quoniam inundaverunt super eos mala.* (a) Se publicaban infinitas obras llenas de luz y de doctrina, para servir de auxilio á la piedad de los fieles; quando nuestra posteridad, registrando las historias, hallé renovados en este siglo los primeros monumentos de la ciencia y de la virtud, bendecirá el reynado de *LUIS*; se aprovechará de la gracia que nosotros hemos despreciado, la beberá en estos socorros debidos á su cuidado, y que derivarán de edad en edad las reglas de las costumbres, la justicia, y la salud que nosotros no hemos podido hallar ni aún en sus exemplos.

¿Qué podía estar reservado para una piedad tan fiel á Dios, tan zelosa del bien de la Iglesia, y tan útil á los Pueblos, sino una Corona de justicia, mucho mas resplan-

(1) *San Ciro.* (2) *La Trapa, y Siete Fuentes.*

(a) 1. *Machab.* 2. v. 29. 30.

plandeciente que la que había recibido de sus Progenitores, y una muerte mas gloriosa por la gracia, y mas heroica que su vida!

Católicos, la fé es el principio del verdadero heroismo, y de la elevacion de los pensamientos: El mundo nunca ha formado sino falsos Heroes, y la muerte, que siempre nos manifiesta á nosotros mismos como en la realidad somos, descubre en ellos por ultimo una flaca timidez que los afrenta, ó una ostentacion de valor aún mas debil y despreciable que su temor, porque es mas falsa.

*LUIS* muere como Rey, como Heroe, y como Santo: Un repentino desfallecimiento trastorna al principio los fundamentos, al parecer inalterables, de una salud á quien la edad, las aflicciones, y los penosos cuidados de un reynado tan dilatado habian respetado hasta entonces. Ya habia excedido la edad de los Reyes, pero todavía nos prometiamos una vida mas larga que la de los demás hombres: Habia visto nacer á nuestros Padres, y nosotros contabamos que el verle morir estaba reservado para nuestros nietos. Lo que nos agrada, nos parece que siempre debiera ser eterno.

Pero Dios, cuyo reyno solamente es indefectible, y que ya habia impreso dentro de él los indelebles caracteres de la muerte, los ocultaba todavía á las luces del arte, y á las vanas esperanzas de una Corte que aún confiaba en la sana constitucion de su temperamento; pero finalmente el secreto de Dios se manifiesta; la muerte, oculta en el interior, se deja ver con claridad por medio de las infalibles señales que la anuncian; ya nadie puede dejar de conocerla; su lentitud aumenta los horrores del aparato: Solamente *LUIS* la mira con tranquilidad. Entre los suspiros de sus antiguos y fieles vasallos, entre la consternacion de los Principes y Grandes, entre las lagrimas de toda su Corte halla *LUIS* en la fé una paz, una fortaleza, y una grandeza de animo que no puede dar el mundo:

¿Por

¿Por qué lloras? dixo á uno de los suyos, en quien le hizo reparar la abundancia de lagrimas que le hacia derramar el exceso de su dolor. ¿Estabas acaso persuadido á que los Reyes eran inmortales?

Este Monarca, cercado de tanta gloria, y que veía al rededor de sí tantos objetos propios para despertar ó sus deseos, ó su amor, no manifiesta ni el menor pesar de perder la vida; no le quedan ni aún aquellas incertidumbres que suelen dar todavía algunas esperanzas á los moribundos, y que por lo menos mezclan los tristes desconsuelos del temor con la dulzura de la esperanza; sabe que es llegada su hora, y que no tiene remedio; conserva en la cama de su dolor aquella magestad, y aquella serenidad que en otro tiempo se habian visto en él sobre su trono en los dias de sus prosperidades: Dispone los negocios del estado, que ya no le pertenecen, con el mismo cuidado y tranquilidad que si empezára entonces á reynar, sin que el ver la muerte cierta y cercana, le causase aquella pena y aquel horror de pensar en lo que vá á dejar, que mas es una secreta desesperacion de perderlo, que señal de que no se ama: Los Sacramentos que se administran á los moribundos no tienen para él aquel semblante triste y lúgubre que suele acompañarlos, y los mira como misterios de paz y de la divina magnificencia: Este instante no es para él uno de aquellos rapidos momentos en que suele recobrase todo el valor, y hallar en el corto tiempo que dura lo terrible del espectáculo el remedio para la fortaleza. Los dias vacíos y las noches penosas se dilatan, y la intrepidez de su virtud parece que se aumenta y asegura sobre las ruinas de su cuerpo terrestre: ¿Qué grande es el que es grande por la fé!

Está mirando por espacio de muchos dias á la muerte sin cobardia, pero con religion; no como Filosofo, sino con una magestuosa fortaleza, sin querer mover ni la compasion, ni la admiracion de los asistentes; sin procurar con expresiones de dolor moverlos á que den mues-

tras

tras de lo que sienten su pérdida, ni grangearse sus elogios con su constancia, mucho mayor mil veces que si hubiera querido afectar grandeza. Acudid á ver este espectáculo, eternos y ridiculos censores de su virtud, los que acaso tambien habeis tratado de flaqueza su piedad, y ved si la vanidad podria preciarse de las maravillas que está obrando la gracia en *LUIS* en estos ultimos momentos. Pero la vanidad nunca ha tenido mas que las apariencias de grandeza; la verdad de esta es propia solamente de la gracia.

Manda juntar al rededor de su cama, como otro David estando cercano á la muerte, cargado de años, de victorias y virtudes, á los Principes de su Augusta sangre, y á los Grandes del Reyno: ¡con qué magestad mira su afliccion y sus lagrimas! Los acuerda, como David, sus antiguos servicios; los aconseja la union y la harmonia, que es tan rara bajo el gobierno de un Principe niño; los encarga los intereses de la Monarquía, de la que son el adorno y la mas segura defensa; les pide que conserven á su hijo Salomón, y á su tierna edad, la misma fidelidad y el mismo zelo con que se habian distinguido en el tiempo de su reynado. Nunca se manifestó tan verdaderamente Rey; sin duda era porque ya estaba en el cielo, y porque el reyno del justo es mayor y mas glorioso que el de los Reyes de la tierra.

Finalmente, es llamado el joven Salomón, su Augusto hijo; *LUIS* ofrece al Dios de sus Padres esta preciosa reliquia de su Real Casa, aquel niño que se ha salvado entre las ruinas que aún le acuerdan la reciente pérdida de tantos Principes, y el que Dios ha conservado á la Francia, atendiendo sin duda á su virtud y á sus ruegos. Pide á Dios para él, como pedia David para su hijo Salomón, un corazon fiel á su ley, amoroso para sus pueblos, zeloso de sus Altares, y de la gloria de su nombre. *Salomoni quoque filio meo da cor perfectum, ut custodiat mandata tua.* Le deja por ultima instruccion, y como he-

herencia aún mas apreciable que su corona, las maximas de la piedad, y de la sabiduria. *Hijo mio, le dice, tú vas á ser un grande Rey, pero acuerdate de que toda tu felicidad depende de vivir sujeto á Dios, y del cuidado que has de tener de aliviar á tus pueblos; procura evitar la guerra; en este punto no sigas mi exemplo; sé un Principe pacifico, teme á Dios, y alivia á tus vasallos.* Levanta las manos al cielo, como los Patriarcas quando estaban para morir, y derrama sobre este niño, con sus súplicas y bendiciones, unas lagrimas que no puede reprimir ó su afecto, ó la alegría de ir á poseer el reyno de la eternidad que le estaba preparado.

Alma heroyca y christiana, vuelve al seno de Dios de donde saliste. Ya está tu corazon donde estaba tu tesoro; rompe estos debiles lazos de tu mortalidad que dilatan tus deseos, y retardan tu esperanza; el dia de nuestro luto es el de tu gloria y el de tus triunfos; vayan delante de tí los Angeles tutelares de la Francia, para llevarte en triunfo al trono que te está destinado en el cielo al lado de los Santos Reyes tus Progenitores, Carlo-Magno, y San Luis: vé á juntarte con Teresa, con Luis, y con Adelayda que te esperan, y á enjugar con ellos en la morada de la inmortalidad las lagrimas que has derramado sobre sus cenizas; y si, como todos esperamos, la santidad y rectitud de tus intenciones han suplido en la presencia de Dios lo que durante el curso de un reynado tan dilatado pudo acaso faltar al merito de tus obras, y á la integridad de tus justicias, cuida desde lo alto de la mansion celestial, de un Reyno que dejas tan afligido, de un Rey niño que no ha tenido tiempo para crecer y criarse á tu vista y con tu exemplo; y alcanza el fin de las desgracias que nos oprimen, y de los delitos que parece se multiplican al paso que las desgracias.

Y vos ¡gran Dios! mirad desde lo alto del cielo con ojos de misericordia á esta afligida Monarquía, en donde es mas conocida la gloria de vuestro nombre, que entre las

las demás Naciones; en donde la fé es tan antigua como la corona; en donde siempre se ha conservado tan pura en el trono como la sangre de su mismos Soberanos: Libradnos de las inquietudes y desgracias á que casi siempre entragais la infancia de los Reyes; dejadnos á lo menos el consuelo de llorar en paz nuestras desgracias y pérdidas; estended las alas de vuestra proteccion sobre el precioso niño que habeis puesto á la frente de vuestro pueblo; este augusto pimpollo de tantos Reyes, esta inocente víctima, que es la unica que se ha librado de los rayos de vuestra ira, y de la extincion de toda la extirpe Real; dadle un corazon docil á las instrucciones, pues serán estas confirmadas con el buen exemplo; estiendanse por todo el curso de su reynado la piedad, la clemencia, la humanidad, y las demás virtudes que han de influir en su educacion. Sed, Señor, su Dios y su Padre, para enseñarle á que sea Padre de sus vasallos, y guiadnos á todos nosotros á la feliz inmortalidad. Amen.

ORA-

ORACION FUNEBRE  
DE MADAMA LA DUQUESA  
DE ORLEANS.

*Surrexerunt filii ejus, & beatissimam prædicaverunt,  
vir ejus & laudavit eam; laudent eam in portis ope-  
ra ejus.*

Sus hijos la llamaron bienaventurada, su esposo la llenó de alabanzas, y sus acciones han sido su mayor elogio en todas las públicas concurrencias. *Prov. 31. vers. 28. 31.*

**S**I habeis oído estos públicos y domesticos elogios, ¿qué pudiera quedarme que decir en alabanza DE LA MUY ALTA, MUY PODEROSA, Y MUY EXCELENTE PRINCESA MADAMA LA DUQUESA DE ORLEANS, si yo viniera á este puesto mas á alabarla que á instruiros?

Vengo á tributar estas tristes y piadosas obligaciones á su memoria: La religion las consagra, la piedad las justifica, y el dolor público las pide; pero al mismo tiempo que os acuerdo sus virtudes, las que únicamente pueden consolarnos en su pérdida, ¿qué otra os parece que puede ser mi intencion mas que acordaros aquel fatal momento, que acaso está ya cercano, en que degradados en la presencia de Dios, de vuestra clase, y de vuestros titulos, todo nuestro consuelo y vuestro elogio se reducirá á lo que hubiereis hecho por la salvacion?

Tomo VIII.

Aa

¡Ah!

las demás Naciones; en donde la fé es tan antigua como la corona; en donde siempre se ha conservado tan pura en el trono como la sangre de su mismos Soberanos: Libradnos de las inquietudes y desgracias á que casi siempre entragais la infancia de los Reyes; dejadnos á lo menos el consuelo de llorar en paz nuestras desgracias y pérdidas; estended las alas de vuestra proteccion sobre el precioso niño que habeis puesto á la frente de vuestro pueblo; este augusto pimpollo de tantos Reyes, esta inocente víctima, que es la unica que se ha librado de los rayos de vuestra ira, y de la extincion de toda la extirpe Real; dadle un corazon docil á las instrucciones, pues serán estas confirmadas con el buen exemplo; estiendanse por todo el curso de su reynado la piedad, la clemencia, la humanidad, y las demás virtudes que han de influir en su educacion. Sed, Señor, su Dios y su Padre, para enseñarle á que sea Padre de sus vasallos, y guiadnos á todos nosotros á la feliz inmortalidad. Amen.

ORA-

ORACION FUNEBRE  
DE MADAMA LA DUQUESA  
DE ORLEANS.

*Surrexerunt filii ejus, & beatissimam prædicaverunt,  
vir ejus & laudavit eam; laudent eam in portis ope-  
ra ejus.*

Sus hijos la llamaron bienaventurada, su esposo la llenó de alabanzas, y sus acciones han sido su mayor elogio en todas las públicas concurrencias. *Prov. 31. vers. 28. 31.*

**S**I habeis oído estos públicos y domesticos elogios, ¿qué pudiera quedarme que decir en alabanza DE LA MUY ALTA, MUY PODEROSA, Y MUY EXCELENTE PRINCESA MADAMA LA DUQUESA DE ORLEANS, si yo viniera á este puesto mas á alabarla que á instruiros?

Vengo á tributar estas tristes y piadosas obligaciones á su memoria: La religion las consagra, la piedad las justifica, y el dolor público las pide; pero al mismo tiempo que os acuerdo sus virtudes, las que únicamente pueden consolarnos en su pérdida, ¿qué otra os parece que puede ser mi intencion mas que acordaros aquel fatal momento, que acaso está ya cercano, en que degradados en la presencia de Dios, de vuestra clase, y de vuestros titulos, todo nuestro consuelo y vuestro elogio se reducirá á lo que hubiereis hecho por la salvacion?

Tomo VIII.

Aa

¡Ah!

¡Ah! ¡Qué otra imagen pudiera presentaros en medio de esta lúgubre ceremonia, y particularmente en este augusto Templo; (1) en el que por todas partes se están viendo los tristes despojos de las grandezas humanas; en donde hechos pedazos los cetros y las coronas, apenas acuerdan la memoria de los que las llevaron sobre sus cabezas; en donde toda la magnificencia de los Soberanos está encerrada en la de sus sepulcros; en donde aún humean las cenizas de tantos Príncipes que han visto nuestros ojos, y que eran nuestra mas suave esperanza; y en donde hasta aquel gran Rey, que tanto hemos llorado, ya no es mas que polvo!

¡Qué espectáculo este aún para los ojos de la carne! Mucho tiempo habia que no le perdía de vista la Duquesa de Orleans. Parece que solamente sobrevivió á todas las pérdidas de la Casa Real para esperar la muerte con mas valor, y disponerse á ella con mas fé; vió mas de cerca la nada de todas las cosas; y nada tuvo por digno de sí sino lo que era digno de la inmortalidad.

No temamos, pues, mezclar con las oraciones de la Iglesia, y con la solemnidad de los Santos Misterios, unas alabanzas que son de mucho honor para la misma Iglesia, y de las que solamente debe avergonzarse el vicio: Somos deudores de estas alabanzas al amor de los pueblos que las publican, al luto de toda la Nacion que la echa menos, al amargo dolor de su amado hijo que la llora, (2) á las lágrimas de una Casa afligida, en la que siempre se portó mas como Madre que como Señora; soy deudor de estas alabanzas á mí mismo, y puede ser que entre todos los que me están oyendo no haya uno á quien la bondad de esta Princesa no haya honrado con

(1) *La Iglesia de San Dionysio, donde están los sepulcros de los Reyes de Francia.*

(2) *Felipe, Duque de Orleans, Regente de Francia.*

con alguna señal particular de afecto, y que en la comun desgracia, como decia San Ambrosio hablando de un Emperador, no llöre tambien su pérdida particular: *Omnes enim tanquam parentem publicum obiisse domestico fletu doloris illacrimant, suaque omnes funera dolent.*

Fue esposa fiel, Madre amorosa, Señora afable y benéfica, y Princesa christiana; esto es, cumplió durante el curso de una larga vida con las obligaciones públicas y particulares, con decencia, con nobleza, con agrado, y con religion: Bien la conoceis por estas señales naturales; y á la verdad son suficientes, y su propio carácter es su mayor elogio. Haced ¡oh Dios mio! que sus alabanzas sirvan para nuestra instruccion.

## PRIMERA PARTE.

**A** Penas se habia consolado la Corte de la muerte de Enriqueta de Inglaterra, (1) quando Alemania dió en su lugar á la Francia la Princesa que hoy lloramos; descendiente de los antiguos Soberanos del Rhin, vino á ponerse al lado del trono en que hubiera podido colocarla su nacimiento; y no la parecieron tan brillantes las Coronas extranjeras, como el honor de hallarse inmediata, por medio de un augusto matrimonio, á la de Luis.

¡De qué gloria y magnificencia no se vió rodeada en aquellos felices dias de la Monarquía! Un Soberano, dueño de la Europa, mas glorioso que todos sus predecesores, mas grande por el amor que le tenían sus pueblos, que por el número de sus conquistas: Un Esposo amable, y que añadía á las gracias de su juventud el honor de sus victorias y triunfos: Una Corte, en la que nues-

(1) *Primera muger del hermano único de Luis el Grande.*

tras guerras habian formado tantos Heroes, á la que las liberalidades del Príncipe atraían todos los dias los mayores ingenios, en donde se gozaba una continua sucesion de nuevos placeres, en donde los monumentos mas soberbios de la magnificencia excitaban la curiosidad, y acaso tambien la envidia de todas las naciones; y en donde solamente lo excesivo de nuestras prosperidades podia prepararnos desde lexos las desgracias.

Bien podemos acordarnos sin temor de aquellos felices tiempos: Bien sé que se borraron con los dias de tribulacion y amargura que los sucedieron; pero el Señor, aunque queria castigarnos, no pretendía destruirnos. Ya há mucho tiempo que se disipó la nube, ya vuelve á manifestarse la luz, un nuevo sol se levanta sobre nuestras cabezas, (1) al que una Regencia pacífica y gloriosa ha dispuesto los caminos. Este es el destino de la Francia, ó por mejor decir, este es el modo con que en todos tiempos ha procedido Dios con una nacion á quien ama, haciendo siempre que nuestras desgracias sean infalible pronostico de nuestra elevacion y nuestra gloria.

La Duquesa de Orleans se manifestó á la Francia en los mas felices tiempos del último reynado. Regularmente la libertad es inseparable de las prosperidades: Los beneficios de Dios parece que nos son dañosos; volvemos contra él sus propios dones; y los dias de sus favores, casi siempre son los dias de nuestros delitos. Entre tantos escollos en que el exemplo decide de las obligaciones, la Princesa por quien rogamos siempre permaneció fiel, y Dios, que acababa de sacarla del seno de la Heregía que habia mamado con la leche, conservó la nueva obra de su gracia; aunque entregada al error por su nacimiento y por su educacion, el beneficio de una elec-

(1) Luis XV. acababa de ser consagrado, é iba á declararse mayor.

eleccion singular la distinguió como á otra Ruth en una tierra estraña, para llamarla á la herencia del Señor, y asociarla á su pueblo. Vuestras misericordias ¡oh Dios mio! son fieles, y Vos las multiplicáis con vuestros escogidos. Las luces de la fé, aunque disipan las tinieblas del espiritu, no siempre deshacen las nubes, que la edad y las pasiones forman al rededor del corazon: Aunque somos dóciles á las verdades de la Doctrina santa, no por eso dexamos de ser rebeldes á las obligaciones que nos impone. ¡Ah! Las costumbres ya casi no disciernen al pueblo de Dios de los incircuncisos: El Señor no es mas servido en Judéa que en Samaria; y dividida la tierra en tantas diversas Doctrinas, no se vén en ella sino hombres que casi todos se parecen unos á otros.

La fidelidad que la Duquesa de Orleans conservó á sus obligaciones hizo mucho honor á su conversion á la fé: Despues que entró en la senda de la verdad, caminó por ella con un paso noble y constante; y temiendo que envidioso el error disputase á la gracia la gloria de su mudanza, siempre la estuvo ratificando con su método de vida.

Los sagrados lazos del matrimonio que la acababan de unir á el Príncipe su esposo, unieron tambien á él todo su afecto: Jamás se separaron un punto su corazon y sus obligaciones: La misma Corte, que nunca perdona á sus Príncipes, y que para con ellos siempre se excede en la adulacion y en la censura, habló del mismo modo que yo hablo. Muy pufa es la virtud quando la respeta el cortesano.

Poco tardasteis, ¡oh Dios mio! en derramar sobre esta union santa las bendiciones prometidas á la posteridad de San Luis. Un Príncipe, apoyo del trono, Felipe (1) tutor del Rey y del Estado, Protector ilustre de los

(1) El Duque de Orleans, Regente de Francia.

derechos del Sacerdocio y del Imperio, el primer exemplar de una menor edad pacífica, modelo de Príncipes benignos, fue el primer fruto de vuestras promesas. Vos, Señor, preveíais nuestras desgracias y pérdidas, y al mismo tiempo nos preparabais el remedio: Una nueva fecundidad volvió á honrar los castos amores de este augusto Hymenéo; la Francia vió con alegría nacer una Princesa, (1) que ya reynaba sobre todos los corazones, y que no habíamos de poseer: ¡Felices los pueblos que la vén! en medio de la calma y de los placeres de una Corte pacífica y christiana, ha mucho tiempo que es las delicias de todos sus vasallos, y el lazo que sirve de union á la Monarquía con una Casa fecunda de Heroes, y á la que solamente la Casa de Francia puede disputar la gloria de los siglos, y la antigüedad de su origen.

Las expresiones de la naturaleza pierden muchas veces su derecho en el corazon de los Príncipes: Como se hallan tan elevados sobre nosotros, les parece vulgaridad el pensar y sentir como nosotros: Como nacen dueños de los hombres, no quieren parecerse á ellos en la humanidad; y aunque por su nacimiento están destinados á ser padres de los pueblos, algunas veces suelen avergonzarse de este amoroso titulo, aún respecto de sus hijos: Pero la Duquesa de Orleans no conoció esta falsa grandeza: Creyó que las obligaciones y los cuidados de la naturaleza eran los mas nobles, porque eran los mas antiguos: Que la sencillez de las primeras costumbres tenía mas grandeza y verdadera elevacion, que todo el fausto que ahora usamos; y la Princesa mas magistosa que vió la Francia fue al mismo tiempo la mas amorosa Madre.

Aunque yo no quisiera atestiguar esto con las lágrimas del afligido Príncipe que me está oyendo, por escu-

sar-

(1) La Duquesa de Lorena.

sarle el dolor, esas amadas cenizas hablarían en mi lugar; pero me parece que puede servirle de mayor consuelo el traerle á la memoria el mismo objeto que le affige.

¿Qué amor hubo jamás que se pareciese al que tuvo la Duquesa de Orleans á este Augusto Príncipe? Apenas la bastaban sus ojos para verle, y su corazon para amarle. ¡Qué alegría la suya, quando vió brillar en él, casi desde su infancia, las esperanzas de aquellos grandes talentos, y de aquella superioridad de luces que cultivó despues con lo vario é immenso de sus estudios, á las que ennoblecieron las victorias, y á las que una memorable Regencia eternizará en nuestros Anales: Le vió, sin haberlo deseado, como la madre de los hijos del Cebedéo, sentado por derecho de su nacimiento en el primer lugar del Reyno, depositario del Cetro, dueño de nuestra suerte, y de la del Estado; y movida mas de su gloria que de su elevacion, vió entonces con lágrimas de afecto, en el corazon de todos los Franceses, los mismos movimientos de amor que en sí misma sentía para con su hijo; y que toda la nacion, si es lícito decirlo así, le adoptaba por hijo, al mismo tiempo que le miraba como á su Soberano. Pero tambien puede decirse con verdad, que su salvacion la interesaba mas que su grandeza: Como otra Mónica, todos los dias le estaba reengendrando con sus oraciones y lágrimas: Jamás ofrecía á Dios el sacrificio de su corazon y de sus labios, sin pedirle que mirase con ojos de misericordia á su amado hijo: Y á la verdad, ¿qué la quedaba que desear para él mas que la gloria de los Santos?

Una virtuosa Princesa le habia ya hecho Padre de una numerosa familia. Veía á los hijos de sus hijos, á un jóven Príncipe, (1) destinado á ser la seguridad del Estado, y la defensa de Trono: A unas Princesas, que reyna-

na-

(1) El Duque de Chartres.

naban en las mas lucidas Cortes de la Europa. (1) Veía á la España, (2) que nos embiaba, y recibia tambien de nosotros, las preciosas prendas de una union eterna. Veía apagado, por medio de estas sagradas alianzas, el fuego que parecia que estaba ya para encenderse, y la Sangre Real reunida con su principio: Veía, que por medio de la habilidad de un Ministro, á quien las mismas dificultades servian de arbitrios, se conservaba para el Estado el fruto de nuestras victorias y pérdidas; y una Corona, que tanto nos habia costado, y que el valor del Príncipe á quien hoy consolamos, habia asegurado al Nieto de Luis el Grande, puesta sobre la cabeza de la Princesa su hija. ¡Oh Dios mio! De este modo disponen los sucesos los profundos juicios de vuestra sabiduría; y aún quando parece que ván á trastornarse los Imperios que protegeis, no intentais mas que asegurar sus tronos, y aumentar su fuerza y su poder.

¡Oh pueblos! tan unidos ya por el valor, por las mismas guerras que antes os habian separado, y aún con la sangre de nuestros Príncipes, derivad con la sucesion de vuestros Reyes esta santa alianza á las edades futuras; no se forme de los dos pueblos mas que un pueblo solo: no se vean jamás en las Campañas opuestos nuestros Estandartes, ni las Lises tremolar contra las Lises: Esta alianza, confirmada con tantos nuevos lazos, sirva de ley fundamental á las dos Monarquías: El Alma de Luis el Grande, que fue el principio de ella, sea tambien su eterno vínculo, y veanse las dos Naciones juntas, para defenderse hasta el fin de los siglos con las

(1) *La Princesa de Modena, la Reyna de España, muger de Luis I. que murió despues.*

(2) *La Infanta de España destinada á ser Reyna de Francia, que despues volvió á Madrid.*

misimas armas de que hasta-ahora se habian valido para destruirse.

¿Pero puede servir de elogio á la Duquesa de Orleans un amor maternal, en que parece tuvo mas parte la naturaleza que la virtud? Sí, católicos, y esto debe servir de consuelo al dolor del Principe que la llora. Un corazon que ama lo que debe amar, siempre es digno de elogio; y no puede dexar de ser virtud el cumplir con las obligaciones de la naturaleza. Ademas de que la Duquesa de Orleans amó á los Príncipes sus hijos como madre, como Princesa, y como christiana. No era su amor como aquellas vulgares expresiones, á las que deshonra la flaqueza, y en las que á fuerza de darlo todo al amor, nada se dá á la razon ni á la obligacion. Los frutos de su amor materno fueron unas lecciones de grandeza, de dignidad, de agrado y de prudencia. Su exemplo aún era mucho mas poderoso que sus lecciones: ¡Oh afligida familia! Tú conservarás siempre esta amorosa y eterna memoria, y honrarás á esta gran Princesa imitando sus virtudes: Y tú, piadosa Adelayda, (1) que escondida desde tus tiernos años en lo mas retirado de el Santuario, preferiste el oprobrio de Jesu-Christo á las mas brillantes esperanzas de el mundo, no cesarás de pedir al pie de los altares que se cumplan tus deseos y los nuestros por la feliz suerte de tu casa.

A la verdad, no hay cosa mas rara entre los Grandes que las virtudes domésticas, porque la vida privada es casi siempre el punto menos favorable de su fama. En lo exterior, la clase, los respetos, y la atencion de el público que los rodea, los defiende, por decirlo así, contra sí mismos: Son como un espectáculo particular que se representa, y así nunca son vistos como son en la realidad. En el recinto de sus palacios, encerrados con su

(1) *Luisa Adelayda de Orleans, Abadesa de Chelles.*  
Tomo VIII. Bb

genio y su capricho entre un corto número de testigos domésticos, y acostumbrados á verlos, se desvanece la idea de el personage, el hombre ocupa su puesto, y se manifiesta como en la realidad es.

Pero aquí bien podemos correr el velo, y entrar sin temor en este secreto doméstico, en donde la mayor parte de los Grandes dexa de ser lo que parece: La vida privada é interior de la Duquesa de Orleans es tan grande y tan respetable, como la que se manifiesta á la vista del público.

Hablad vosotros, fieles y afligidos testigos, de la afebilidad, agrado, é igualdad de tan buena Señora: ¿Tuvisteis jamás que padecer por su clase, o por su genio? ¿Qué aprecio no hacía de el zelo que manifestabais en su servicio! ¿Se persuadia acaso á que estabais suficientemente honrados con sacrificar á su servicio vuestros cuidados y afanes? ¿Os miraba como víctimas destinadas al genio y á los antojos de sus dueños? ¿Conociais acaso vuestra dependencia, mas que por el cuidado que tenia de hacerlos mas suave? Al mismo tiempo que cumpliais con las obligaciones de su servicio, ¿podiais acaso satisfacer al amor que la teniais? ¿No pasaba vuestro corazon aún mas allá de vuestras obligaciones? Mientras la servisteis, ¿tuvisteis acaso otro sentimiento mas que el temor de perderla, y el dolor de haberla perdido? Pero la abundancia de vuestras lágrimas responde por vosotros, y sirven con mas viveza á su elogio y al vuestro, que mis débiles expresiones.

Sí, católicos, la Duquesa de Orleans no parecia Señora de su numerosa familia, sino una madre afable y benéfica; pues desnuda siempre de su grandeza, sin estarlo de su dignidad, procuraba informarse muy por menor de los trabajos y necesidades de sus domésticos: La elevacion regularmente ó es áspera, ó descuidada, y parece que basta haber nacido feliz para no ser compasivo. Pero la Duquesa de Orleans juntaba con un corazon gran-

grande y digno de el Imperio, un corazon mas humano y compasivo que aún aquellos mismos que nacen para obedecer.

Ya sabeis que su inclinacion á hacer bien no se ciñó solamente al recinto de su casa: Su crédito fue siempre el remedio de todos, y todos hallabamos en ella una segura protectora; no se negaba aún á los mas desconocidos, y la necesidad ó la miseria por sí solas eran títulos suficientes para llegar á hablarla; si el llanto que procede del agradecimiento es el mas seguro y sincero, ¿qué llanto debiera ser mas general que el que merece su pérdida?

La autoridad de la regencia para el Príncipe su hijo, no la parecia apetecible sino por la proporcion que le daba esta nueva dignidad para hacer gracias. Pero, ¿ó Princesa digna de nuestros suspiros! el suceso ha excedido á vuestros deseos; hoy se ven escritos los favores del Príncipe en los títulos de nuestras mas ilustres casas, los que perpetuarán sus honores y preeminencias; los dias de su administracion se cuentan por los de sus beneficios; y mas presto se han agotado en nosotros las expresiones del agradecimiento, que en él las liberalidades.

No hay que admirar que el corazon de la Duquesa de Orleans, que tanto cuidaba de las necesidades é intereses aún de las personas mas indiferentes, fuese tan generoso y tan fiel para con sus amigos. La amistad es casi el único placer de que la mayor parte de los Grandes se precia de estar privados: preocupados con que los hombres todo se lo deben, se persuaden á que de nada son deudores á los demás hombres, y que con sufrirlos los dexan suficientemente pagado el afecto que los muestran: la amistad mas sincera, y por consiguiente menos vil, y menos expresiva que la adulacion, les parece un respeto seco y árido: su afecto y su confianza no es mas que un gusto pasajero, que muy presto les enfada y molesta, y del que procuran desembarazarse como de cosa que les causa sujecion: de este modo viviendo solos, luego que viven sin amigos entre la multitud que los rodea, sus vi-

cios los grangean aduladores, sus beneficios ingratos, y aún sus mismas virtudes censores injustos: la Duquesa de Orleans observó siempre con sus amigos aquella fidelidad y aquella confianza de que há mucho tiempo que no se hallan exemplares aún entre los hombres de baxa esfera: siempre tuvo á la amistad por el bien mas precioso de la tierra, y que hace honor aún á los mismos Príncipes y Reyes; los demás bienes los debemos ó á la fortuna, ó al nacimiento, pero este solamente nos le debemos á nosotros mismos.

Este fue el caracter de la Duquesa de Orleans en todo el discurso de su vida privada: caracter bien conocido y respetado, no solo de la nacion, sino de toda la Europa. Fue esposa fiel, madre amorosa, amiga constante, y señora afable y benéfica; nuestros vecinos la conocieron siempre por estas señales, del mismo modo que nosotros; este fue el público elogio que siempre hicieron de ella todas las Cortes; estos rasgos solamente podrán parecer vulgares á aquellos hombres que no ven grandeza alguna en el cumplimiento de las obligaciones, que se persuaden á que las virtudes domésticas solamente son para el pueblo, que los Príncipes no son dignos de nuestros elogios sino quando su fausto, y su vanidad los hace indignos de nuestro amor, que un corazon tierno y compasivo afrenta á la dignidad y al nacimiento, que la humanidad degrada al hombre, y que para ser grande es necesario haber nacido áspero é intratable: ¿qué azote sería para el género humano, si el que dá los Príncipes á la tierra castigara el error de estas ideas dándonos unos Soberanos parecidos á ellas?

¿Qué cosa puede haber de mas honor para la grandeza que la afabilidad? Los Príncipes solamente son poderosos para ser buenos. Deben su poder y su grandeza, si es lícito decirlo así, á nuestras necesidades; y si en la tierra no hubiera flacos é infelices, no nos hubiera el cielo dado Soberanos.

De este modo desempeñó la Duquesa de Orleans todas

las obligaciones de su clase: alabada de su esposo, llamada bienaventurada por sus hijos, y por los que dedicados á servirla la habian amado siempre como á madre. *Surrexerunt filii ejus, & beatissimam predicaverunt; vir ejus & laudavit eam: & domestici ejus vestiti sunt duplicibus.* Pero todavía nos falta que oir la voz de los pueblos: su historia pública podrá ofrecernos mas brillantes rasgos que su vida privada, pero no nos ofrecerá mayores virtudes; y si la fidelidad de esposa, el amor de madre, y la bondad de Señora han sido su elogio doméstico; la magestad, el agrado, la piedad sólida y siempre constante de esta Princesa, y su amor al Rey y al Estado, presentarán á nuestra vista un espectáculo, que ha sido el honor de nuestro siglo, y que siempre la mereció los públicos elogios. *Et laudent eam in portis opera ejus.*

## SEGUNDA PARTE.

LOS Príncipes tienen mas obligaciones con que cumplir que los demás hombres: Quanto mas elevados se hallan mas obligados están á dar buen exemplo; sirven de espectáculo, tanto á la vista como á los respetos de la multitud; las primeras obligaciones de su clase son el zelo por el bien del Estado, del que son los primeros vasallos, y del que pueden llegar á ser Soberanos: el buen orden de las públicas costumbres de que siempre son los modelos, y la fidelidad á las obligaciones de la religion que sus predecesores colocaron en el trono.

Por estas señales nos parece que vemos revivir á la Princesa que hemos perdido. Los mismos lazos que la unieron al Príncipe su esposo, la unieron tambien á la Francia; parece que se habia desposado con toda la nacion; la sangre Alemana que corria por sus venas, y que debía su origen á la sangre Francesa, nos conservó siempre igual inclinacion y afecto; descendiente de aquellos antiguos conquistadores, que desde las riberas del Rhin vinieron á fundar en las Gaulas una Monarquía, que ha

vis-

visto despues nacer á todas las de Europa, quando se dexó ver entre nosotros, mas parecia restituirse á su patria, que haber salido de ella; nuestro culto era su culto, y nuestro pueblo fue siempre su propio pueblo, nuestro Dios fue su Dios, nuestras costumbres las suyas, nuestra fortuna ó nuestras desgracias, sus desgracias ó su fortuna; y olvidándose de su antigua suerte, no conoció otra mas que la de la Monarquía; unida por la sangre, ó por la amistad y correspondencia á la mayor parte de los Soberanos de la Europa, nunca lo estubo con el corazon sino á la Francia; y en medio de las guerras que armaron contra nosotros las Cortes extrangeras, los lazos con que á ellas estaba unida no sirvieron mas que de dar público testimonio de su amor á la Francia; nuestras historias la darán el honor que se merece, y entre las Princesas extrangeras á quienes el vínculo del matrimonio unió á la sangre de nuestros Reyes, y que vivieron entre nosotros, la opondrán unos exemplos que realzarán mas su mérito.

Luis el Grande conoció su zelo, y se le pagó con una amistad y una confianza, que duraron hasta su muerte: Nadie ignora el amor que este gran Rey tuvo á la Duquesa de Orleans, ni la estimacion que de ella hacia: las Cortes son como un mar tempestuoso, en ellas los intereses deciden siempre de los afectos, y como los intereses continuamente se están mudando, el afecto no conoce duracion; en ellas todo es nubes, los dias nunca se parecen unos á otros, las mismas olas que os elevan os descubren inmediatamente un profundo abismo, y la eterna inconstancia de los sucesos es la única cosa que en ellas puede llamarse fija.

La Duquesa de Orleans no experimentó estas revoluciones. Una noble libertad, tan ignorada en las Cortes, y que tan bien parece en los Grandes, la hizo siempre respetada del Rey: hallaba este en ella la verdad, que tan dificilmente suelen hallar los Reyes; aún mas distante por lo elevado de su carácter que por su nacimiento, de  
una

una indigna adulacion, solamente se valia de su rectitud y su candor para agradar: las ficciones y los artificios del disimulo, que son toda la ciencia y todo el mérito de las Cortes, la parecieron siempre propiedades de almas vulgares; el no atreverse uno á manifestarse como en la realidad es, es despreciarse á sí mismo: el arte de disfrazarse y disimular, las mas veces es una tácita confesion de nuestros vicios; y asi siempre vivió persuadida á que solamente eran grandes los que eran verídicos.

Por eso Luis, atraido mas de la sencillez y del candor natural, que del fausto de los respetos, iba muchas veces á descansar de las adulaciones con la Duquesa de Orleans; alli su Corte mudaba de semblante, se desterraba la falsedad, la verdad presidia en ella, y volvía á tomar posesion de sus derechos; la confianza y la noble sencillez rodeaban el trono, y el amor era el mas reverente respeto que en ella se tributaba.

Este Príncipe que habia ensalzado la gloria de la Monarquía mas que ninguno de sus predecesores, y que vió acabar en desgracias una tan larga carrera de prosperidades; vió tambien crecer el amor y el valor de la Duquesa de Orleans al paso que se aumentaban nuestras desgracias; qué lágrimas no derramaba por nuestras pérdidas! No la interesaba tanto la vida de su amado hijo, tantas veces expuesta, como el peligro del Estado; las heridas de la nacion eran tan dolorosas para ella, como las que recibia este belicoso Príncipe en las batallas; y ni aún su misma gloria podia servirle de consuelo en nuestras desgracias.

Os acordaré aquí aquellos dias de luto, tantas veces repetido, en que aniquilada casi toda la familia Real, en que hallándose el trono rodeado de tantos apoyos quedó solo en un instante, en que abatidas tantas cabezas á quienes esperaba la Corona, no teniamos mas esperanza que la ancianidad del gran Rey, que necesariamente habiamos de perder muy presto, y la infancia de un sucesor  
que

que temíamos no poder conservar? Luis inalterable entre las ruinas de su casa, estaba viendo en estas lúgubres exequias el aparato de las suyas; habia vivido bastante para su gloria, pero no habia vivido lo suficiente para nosotros; con todo eso, este reynado tan dilatado y glorioso habia de experimentar necesariamente la suerte de todas las cosas humanas; sus dias estaban contados como los nuestros: llegó el término fatal, ya estaban cumplidos los designios del cielo en su grande alma, y la Francia perdió un Rey que siempre será mayor en nuestros corazones que en nuestros annales; pero la Duquesa de Orleans perdió un amigo, y si estos son raros en la tierra, mucho mas raros son en el Trono; su dolor fue igual á su pérdida, y la ocultó unas esperanzas que un corazón menos angustiado hubiera podido adivinar facilmente; la Corte, á la que Luis llenaba con sola su gloria y magestad, no la parecia ya mas que una triste soledad; estaba en ella como en una tierra desierta y abandonada; y aquel Monarca tan glorioso, que muriendo dexaba un vacío tan grande en la tierra, dexó otro no menos grande en su corazón, al que despues nada pudo llenar.

Solamente su zelo por nuestros Reyes la dió aliento para sbrevivir á Luis, y compadeciéndose de la tierna edad del Príncipe, á quien tantas muertes acababan de colocar en el trono, al mismo tiempo que le reconoció por su Rey, le amó como á hijo suyo. ¡Con qué ojos veía crecer en él todos los dias sus felices inclinaciones y nuestras esperanzas! ¡Con qué excesos de amor veía descubrirse en él cada dia la Magestad, las disposiciones, y las señales de todas las grandes prendas de su Augusto bisabuelo? ¡Con qué respetuosa circunspeccion se acercaba á aquel trono de un Rey niño! La infancia de los Soberanos, que siempre es causa de que los honores y respetos que se les tributan sean menos circunspectos, aumentaba el cuidado y la atencion de los suyos; y si una nacion tan fiel, tan respetuosa, y tan amante de

de sus Reyes tuviera necesidad de exemplos en este punto, bastaba la Duquesa de Orleans para enseñarnos á amar y respetar á nuestros Soberanos.

Esta era la pública alabanza que daba la Francia á esta Princesa. ¡Pero no fue el mismo zelo que tuvo á nuestros Reyes, y que ahora sirve de asunto á su elogio, el que aceleró nuestro luto? Sus ojos, que ya miraban desde lejos la tierra de los vivientes antes de cerrarse á la luz, quisieron ver al Rey con su esplendor, y con toda la gloria de su consagracion. (1) *Regem in decore suo videntur oculi ejus, & cernent terram de longè.* (2) Parecia que cobraba nuevas fuerzas; su valor no dió oídos á nuestros temores; fortalecida con los Santos Misterios, y con aquella vianda que dá fuerzas á los viadores, la vimos partir en triunfo para hallarse en aquella augusta ceremonia, como si ella misma fuera á tomar posesion del Imperio, ó por mejor decir, de la inmortalidad; vió con unos ojos ya moribundos, derramar la Uncion Santa sobre el hijo de tantos Reyes; aquella uncion que es el mas antiguo y venerable titulo de la fé de nuestros Monarcas, y de las prerrogativas de la Monarquía; aquella uncion con que fueron consagrados Clodoveo, Carlo Magno, San Luis, y que ha dado tantos Santos y tantos heroes al trono de los Franceses; puso á los pies de los Altares con sus últimas súplicas las de toda la nacion, pidiendo la salud y la gloria de un Príncipe á quien el Dios de sus Padres acababa de señalar con el sagrado carácter de la Dignidad Real; dió á entender, como aquel Santo anciano de Jerusalén, tan respetable por sus años y por su virtud, que ya no tenia amor á la vida, despues que sus ojos habian

(1) *Viage de la Duquesa de Orleans á Reims, para ver la consagracion de Luis XV. ya estaba enferma quando fue, y murió pocos dias despues de su vuelta.*

(2) *Isaí. 33. v. 17.*

visto aquel precioso niño, que habia de ser la gloria y la esperanza de su pueblo, tributar en el Templo al Rey de los Reyes el primer público respeto de su soberanía.

¡Oh día feliz, y cuántas lágrimas nos preparabas! ¡No se enjugarán tan fácilmente, con especialidad en tus ojos, ¡oh rígida Princesa! (1) á quien la presencia de una Madre tan amada traxo desde una Corte estrangera á esta augusta solemnidad! Ibas corriendo á recibir sus amorosos abrazos, y te hallaste con sus últimos suspiros; empleaste con ella los mayores cuidados, dandola mayores muestras que nunca de tu amor; pero esto era tributarla tus últimas obligaciones. De este modo; ¡oh Dios mio! nos llevais á la afficcion por medio de unos días llenos de alegría y serenidad.

Peró ocultemos todavia por un corto tiempo este triste espectáculo: el amor que la Duquesa de Orleans tenia al Rey y al Estado nació de un corazón, en el que las obligaciones eran como natural inclinación. Quanto más la acercaba su clase á la Dignidad Real, más cuidaba de que esta no fuese despreciada, y respetandola ella misma, la hacia mas respetable; ¡qué circunspeccion y magestad manifestaba en las ceremonias públicas! Los Grandes muchas veces miran su nacimiento como una prerrogativa que autoriza en ellos las desatenciones, y miran los respetos con que se tratan entre sí los demás hombres, como impropios entre los de su clase; y persuadidos á que nada deben á los hombres, creen tambien que nada se deben á sí mismos.

¿Vió jamás la Francia otra Princesa que mantuviese con mas decencia y dignidad la elevacion de su nacimiento? Por mas que se hubiesen mudado las costumbres, por mas que el siglo no conociese ya la antigua gravedad de nuestros padres, por mas que la libertad hubiese ocupado

(1) *La Duquesa de Lorena, hija de la de Orleans.*

el lugar de los respetos y de la circunspeccion, por más que las mugeres mirasen la modestia y el pudor como costumbres de otro tiempo, por más que la misma Corte en vez de oponerse á estas nuevas costumbres, fuese las mas veces el modelo de ellas, la Duquesa de Orleans siempre se pareció á sí misma; la vimos conservar ella sola para los reynados venideros la gravedad y tradicion de las primeras costumbres, que poco á poco ya desterrando el amor á la pureza y á la comodidad; hacer pasar á las edades siguientes la grandeza y honor que nos ha quedado de las antiguas Cortes, y salvar la uniformidad en una nacion á la que solamente podrá fixar algun día la molestia de su misma inconstancia.

Era Magestuosa sin vanidad, y así no miraba la aspreza como prenda necesaria á su clase. Aunque rodeada de Magestad era afable y accesible; al mismo tiempo que la ofreciamos nuestros respetos, no podiamos menos de ofrecerla nuestros corazones; no se hallaba al rededor de su persona aquella barrera de vanidad, de silencio, ó de desdén, en que las mas veces consiste toda la Magestad de los Grandes; no se veía que los de su Corte, como temblando, casi no se atreviesen á levantar la vista para mirarla, ni que estuviesen temiendo faltar al respeto, aún con el mismo exceso de sus veneraciones; aún mas desterrada estaba de su Palacio la adulacion que el temor; asegurada de nuestros corazones no deseaba nuestras alabanzas; era verídica, franca, y natural, y así la molestaba el inútil aplauso de las alabanzas; como nunca habia hablado el idioma de las Cortes, siempre le oía con disgusto; jamás se observaron en ella aquellos terribles instantes, en que suele ser cosa tan peligrosa el acercarse á los Príncipes; su afabilidad y agrado quitaba en nosotros el temor que la Magestad infunde; todos los instantes eran los mismos que nosotros pudiéramos escoger; al acabarla de tratar cada uno se hallaba distinguido con alguna señal particular de su bondad, y siempre contabamos los respetos que

la tributabamos por las demonstraciones de benevolencia que habíamos recibido. ¡Qué cosa tan rara es saber ser Grande, y no hacer padecer con la grandeza á los que dependen de nosotros! Augusta Infanta (1) que nos acaba de dar la España, criada entre nosotros para reynar sobre nosotros algun dia, y destinada á acompañar al Joven Luis en el trono de tus mayores, ¿por qué has de haber sido privada en tus tiernos años de tan grande exemplar? ¡Ojalá la hubieras conocido bien para que la imitases! Brillarian en tí sus afables y benéficas virtudes tanto como la Corona que te espera: lo mas que puede desear la Francia es una Princesa que se la parezca.

Pero, católicos, no todo lo que nos hace amables para con los hombres nos hace tambien gratos á los ojos de Dios: Las virtudes humanas pueden grangearnos elogios humanos, los siglos pueden alabar unas acciones que honran á los siglos, y que perecerán con ellos; solamente la virtud sobrevive á los siglos y á los tiempos, y escribe nuestras alabanzas, ó por mejor decir, las alabanzas de la gracia, en los libros eternos; de poco sirve que el mundo haya tenido parte en los intereses de nuestra gloria. ¡Ah! La gloria que dá el mundo no tiene mas duracion ni mas realidad que él; la vida mas famosa sin la fé, no es mas que un sueño y una fantasma, y el que no ha vivido para Dios, no puede decir que ha vivido; verdades santas que el mundo no conoce, una fé viva os habia gravado en el corazon de nuestra piadosa Princesa!

¡Qué exemplos de piedad no dió á la Francia! de una piedad en la que se veían todas las señales de su corazon; fue sencilla y humilde, exácta y regular, noble y heroyca.

Las preocupaciones del error en que se crió, se habian convertido en ella en una docilidad mas religiosa á los

(1) *La Infanta de España, que todavia se hallaba en Versailles.*

los Mystérios de la fé: sus talentos se ceñian á sus obligaciones; respetaba la nube con que siempre está cubierto el Santuario; las santas tinieblas de la religion aseguraban su fé, y confirmaban su sumision; conocia que era locura querer conocer el hombre lo que Dios ha querido ocultar. *Es mucho lo que se aventura*, solia decir muchas veces, *y es necedad querer buscar en las dudas la seguridad que solamente promete la religion*; jamás se vieron en ella aquellas ostentaciones tan indecentes, particularmente á su sexo, aquellas vulgares demonstraciones de la incredulidad, que se persuade á que todo lo sabe, quando de todo duda; que se precia del naufragio de la fé, solamente por hallar seguridad en la pérdida del pudor; y que ni aún sabe lo que se debe creer para dudar.

Desengañada de estos errores veía con un vivo dolor las tristes disensiones que en estos dias de inquietud y confusion se han levantado en el seno de la misma Iglesia: dirigia al cielo las mas fervorosas súplicas para que bendixese los cuidados que ponía el Príncipe su hijo en sosiegarlas; pero como sabia que es necesario que haya escandalos en la tierra, las turbaciones de la Iglesia afligieron su corazon sin desanimar jamás su fé ni su sumision; jamás la pesó de lo que habia renunciado, porque lo habia abandonado voluntariamente; jamás dudó del partido que habia abrazado, porque le tomó con conocimiento, y después de estar convencida; la Iglesia, aunque batida de olas, y agitada con tempestades, no dexaba de ser á su vista la columna y el fundamento de la verdad, y la Arca Santa en la que únicamente se halla la paz y la salvacion. Vos ¡oh Dios mio! habeis puesto límites á los males de esta Iglesia, eterno objeto de vuestro amor; de esta Esposa querida que adquiristeis á costa de toda la sangre de vuestro hijo; de estos mismos tiempos de turbacion y obscuridad sale siempre el sosiego y la luz; siempre, aún en vuestra indignacion, os acordais de vuestras misericordias: ¿Quándo sucederán los dias pacíficos

y serenos á estos dias desgraciados? ¡Ojalá los anticipen nuestras lágrimas! ¡Ojalá podamos nosotros ser felices testigos de ellos, para que solamente se derive á nuestros sucesores la deplorable historia de nuestras disensiones.

La piedad de la Duquesa de Orleans fue sencilla y sumisa, pero al mismo tiempo exácta y regular: La fe pide obras, y es vana quando se vive mal. ¡Con qué profunda religion llegaba á recibir los Santos Mystérios! Confundida en la presencia de la Magestad de Dios, todas las grandezas de la tierra la parecian un átomo, ó nada: Los libros santos eran su quotidiano consuelo; hallaba en ellos aquella penetración, aquella grandeza, aquella divina energía que no puede ser obra del espíritu del hombre: Las santas verdades puestas en nuestras bocas no la parecian menos dignas de su amor y de sus ansias; y la veíamos con alegría en nuestros Templos entre la multitud de los fieles, venir á acreditar con la Magestad de su presencia la dignidad de nuestro ministerio, y el respeto debido á la palabra de que somos Ministros.

Sus interiores sentimientos no desmentian á estas obras públicas: Bien lo sabeis vosotras, Virgenes Santas, (1) piadosas depositarias de los mas secretos movimientos de su corazon. ¡Qué fervorosas oraciones! ¡Qué ejercicios de piedad! ¡Qué conversaciones de edificacion no se han encerrado dentro de vuestros sagrados muros! La austeridad de vuestro retiro, que tanto suavizais con vuestro fervor, ¿no se aliviaba tambien con su exemplo? ¿Permitia acaso que pidiessis á Dios que dilatase sus dias? *Pedid solamente por mi salvacion*, os decia muchas veces, *poco importa el vivir, lo que importa es asegurar la eternidad.*

(1) *Las Religiosas Carmelitas de la calle de Grenelles, adonde se retiraba muy á menudo la Duquesa de Orleans.*

Esta se la aseguraba todos los dias con el mérito de sus obras: Los pobres socorridos con profusion, los siervos de Dios honrados con su familiaridad y confianza, las ofensas olvidadas y sepultadas al pie de la Cruz, una constancia christiana, y una tranquilidad heroica en el largo tiempo de sus enfermedades, una humildad á la que ensalzaba lo elevado de su clase y de su corazon, un escrupuloso cuidado en el cumplimiento de las obligaciones de la religion, en la que todo la parecia grande, una santa ansia por comer el Pan de los escogidos, una confianza absoluta en el Ministro que la guiaba por los caminos del cielo, un gusto del bien, y un disgusto grande de todo lo que no nos guia á Dios es la historia mas natural y mas sencilla de su vida; y todo lo que á esto pudiera añadir el arte sería hacer agravio á su elogio.

No nos engañemos, católicos; de este modo vivió esta piadosa Princesa, y estos mismos caminos son los únicos que pueden guiarnos á la paz, al sosiego, y al valor que acompañaron á su muerte: A esta solamente la ven llegar con confianza los que la han esperado con temor. Dios, que se preparaba su víctima para el Altar eterno, había mucho tiempo que la estaba purificando con enfermedades y trabajos: Nosotros ya veíamos á lo lejos que se acercaba nuestro luto. Los remedios alargaban sus dias, pero no calmaban nuestros temores. Su valor parecia que daba nueva fuerza á los remedios, pero no daba nueva seguridad á nuestras esperanzas. El cielo compadecido de las súplicas y lágrimas de una casa afligida, parecia suspender algunas veces el curso de sus males, pero no suspendia el orden de los decretos eternos, y el curso destinado á los dias de su vida mortal. Por mas que nuestros deseos nos la asegurasen, cada dia se manifestaba mas de cerca á su vista la eternidad: Quanto mas parecia que la dilataba el Señor, mas próxima la veía ella, y aún la apresuraba con sus deseos: Solamente en

este punto no hacia caso de nuestras súplicas; temía el haber ya vivido demasiado, y deseaba no vivir mas: *No creo que he de ser mejor aunque viva mas tiempo*, decia muchas veces: Nosotros nos lisongeamos con las esperanzas de nuestra conversion, y ella nos enseñaba que el tiempo que se destina para el arrepentimiento, no hace mas que acumular nuevos delitos; y que la vana esperanza de convertirse, mas es escollo que remedio para la salvacion.

Finalmente, sordo el cielo á nuestros gemidos, se rinde á sus deseos: Al volver del viage, en que habia tenido mas parte su amor que la pompa de la solemnidad, se aumenta su desfallecimiento, crecen nuestros temores, y se desvanecen nuestras esperanzas: La muerte, que habia ya mucho tiempo estaba encerrada en su seno, se manifiesta y se declara: ; Pero con qué tranquilidad la vé llegar! ; Os parece que para anunciarla el día del Señor hay necesidad de recurrir á aquellas precauciones estudiadas, que mas sirven de ocultarle que de avisar su llegada? No por cierto, ella misma le publica, y le anuncia á los afligidos asistentes que se le quisieran ocultar á sí mismos: ; Os parece que para consolarla en los temores de la muerte, hay necesidad de manifestarla unas falsas esperanzas de vida? En medio de la turbacion, del susto, de los llantos y suspiros que rodean la cama de su muerte, dice con una serenidad, á la que no pueden alterar sus males y trabajos: *Todos nos juntaremos en el cielo*: Ella consuela nuestro dolor, y se sonríe al oír nuestros clamores: Mira este dia como el de su triunfo, y no quiere que sea afrentado con lágrimas: Las lágrimas del Príncipe su hijo, de aquel hijo, objeto el mas tierno de su amor, de aquel hijo que veía á sus pies afligido y penetrado de un vivo dolor, y para el que habia estado tanto tiempo implorando al pie de los Altares las misericordias eternas, las lágrimas de este hijo mueven su corazon, pero no enti-

bian

bian su fé; todavia se le ofrece al Dios que vá á visitarla, con unas súplicas ya moribundas; llenandole de sus bendiciones, no le desea, como deseaba en otro tiempo á su hijo un Patriarca que estaba para morir: *Que le obedezcan los pueblos, que le adoren las Tribus como á su Cabeza, que sea dueño de sus hermanos, que los hijos de su madre se postren en su presencia*: Ya le habia visto gozar de casi todas estas vanas prosperidades. Sus deseos son mas sublimes y mas dignos de la fé; solo le desea el don de Dios, y no siente separarse de él en tiempo, con tal que no le pierda en la eternidad. *Sirve á Dios, y al Rey, le dice, y no te olvides de mí.*

No, jamás te borrarás de su memoria, Princesa tan digna de sus suspiros y de su amor; lo grande de su pérdida nos asegura la duracion de su dolor: Nosotros mezclaremos siempre nuestras lágrimas con las tuyas; y si los ruegos de los justos que mueren siempre son oídos, ¡oh Dios mío! oíd los de la Princesa que espira; haced que los últimos deseos de su fé y de su amor á su hijo suban con ella al pie de vuestro tronó; volved á ella los ojos de vuestra misericordia; sea tan grata á vuestra vista, como ha sido grande á la de los hombres; escribase su nombre en el libro de la inmortalidad con caractéres tan gloriosos, como será escrito en nuestras historias.

Nosotros, católicos, no esperemos á la última hora: Los que siempre están esperando, jamás se convierten; contemos con nosotros mismos, antes que Dios cuente con nosotros; vivamos como entonces quisieramos haber vivido; aseguremonos lo que esperamos; no miremos la salvacion como un vano proyecto; hagamos de todas nuestras ideas camino para la salvacion; y por mas famosa que haya sido nuestra vida, acordemonos de que en ella nada hemos de hallar verdadero, sino lo que hubieremos hecho por la eternidad. Amen.

PRIMER SERMON  
 PARA UNA PROFESION  
 RELIGIOSA.

*Misit de summo, & accepit me, & assumpsit me de aquis multis... & eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.*

El Señor alargó su mano desde lo alto del cielo, me escogió y me sacó de entre la multitud de las aguas, me llevó á un lugar espacioso y seguro, porque me amó.  
*Psalm. 17. v. 17. & 20.*

**U**N Rey segun el corazon de Dios, libre de todos sus enemigos, fuera ya de los peligros que tantas veces habian amenazado á su vida, hallandose pacífico poseedor de un trono en que le habia colocado la mano del Señor, y gozando en Jerusalém el fruto de sus pasadas victorias, el amor de sus pueblos, la estimacion de sus vasallos, y todas las comodidades de un reynado feliz y floreciente, reconociendo con estas expresiones la fuente de tantos beneficios, y experimentando que crecia su agradecimiento con su prosperidad, meditaba continuamente en su espíritu las maravillas del Señor, y no se cansaba de publicar las misericordias que con él habia usado desde el vientre de su madre.

Me alargó la mano desde lo alto del cielo, se decia

todos los dias á sí mismo; me escogió entre todos mis hermanos; me prefirió á todos los de mi tribu; abandonó la posteridad de Saúl; despreció á los Grandes y poderosos, y vino á buscarme en mi mas tierna edad, quando yo no podia presentar á su vista mas que la sencillez de mi corazon, y la vida obscura de mis primeros años.  
*Misit de summo, & accepit me.*

¿Cómo podré yo publicar suficientemente la magnificencia de sus gracias? continuaba aquel Rey fiel: No se contentó con mirarme con ojos de una eleccion eterna: Su mano omnipotente me libró de todos los peligros que me rodeaban, de la insolencia de Goliath, de las persecuciones de Saúl, de las emboscadas de los Filisteos, de la perfidia de Absalón, y de los mismos lazos de mi prosperidad y grandeza. *Et assumpsit me de aquis multis.*

Finalmente, para coronar sus misericordias me llevó á la Santa Jerusalém, y por puro efecto de su voluntad benéfica, ha establecido para siempre mi morada en este lugar de paz, de seguridad y abundancia. *Et eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.*

Esta es, hermana muy amada, la historia de las misericordias del Señor para con vuestra alma, y los tres respetos con que debeis mirar toda vuestra vida el especial favor que hoy os consagra á Jesu-Christo. En adelante siempre debeis estar avivando vuestro agradecimiento al pie de los altares, acordandoos de las misericordias que Dios ha usado con vuestra alma, y diciendoos á vos misma con David:

El Señor me alargó su mano desde lo alto del cielo, se dignó de escogerme á mí sola en la casa de mi padre, y me ha preferido á tantas almas como dexa perecer en el mundo, sin mirarlas con aquellos poderosos ojos de misericordia con que á mí me sacó de él. *Misit de summo, & accepit me.*

No se contentó su amor con escogerme en sus consejos eternos. ¿Cuántas almas, á las que tambien llama,

PRIMER SERMON  
 PARA UNA PROFESION  
 RELIGIOSA.

*Misit de summo, & accepit me, & assumpsit me de aquis multis... & eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.*

El Señor alargó su mano desde lo alto del cielo, me escogió y me sacó de entre la multitud de las aguas, me llevó á un lugar espacioso y seguro, porque me amó.  
*Psalm. 17. v. 17. & 20.*

**U**N Rey segun el corazon de Dios, libre de todos sus enemigos, fuera ya de los peligros que tantas veces habian amenazado á su vida, hallandose pacífico poseedor de un trono en que le habia colocado la mano del Señor, y gozando en Jerusalém el fruto de sus pasadas victorias, el amor de sus pueblos, la estimacion de sus vasallos, y todas las comodidades de un reynado feliz y floreciente, reconociendo con estas expresiones la fuente de tantos beneficios, y experimentando que crecía su agradecimiento con su prosperidad, meditaba continuamente en su espíritu las maravillas del Señor, y no se cansaba de publicar las misericordias que con él habia usado desde el vientre de su madre.

Me alargó la mano desde lo alto del cielo, se decia

todos los dias á sí mismo; me escogió entre todos mis hermanos; me prefirió á todos los de mi tribu; abandonó la posteridad de Saúl; despreció á los Grandes y poderosos, y vino á buscarme en mi mas tierna edad, quando yo no podia presentar á su vista mas que la sencillez de mi corazon, y la vida obscura de mis primeros años.  
*Misit de summo, & accepit me.*

¿Cómo podré yo publicar suficientemente la magnificencia de sus gracias? continuaba aquel Rey fiel: No se contentó con mirarme con ojos de una eleccion eterna: Su mano omnipotente me libró de todos los peligros que me rodeaban, de la insolencia de Goliath, de las persecuciones de Saúl, de las emboscadas de los Filisteos, de la perfidia de Absalón, y de los mismos lazos de mi prosperidad y grandeza. *Et assumpsit me de aquis multis.*

Finalmente, para coronar sus misericordias me llevó á la Santa Jerusalém, y por puro efecto de su voluntad benéfica, ha establecido para siempre mi morada en este lugar de paz, de seguridad y abundancia. *Et eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.*

Esta es, hermana muy amada, la historia de las misericordias del Señor para con vuestra alma, y los tres respetos con que debeis mirar toda vuestra vida el especial favor que hoy os consagra á Jesu-Christo. En adelante siempre debeis estar avivando vuestro agradecimiento al pie de los altares, acordandoos de las misericordias que Dios ha usado con vuestra alma, y diciendoos á vos misma con David:

El Señor me alargó su mano desde lo alto del cielo, se dignó de escogerme á mí sola en la casa de mi padre, y me ha preferido á tantas almas como dexa perecer en el mundo, sin mirarlas con aquellos poderosos ojos de misericordia con que á mí me sacó de él. *Misit de summo, & accepit me.*

No se contentó su amor con escogerme en sus consejos eternos. ¿Cuántas almas, á las que tambien llama,

son infieles á su vocacion? Rompió todos los lazos que todavía podian detenerme baxo el imperio del mundo corrompido; me ayudó á libertarme de un lugar en donde son tan freqüentes los naufragios, y tan rara la salvacion. *Et assumpsit me de aquis multis.*

¿Qué podré yo darle por tantos beneficios? Ha puesto el sello á todos sus dónes trayéndome al lugar santo; me ha abierto las puertas de la Santa Sion, y me ha colocado entre unas Virgenes fieles que le sirven; y lo que mas aumenta el precio de sus favores es, que para esto no ha tenido mas motivo que las riquezas de su misericordia, y de su amor para conmigo. *Et eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.*

Estos son, amada hermana mia, los tres consuelos de la vida religiosa que vais á abrazar: El primero se funda en la eleccion que Dios hace de una alma quando la toma por su herencia. *Misit de summo, & accepit me.* El segundo, en los infinitos peligros de la corrupcion general del mundo de donde la saca. *Et assumpsit me de aquis multis.* Y el tercero, en la seguridad y utilidades de la religion, adonde la llama. *Et eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.* El consuelo de elegirla, el consuelo de preservarla, y el consuelo de consagrarla á sí mismo serán las tres partes de este discurso. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

LA primera eleccion que Dios hace de una alma, á quien quiere hacer eternamente feliz con su Magestad, es aquella eterna buena voluntad con la que, como dice el Apóstol, antes que naciésemos, y sin atender á lo que habiamos de ser en adelante, nos señaló su misericordia con el sello de la salvacion, separándonos de aquella masa de perdicion en que quedó envuelta toda la carne despues del primer pecado, y recogendonos an-

antes del nacimiento de los siglos, para que fuésemos puros é irreprehensibles á su vista, y para que siendo ciudadanos de la Jerusalém celestial, pudiésemos alabar eternamente, en compañía de los Santos, la gloria de su gracia.

Pero además de esta eleccion invisible, de la que ninguna criatura puede tener seguridad en la tierra, y que encierra en sí todo el mysterio de los eternos consejos de Dios para con nosotros, hay otras elecciones visibles y exteriores, que pueden mirarse como medios y seguros pronósticos de la primera. Esta es, amada hermana mia, la vida religiosa á que os llama la misericordia de Jesu Christo.

Por eso quando Moysés, estando para entrar en aquella tierra feliz que el Señor habia prometido á sus padres, quiso consolar y alentar á los Israelitas contra todas las dificultades que ofrecia aquella empresa, se contentó con acordarles todas las circunstancias de la eleccion que Dios habia hecho de ellos en Egipto para llevarlos á la tierra de promision: Acordaos, les decia, de que Dios os escogió entre los demás pueblos de la tierra, aunque eran mas numerosos y valientes que vosotros: *Te elegit Dominus de cunctis populis, qui sunt super terram.* (a) Pues estas mismas son las preferencias de esta eleccion; os sacó de Egipto, prosigue, á pesar de todos los esfuerzos de Faraón, y obrando en favor vuestro muchas señales y prodigios: *Eduxitque vos in manu forti de manu Pharaonis:* Y estos son los medios de que se valió; finalmente, os amará y amparará, bendecirá vuestras tierras y rebaños, apartará de vosotros las desgracias y plagas con que hirió á Egipto, y no podreis dudar de que el Señor, grande y misericordioso, es quien os guia, pues establecerá su mansion entre vosotros: *Diliget te, ac multiplicabit... auferet á te omnem languorem, & infirmitates Ægypti pessimas non timebis, quia Do-*

(a) Deut. 7. v. 6. & seq.

*minus Deus tuus in medio tui est.* Y estos son los socorros y las seguridades.

Ahora pues, amada hermana mía, os hallais próxima á salir de Egipto, para entrar en el lugar de las promesas; tened á bien que para alentar vuestra fé contra todas las dificultades que mas adelante podreis hallar en esta santa empresa, os hable yo aquí en el mismo estílo.

Acordaos de que el Señor os escogió entre una infinidad de almas que ha abandonado. *Te elegit Dominus de cunctis populis, qui sunt super terram.* Esta es la preferencia de eleccion.

Esta preferencia no tiene mas motivo que la divina bondad: Quando los hombres nos prefieren en la distribucion de sus gracias, es porque nos consideran ó mas útiles para sus fines, ó mas acreedores á sus beneficios; hallan en nosotros mismos los motivos para la preferencia; pero el Señor en su eleccion no consulta mas que á sus misericordias; á su vista todos somos igualmente indignos de las primeras gracias, y no tenemos mas mérito para ellas que el de su eleccion y su amor.

No, amada hermana mía, ni las felices inclinaciones con que nacisteis, ni la primera edad que pasasteis con tanta inocencia en el retiro del Santuario, ni aquel natural desprecio del mundo, que siempre se ha observado en vos, nada de esto os ha merecido la gracia de preferencia que hoy os consagra á Jesu-Christo; estos son felices efectos de vuestra eleccion, pero nada de esto es causa de ella. ¡Ah! ¡Quántas almas hay en el mundo que nacieron con las mismas inclinaciones que vos, que como vos se han criado en la inocencia y en el retiro de un santo asilo, que se hallan adornadas de todas aquellas virtudes naturales que parece destinan desde luego el corazon á la piedad, que atraidas al principio, como vos, de la hermosura de la Casa del Señor, deseando en su primera edad renunciar al siglo, y sepultarse con Jesu-Christo en la obscuridad de estos sa-  
gra-

grados retiros, han visto irse debilitando poco á poco estos deseos, mudarse sus primeras intenciones, parecerles mas amable el mundo luego que le han visto mas de cerca, y engañadas por su propio corazon han despreciado estos primeros movimientos de gracia y de vocacion por seguir los vanos vislumbres de fortuna y deleyte que el mundo hacia brillar á su vista! ¿Quién os ha separado, amada hermana mía, de aquellas almas infieles de que está tan lleno el mundo? Sin duda estais diciendo en lo íntimo de vuestro corazon: Sola vuestra misericordia ¡oh Dios mio! fue la que me previno con sus bendiciones: Vos me escogisteis, porque así fue vuestra voluntad; estos son unos adorables secretos de vuestro amor, que no le es permitido á la criatura investigar, y que deben servir de perpetuo motivo á mis alabanzas y á mi agradecimiento.

Esta preferencia es tambien de mucho consuelo por su singularidad, porque, amada hermana mía, tended la vista, como dice el Profeta, por todas las naciones de la tierra: *Respicite nationes hominum.* Considerad lo que está pasando en todo el Universo. ¿Quántos pueblos están todavía sepultados en las tinieblas? ¿Quántas naciones bárbaras, y apenas conocidas, viven todavía sin Dios en este mundo? ¿Quántos reynos y provincias están separados de la unidad, entregados al espíritu de error y de mentira, que aunque conocen á Jesu-Christo, no le adoran como es debido? Y aún dentro del recinto de la verdadera Iglesia, ¿quántos impíos, quántos incrédulos, quántos pecadores sensuales, quántas almas mundanas y corrompidas, que al mismo tiempo que adoran á Jesu-Christo, le ultrajan y le afrentan? Haced comparacion, si podeis, del corto número de almas justas y fieles que entre nosotros viven de la fé, con la espantosa multitud de infieles, de engañados, de pecadores, de mundanos de todos los países, y de todas las naciones, que siguen los caminos de la perdicion y de la ira, y vereis que son

como un atomo en medio de un espacio inmenso; y con todo eso, el Señor, amada hermana mia, os ha escogido entre este corto número: *Te elegit Dominus de cunctis populis, qui sunt super terram*: Os ha distinguido tambien con un singular beneficio, os ha separado de entre sus mismos escogidos, como dice la Esposa; no se ha contentado con haceros crecer en su campo, como un trigo puro en medio de la zizaña, sino que, por decirlo asi, os ha apartado antes de la siega, os ha librado de las emboscadas, esto es, os ha colocado en el retiro de su Santuario: *Te elegit, &c.* ¿Quántas gracias se encierran en una sola gracia? ¿Quántos beneficios se vén juntos en el solo beneficio de vuestra vocacion? Separada de las innumerables naciones que no le conocen, de tantos pueblos, que aunque le conocen siguen los caminos del error, y no le adoran como deben, distinguida entre tantos fieles mundanos, que aunque le adoran, quebrantan su santa ley; privilegiada tambien entre el corto número de almas justas, que en medio de los peligros del mundo le sirven, pero con la precision de dividirse entre el mundo y Jesu-Christo; ¿conoceis bien, amada hermana mia, el valor de esta preferencia? ¿Mirais con estos respetos lo grande de este beneficio? Admirada con este nuevo mysterio de gracia que se descubre á vuestra vista, ¿no exclamais con el Santo Rey, cuyas palabras os he aplicado? Venid vosotros los que temeis al Señor, y que acaso os contentais con admirar interiormente el valor con que me sacrificio, y la renuncia que hago de las vanas esperanzas que me dán mi nacimiento, y una brillante fortuna; no admireis esto, admirad sí los beneficios y misericordias que Dios derrama sobre mi alma, y ved con que señalados favores me ha elegido, y me prefiere hoy, para que me consagre toda entera á su gloria: *Venite, audite, & narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit anima mea.* (a)

(a) Psalm. 65. v. 16. *Et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit anima mea.*

Pero si pasamos de las preferencias que encierra vuestra eleccion, á los medios de que el Señor se ha valido para traerós á ella, ¿quántos nuevos motivos de consuelo se presentan á vuestra alma, amada hermana mia? Este fue el segundo motivo de que se valió Moysés para animar á los Israelitas contra las dificultades que se oponian á su entrada en la tierra prometida: El Señor, les decia, os sacó de Egipto contra todos los esfuerzos de Faraon, y obrando á favor vuestro señales y prodigios. *Eduxitque vos in manu forti de manu Pharaonis.* Sí, amada hermana mia, ¿qué prodigios no ha obrado el brazo del Señor, y de qué medios no se ha valido su sabiduría para sacaros del mundo, y traerós á este lugar santo? ¿De qué secretos impulsos, de qué repetidas instancias! ¿Qué nubes no ha disipado! ¿Qué disgustos no ha vencido! Aún no se ha contentado con esto; ¿Qué obstáculos no ha separado! ¿Qué proporciones no ha dispuesto! ¿Qué sucesos tan inesperados! ¿Qué revoluciones y mudanzas para allanaros el camino por donde os queria guiar! Todo lo trastorna, hiere de muerte á los Primogénitos, llena los Palacios de Faraon y de los Grandes de Egipto, de luto y de tristeza para ablandar su corazon, y para que no se opongan á la salida de su pueblo, esto es, al designio de una alma escogida que quiere salir del mundo, y retirarse al lugar santo: Y asi, amada hermana mia, desde el seno de vuestra madre todas las operaciones de la gracia en vuestra alma eran como otros tantos pasos que dabais hácia la casa del Señor. Desde entonces, todo quanto os sucedia tenia una secreta relacion con el sacrificio que ahora vais á hacer. La sabiduría de Dios hacia que todo sirviese desde entonces al destino que os prepara: el orden de vuestro nacimiento, la piedad de vuestros parientes, los cuidados de vuestra educacion, los sucesos domésticos, la elevacion ó decadencia de aquellos de quienes dependiais, el favor ó los desaires

de los Príncipes de la tierra, todo esto dispuesto por una especial providencia, os proporcionaba ya los caminos para venir á este santo retiro. De modo que el Señor jamas os ha perdido de vista, y podeis muy bien decirle con el Profeta: Vos, Señor, me habeis preparado todos mis caminos, desde el seno de mi Madre; pusisteis sobre mí vuestra mano como sobre una víctima que ya era propia vuestra, y que os queriais reservar toda entera. *Tu formasti me, & posuisti super me manum tuam, suscepisti me de utero matris mee.* (a)

Estas son, Católicos, las grandes misericordias que el Señor usa con los suyos. Hablo con vosotros mismos, amados oyentes míos, con vosotros á quienes ha sacado la gracia de los desordenes del mundo y de las pasiones á una vida regular y christiana; lo que acaso disminuye en vosotros el conocimiento de este inestimable beneficio de Dios es, que no considerais atentamente los adorables y secretos caminos por donde os llevó su sabiduría á aquel feliz momento que mudó vuestro corazon; no contemplais, como debeis, quales fueron los medios de que usó la gracia con vuestra alma; no veis sino imperfecta y superficialmente el Misterio de las misericordias de Dios para con vosotros. Pero si pudieran abrirse vuestros ojos, si pudierais registrar toda la historia secreta de sus gracias y de su providencia para con vuestra alma: ¡Ah! veriais que todos los sucesos de vuestra vida pasada se ordenaban desde lejos á aquel unico momento en que os convertisteis al Señor; veriais que esas aflicciones, esos contratiempos que mirais como obra de la malicia ó injusticia de los hombres, no eran mas que unas remotas disposiciones con que el Señor os iba disponiendo para su gracia; veriais que esos empleos, esas alianzas, esas fortunas que os parecian

(a) *Psalm. 138. vers. 1. 13.*

cian, ó efectos de la casualidad, ó frutos de vuestros ardidés y medidas, no eran mas que proporciones que la bondad de Dios juntaba desde lejos para facilitaros los caminos á una mudanza de vida; veriais que los mismos desordenes de la pasion, las compañías de la culpa y del escandalo, que debieran cerrar para siempre á la gracia la entrada en vuestro corazon, por los adorables secretos de la misericordia de aquel Señor que sabe sacar el bien del mal, adelantaban vuestra conversion, y debian ser útiles para vuestra eterna salud: ¿Qué mas diré? Veriais que vuestro nacimiento, vuestra fortuna, vuestras dignidades, vuestras riquezas, y vuestros talentos, todo tenia parte, en algun modo, en aquel Misterio de gracia y de misericordia que empezaba ya á formarse desde entonces, que todo os guiaba al feliz momento de vuestra penitencia, que todo lo que vosotros haciais que sirviese á vuestras pasiones, la bondad de Dios lo hacia servir á vuestro arrepentimiento; veriais que todos los instantes de vuestra vida pecaminosa eran, por decirlo así, instantes de misericordia; que el Señor iba desatando poco á poco las cadenas que algun día se habian de caer de un golpe; que unas veces apartaba un obstáculo por una parte, otras debilitaba una pasion por medio de una perfidia, y otras entibiaba un deseo con un contratiempo; unas veces inspiraba un disgusto por medio de la misma continuacion en el hábito pecaminoso; otras, proporcionaba motivos á las reflexiones por medio de un buen exemplo; unas veces despertaba vuestra conciencia con la muerte repentina de los cómplices en vuestras culpas; otras, rompía una compañía amable por medio de las disensiones y concurrencias; finalmente, veriais que su misericordia empezaba por su parte la obra de vuestra eterna salud, al mismo tiempo que vosotros por la vuestra empezabais la de vuestra perdicion.

Sí, Católicos, nosotros solo vemos acá en la tierra,

Ec 2

con

con los ojos de la carne el orden de nuestro destino. No juzgamos de los sucesos que componen el curso de nuestra vida sino por las ocasiones fortuitas de que han dimanado: no nos conocemos sino por las exteriores conexiones que tenemos con las criaturas que nos rodean, no nos consideramos como parte de aquella ciudad invisible, que forma el Soberano Arquitecto desde el principio de los siglos, que es el fin de todos los designios de Dios, y para cuya formacion hace con una profunda y adorable sabiduría que sirvan las diversas revoluciones, y todo el orden de este mundo visible; pero quando algun dia se nos manifieste el orden de la Providencia acerca de nuestros destinos: ¡Ah! Entonces veremos que el orden de nuestro nacimiento, la serie de nuestros mayores, las diversas fortunas de nuestros antepasados, su prosperidad ó su decadencia, veremos que acaso todo esto solamente se ordenaba á nosotros, que en medio de tantas revoluciones la misericordia de Dios no pensaba mas que en nosotros solos, ni pretendia mas que formarse un escogido; que juntaba desde lejos todos los sucesos que podian colocarnos en las circunstancias en que su gracia, aunque no depende de los tiempos y lugares, habia de mudar nuestro corazon; y acaso tambien que en el dilatado enlace de tiempos y de siglos de que se ha compuesto la historia de nuestros antepasados, nosotros solos hemos sido el objeto de los eternos fines de Dios, nosotros hemos sido el fin de sus designios para con nuestros padres, y que todas las circunstancias exteriores de su vida, acaso no han sido mas que secretos medios para nuestra eleccion. ¡Gran Dios! ¡Qué profundos y adorables son los secretos de vuestras misericordias; veo que los ocultais á los insensatos y á los mundanos; pues á estos les parece que vos obrais como el hombre, y no descubren vuestra invisible Sabiduría en el gobierno del Universo, y en los fines de vuestra gracia para con los justos! Pero qué consuelos hallan las almas que son vuestras, en me-

meditar estas secretas maravillas de vuestro poder, y en los eternos consejos de las misericordias que con ellas practicais! *Nimis profunda sunt cogitationes tuae: vir insipiens non cognoscet, & stultus non intelliget haec. (a)*

Estos son, amada hermana mia, los medios de que se vale el Señor para asegurar la eleccion que hace de una alma, y á esto se deben añadir los socorros y la proteccion que promete, los que siempre son efecto regular de esta eleccion: El Señor os amará, decia Moysés á los Israelitas, y os protegerá; apartará de vosotros todas las desgracias y todas las plagas con que hirió á Egypto, y no podreis dudar de que el Señor, grande y misericordioso, es el que os guía, porque establecerá su morada entre vosotros: *Diliget te, ac multiplicabit, auferet à te omnem languorem, atque infirmitates Ægypti pessimas. Non timebis, quia Dominus Deus tuus in medio tui est. (b)*

Este es un nuevo consuelo para vos, amada hermana mia; es eterna verdad el que los socorros particulares de la gracia siguen regularmente á la eleccion que esta hace de nosotros, y que la misma misericordia que nos llama á un estado de vida, nos dispone al mismo tiempo los auxilios propios y especiales para cumplir las obligaciones, para vencer las dificultades, para huir de los peligros, y para apartar los obstáculos. Yo os he escogido, decia Jesu-Christo á los discípulos, y esto os basta: no se turbe vuestro corazon, ni os desanimeis con las dificultades y persecuciones que os anuncio, y que os esperan: yo os daré valor en la penosa carrera en que vais á entrar, y en ella recogeréis frutos permanentes y abundantes. *Ego eligi vos ut eatis, & fructum afferatis. (c)*

Esta es la utilidad, amada hermana mia, de una alma que sigue el camino en que la ha puesto la misma mano del Señor. No debe mirarse á sí misma, ni acobardarse con

(a) *Psal. 91. v. 6. 7. (b) Deut. 7. v. 13. 15. 25.*

(c) *Joann. 15. v. 16.*

con la desproporcion que halla entre su flaqueza y las dificultades del camino á que Dios la llama: no debe asustarse ni por la repugnancia de sus inclinaciones, ni por la flaqueza de sus fuerzas, ni por la inconstancia de su gusto, ni por los obstáculos que prevee en la santa carrera en que la hace entrar la gracia: ¡Vos, Dios mio! sois su guia, y esto basta; y asi os puede decir con el Profeta. *El Señor es mi guia, nada podrá faltarme; aún quando hubiera de caminar por entre las sombras de la muerte, no tendria que temer, porque él está conmigo. (a)*

¡Pero qué poco podrán gloriarse con esta esperanza las almas mundanas, amada hermana mia! Habiendo entrado la mayor parte de ellas en las obligaciones del empleo, del matrimonio, de los negocios, y de las dignidades, sin vocacion del cielo, y sin haber consultado los designios de Dios para con ellas, las entrega el Señor á su propia flaqueza, y no las defiende en los caminos que no las ha preparado su Magestad: permite que se levanten vientos y tempestades en un mar en el que se han embarcado, como aquel Jonás desobediente, contra su voluntad; y por eso estamos viendo todos los dias en el mundo tantas almas, que llenas por otra parte de buenos deseos, se están continuamente quejando de su flaqueza: unas almas, que aunque nacieron con inclinaciones felices, no hallan en sí fuerza alguna para romper las cadenas con que están atadas á su propia miseria: unas almas, á quienes todo sirve de escollo, á quienes arrastran las primeras ocasiones, y en quienes las mas firmes resoluciones solo duran hasta el primer peligro. ¡Ah! Acaso esto consiste en que habiendo sido llamadas para seguir al Esposo en el recinto del Santuario, se han abierto otros caminos, y el Señor las entrega á sus pasiones en un mundo, en donde no las ha colocado su mano: consiste en

(a) Psalm. 22. vers. 3. 4.

en que no habiendo tenido al Señor por guia en los peligros en que ellas se han puesto temerariamente, tampoco le tienen por su defensa; en que siendo su destino obra de sus pasiones, su mismo estado las inquieta y desordena; en una palabra, en que no habiendo hecho caso de Dios en la eleccion que hicieron, tampoco el Señor hace caso de ellas.

¡Quántas almas como estas hay en el mundo! y con todo eso se escusan alegando los peligros de su estado, se quejan casi del mismo Dios, nos dicen que se hallan en unas ocasiones inevitables en donde no puede mantenerse la virtud mas sólida, que todos los dias se ven expuestas á unos peligros en que hubieran perecido los mismos Santos, que se hallan en unas circunstancias funestas, en que no pueden salvar la inocencia sino á costa de la reputacion, y en las que para poner fin á sus delitos es necesario hacerlos públicos: pero no dicen que sus pasiones, y no el orden de Dios, son las que las ponen en estas ocasiones: no dicen que su imprudencia, y no la voz del cielo, es quien las lleva á estos peligros. ¡Qué injusticia querer hacer responsable á la religion del precipicio que nosotros mismos nos fabricamos, y mirar como transgresiones inocentes las que nuestra temeridad nos ha hecho como inevitables! Siempre estamos acusando á la religion, católicos, de que nos ordena unas obligaciones impracticables en ciertas circunstancias; pero algun dia veremos que si han sido tan raras para nosotros las gracias, los peligros tan inevitables, y tan grande nuestra flaqueza, consistia en que no nos hallabamos en el lugar que nos habia señalado la Divina Sabiduría desde el principio; somos semejantes á aquellos miembros que se hallan fuera de su estado natural, los que como no participan de la secreta virtud que se esparce por todo el cuerpo, desfallecen, y están casi sin fuerzas ni movimiento, y se hallan inhabiles para todos los ejercicios.

Pero vos, amada hermana mia, á quien la mano del Señor

Se-

Señor guía al lugar santo, vos podeis seguramente confiar en su proteccion y en sus auxilios: No temais pues los trabajos y dificultades que parece presenta á la naturaleza en el principio la vida religiosa; sus austeridades se os convertirán en suaves consuelos, sus mas penosas obligaciones animarán vuestra fé en vez de abatirla, sus abatimientos servirán de consuelo á vuestro corazon en vez de mortificarle, sus sacrificios derramarán la alegría en todas vuestras acciones, en vez de introducir en ellas una peligrosa tristeza; vos misma os admirareis al ver vuestra fuerza y valor; al ver que teneis gusto para muchas cosas que antes os parecian incompatibles con vuestras inclinaciones; al experimentar que teneis aficion á muchos ejercicios en que antes os parecía que nunca podriais venceros, y á los que mirabais como las mas peligrosas tentaciones del estado que ibais á abrazar: no quiero decir con esto, amada hermana mia, que la eleccion de Dios os asegure de tal modo su proteccion, que persuadida á que jamás pueden faltaros los socorros del cielo, y fiada en esto, os hayais de entregar á una especie de seguridad, que quitando todo el temor os precipitaria desde luego en la relajacion, y por último vendria á parar en alguna deplorable caída: el efecto propio de la gracia es hacernos fieles á nuestras obligaciones, y esta fidelidad nos alcanza nuevos auxilios: no dejes pues entibiar en vos, amada hermana mia, este primer favor del espíritu, porque si llegais á aflojar, en vano habreis sido llamada á las bodas del Esposo, y así sereis despreciada como las Vírgenes necias; la vocacion de estas fue cierta, pero su infidelidad la hizo inútil.

Esta certeza de que os hallais en el lugar en que Dios ha querido colocaros, me parece el mas continuo y sensible consuelo de vuestro estado. A la verdad, el mayor suplicio de muchas almas mundanas es vivir inciertas de su estado; como la mayor parte de estas almas le han elegido sin precaucion, sin consejo, y sin oracion, tienen

justo motivo para dudar si es la gracia ó el antojo, el Señor ó el mundo quien las ha colocado en él; continuamente se están diciendo á sí mismas que son infelices en el estado en que se hallan, porque acaso Dios no las queria en él; que el no poder trabajar en él para su salvacion, acaso consiste en que no fue el Señor quien las colocó en él; se acuerdan de los muchos deseos de retiro que tuvieron en su tierna edad, que eran como las primicias de su fé, y la primera voz con que habia hablado el Señor á su corazon, que todavia era inocente; y se persuaden á que aquel era el camino que el Señor les manifestaba desde lejos, y el único que debian haber seguido; qualquier leve pesar de nuestro estado despierta estas tristes ideas, continuamente estamos pensando en ellas, y diciendonos á nosotros mismos: Yo no me hallo en el lugar á que Dios me destinaba; en otro estado hubiera trabajado para mi salvacion, no hubiera hallado los contratiempos, las repugnancias y los estorvos que me impiden pensar en la eternidad; y con estos pensamientos desfallecemos, nos consumimos, casi renunciarnos á la esperanza de nuestra salvacion, y convertimos este terrible estado de afliccion ó desesperacion, ó en un continuo suplicio, ó acaso en un impio motivo de tranquilidad é indiferencia en las culpas.

Y este, Católicos, suele ser el triste estado de algunas Vírgenes desgraciadas, á quienes vuestros propios intereses, y no la eleccion del Señor, llevan al lugar Santo; oprimidas con el peso de las cadenas que no se impusieron ellas mismas, hallando motivo de ruina en las mismas obligaciones que para otras son motivos de virtud, mudando los socorros de la piedad de que están rodeadas, en atractivos para el vicio, manteniendo la corrupcion de su corazon con lo que debiera sustentar su fé, no sacando otro fruto de todos estos espectáculos de religion que continuamente se presentan á su vista, mas que nuevos motivos para disgustarse de la misma religion, convirtiendo

tiendo en tentacion la tranquilidad de su retiro, y sirviéndolas la privacion del mundo de nuevo motivo para que este las parezca mas amable, se dicen continuamente á sí mismas que una virtud menos austera, y que no las fuese tan violenta, las parecería menos odiosa; que es cosa terrible tener que llevar un yugo á que no se han condenado ellas mismas; y que Dios, que es infinitamente justo, no puede pedirnos que seamos fieles á las obligaciones de un estado en que nos hallamos por obedecer á ajenas pasiones. ¡Qué reflexiones no se hacen, ó Dios mio, sobre este punto! ¡Con qué ansia y con qué gusto miran á un mundo que abandonaron contra su voluntad! ¡Qué tristeza hallan en todos los santos ejercicios de su estado! ¡Qué secretas imprecaciones contra los autores de su desgracia! ¡Qué amargas reflexiones acerca de la imposibilidad que se figuran en el estado involuntario y violento en que se hallan!

¡No tengo aqui motivo, Católicos, para deciros con lágrimas: Sacrificad enhorabuena al mundo esos desgraciados hijos que destinais para él; inspiradlos desde luego la ambicion, la soberbia, el fausto, la venganza, el amor á los placeres, y todas las pasiones que pueden lisongear vuestra vanidad, y hacedlos lucir en el lugar de la depravacion y del desorden? esos son unos hijos de perdicion y de ira que Dios concede á la corrupcion de vuestros corazones; pero salvad á lo menos los que destinais para que le sirvan en estos santos asilos; no seais barbaros homicidas aún de aquellos hijos que consagrais á la religion; no sacrificéis los que son inútiles á vuestras pasiones, y los que únicamente pueden alcanzar del Señor que no perezcais vosotros; y no se pierda todo, ó por entregarlos á los placeres del mundo, ó por precisarlos á vivir en una continua repugnancia.

Bien sé, amada hermana mia, que no son estos los caminos que os guian al Altar; las manos que os ofrecen al Señor, son las manos de la fé y de la piedad; la carne,

ne y la sangre no tienen aqui mas parte, que el desprecio que de ellas haceis; solamente el fuego del cielo enciende vuestro sacrificio; no teneis mas parientes que la piedad, la que os hace renunciar las grandes utilidades que podriais esperar de ellos; y si alguna parte tienen en la accion que vais á executar, es que con su exemplo os han enseñado siempre á temer al Señor, y que el Señor despues os ha enseñado á renunciarlo todo por servirle.

¡Qué consuelo será para vos en todo el resto de vuestra vida, el acordaros en la presencia de Dios de las grandes misericordias que ha usado con vuestra alma! Podrís decirle con el Profeta: Vos, Señor, me habeis traído por la mano, y puesto en el lugar santo: A lo menos tengo el consuelo de poderme decir á mí misma, que me hallo en el camino á que me destinaba vuestra bondad, aún antes del nacimiento de los siglos, y que no he caminado por él en vano. *Tenuisti manum dexteram meam, & in voluntate tua deduxiste me.* (a) ¡Qué bien nos recompensais, ó Dios mio, quando nos entregamos absolutamente á vuestra voluntad, sin mezclar los errores de nuestras pasiones con los eternos consejos de vuestras misericordias en orden á nuestro destino! nosotros nunca podriamos conseguir mas que hacernos infelices, no sabemos mas que fabricarnos pesadas cadenas; y como ignoramos lo que nos conviene, quanto nos parece hacer para asegurarnos acá en la tierra una vana felicidad, es siempre la principal causa de nuestras desgracias y trabajos: Primer consuelo de la vida religiosa, sacado de la eleccion que Dios hace de una alma, á quien llama á ella. *Misit de summo, & accepit me.* El segundo se saca de la depravacion general del mundo de que la ha librado. *Et assumpsit me de aquis multis.*

SE-

(a) *Psalm. 72. vers. 24.*

## SEGUNDA PARTE.

DE gran consuelo fue sin duda para los hijos de Israel, quando libres del mar rojo, volviendo los ojos ácia aquellos abismos de agua de que acababa de librarlos el Señor, veían desde el lugar seguro á donde habian llegado, á los Egypcios, luchando tristemente con las olas, y acabando sus vanos esfuerzos con un infeliz naufragio; entonces, no pudiendo contener sus razones los movimientos de alegría y agradecimiento, exclamaron: ¿Quién, Señor, puede ser semejante á vos? ¿Qué terribles sois en vuestras venganzas! ¿Qué dignas son las maravillas de vuestro poder y de vuestra misericordia, de nuestros agradecimientos y respetos! *Quis similis tui in fortibus Domine? Magnificus in sanctitate, terribilis, atque laudabilis* (a)

Pues estas mismas son las circunstancias en que hoy debéis colocaros, amada hermana mia; libre ya de los peligros y borrascas del siglo, y habiendo llegado á puerto de salvacion, para conocer el inestimable valor del beneficio que os ha libertado, no teneis que hacer mas que volver la cabeza, y mirar por un instante al mundo, de donde acabais de salir, como en la realidad es; á ese mar tempestuoso, á ese abismo inmenso que se traga á casi todos los hijos de Adán, y advertireis las tempestades y naufragios de que acaba de libraros la misericordiosa mano del Señor; sin duda que la infancia que habeis pasado lejos de los peligros en la seguridad de un santo retiro, os ha ocultado hasta ahora toda la depravacion de un mundo corrompido; no le conoceis sino por las felices ideas con que os ha fortalecido contra él una santa educacion; pero tened á bien que antes que pongais un eterno velo entre él y vos, os le manifieste como

(a) *Cant. Moys.*

en sí es, y os le dé á conocer en un discurso, en que parece no debiera exórtaros sino á que le olvidaseis. ¡Ah! nada me parece que arriesgo en hacerosle patente; con tal que se vea como es en sí, nada tiene de amable para hacerse desear; aún aquellos mismos que le ven mas de cerca son los que con mas viveza conocen su nada y su miseria; nada tiene de bueno mas que la superficie y la primera vista: Sucede con él lo que con aquellos cadáveres á quienes anima un espíritu extraño é impostor, que los hace parecer adornados de resplandor y luces, pero basta el acercarse á ellos para que se desvanezca el prestigio, y para que se vea todo su horror y deformidad.

¿Qué es pues, amada hermana mia, este mundo miserable de que os vá á separar para siempre la misericordia de Jesu-Christo? Este mundo es una region de tinieblas, un camino sembrado de escollos y precipicios, y un lugar de tormentos y de tristes inquietudes; en estos tres retratos podeis vér su funesta imagen.

Una region de tinieblas: ¡Ah, amada hermana mia! En él no halla la verdad sino ciegos que no la conocen, ó enemigos que la impugnan: No hablo ahora de aquellas almas desesperadas, que no pudiendo sufrir el peso de sus delitos, le sacuden, y con él la fé, buscando en la incredulidad aquella funesta paz que no habian podido hallar en la misma culpa; no hablo de aquellas almas fluctuantes é indecisas acerca de la religion, que quisieran que la fé fuese una fábula, para gozar con mas sosiego de sus pasiones, pero que todavia no se atreven á persuadirse este error, y al mismo tiempo que desconfian de la verdad de sus promesas, temen interiormente sus amenazas; que dudan de todo, y que no se atreven á acabar de resolverse en nada; que fluctuan entre sus pasiones y sus dudas, y que parece desean, ó tener una fé mas viva para poner fin á sus desordenes, ó no tener alguna para entregarse á ellos sin remordimiento,

to y sin escrúpulo. Dejo á parte todos estos diversos géneros de ceguedad, tan comunes en el mundo, y que se oponen al fundamento de la fé y de la santa doctrina, y y solamente hablo de los errores que alteran sus reglas y sus máximas.

Todos los dias estamos predicando, amada hermana mia, estas santas máximas; desde las primeras edades de la Iglesia jamás se han publicado en los christianos púlpitos con mas eficacia, con mas exáctitud, ni con mas claridad que en la edad presente; y con todo eso, no hay máxima alguna de estas que no mitigue el mundo, que no la desfigure con falsos colores, ó que no ponga sobre ella nubes que la oculten; se mira la penitencia, sin la qual el hombre pecador no puede aspirar á la salvacion, como virtud propia solamente de los claustros y desiertos; el retiro, que tan necesario es á la fragilidad del corazon humano, se mira como una singularidad de genio, ó de virtud, que no debe servir de exemplo; el exercicio de la oracion, único remedio de nuestras miserias, se deja para las almas ociosas é inútiles; las aflicciones, que siempre han sido recibidas de los Santos como gracias particulares, se temen como infortunios: Las prosperidades, á las que siempre han temido los justos como desgracias, se desean como beneficios; la desmesurada ambicion, tan opuesta al espíritu y carácter de la religion, se mira como una noble y legítima prueba de lo que somos, y de lo que debemos desear; el odio, que se opone á los fundamentales principios de la religion, y que destruye todo el Evangelio, se tiene por un justo sentimiento, ó por una obligacion de la clase de cada uno, que no le permite ir á buscar á su próximo para reconciliarse con él: La vida sumptuosa y magnifica, tan reprobada en los libros santos, pasa por un noble uso de las riquezas, y por una ley que nos impone la clase y el nacimiento. A los mas peligrosos deleytes llamamos descansos necesarios; á las mas infames pasiones flaquezas inevitables; á las mur-

mu-

muraciones mas crueles verdades públicas é inocentes. ¿Qué mas diré? En el mundo la misma virtud y la verdadera piedad han perdido su nombre; no se miran como don de Dios, y como el único camino necesario que se deba seguir, sino como una extravagancia del genio, como un gusto de singularidad, como una pusilanimidad de espíritu, y aún como un partido que solamente deben seguir los que ya no son útiles para cosa alguna; ¡ó Dios mio! este estilo es propio de un pueblo ilustrado con las luces del Evangelio, ó de aquellas naciones bárbaras é infieles, á quienes aún no os habeis dignado de manifestar la ciencia de la salvacion y las verdades eternas?

Y la mayor lastima es, que este error no es propio solamente de algunos particulares, sino que es error de casi todos los hombres; esta es la doctrina de todo el mundo; estas son unas máximas universalmente recibidas, aprobadas, autorizadas, y á las que ya es imposible oponerse: Solamente nosotros desde estos christianos púlpitos nos atrevemos á hablar en diferente estilo; en el mundo solamente hay un corto número de justos que nos siga y se atreva á hablar como nosotros; pero esta es una voz tan débil, que por decirlo así, se confunde con el formidable ruido de la multitud; lo que domina, lo que se oye, lo que sirve de regla á todo el mundo, lo que decide de todo, lo que dá movimiento á los reynos, á los Imperios, y á las familias son los errores que acabo de exponer: Esta es una tradicion de ceguedad, que desde el principio se ha perpetuado en el mundo, y que ha pasado de padres á hijos. Los Grandes y el pueblo, los sabios y los ignorantes, los prudentes y los insensatos, los jóvenes y los ancianos, todos se gobiernan por estas falsas reglas; aún aquellos mismos á quienes alumbrá interiormente la luz de la verdad, creen que se engañan quando vén que el exemplo comun desmiente la interior evidencia de sus conciencias, y miran sus dudas como vanos escrúpulos, las que inmediatamente sosiega y tranquiliza el error público.

De

De este modo casi todos los hombres caminan, sin saberlo, por entre las tinieblas; de este modo corren con una necia seguridad al eterno precipicio que ha de poner fin á su carrera; de este modo viviríais tambien vos, amada hermana mia, si la misericordia de Jesu-Christo no os hubiera sacado de esta region de tinieblas, para hacer os pasar al reyno de la luz; hubierais mirado como verdades los errores que abraza la multitud; hubierais seguido los caminos que todos los hombres miran como seguros; seríais protectora de las máximas que ha consagrado el uso en todos tiempos y países; os hubierais rebelado contra la verdad que las condena; hubierais oído, del mismo modo que hoy oye el mundo, las reglas de la fé que le oponemos, como unos discursos en que hay mucho que cercenar, y en los que tiene mas parte el zelo que la verdad; porque es muy difícil distinguir la luz entre la densa nube de costumbres, de falsas máximas, de preocupaciones, y de errores que tiene obscurecido todo el mundo: ¿Qué difícil es distinguir el camino de la verdad estrecho, apartado, casi imperceptible, desconocido, y por el que caminan tan pocos, entre tantos falsos caminos anchos, espaciosos, trillados, autorizados, y que siguen casi todos los hombres!

Vos misma estais viendo, amada hermana mia, lo corto que es el número de almas fieles que siguen en el mundo el camino de la verdad; es indubitable que hay algunas, porque el Señor siempre mantiene algunas almas fieles en todos los estados; pero como dice el Apostol, estas son unas estrellas raras, que por casualidad se dejan ver por entre las nubes, y que con facilidad se pueden contar en una noche obscura y tenebrosa: *Sicut luminaria in mundo.* (a) Y aún en este corto número, ¿quántas almas hay tibias y ociosas, que solamente pa-

(a) *Philipp. i. vers. 15.*

recen virtuosas porque se las compara con un mundo extremadamente corrompido? ¿Quántas almas impenitentes y poco mortificadas, que despues de los desórdenes de las primeras costumbres, reducen toda su penitencia á cesar en las culpas, y se grangean los elogios debidos á la virtud, solamente porque el mundo no puede notar en ellas los mismos vicios? ¿Quántas que despues de haber puesto fin á las pasiones mas escandalosas, conservan todavia todas las demás, mezclan con sus virtudes sus flaquezas, presentan á la vista de Dios un corazon vano, envidioso, ambicioso, y vengativo, al mismo tiempo que el mundo las está canonizando; porque el mundo, lleno siempre de contradicciones y discordes siempre consigo mismo, unas veces degrada á la verdadera virtud y la confunde con el vicio, y otras, exalta el vicio que apenas se ha apagado, y le tributa los mismos honores que á la virtud consumada?

¿Qué merecedoras son, amada hermana mia, las misericordias que el Señor ha usado con vuestra alma, de un agradecimiento que dure hasta la muerte! Mirad, como decia en otro tiempo un Profeta á la Santa Sion, y yo os lo puedo hoy decir con mas razon, mirad como al mismo tiempo que unas espesas tinieblas cubren toda la tierra, que una obscura nube está derramada sobre todos los pueblos, que la mentira y el error han ocupado el lugar de la verdad entre los hombres: *Ecce tenebrae operient terram, & caligo populos.* (1) Mirad como sobre vos sola se ha levantado la luz del Señor, como os ha traído á un lugar, en donde todo os manifestará la verdad; esas sagradas paredes, esos santos Altares, esas Virgenes fieles, ese mismo religioso velo que vá á ocultaros al mundo y á sus vanidades, todo os manifestará aquí vuestras obligaciones, todo disipará las ligeras nubes que acaso pueden

(1) *Isai. 60. v. 2.*  
Tomo VIII.

den levantarse de lo profundo de vuestro corazón; una nube resplandeciente os precederá, como precedía en otro tiempo á los Israelitas en el desierto, para mostrarnos los caminos que debéis seguir; y al mismo tiempo que el mundo ciego no podrá distinguir las mas comunes y perceptibles verdades de la religion, la luz del cielo se levantará sobre vos en este lugar, y os descubrirá hasta la perfeccion de las obligaciones, y los secretos ignorados de los Sábios del siglo. *Super te autem orietur Dominus, & gloria ejus in te videbitur.* (1)

No hay cosa de mas consuelo para una alma á quien la misericordia del Señor ha separado del mundo, que esta primera vista que la descubre sus errores y falsas máximas. Pero aún quando pudieran preciarse los que viven en el mundo de haber seguido siempre el camino de la verdad entre tantos caminos falsos y peligrosos que la ocultan á la vista, ¿cómo podrán prometerse que conservarán en él la inocencia en medio de su depravacion é innumerables peligros? Y quando hablo de sus peligros, amada hermana mia, no debéis esperar que yo haga aquí una exácta enumeracion de ellos. ¡Ah! en el mundo todo es peligros, hay peligros en el distinguido nacimiento, porque es una especie de conexion con todas las pasiones; hay peligros en la elevacion, porque ésta nos propone como ley lo que condena el Evangelio; hay peligros en los cuidados públicos, porque es preciso tomar sobre nosotros las pasiones de los Grandes, y la miseria de los pobres, conciliar las máximas de la religion con las de la prudencia de la carne, y aventurar, ó la conciencia, ó la fortuna; hay peligros en el uso de las riquezas, porque es necesario estar defendiendose continuamente, ó de las profusiones que inspira la vanidad, ó de la insensibilidad que produce la avaricia; hay peligros en los ma-

(1) *Ibid.*

malos exemplos, porque el vicio pierde su horror con la autoridad de aquellos en quienes le vemos; y vivimos seguros, porque en las flaquezas ajenas hallamos escusa para las propias: hay peligros en las conversaciones, porque queremos agradar, y esto solamente se consigue por medio de las pasiones, excitando pecaminosos afectos en los demás, ó en nosotros mismos; hay peligros en las amistades, porque el veneno se introduce por medio de la uniformidad de los génios, y de los atractivos de la sociedad, no podemos pasarnos sin alguna recreacion, y todas las que proporciona el mundo son funestas á la inocencia; hay peligros en las concurrencias, porque siempre queremos lucir, y es muy difícil amar á los que nos abaten, y á los que nos son preferidos, y luego que son diversos los intereses, no tardan en dividirse los corazones; hay peligros en el matrimonio, porque la duracion de este sagrado vínculo resfria casi siempre la del afecto; pocas veces sucede que la conformidad de génios confirme un vínculo que casi siempre es efecto de sola la conformidad de intereses; una compañía santa suele convertirse en tentacion domestica, y luego que la obligacion se convierte en yugo, se forma muy presto el corazón otras cadenas; hay peligros en el estado de libertad, porque no teniendo freno las pasiones, se desatan, aún á pesar nuestro, y las mas veces el estar un hombre libre del sagrado vínculo, no suele ser mas que estar entregado á una servidumbre mas universal; hay peligros en la probidad mundana, porque luego que el mundo se manifiesta contento de nosotros, nos persuadimos á que tambien debe estarlo el Señor, confundimos la fama de virtud con la misma virtud, y porque no tenemos los vicios que condena el mundo, nos parece que hay en nosotros las virtudes que pide el Evangelio: finalmente, hay peligros en la misma piedad; como esta es rara en el mundo, las alabanzas que se grangea corrompen las mas veces el principio de la virtud, y aunque empezamos buscando á Dios

en la piedad , muy presto nos buscamos á nosotros mismos.

Este es el mundo , amada hermana mía ; si os librais de un peligro , inmediatamente caeis en otro ; si el mal exemplo os halla inalterable , la amistad os engaña ; si no os mueve el interés , os arrastra la fama y la reputacion ; si os librais de los grandes excesos , no sois tan insensibles á otras pasiones mas suaves y mas peligrosas ; si vuestra inclinacion os aparta del desorden y de los excesos , la condescendencia os precipita en ellos ; si por vuestra parte estais libres de la ambicion , no lo estais respecto de vuestros hijos ; si sois fiel en no ir á buscar las ocasiones , no podeis fiaros de las que se os presentan.

Y no os parezca , amada hermana mía , que todos estos peligros serian menores respecto de vos ; puede ser que los domesticos exemplos de virtud , y la piedad como hereditaria de vuestra sangre , hubieran podido defender por algun tiempo vuestra inocencia ; pero qué poco mueven los exemplos en aquella primera estacion de la vida , que se destina á olvidarse de Dios ! Se miran como efecto de la edad , y se dexan para un tiempo mas maduro aquellas virtudes que nos parece que solamente el tiempo ha formado en los que se nos proponen por modelos. De este modo , rodeada de prosperidad y de abundancia , mas expuesta que otra por vuestro nacimiento , por la clase y autoridad de vuestros parientes , por la esperanza de un buen acomodo , ¿ qué lazos no hubierais hallado en el camino que hubierais seguido , como los han hallado siempre aquellas almas mundanas de quienes habla Job : *Sequitam seculorum quam calcaverunt viri iniqui.* (1) Esto es , puede ser que hubierais formado muchos buenos deseos , pero vuestra flaqueza hubiera siempre vencido á todas vuestras resoluciones. Habierais envidiado la felicidad de las almas que sirven á Dios , y que se entregan

(1) Job 22. v. 15.

enteramente á su Magestad , pero arrebatada al instante por el torrente del mal exemplo , la virtud no hubiera tenido en vos mas que débiles deseos , y el mundo hubiera poseído siempre vuestro corazon , y vuestros verdaderos afectos ; puede ser que algunas veces hubierais gemido interiormente por los infinitos é inevitables peligros de vuestro estado , pero estos mismos peligros os servirian de una secreta razon , que os justificaría á vuestra vista vuestras flaquezas.

¿ Qué otra cosa estamos oyendo todos los dias , amada hermana mía , mas que los pretextos que alegan los mundanos acerca de los infinitos obstáculos que el mundo opone á su salvacion ? Se quejan de que en él es casi imposible salvarse ; forman mil buenos deseos , pero dicen que todo esto es inutil , y que no está en su mano el ponerlos en execucion en medio de los peligros y estorvos en que viven : Suelen tambien hacer algunos esfuerzos , pero apenas se han vencido en un punto , quando una nueva dificultad los cansa y desalienta : Quisieran vivir en lo mas retirado de los desiertos , pero no tienen valor para formarse un desierto del mismo mundo : Los decimos que es facil abandonarlo todo quando se quiere ; y ellos responden que aunque muchas veces quieren seguir este partido , no está en su mano.

No os parezca , católicos , que quando confieso los innumerables peligros del mundo , y la dificultad de trabajar en él para la salvacion , pretendo justificar vuestras vanas excusas ; es verdad que es muy dificil vivir christianamente en el mundo ; ¿ pero cuántas almas fieles se forma y conserva en él á vuestra vista la gracia ? Lo mas seguro sería , decis , el abandonarlo todo , y ocultarse en lo mas escondido de un retiro : ¡ Ah ! Yo tambien lo confieso : ¡ Ojalá hubierais sido de aquel corto número de almas felices , á quienes el Señor separó en tiempo de la corrupcion del siglo , poniendolas en lo interior del Santuario ! ¡ Ojalá os hubiera alargado , como á ellas , su mi-

misericordiosa mano para sacaros de entre los peligros, para haceros entrar en el lugar de la paz y de la seguridad! ¡Ojalá os hubiera cerrado desde el principio todos los caminos á la elevacion y á la vanidad, y os hubiera abierto los de la humildad, de la pobreza, y del silencio! En este caso vuestras costumbres hubieran sido inocentes: Pero ah! Todos vuestros dias han sido nuevos delitos; vuestros primeros años hubieran sido las primicias puras de una vida santa, y ahora no os atreveis á mirar vuestra vida pasada, por no ver en ella los horrores y el tesoro de iniquidad que habeis juntado; vuestras inclinaciones serian aún las mismas que formó en vosotros una buena educacion, pero el mundo ha corrompido en vosotros los dones de la gracia y de la naturaleza, y de aquellas esperanzas de virtud no os ha quedado mas que el inutil pesar de que todas se hayan borrado; vuestra muerte pondría fin á unos dias llenos de obras preciosas, y á una vida digna de la immortalidad, y ahora no pondrá fin mas que á un gran vacío, á infinitas pasiones, á innumerables inquietudes, á unos amargos pesares, á unos placeres muchas veces fastidiosos, y siempre tristes por los interiores remordimientos de la conciencia, y á una vida merecedora de una muerte eterna, si no se purifica con dignos frutos de penitencia, antes que llegueis á dar cuenta de ella en el terrible tribunal del Soberano Juez.

Pero los deseos de un estado que ya os es imposible, no deben sosegaros acerca de los peligros de vuestro estado presente: Este era el error de aquel amigo de S. Agustin, que siendo todavia Pagano, deseaba imitarle en su conversion y en su retiro; pero hallandose impedido con su matrimonio, miraba este vínculo como incompatible con la fé y santidad del bautismo, y hubiera querido poderle romper, para entrar en el seno de la Iglesia de Jesu-Christo. Quería ser christiano, dice San Agustin, pero de un modo que era imposible serlo: *Nolebat esse*  
*chris-*

*christianus, nisi eo modo quo non poterat.* Quisieramos abandonarlo todo para entregarnos á Dios; quisieramos retirarnos del mundo, y ocultarnos para siempre á la vista del Universo; la salvacion nos parece imposible de otro modo; lisongeamos nuestra imaginacion con estos quiméricos proyectos, que nunca han de llegar á ponerse en práctica; y como el estado en que nos ha colocado la providencia no nos permite abandonarlo todo, ni retirarnos á los desiertos, no nos entregamos á Dios, ni hacemos lo que debemos, porque quisieramos hacer lo que no podemos, y solamente queremos ser christianos con unas condiciones imposibles: *Nolebat esse christianus, nisi eo modo quo non poterat.* Es lo mismo que decir, que no queremos en la realidad: porque la dificultad no está en desear un estado que nos es imposible, sino en hallar medios para nuestra santificacion en los mismos peligros que son inseparables del nuestro.

Sin duda, amada hermana mia, que no os parece envidiable la suerte de las almas mundanas: Pero qué sería si á la relacion de los errores y peligros del mundo, os añadiera la de sus cuidados, de sus penas, y de sus molestos pesares?

A primera vista parece sin duda, que la alegría y los placeres son propios de este mundo reprobado, y que aunque no tiene de su parte la felicidad de la inocencia y de la virtud, tiene á lo menos los consuelos y regocijos del vicio; pero nada de esto es así: ¡Ah! Si el hombre pudiera ser feliz en el mundo olvidandose de Dios, y no negando cosa alguna á las locas pasiones, aunque sería esta una embriaguez y un frenesí digno de lastima, pues por un placer instantaneo se hacia digno de unas penas y unos horrores eternos, pero á lo menos no lo perderia todo, á lo menos gozaria de unos instantes de felicidad, á lo menos disfrutaria el tiempo presente; pero aún este tiempo y este instante rápi-

do se niegan al pecador : Aquel Señor soberano y misericordioso que nos hizo para sí , no quiere que podamos ser felices sin él ni un solo instante ; se sirve de nuestras pasiones para castigar nuestras mismas pasiones ; se vale de todas las criaturas que queremos hacer servir á nuestros placeres , como de secretos instrumentos de nuestras penas ; todos los lisonjeros deseos que ideamos para divertir á nuestro corazón son nuestros tyranos y nuestro suplicio ; los mas alegres proyectos que nos pinta nuestra imaginacion para divertir nuestras penas , las avivan y agravan ; los mas vivos placeres , que parece debieran servir de satisfacer nuestro corazón , aumentan su disgusto , su vacío , y su inquietud : Dios para darnos á conocer que el buen orden es la única felicidad del hombre , permite que todo lo que le turba le haga desgraciado : Por mas que ideemos un plan de felicidad en la culpa , nuestro corazón desmiente inmediatamente esta esperanza , y no nos queda otra cosa real y verdadera de esta vana idea de felicidad mas que el pesar de habernosla formado en vano : Por mas que con una vana Filosofía apartemos de las pasiones lo estremado y penoso que en ellas se halla , para proporcionarnos unos placeres moderados y tranquilos , los placeres regulados por la razón están muy cerca de la molestia , y los que la razón no gobierna no son mas que furiosos y abismos ; y por otra parte , todo lo que mancha nuestra alma , por moderado que sea á la vista de los hombres , es sumamente infeliz y desgraciado para nuestro sosiego. Vos lo quisisteis así , ¡oh Dios mio! y era justo que así lo quisieseis , que toda alma desordenada se sirviese á sí misma de suplicio , como decia San Agustin.

No , amada hermana mia , Jesu-Christo no dexó su paz al mundo , solamente la dexó á sus discipulos , y así aunque hoy le sacrificais al mundo , es cosa de muy poco valor lo que le sacrificais ; todo el precio y todo el mérito de vuestro sacrificio mas consiste en el santo placer,

cer con que le consumais , que en los frívolos contentos que abandonais . ¡ Ah ! si conocierais la realidad , y el interior de este mundo miserable , si pudierais registrar distintamente sus cuidados y sus inquietudes , si pudierais penetrar este primer velo , que no presenta á la vista mas que alegría , placeres , pompa y magnificencia , ¡ qué distinto le hallaríais de lo que parece ! No veríais en él mas que hombres desgraciados , el padre separado del hijo , el esposo de la esposa , el hermano disponiendo asechanzas á su hermano , el amigo desconfiando de su amigo , el secreto de las familias ocultando á la vista del público antipatías , envidias , murmuraciones y disensiones continuas ; las amistades turbadas por las sospechas , por los intereses , y por las cavilaciones ; las mas estrechas conexiones entibiadas por la inconstancia ; los mas tiernos afectos acabando en odio y perfidia ; los mas sagrados lazos convertidos en suplicios por la incompatibilidad de los genios ; las mas brillantes fortunas perdiendo todo su aprecio aún para los que las poseen , por la sujecion que piden ; los puestos mas honrosos llenos de amargura , por no poder pasar mas adelante ; todos quejándose de su suerte , y sin ser en él mas felices los que se hallan mas ensalzados ; suben , dice el Profeta , por su clase y su fortuna sobre las nubes , y se hallan tan altos que se pierden de vista ; parecen superiores á los demás hombres , por los respetos que todos los tributan , por el esplendor que los rodea , por las gracias que distribuyen , y por las continuas adulaciones de que siempre está acompañado el poder y la prosperidad : *Ascendant usque ad Coelos.* (a) Y al mismo tiempo se hallan inferiores al pueblo , y mas infelices que él , por el secreto y cruel gusano de su conciencia corrompida , por la misma saciedad de los placeres , por la molestia de las sujeciones y cumplimientos , por la altanería de sus deseos , por la amargura de sus en-

(a) Psalm. 166. v. 16.

vidias, por las ruindades que tienen que practicar para agradar á sus Gefes, y por los disgustos que siempre están experimentando. *Descendunt usque ad abyssos.* ¡Oh hija de Sion! alégrate, dice el Señor, publica las maravillas de mi misericordia, porque yo vengo á poseerte, para librarte de la tiranía de un mundo que no puede hacer sino desgraciados, para morar en medio de tu corazón, y para que reyne en él una paz y una serenidad eterna. *Quia ecce ego venio, & habitabo in medio tui.* (a)

Mirad ahora, amada hermana mia, al mundo con todos sus errores, sus peligros y sus inquietudes; esta es una tierra cuya hermosura y frutos son muy ponderados, y en donde parece que corre leche y miel; pero es una tierra que se traga á sus habitantes, por las infinitas pasiones que la inquietan, y en donde los mayores placeres siempre son causa de las mas crueles inquietudes. *Terra devorat habitatores suos.* (b) Volved á mirarle, yo no os le manifiesto desde lejos, como en otro tiempo le manifestaba el tentador á Jesu-Christo; de lejos puede engañar, porque no se vé mas que su gloria, sus placeres, y la pompa de que está rodeado; este aspecto le es muy favorable; yo os le manifiesto de cerca, y os le pongo muy á la vista: ¿mirad si os parece digno de ser deseado, y si al tiempo de abandonarle, debéis derramar lágrimas de alegría, ó de tristeza? Mirad si esa grande accion que vais á executar, y que el mundo llama heroico sacrificio, y generosa renuncia, es en la realidad mas que una prudente preferencia de la paz respecto de la inquietud, de la alegría respecto de los crueles pesares, de la libertad respecto de la servidumbre, y de una afable y santa compañía respecto de la molestia, de la falsedad, y de la perfidia de las compañías mundanas.

Pero mejor será que vos, amada hermana mia, consult-

(a) *Zach. 2. v. 11.* (b) *Num. 13. v. 33.*

sultéis al mismo mundo: Preguntad á vuestros parientes, que atraídos de esta ceremonia se hallan en este Santo lugar, y ellos os responderán: *Interroga majores tuos, & dicent tibi.* (a) Puede ser que el afecto natural los contriste y enternezca al ver vuestro sacrificio, pero en la realidad todos están envidiando vuestra suerte; gimen en secreto con la multitud y pesadéz de las cadenas con que están atados al mundo, y despues que han experimentado largo tiempo los placeres, las vanidades, y las esperanzas humanas, conocen que no hay otra felicidad en la tierra mas que el temor del Señor, y la observancia de su Santa Ley: *Interroga majores tuos, & dicent tibi:* puede ser que derramen lágrimas á vista de este religioso espectáculo; vuestra fé, vuestra inocencia, vuestra santa alegría, el valor con que para siempre os vais á despedir del mundo, todo esto puede ser que saque de sus ojos señales de un amor tierno y sensible; ¿pero qué sé yo si lloran mas por sí que por vos? ¿Qué sé yo si en este mismo instante, avivándose su fé, excita en ellos mil deseos de separacion y de retiro, y si lloran por la imposibilidad en que se hallan de consagrar á Jesu-Christo el resto de una vida, que hasta ahora no ha servido mas que al mundo y á las pasiones? *Interroga majores tuos, & dicent tibi.* ¿Qué sé yo si al veros morir á todas las cosas, se están acordando de aquel terrible instante en que todo ha de morir para ellos, y en que separados por la justicia de Dios de los mismos objetos de que os separa su misericordia, han de ver que con vuestro sacrificio no habeis hecho mas que anticiparos por un momento á aquel despojo de todas las criaturas, que es inevitable en la muerte, y libraros del delito de haber gozado de ellas, y del pesar de perderlas? *Interroga majores tuos, & dicent tibi.* ¿Qué mas diré, amada hermana mia, ya que es necesario hablar aqui, por la última

(a) *Deuter. 32. v. 13.*

Hh 2

ma vez, de todo lo que podia contribuir á vuestra grandeza en el mundo, para que la olvidéis para siempre? ¡Ah! ¡Si pudierais consultar á vuestros ilustres progenitores, tan celebrados en nuestras historias por los servicios que hicieron al Estado, por las primeras dignidades de la Corona, perpetuadas en su familia, y tan famosos entre nosotros por otros muchos monumentos de su gloria! Si pudierais consultarlos, os responderian desde la obscuridad de esos magnificos Mauseolos, en donde toda su grandeza se halla reducida á un poco de polvo, que toda la gloria de este mundo es nada, que el distinguido nacimiento no es mas que una vanidad que se deriva con la sangre, que los títulos y dignidades no nos acompañan en la presencia de Dios, y solamente quedan escritos sobre nuestras cenizas, y sobre la vanidad de nuestros sepulcros; que solamente será eterno y durable lo que hagamos para el cielo, y que de nada le sirve al hombre el ganar el mundo entero, si despues pierde su alma: *Interroga majores tuos, & dicent tibi.*

Feliz sois, amada hermana mia, (pues los límites de un discurso no me permiten exponeros aqui todo lo que habia pensado, y añadir otros dos motivos de consuelo, el uno sacado de parte de Dios que os escoge, librandoos del mundo, y el otro de parte de la santa soledad en donde os coloca para que esteis lejos de los peligros) feliz sois, vuelvo á decir, en renunciar para siempre á un mundo que solo paga con ingraticudes la esclavitud de sus adoradores, y que hasta ahora no ha podido formar sino desgraciados y mal contentos; aún mas feliz sois por no haberle nunca conocido, y porque poneis en tiempo entre él y vos, un muro de separacion eterna; sois feliz porque sacrificais todo lo que no os es lícito amar; sois feliz porque al mismo tiempo que son menos los afectos de vuestro corazón, minorais vuestras penas; sois feliz en morir á todas las cosas antes que ellas mueran para vos; sois finalmente feliz en saberos apro-

ve-

vechar del tiempo corto y rápido de la vida presente, para aseguraros un mejor estado en los años eternos.

¡Pues qué nos falta ya, amada hermana mia, mas que el deseáros lo mismo que los Sacerdotes y ciudadanos de Bethulia deseaban á Judith, quando se dexó ver en medio de la santa junta, estando para partir á executar el gran proyecto que Dios la habia inspirado! El Dios de vuestros padres, que os ha amparado desde vuestro nacimiento, derrame abundantemente sobre vos los socorros de su gracia, bendiga la pureza de vuestras intenciones, mantenga con su fuerza omnipotente lo grande de vuestra empresa, no permita que quedeis mal en el generoso empeño que abrazais por agradarle. *Deus Patrum nostrorum det tibi gratiam, & omne consilium tui cordis sua virtute corroboret.* (a) La Santa Jerusalén, esta Casa de bendicion que hoy abre sus puertas, que ha cultivado en vos desde vuestra tierna edad los dones de la gracia y de la piedad, y que al mismo tiempo que os recibe entre esas Vírgenes fieles, recibe el fruto de sus cuidados y fatigas, pueda gloriarse con vos para siempre; servidla perpetuamente de motivo de alegría, de consuelo y de gloria, no con lo ilustre de vuestro nombre y nacimiento, sino con vuestras religiosas virtudes. *Ut gloriatur super te Jerusalem:* sea igualmente ilustrada y edificada con la santidad de vuestros exemplos, y con el fervor y perfeccion de todas vuestras obras; pueda poner algun dia vuestro nombre en el número de aquellas Vírgenes ilustres, de aquellas Santas Madres, de aquellas primeras fundadoras cuya memoria vive aún en este santo lugar, y cuyos nombres, escritos ya en el cielo, se conservarán hasta las últimas edades en los sagrados fastos de este fervoroso instituto. *Et sit nomen tuum in numero Sanctorum, & justorum.*

Decid, pues, amada hermana mia, al mismo tiempo que

(a) *Judith* 10. v. 8.

que vais á sacrificar al mundo , y poner á vuestros pies este soberbio Holofernes , decid como aquella Heroína de Israel quando iba á dar el golpe : Heridle , Señor , con las palabras que ván á salir de mi boca , para que nunca reviva en un corazon ; que todo entero he consagrado á vos. *Et percuties eum ex labiis charitatis meae.* Dadme aquella fé viva y generosa , aquella insensibilidad christiana , aquella elevacion de corazon y de virtud que necesito para despreciar hasta el fin sus vanidades y su gloria , para mirar siempre con indiferencia sus placeres y su vana felicidad , para no sentir mas que la desgracia y ceguedad de los que se dexan engañar de él , y para no introducir jamás en este lugar Santo su espíritu y sus máximas. *Da mihi in animo constantiam , ut contemnam eum.* ¡Qué gloria para vos , Señor ! ¡Qué eterno monumento del poder de vuestro brazo ! ¡Qué oprobrio y qué confusion para las almas mundanas , quando vean que os valeis de la debilidad de mi sexô , y de una hija de Sion flaca y tímida para pisar su gloria y sus placeres ; que no es tan invencible como publican , solo por escusar la vergüenza de su amor y esclavitud. *Erit hoc memoriale nominis tui , cum manus foeminae dejecerit eum.* Recibid , ¡ó gran Dios ! el sacrificio de esta Hostia inocente , como recibisteis en otro tiempo el de Abél ; sirva este grande exemplo de fé y de religion de enseñar á los que me oyen , que todo se gana , quando todo se abandona por asegurar una felicidad eterna. Amen.

SER-

SERMON SEGUNDO  
PARA UNA PROFESION  
RELIGIOSA.

*¡Quam dilecta tabernacula tua , Domine virtutum ! Concupiscit , & deficit anima mea in atria Domini.*

Señor Dios de los Exércitos , ¡ qué amables son vuestras tiendas ! Mi alma desea con ansia habitar en la casa del Señor , y casi desfallece con lo vivo de este deseo. *Psalm. 83. v. 1. 2.*

**A** Esto se reducian , amada hermana mía , todos los deseos de un Santo Rey , á quien el Señor habia llenado de gloria , de prosperidad y abundancia. No le movian á una indecible y continuada alegría ni la magnificencia del trono en que el Señor le habia colocado , ni el número de sus victorias , ni la grandeza de su reyno ; el Arca Santa , el tabernáculo de Dios vivo , de que se veia separado por la rebellion de su hijo , el consuelo de ir á aquel santo lugar á descargarse , por decirlo así , al pie de los Altares , del peso de la dignidad Real , el de derramar en él su alma en presencia de el Señor , el de cantar allí cánticos de accion de gracias , el de mezclar sus lágrimas con la sangre de las víctimas , el de celebrar en él entre los hijos de Aarón la memoria de los beneficios con que en otro tiempo habia el Señor favorecido á su pueblo ; el de meditar en él las maravillas de su ley , y las pro-

que vais á sacrificar al mundo , y poner á vuestros pies este soberbio Holofernes , decid como aquella Heroína de Israel quando iba á dar el golpe : Heridle , Señor , con las palabras que ván á salir de mi boca , para que nunca reviva en un corazon ; que todo entero he consagrado á vos. *Et percuties eum ex labiis charitatis meae.* Dadme aquella fé viva y generosa , aquella insensibilidad christiana , aquella elevacion de corazon y de virtud que necesito para despreciar hasta el fin sus vanidades y su gloria , para mirar siempre con indiferencia sus placeres y su vana felicidad , para no sentir mas que la desgracia y ceguedad de los que se dexan engañar de él , y para no introducir jamás en este lugar Santo su espíritu y sus máximas. *Da mihi in animo constantiam , ut contemnam eum.* ¡Qué gloria para vos , Señor ! ¡Qué eterno monumento del poder de vuestro brazo ! ¡Qué oprobrio y qué confusion para las almas mundanas , quando vean que os valeis de la debilidad de mi sexô , y de una hija de Sion flaca y tímida para pisar su gloria y sus placeres ; que no es tan invencible como publican , solo por escusar la vergüenza de su amor y esclavitud. *Erit hoc memoriale nominis tui , cum manus foeminae dejecerit eum.* Recibid , ¡ó gran Dios ! el sacrificio de esta Hostia inocente , como recibisteis en otro tiempo el de Abél ; sirva este grande exemplo de fé y de religion de enseñar á los que me oyen , que todo se gana , quando todo se abandona por asegurar una felicidad eterna. Amen.

SER-

SERMON SEGUNDO  
PARA UNA PROFESION  
RELIGIOSA.

*¡Quam dilecta tabernacula tua , Domine virtutum ! Concupiscit , & deficit anima mea in atria Domini.*

Señor Dios de los Exércitos , ¡qué amables son vuestras tiendas ! Mi alma desea con ansia habitar en la casa del Señor , y casi desfallece con lo vivo de este deseo. *Psalm. 83. v. 1. 2.*

**A**Esto se reducian , amada hermana mia , todos los deseos de un Santo Rey , á quien el Señor habia llenado de gloria , de prosperidad y abundancia. No le movian á una indecible y continuada alegría ni la magnificencia del trono en que el Señor le habia colocado , ni el número de sus victorias , ni la grandeza de su reyno ; el Arca Santa , el tabernáculo de Dios vivo , de que se veia separado por la rebellion de su hijo , el consuelo de ir á aquel santo lugar á descargarse , por decirlo así , al pie de los Altares , del peso de la dignidad Real , el de derramar en él su alma en presencia de el Señor , el de cantar allí cánticos de accion de gracias , el de mezclar sus lágrimas con la sangre de las víctimas , el de celebrar en él entre los hijos de Aarón la memoria de los beneficios con que en otro tiempo habia el Señor favorecido á su pueblo ; el de meditar en él las maravillas de su ley , y las pro-

promesas hechas á sus padres, esto era lo que únicamente le parecia digno de echarse menos en medio de la elevacion y poder de que un hijo rebelde acababa de despojarle.

Y estas mismas son, amada hermana mia, las santas disposiciones que la gracia pone en vuestro corazon; á este no le ha podido mover, ni la fortuna en que os hizo nacer la Providencia, ni lo respetable de vuestro nombre en el mundo, ni los bienes mas engañosos y lisongeros que en él os podiais prometer: La casa del Señor, los santos consuelos de un religioso retiro, la alegría de ocultaros en lo íntimo del tabernáculo, y en este nuevo templo (1) en donde sois la primera víctima que se ofrece sobre el Altar, y al que vuestro sacrificio sirve como de consagracion y dedicacion solemne, os ha parecido mas digno de vuestros deseos que toda la gloria del mundo, y la vanidad de sus promesas. *Concupiscit, & deficit anima mea in atria Domini.*

Muchas veces, ¡ó Dios mio! habeis dicho por vuestro Profeta que son felices los que habitan en vuestra casa, y los que libres en ella de los peligros y engaños del mundo están día y noche ocupados en cantar vuestras alabanzas, y publicar vuestras eternas misericordias. *Beati qui habitant in domo tua Domine:* El mundo solamente engaña á los que le miran desde lejos, y no conocen su nada y su amargura. Feliz el alma, ¡ó Dios mio! que ha podido sacudir el yugo de todas las esperanzas humanas, y que viendo que todo es vanidad y afliccion de espíritu en este valle de lágrimas, forma en su corazon la resolucion generosa de unirse solamente á vos, y de subir de grado en grado hasta aquel estado sublime de un entero despego, hasta aquella religiosa perfeccion,

en  
 (1) Esta era la primera ceremonia que se hacia en la nueva Iglesia de la Visitacion de Chaillot.

en que viendose de cerca los verdaderos bienes, el mundo y toda su gloria no parecen mas que un vano atomo. *Beatus cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit in valle lachrymarum, in loco quem posuit.*

No quiero decir, amada hermana mia, que no tenga la casa del Señor, en la que hoy entráis con tanta fé, sus tentaciones, asi como tiene sus consuelos y utilidades. Tambien hay redes en el Tabór, segun la expresion de un Profeta, como en las llanuras de Samaria. *Retes expansum super Thabor.* (a) El lugar santo puede tener sus aflicciones y sus peligros como el siglo; y asi no bastaria explicaros aqui las utilidades de la vida religiosa, sin exponeros tambien sus tentaciones; es muy conveniente que al empezar esta santa carrera, en que se presentan tantos alivios y consuelos, veais tambien desde lexos algunos escollos que pudierais hallar en el camino; es verdad que yo debo animar vuestra fé, manifestandoos todos los consuelos que nos dispone Jesu-Christo en este santo retiro, y tambien es cierto que no puede alcanzar mi discurso á manifestaros la abundancia de sus dones, y las riquezas de sus misericordias; pero, por otra parte, es tambien muy conveniente prevenir vuestra vigilancia, descubriendoos los lazos que pudierais hallar; y asi será el asunto de esta instruccion manifestaros las tentaciones, y los consuelos de la vida religiosa; esto es, daros reglas contra sus tentaciones, para que podais disfrutar mejor sus consuelos. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

Hijo mio, dice el Sabio, quando empieces á servir á Dios dispón tu alma para la tentacion, y acuerdate de que los mismos caminos de la sabiduria y de la virtud ocultan unos escollos que son mas temibles, por-  
 que

(a) Osee 5. v. 8.  
 Tomo VIII.

que se andan estos caminos sin precaucion y sin defensa. *Fili, accedens ad servitutem Dei, prepara animam tuam ad tentationem.* (a)

Este consejo es mucho mas esencial para las almas que se consagran á Jesu-Christo en la vida religiosa, porque suelen persuadirse á que en ella nada hay que hacer despues de haber renunciado el mundo, y abrazado un estado santo; y que vencidas las dificultades de este primer paso, nada hay que temer en lo restante de la carrera.

Con todo eso, amada hermana mia, la misma vida religiosa á que hoy os llama la gracia, este estado divino que nos hace ser anticipadamente en la tierra lo que los Angeles son en el cielo, este estado tiene tambien sus escollos y sus tentaciones, en las que todos los dias vemos peligrar á muchas Vírgenes locas.

Todos los Israelitas, dice el Apóstol, salieron de las abominaciones de Egypto, todos siguieron la nube resplandeciente que los guiaba por el desierto; con todo eso, continúa el Apóstol, á pesar de este primer paso, que parecia ponerlos en seguridad, no todos fueron agradables á Dios: *Sed non in pluribus beneplacitum est Deo.* (b) ¿Y de qué proviene esto? Proviene de que pasado aquel primer fervor volvieron á mirar á atras, y á acordarse con gusto del mismo Egypto, que con tanta alegría habian abandonado poco antes; y á esto llamo yo tentacion que causa el mismo tiempo: En segundo lugar, porque cansados de las fatigas del desierto, y fastidiados hasta del mismo Pan celestial con que el Señor los alimentaba, empezaron á disgustarse, y á sus disgustos siguió muy presto la murmuracion; y esta es la tentacion de disgusto: Finalmente, provino de que dexandose llevar del mal exemplo de algunos compañeros, se descuidaron en presentar sus votos y oraciones delante

(a) *Eccl. 2. v. 2.* (b) *1. Cor. 10. v. 5.*

del Tabernáculo santo, y no pensaron mas que en regocijarse y danzar al rededor del becerro de oro; y esta es la tentacion del mal exemplo: Esto, dice el Apóstol, no era mas que una figura para nuestra instruccion. *Hec autem in figura facta sunt nostri.* (a) Y estas son las tres tentaciones que podeis temer, amada hermana mia, en este religioso desierto en donde entráis quando salís del mundo, y de toda la corrupcion de Egypto.

En primer lugar, la tentacion del tiempo: Los principios, amada hermana mia, siempre son fervorosos y fieles. Los primeros fundamentos del edificio santo se ponen con un zelo y una actividad, que parece que nunca se han de entibiar; nos abstenemos aún de las mas lícitas mitigaciones, tenemos horror aún á las mas leves infidelidades, caminamos con pasos agigantados por los caminos del Señor, nada nos cuesta trabajo, nada nos detiene, nos tragamos todas las amarguras de la obediencia, no sentimos la sujecion de la regla, acudimos con ansia á todas partes donde nos llama la obligacion y el exemplo, añadimos á las obras que nos están señaladas otras de supererogacion; finalmente, nada parece demasiado á aquel nuevo zelo y fervor.

Pero pasados los primeros años en el fervor, nos parece tener derecho para descansar; dexamos para los principiantes esta rigurosa exâctitud; miramos las mitigaciones é infidelidades como privilegio del tiempo y de los años; entablamos un género de vida mas acomodada á los sentidos y al amor propio; nos permitimos sin escrupulo ciertas omisiones, de que antes le formabamos muy grande; finalmente, nos persuadimos á que ya pasó el tiempo del fervor, y que solamente es propio de los que empiezan el observar las reglas, y las santas

(a) *Ibid. v. 6.*

tas costumbres segun toda su perfeccion y extension.  
Primera tentacion.

Para defenderos, pues, de un escollo en que muchas veces suele tropezar y padecer naufragio la gracia de la vocacion, acordaos, amada hermana mia, de que el espíritu de la vida religiosa que abrazais es el mismo en todas las edades; que las piadosas y prudentes reglas que vuestro Santo Fundador, cuya solemnidad concurre tan felizmente el día de hoy con vuestra consagracion, y parece prometeros de ante mano la gracia de su espíritu, la abundancia de su caridad, y la grandeza de su fé; que las reglas santas, vuelvo á decir, que vuestro Bienaventurado Padre dexó á este fervoroso instituto son las mismas en todos tiempos, siempre iguales para todas las Esposas de Jesu-Christo que viven juntas en este Claustro; siempre uniformes, tanto para las que empiezan, como para las que ha mucho tiempo que llevan el yugo del Señor; y que tanto en la edad abanzada como en la niñez, tanto en el fervor del noviciado como en lo restante de vuestra carrera (pues la santidad de vuestro estado siempre será igual) debe ser tambien la misma vuestra fidelidad; jamás debe entibiarse vuestro zelo, siempre deben perseverar vuestras disposiciones de fé, de amor y de sacrificio; en una palabra, el último día que ponga fin á esta feliz carrera, debe parecerse en el fervor y el zelo, al primero con que hoy dais principio á ella.

¿Pero qué es lo que digo, amada hermana mia? No basta que el último día se parezca al primero; quanto mas antigua vayais siendo en la profesion religiosa, mas debéis crecer en la gracia de vuestro estado, en el deseo de vuestra perfeccion, y en el amor á vuestras obligaciones y reglas; quanto mas antigua seais, las que empiezan os mirarán con mas cuidado para gobernarse por vuestro exemplo, juzgando de sus obligaciones por vuestra fidelidad, ó por vuestra negligencia; vuestras

tras flaquezas ó vuestras virtudes serán sus virtudes ó flaquezas; y así el Señor os pedirá mas fidelidad en vuestras obligaciones, y mas perfeccion en vuestro exemplo: El que no adelanta en el camino del Señor vuelve atras; el Espíritu Santo maldice á los que hacen con negligencia la obra del Señor; y si hubiera algun tiempo en que fuera lícito servirle con tibieza y pereza, sin duda sería en el principio de la carrera, en que estando todavia débil la gracia, y todas las religiosas virtudes en su principio, por decirlo así, parece que admite alguna disculpa la relaxacion, y que son mas dignas de perdon las imperfecciones; pero despues, quando habiendo crecido en nosotros la gracia se fortifica el espíritu de vocacion, la tibieza no puede menos de ser delito, y las inobservancias una especie de apostasia, que no pueden alegar mas excusa que un corazon ingrato é infiel.

El que empieza, dice Jesu-Christo, y despues afloja, y vuelve á mirar atrás, no es á propósito para el reino de los cielos. *Non est aptus Regno Dei.* (a); Qué terrible sentencia, amada hermana mia! Esto es lo mismo que decir, que una alma tibia y perezosa no debe aspirar á la salvacion, prometida solamente á los que hubieren perseverado hasta el fin: Una alma infructuosa y estéril, que despues de haber arrojado hermosas hojas se queda en esto sin producir frutos, no debe esperar mejor suerte que aquel desgraciado árbol del Evangelio. *Non est aptus Regno Dei.*; Oh amada hermana mia! Si segun dice el Apostol, aún los que corren no suelen llegar al fin de la carrera; si entre aquellas mismas almas que parecen mas fervorosas y fieles, se hallan algunas que no serán admitidas á las bodas del Esposo, porque con una secreta vanidad habrán corrompido sus caminos,

(a) *Luc. 9. v. 62.*

é inficionado todas sus obras, ¿qué suerte podrán esperar las que despues de haber dado los primeros pasos descansan cobardemente, y se persuaden á que están dispensadas de lo restante de la carrera?

No, amada hermana mia, en la milicia de Jesu-Christo no sucede lo que en la de los Príncipes de la tierra; en esta despues de cierto tiempo de trabajo y servicios, se adquiere derecho para pretender el descanso, como recompensa de las pasadas fatigas; pero en la milicia de Jesu-Christo se mira como desertor al que dexa de pelear un solo instante. Todo el tiempo de la vida presente es una continuada milicia, dice Job; este es el tiempo de los trabajos y combates; el descanso está reservado para el fin de la carrera; quanto mas adelantamos en la edad, mas cerca estamos de aquel feliz término, y así deben inflamarse mas nuestros deseos por el cielo, mas nos debemos alegrar con la vista de la pátria de que ya estamos cerca, mas indignas de nuestro amor nos deben parecer todas las criaturas, de que muy presto seremos privados; nuestra redencion que se acerca, debe avivar mas nuestro amor, excitar nuestra fé, y confortar nuestra esperanza; y así debemos levantar la cabeza con una santa alegría, como dice Jesu-Christo, esto es, debemos fijar la vista en el cielo, no mirar á la tierra, y no esperar otra cosa mas que el feliz momento que vá á unirnos con Jesu-Christo. *Respicite, & levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra.* (a)

Y á la verdad, amada hermana mia, ¿querriais, por aflojar despues de algunos años de fervor, perder todo el fruto de vuestra fidelidad pasada? ¿Querriais disipar las riquezas, que tan felizmente hubieseis juntado, y dexar perder la gloria de las muchas victoiras que habriais conseguido del enemigo? ¡Ah! Entonces es quando debeis pro-

(a) *Luc. 21.*

proceder con mas cuidado, porque hallandoos adornada de bienes espirituales, hará mas esfuerzos el enemigo para arrebatároslos: En el principio no os hará tanta guerra; es semejante á aquellos Piratas, que dexan pasar en paz los Navios que van á hacer largos viages, y á buscar preciosas mercancías en los países remotos, para acometerlos á la vuelta, quando están cerca del fin de su viaje, porque entonces los hallan cargados de riquezas; se esfuerzan para apresarlos, y hacen inútiles los trabajos y peligros que habian pasado para adquirirlas.

Además de esto ¿os podreis persuadir, amada hermana mia, á que habeis hecho demasiado por Jesu-Christo, despues que hayais consagrado algunos años de zelo á servirle? ¿Podrá la vida, este rápido instante, alcanzar toda entera para dar gracias al Señor por el inestimable beneficio que os ha hecho en apartaros del mundo y de su corrupcion? Aún la misma eternidad no alcanza á los Santos, para dar gracias al Señor que los libró de la perdicion y de su ira, ¿y habia de ser una Virgen tan infiel, que se persuadiese á que despues de los primeros años de zelo y de fervor, tenia derecho para descansar, como si se hubiera acabado el tiempo de los combates, y no tuviera ya, ó enemigos que temer, ó acciones de gracia en que exercitarse para con aquel misericordioso Señor que la ha defendido de la general deprabacion, poniendola en lo mas retirado de su Santuario? Pero qué digo? ¿Habia de tener valor para mirar aquella rigurosa exâctitud, de que al principio habia hecho profesion, como excesos pueriles de la primera edad, que debian moderarse por una razon ya madura? Esto sería lo mismo que decir á Dios: Señor, mientras yo seguia los movimientos de una edad tierna, y las débiles luces de una razon informe, os servia con fervor; de todo me privaba, de todo formaba escrupulo, juzgaba que la virtud consistia en no dar satisfaccion alguna á mis sentidos, en cumplir hasta las menores obligaciones con una exâctitud,

tud, que mas era puerilidad que virtud verdadera, y en seguir lo que me parecia mas perfecto en vuestros caminos, y mas conforme al espíritu de mi vocacion; pero segun se ha ido madurando la razon con la edad, y pasando aquellos primeros fervores, he ido conociendo que se os puede servir á menos costa, que vos no pedis ansias tan vivas, ni una fidelidad tan escrupulosa, que sois un Señor facil de contentar, que de todo se paga, que basta no apartarse de vuestro servicio con transgresiones manifiestas, y que podemos muy bien ser vuestros, sin hacernos una guerra tan importuna á nosotros mismos; y dado caso que una Virgen no hable á Dios en este estílo, á lo menos este es el idioma de su corazon, y el ultraje que añade á sus infidelidades, y al disgusto en que se halla de su estado.

Y esta es, amable hermana mia, la segunda tentacion de la vida religiosa; la tentacion de disgusto.

Como estamos llenos de amor propio, casi siempre nos sucede adaptar la virtud á nuestras inclinaciones; esto es, atendemos mas al gusto sensible que nos llama á Dios, que á la justicia de su ley, y á las verdades de la vida eterna; los principios, con especialidad, de la vida christiana y religiosa, siempre están acompañados de cierta disposicion del corazon, que desde luego nos suaviza todos sus ejercicios; algunas veces la novedad, el temperamento, y aún la gracia que entonces suele estar mas viva, todo esto hace en el corazon ciertas impresiones, que nos mantienen en el exercicio y en las obligaciones de las reglas santas; entonces todo se allana, todo parece facil, nos persuadimos sin dificultad á que los fines correspondarán á tan felices principios, que las obligaciones tendrán siempre para nosotros el mismo atractivo, y que nada debilitará aquel gusto sensible, que al principio nos hace tan felices, y que apreciamos tanto nuestra dicha en los caminos de Dios.

Con todo eso, este primer gusto regularmente se pierde

de este atractivo pasa, no hallamos cosa alguna sensible que nos mantenga en el exercicio de las reglas santas, empezamos á sentir su peso, se nos niegan los consuelos que le suavizan; las pasiones que al principio estaban sujetas, se revelan contra el yugo; el corazon que al principio se sentia fervoroso, no halla en las obligaciones aquel atractivo que se las hacia amables; las mortificaciones cuestan trabajo, la observancia de las reglas parece penosa, la oracion, en vez de consolarnos, nos sirve de molestia y esclavitud, los santos mysterios excitan muy poco nuestro fervor; finalmente, aunque todavia caminamos ácia la verdad, cada paso nos cuesta un nuevo esfuerzo, caminamos sin gusto y sin consuelos, y de esto proviene que desfallecemos y vamos arrastrando por el santo camino, buscamos en las relaxaciones del amor propio los consuelos sensibles que faltan á la virtud, y nos desquitamos con nosotros mismos, por decirlo asi, de los disgustos que experimentamos con Dios.

Para precaver, pues, una tentacion que es tan frecuente en estos religiosos retiros, atended, amada hermana mia, á los consejos siguientes, y procurad no olvidarlos.

El primer consejo es, que la raíz de nuestros disgustos en los caminos de Dios consiste regularmente en nuestras infidelidades. Solamente quando empezamos á mezclar mitigaciones con la obligacion, es quando las obligaciones empiezan á sernos tristes y molestas; nos figuramos que permitiendonos ciertas relaxaciones se nos hará mas llevadero el yugo, y entonces nos le hacemos mas molesto y pesado: Por eso en aquellas casas religiosas en donde todavia reyna el primer fervor, en donde se vive en una entera abstraccion del mundo, en donde aún no está debilitado el espíritu de silencio, de oracion, de abnegacion, y de mortificacion, en estas felices casas se vé pintada la alegría en los rostros de las que las habitan: en ellas, todas las Esposas de Jesu-Christo llevan su yugo

con un gusto y una alegría que admira, y aún ellas mismas estrañan que el mundo se admire de verlas tan contentas y tan gustosas en este estado de retiro, de privación, y de austeridad; pero en aquellas desgraciadas casas, en donde ha decaído el primer espíritu, en donde ya no se observa la primitiva regla, en donde se hallan alteradas todas las observancias religiosas, y en donde no se conocen las antiguas constituciones sino por la relaxación que las ha aniquilado, en estas casas no se halla mas que disgustos y murmuraciones; en ellas se hallan muchas Virgenes infieles, que viven descontentas é infelices en su estado, que llevan el yugo con una tristeza y una repugnancia que las oprime; quanta mayor conexión y uniformidad conservan con el mundo, mas triste y funesta las parece la religion; y las mismas mitigaciones que entre ellas ha introducido la costumbre son la funesta raíz de sus disgustos y penas.

Amada hermana mia, esta es la suerte inevitable de una Virgen tibia é infiel; en vez de suavizar las observancias de la vida religiosa, cumpliendo con ellas imperfectamente se las hace mas insufribles; quanto mas afloxa, mas se aumentan los disgustos, porque se entibia mas el amor, que es el que todo lo aligera; todo la parece pesado en el servicio de Jesu-Christo, porque en este estado no recibe aquellas abundantes gracias, que son recompensa del fervor; la oracion, que antes era para ella un santo comercio de amor y confianza con el Señor, no es mas que una violencia que la causa el retiro, en el que no halla la presencia de su Dios, ni la felicidad de gozar de él separadamente; el estar apartada de la vista de los hombres es para ella una triste soledad, en donde es molesta aún á sí misma; los ejercicios quotidianos son para ella una vida de costumbre, en la que no halla mas que el fastidio de hacer siempre una misma cosa; todas las ocupaciones de la vida religiosa no son mas que unas molestias, que solo sirven de diferenciarla los disgustos: El

mun-

mundo, en el que otras veces no veía mas que miserias y pesares, que la servian de suavizar las penas de su estado, la representa unas lisongeras alegrías que se las hacen mas insufribles. Al mismo tiempo que se halla privada de los frívolos placeres de los mundanos, participa de sus molestias é inquietudes; en el lugar santo halla todas las amarguras que dá á beber el mundo á sus sequaces: A ella se dirige aquella reconvencion del Señor por su Profeta, en la persona de la infiel Jerusalén: Caminaste por el mismo camino que tu hermana Samaria; imitaste en el lugar santo las costumbres, las relaxaciones, el culto tibio é imperfecto de un mundo que yo he reprobado, habiendote yo elegido y adornado con tantas gracias: *In via sororis tue Samaria ambulasti.* (1) Y así, dice el Señor, participarás del Caliz de Samaria, de aquel Caliz de molestias y tristezas, pues has querido participar de su espíritu y de sus infidelidades; yo convertiré los consuelos que te disponia en este lugar que yo he escogido, en interiores disgustos y amarguras; mi casa no será para tí mas que una casa de luto y de violencia. Tus días, que habian de ser días de paz, de consuelo, y de luz, serán días de inquietud, y de tinieblas; tus caminos, que habian de ser suaves y tranquilos, estarán sembrados de abrojos y espinas; y Samaria en medio de todas sus abominaciones no será mas desgraciada que tú, en una casa de paz y de inocencia: *Repleberis calice mœroris, & tristitiæ, calicis sororis tue Samariæ, & bibes illum, & potabis usque ad faeces.*

Y así, amada hermana mia, si alguna vez padecéis estos disgustos en la santa carrera que vais á empezar, examinaos inmediatamente á vos misma; mirad si se ha introducido en vuestro corazon algun principio secreto de

in-

(1) Ezeq. 33.

infidelidad, que inficione vuestros ejercicios, y que aparte á Dios de él; mirad si acaso vuestros disgustos son castigo de vuestra tibieza, si habeis degenerado de vuestro primer fervor, si estais muy pagada de vos misma, si manteneis algunos secretos rencores, ó algunos afectos demasiado humanos, si negais á la gracia mil secretos sacrificios que os inspira, si os dexais llevar del génio, de la pereza, y de algunas leves aficiones que ocupen todo vuestro interior: Examinad vuestro corazon, registrad el origen de vuestros disgustos, y vereis como en vez de hallar estos en la obligacion, los hallais en vos misma.

El segundo consejo, amada hermana mia, es, que estos disgustos suelen tambien hallarse aún en la vida mas fervorosa y mas fiel, y que aunque hoy os consagreis á Jesu-Christo, no habeis de persuadiros á que no habeis de hallar algunas amarguras en su servicio, porque estas son unas pruebas de que suele servirse el Señor para purificar nuestros corazones, y para perfeccionar todos nuestros pasos: Al principio de la carrera nos sostiene con consuelos sensibles; esta es la leche con que alimenta nuestra flaqueza; como aún somos niños en el camino de la gracia, y como estamos poco firmes en la fé, es necesario que nos guíe por unas sendas llanas y fáciles; pero segun vamos creciendo, nos trata como á hombres robustos; yá no nos sustenta sino con el pan de la verdad, que es el alimento de los perfectos, que muchas veces es pan de tribulacion y amargura; no nos dexa otro consuelo mas que la fé, las espinas de la Cruz, los rigores, y la santa tristeza de la doctrina; es para con nosotros un Esposo de sangre, como Moysés para con Sefora. *Sponsus sanguinum tu mihi es.* (1) Quando fue preciso sacarnos de la tierra de Madian, y hacernos olvidar de nuestro pueblo, y de la casa de nuestros padres, entonces usó

(1) *Exod. 4. v. 25.*

usó con nosotros de alhagos y consuelos, con los que nos persuadió á que todo lo abandonasemos por seguirle; pero despues que hemos caminado algun tiempo con él, y que nos ha visto adelantados en el camino, toma la espada dolorosa, no atiende ya á aquellos consuelos humanos que nos confortaban, y ha dexado nuestro corazon en una especie de abatimiento y sequedad. *Sponsus sanguinum tu mihi es.* Pero, amada hermana mia, lo que entonces debe consolaros es, que el Señor no nos pide el gusto sino la fidelidad, que la vida religiosa es vida de muerte y de sacrificio, y que este estado de trabajos y tristezas parece el estado mas natural de una alma que ha elegido la Cruz por su suerte; que quanto menos parece que nos asiste el Señor con estos consuelos sensibles, mas nos defiende, confirmando nuestra fé, y aumentando nuestra fortaleza; que nunca permite que dure mucho este tiempo de obscuridad y tristeza, y que siempre le suceden inmediatamente mas claras luces, y mas abundantes consuelos que antes; y finalmente, que si alguna vez le dilata, es porque es zeloso de nuestro corazon, y porque no quiere que tenga apego á estos objetos sensibles; quiere que le sirvamos únicamente por ser quien es, y que no tengamos otro alivio en la fidelidad que le debemos mas que el gusto de serle fieles.

Pero aún hay otra reflexion de mas consuelo, y es, amada hermana mia, que los disgustos que alguna vez experimentaréis en la vida religiosa, son muy diferentes de los que hallariais en el mundo; digo en el mundo, en medio de aquel cahos, que parece ser el centro de los placeres y felicidades humanas, y que con todo es la patria de los infelices; los que en él habitan tienen consumido y despedazado el corazon, ó por sus propias iniquidades, ó por los mismos objetos de las pasiones de que están rodeados; en él cada uno busca la paz, y la felicidad, y ninguno puede hallarla ni dentro ni fuera de sí; los remedios contra los pesares se convierten en nuevas penas, los

los placeres cansan, las pasiones fatigan, las riquezas inquietan, los honores molestan, las compañías enfadan, la culpa introduce consigo su veneno en el corazón, los sucesos engañan nuestra esperanza, y en medio de una vida tan triste, tan vacía, y tan inquieta, no se halla consuelo alguno interior; luego que se apaga la fé, se retira Dios, y el corazón queda entregado á sí mismo. ¡Oh Dios mio! qué suaves y apacibles parecen los rigores que se presentan á los sentidos en estos santos retiros, comparados con las crueles inquietudes de los pecadores; y con qué facilidad muda vuestra gracia lo que parece mas triste y aspero en vuestra casa, en un yugo suave y agradable, que será el motivo de toda la felicidad de mi vida! *Convertisti planctum meum in gaudium mihi, & circumdedisti me letitia.* (1) Segunda tentacion de la vida religiosa; la tentacion de disgusto.

Finalmente, la última es la del mal exemplo; y este es tambien uno de los mas peligrosos escollos de la vida religiosa. Si, amada hermana mia, por santa que sea la casa en que os coloca la providencia, aunque Dios sea servido en ella con un espíritu de bendicion, y aunque conserve todavia aquel primer espíritu de zelo, de caridad, y de fidelidad que recibió de las manos de su santo Fundador, con todo eso, entre tantas Virgenes fieles y fervorosas es difícil que no se halle alguna, que vaya arrastrando por el camino del Señor, en quien la fé no parezca mas débil, la piedad mas tibia, la gracia de la vocacion mas dudosa, las inclinaciones mas terrenas, en una palabra, mas humano todo su método de vida.

No hay, pues, cosa mas temible que esta tentacion: Porque, amada hermana mia, si en la tal persona se viera un desorden manifiesto, declarado, y nunca visto en esta santa casa, sería facil el huir de ella, y no hallaria en

(1) *Psalm. 19. v. 22.*

vos mas que el horror, y la indignacion debida á sus excesos; pero esta es una especie de mal exemplo, que se nos presenta baxo un especioso color de inocencia, que no nos ofrece mas que unas relaxaciones leves, casi necesarias á la humana flaqueza, que se introducen con el favor de nuestras mismas inclinaciones, que no necesitan de mas persuasion para ganarnos, que el que haya una hermana que nos las manifieste, pues hallando dentro de nosotros una secreta conformidad que las autoriza, parecen mas inocentes, porque nuestro mismo corazón nos las justifica: por otra parte, como el trato de estas Virgenes infieles es regularmente mas agradable y cómodo, su génio mas amable, y sus expresiones mas alhagüenas, es mucho mas difícil el librarse de su mal exemplo, porque su compañía tiene especial atractivo; de esto proviene que se formen unas amistades muy funestas para la regular observancia; las inclinaciones que nos unen unos á otros, forman tambien unas costumbres que son muy parecidas, y luego que la relaxacion nos ha parecido inocente en los demás, tambien nos lo parece en nosotros mismos; ¡quántas esposas de Jesu-Christo, que al principio eran fieles y fervorosas, han visto perecer contra este escollo su antigua fidelidad, y toda la edificacion que estos santos asilos esperaban de su fervor, y de la exacta regularidad de sus principios!

¿Pero qué remedio puede haber, amada hermana mia, contra un contagio tan temible, aún en el lugar Santo? Primeramente; decirse á sí misma que Dios permite estos exemplos de relaxacion, aún en las casas mas fervorosas, para probar á las almas que le son fieles: Es necesario que haya tentaciones en los caminos de Dios, pues si todo lo que nos rodea sirviera para mantener la virtud, aunque en este caso tendríamos el mérito de la fé, no tendríamos el de la fortaleza y resistencia. En segundo lugar, acordarse muchas veces del exemplo de aquellas primeras madres, y de aquellas piadosas Fundadoras que

os allanaron los primeros caminos de este fervoroso instituto, que derramaron en la Iglesia tan grande olor de santidad, cuya piedad era tan tierna, tan sencilla, y al mismo tiempo tan sublime, que obligaron al mismo mundo á respetarlas, y admirar los dones de que las dotó el Señor; mirar algunas veces sus retratos, que están pendientes en las paredes de estas Santas Casas, y en los que todavía parece que están vivas, para reprehender nuestras infidelidades, é inspirarnos el mismo espíritu de que ellas estuvieron animadas; y la grande diferencia que hallareis entre ellas y vos, os servirá para excitaros á seguir sus pasos, aunque sea á lo lexos. En tercer lugar, sin ir á buscar exemplos en los tiempos antiguos, debéis siempre proponeros el de las Virgenes fervorosas, que á vuestra vista caminan aquí con tanta fidelidad por los caminos del Señor; no perder de vista á aquellas hermanas que trabajan con mas valor para llegar á la perfeccion de su estado, estudiar su conducta, amar su compañía, y buscar su amistad; los buenos exemplos deben hacer en vos mayor impresion, porque aquí son muy comunes, y á qualquiera parte que volvais la vista siempre encontrareis con ellos; pero mas que todo os servirá el mirar atentamente á esa Grande y Piadosa Reyna, (1) que honra con su presencia vuestro sacrificio, que encerrada dentro de esas sagradas paredes, llega todos los días á recibir al pie de los Altares los únicos consuelos que pueden mantener á una alma fiel; que anima con su exemplo á las Santas Virgenes entre quienes vive; que se adelanta á ellas en los caminos de la gracia, y en el exercicio de las santas observancias, que mas las manifiesta sus virtudes, que sus titulos y grandeza; y que os enseña, que desde la mayor elevacion se vé mas de cerca la nada de todas las cosas humanas.

(1) *La Reyna de Inglaterra.*

Y así, amada hermana mia, tened á bien que yo acabe esta primera parte de mi discurso, dirigiendoos las mismas palabras con que San Cypriano hablaba en otro tiempo á los Santos Confesores de la Fé, que despues de haber expuesto generosamente sus vidas por Jesu-Christo, en el tiempo de la persecucion, empezaban durante la paz á afloxar de aquel primer fervor que les habia hecho renunciarlo todo, y correr á buscar el martyrio: Tened á bien, vuelvo á decir, que os dirija las mismas palabras, pues la accion que vais á executar es una pública y generosa confesion de la fé de Jesu-Christo, y vais corriendo á ofrecerlos á un martyrio de fé y de penitencia: Es inutil, les decia aquel grande Obispo, y yo tambien os digo lo mismo, es inutil el que todo lo hayais renunciado por confesar públicamente á Jesu-Christo, si al mismo tiempo que todos los dias estais muriendo al mundo, y á vosotros mismos, no es vuestra vida una continua confesion de su nombre, y un perpetuo martyrio de fé y de abnegacion: Despues de tan buenos principios nada debe deteneros, ni impedir vuestro adelantamiento. *Danda opera est, ut post hæc initia ad incrementa quoque veniantur.* (a) Es necesario que la gracia que os ha hecho dar este primer paso con tanto valor, vaya siempre creciendo. *Et consumetur in vobis, quod jam rudimentis felicibus esse coepistis.* Es cosa muy apreciable el haber adquirido un titulo santo y glorioso de Confesor, ó de Esposa de Jesu-Christo, renunciandolo todo por él, pero nada habeis hecho si no corresponde lo restante de vuestra vida á la santidad y excelencia de un titulo tan sublime. *Parum est adipisci aliquid potuisse, plus est quod adeptus es posse servare.*

Pero, amada hermana mia, para defenderos contra todas estas tentaciones basta el santo estado que abrazaís:

(a) *Cypr. Epist. 15. ad Confes.*

zais : En la gracia de vuestra singular vocacion , y en el fervor con que á ella correspondéis , hallais todas las precauciones y todos los remedios que quedan señalados en este discurso : os he manifestado los lazos que en él podeis hallar , para animaros á que exerciteis vuestra caridad con aquellas hermanas que pudieran dexarse engañar de ellos : ya es tiempo de correr el velo á las preciosidades y riquezas que oculta el Santuario en que vais á entrar , de prometeros en él , y presentar á vuestra vista todo lo que en él esperais , y de referiros las utilidades y consuelos de la vida religiosa á que os llama la misericordia de Jesu-Christo.

## SEGUNDA PARTE.

**L**A tierra en que vais á entrar , y que ha de ser vuestra eterna posesion , decia en otro tiempo el Señor á su pueblo , es muy distinta de Egipto , de donde acabais de salir : *Terra quam ingredieris possidendam , non est sicut terra Aegypti de qua existi.* (a) Esta feliz tierra está rodeada de montañas y bosques. *Montuosa, & campestris.* El Señor la habita , y la está siempre visitando , y no se apartan de ella sus ojos desde el principio del año hasta el fin : *Quam Dominus Deus tuus semper invisit, & oculi illius in illa sunt à principio anni usque ad finem ejus* : Finalmente , solamente espera , y recibe del cielo sus rocíos y sus lluvias , las que la enriquecen y fecundan : *De caelo expectans pluviam.*

Esto es lo que yo os puedo decir hoy , amada hermana mia , de la feliz tierra que os ha escogido el Señor para vuestra morada , y estas son las tres utilidades de la vida religiosa. No es como Egipto , esto es , como el mundo miserable y corrompido de donde salis ; el mundo , semejante á Egipto , es como una desgraciada llanura en don-

(a) Deuter. 11. v. 10.

donde por todas partes estamos expuestos á los venenosos dardos de Satanás , y es el lugar de las tentaciones y caídas ; pero esta tierra es una tierra rodeada de montañas y bosques , inaccesible al enemigo , y que por todas partes presenta unas murallas impenetrables á sus combates y engaños. *Montuosa, & campestris.* Es decir , que en ella no son tantas las tentaciones : primera utilidad. En segundo lugar , el Señor la está visitando continuamente , nunca aparta de ella su vista , y siempre está presente para amparar á las almas que le sirven. *Quam Dominus Deus tuus semper invisit.* Es decir , que en ella son mayores los socorros : segunda utilidad. Finalmente , no espera mas que del cielo los rocíos y las lluvias que templan su sequedad , las recibe con abundancia , y al mismo tiempo que Egipto no tiene mas riego que el de las cenagosas aguas del Nilo , las aguas del cielo sirven de suavidad y riqueza á esta tierra feliz. *De caelo expectans pluvias* : Es decir , que en ella son mas puros y abundantes los consuelos : ultima utilidad.

He dicho en primer lugar , que en ella son menores las tentaciones ; porque los tres mayores escollos de la inocencia de los hombres , las tres grandes plagas que inficionan á casi todo el mundo , no pueden exercer aquí , sino muy débilmente , su malignidad y su imperio.

Primeramente , aquí la religiosa pobreza nos defiende contra la tentacion de las riquezas : primer escollo de la vida humana ; y quando digo la tentacion de las riquezas , amada hermana mia , ¡oh quantas tentaciones advierto en esta sola tentacion ! En primer lugar , aquella culpable complacencia que hace que pongamos en ellas nuestro consuelo , nuestro sosiego , nuestra confianza , y todo nuestro remedio ; que nos hace esperar , como á aquel insensato del Evangelio , el deleyte de gozarlas , y de no depender de nadie ; que hace que el corazon se aficione á la tierra , se fixe en ella , y la mire como su patria y herencia ; que el oro y la plata sean nuestros ídolos , como di-

ce el Apostol, y nuestra única divinidad; que no deseamos los bienes eternos, y en una palabra, que dexemos de ser christianos, que perdamos la fé, quiero decir aquella fé viva, que está animada de la caridad, y que no tengamos parte en las promesas: ¿en dónde se hallan los ricos del siglo que estén libres de esta maldicion? A todos parece que los comprehende la sentencia de Jesu-Christo; y á la verdad, ¡qué difícil es que nuestro corazon no esté donde está nuestro tesoro! A este apego á los bienes de la tierra podeis añadir el mal uso que de ellos se hace, y esta es otra nueva tentacion: ¿Dónde están los que usan de ellos segun las reglas de la fé, los que no los hacen servir á la sensualidad, al luxo, á la vanidad, y á la culpa; y los que no están persuadidos á que se nos han dado solamente para proporcionar á nuestros sentidos todo aquello de que nos priva la vida christiana? No hablo aquí de los caminos ilícitos por donde suelen adquirirse. ¡Ah, amada hermana mia! ¿Dónde están los que tienen las manos puras é inocentes? ¿Dónde están los que habiendo heredado grandes riquezas de sus padres, no hayan heredado con ellas una sucesion de injusticia é iniquidad? ¿Dónde están los que no deben el aumento de su fortuna ni á unos medios dudosos, ni á una industria sospechosa, ni á unos arbitrios equívocos, ni á unos exercicios odiosos, ni á unos servicios injustos? ¡Qué pocas prosperidades hay inocentes! ¡Quántas máximas peligrosas suelen formarse algunos para excusarse, ó de examinar sus injusticias, ó de repararlas! ¡Quántas reglas falsas se figuran, fundandolas en la clase, ó en la costumbre, para no quedar despojados de lo que injustamente poseen! ¡Quántos pretextos para no pagar las deudas que han contraído, y para no abstenerse de mil profusiones, ó inútiles, ó culpables, quando al mismo tiempo están negando al desgraciado acreedor su pan y su propia sustancia! A todo esto podeis añadir, amada hermana mia, los cuidados inseparables de las riquezas, los accidentes no esperados, las fortunas amenazadas de rui-

ruina, ó enteramente arruinadas, la decadencia de los negocios, los embarazos de que es preciso desenredarse, las revoluciones que hay que sufrir, y los cuidados para conservar lo que se posee, aún mucho mas penosos que los que se emplean en adquirirlo: ¡De quantas tentaciones y lazos están sembrados los caminos de los hijos de Adán!

¡Qué felicidad, amada hermana mia, la de una Esposa de Jesu-Christo, que despojandose de todo, priva al enemigo de las ventajas que de ella pudiera alcanzar! ¡Qué felicidad, el no poseer otro tesoro mas que á Jesu-Christo, y renunciar unos bienes inútiles por la paz del corazon, pues su uso, aún quando es mas inocente, rara vez está esento de culpa! ¡Qué felicidad en no ser ricos sino de los bienes de la gracia, los que nadie puede quitarnos, y los que unicamente nos acompañarán en el cielo! ¡Qué felicidad, el no ver aumentarse nuestras necesidades, nuestros cuidados, nuestra dependencia, al paso que se aumentan nuestras riquezas, y desembarazarnos desde luego de un peso que casi siempre nos arrastra consigo al precipicio! Finalmente, ¡qué felicidad el no poseer cosa alguna con apego, el ser ricos, no deseando cosa alguna, y el poseerlo todo, contentandose unicamente con Dios! ¡Oh Señor! De aqui adelante mi único patrimonio será la observancia de vuestra santa ley. *Portio mea Domine, dixi custodire legem tuam.* (a) Yo, Señor, seré felicísima si os dignais ocupar en mi corazon el lugar de un mundo miserable y frívolo que os sacrifico: Puede ser que los insensatos miren como locura la eleccion que hoy hago; acaso querrán ponderarme las vanas utilidades que podría esperar del mundo; pero ¡oh Dios mio! ¡qué poca fuerza tienen estos pueriles discursos,

(a) *Psalm. 118. v. 57.*

esos, y estas fábulas para mover á una alma penetrada de la felicidad de poseeros, y de la esperanza de los inestimables bienes que preparais á los que ponen sus delicias en vuestra santa ley! *Narraverunt mihi iniqui fabulationes, sed non ut lex tua.*

Pero no solamente os defiende la pobreza religiosa de la tentacion de las riquezas, y de todos los peligros anexos á su posesion y á su uso, sino que tambien el sacrificio que vais á hacer á Jesu-Christo, de vuestro cuerpo, consagrandole á una perpetua continencia, os hace superior á las tentaciones de la carne: Segundo escollo, adonde todo el mundo parece que corre precipitado, gloriandose de naufragar en él; quando digo todo el mundo, no hablo solamente, amada hermana mia, de aquellas ignominiosas pasiones de que cuesta tanto trabajo librarse en el mundo, y de las que rara vez están esentas las primeras costumbres, que muchas veces manchan todo el curso de la vida, y que algunas veces, por justos juicios de Dios, suelen llegar hasta una vejez infame y desordenada: Hablo solamente de los deseos de agrandar que son tan naturales, de los que nadie procura defenderse, de los que muchas personas suelen gloriarse, y que forman como una culpa continuada; de los tratos y conversaciones mundanas, de aquellos deseos que suelen introducirse aún en las mas inocentes acciones, que manchan á tantas almas sin que ellas lo conozcan, y aún á aquellas que por su modo regular de proceder son irreprehensibles en la presencia de los hombres: Hablo de las concurrencias y de los placeres públicos, en donde tenemos precision de hallarnos, ó por costumbre, ó por politica, y de los que jamás sale intacta la inocencia, porque en ellos todo es lazos para la vista, escandalos para el pudor, y libertinage para el oído. Y con todo eso esta es la vida mas inocente del mundo; quando por el contrario, en los santos retiros todo está inspirando pu-

pudor, todo ayuda á conservar la inocencia, y quanto se vé y quanto se oye infunde amor á la virtud, y horror al vicio: ¿Qué mas diré? Hablo, finalmente, de aquellas peligrosas amistades que son inevitables en la sociedad; de aquellas conexiones que se contraen casi sin pensar y sin querer, á las que nos entregamos sin escrupulo, porque sus principios siempre son inocentes, pero que en llegando á cierto punto se convierten en pasiones y en comercios infames, y de aquellos lazos indisolubles de los que no es posible desprendernos. No obstante, este es el destino, aún de aquellos que viven con mas recato, y que no buscan, como otros, con ansia las ocasiones de agrandar y perecer; pero en estos santos lugares no se forman conexiones sino para animarse á la virtud: Solamente la uniformidad de las reglas, de las obligaciones, y de los devotos ejercicios es la que nos une, y todo sirve de instruirnos, de animarnos, y de perfeccionarnos. En una palabra: Hablo aún de aquellos mismos peligros del matrimonio, del abuso que suele hacerse de este sagrado vínculo, de los disgustos y antipatías que le acompañan, de las pasiones que suele avivar y encender, en vez de calmarlas y apagarlas; es tal la desgracia del mundo, que aún los remedios contra el vicio suelen convertirse en estímulos que le fomentan; Ah! ¿Qué pocas uniones hay castas y fieles! ¿Qué escandalosos divorcios! ¿Qué matrimonios desgraciados, ó por los excesos de un esposo desarreglado, ó por las locuras é infames pasiones de una esposa mundana y poco recatada! Oh Dios mio! alargadme vuestra misericordiosa mano para ayudarme á salir de una region tan impura, en donde reynan la muerte, la corrupcion, y el pecado; y guiadme á un lugar de paz y de inocencia, en donde pueda bendecir para siempre vuestro Santo Nombre, y publicar las maravillas de vuestra gracia para con mi alma. *Educ de custo-*

*todia animam meam ad confitendum nomine tuo. (a)*

¡De qué inquietudes, de qué peligros, de qué tentaciones os librais, amada hermana mía, con el sacrificio que vais á hacer á Jesu-Christo de vuestro cuerpo, eligiendole hoy por vuestro Esposo! Pero el sacrificio de vuestro entendimiento y voluntad, que vais á hacer por el voto solemne de obediencia, no os libra de menos caídas y peligros, de los que siempre está acompañado el mal uso que solemos hacer de nuestra libertad: Porque, amada hermana mía, esto que el mundo tanto nos pondera como mayor felicidad, esta libertad, esta independencia que tanto ensalza, es justamente la raíz de todas las molestias que turban nuestros placeres. El mayor suplicio de las almas mundanas es vivir sin otra regla, y sin mas gobierno que el acaso; el no consultar mas que al gusto, y á las desigualdades de la imaginacion; el ser incapaces de guardar conseqüencia ni uniformidad; el pasar una vida sin orden ni gobierno, la que cada dia trae consigo nuevos gustos, y nuevas ocupaciones; en la que ninguna cosa está en su lugar; en la que es preciso estar siempre sufriendo á su corazon, sintiendo en él un peso insoportable, una vida incierta, desigual, y aún ociosa en su misma inquietud; una vida que se llama libre, pero que tiene una libertad que nos molesta, la que no sabemos en qué emplear, en la que hacemos experiencia de todo, y hallamos que todo nos cansa: Amada hermana mía, los hombres son muy ligeros, muy inconstantes, y muy flacos para gobernarse ellos á sí mismos: Ha habido necesidad de formar leyes para fixarlas en la sociedad, y tambien necesitan de ellas para fixarse á sí mismos.

Pero en la vida religiosa todo está arreglado; en ella

(a) *Psalm. 14. v. 8.*

nadie vive entregado á sí mismo; cada instante tiene señalada su ocupacion particular; cada dia tiene su destino determinado; aquí se halla fijada la inconstancia natural por la uniformidad de las reglas; nada se concede á los antojos de el gusto, que siempre nos dexan inquietos, y llenos de nuevos deseos; todo sirve á la fé, al buen orden, y á la obediencia, la que siempre nos dexa tranquilos y contentos: Aquí no hay que temer la tentacion de el fastidio, de la inutilidad, ni de aquella perpetua ociosidad en que siempre se vive en el mundo; todos los dias están llenos, todos los instantes ocupados, y toda la vida bien ordenada; aquí nadie vive entregado á la casualidad, y baxo la conducta siempre incierta y peligrosa de sí mismo; aquí se vive baxo la direccion de las reglas, que siempre son seguras, y siempre las mismas: ¿Pero qué digo? Se vive baxo la mano del mismo Dios, que desde que nos despojamos de nosotros mismos se encarga de nuestro gobierno; aquí no se anda buscando lugares diversos en donde descansar de la molestia; en todos los lugares estamos alegres, porque en todos nos hallamos por la disposicion de Dios; y aún quando alguna vez se niegue el gusto á la observancia de la regla, el orden de Dios nos mantiene en ella, y en el mismo instante nos recompensa con una alegría, y un interior consuelo, de la corta violencia que acabamos de experimentar. ¡Oh hija de Sion! exclama un Profeta, date priesa á huir de Babilonia, sal de las miserias de ese triste cautiverio, y vé á respirar en el lugar santo aquel ayre de inocencia y libertad de que el mundo no tiene mas que el nombre, y en el que hallarás tu mayor consuelo: *O Sion, fuge, que habitas apud filiam Babilonis. (a)*

Pero, amada hermana mía, en medio de no ser tan frecuentes las tentaciones en la vida religiosa, no por eso dexan de ser en ella mayores los socorros; hablo de los

(a) *Zach. 2. v. 7.*

socorros que se hallan en el retiro, porque aún quando no hubiera aquí otra utilidad mas que vivir libres de los peligros de que está lleno el mundo, el estar fuera de las pretensiones, de sus inquietudes, de las inconstancias, el no estar sujetos á sus costumbres ó cumplimientos, el estar mirando desde lejos sus disgustos, sus pesares, y su vanidad, el no depender de él en algunas circunstancias, que aunque algunas veces son justas, regularmente son funestas á la virtud; aún quando no hubiera mas utilidad que esta, no serian dignas de un eterno agradecimiento las misericordias que Dios exerce con nuestra alma?

Tambien se hallan aquí los socorros de los ejercicios religiosos que mortifican las pasiones, que arreglan los sentidos, que mantienen el fervor, que destruyen poco á poco el amor propio, y que perfeccionan todas las virtudes; en el mundo todas las ocupaciones son, ó peligros, ó culpas, todas las obligaciones son escollos, todas las correspondencias inutilidades, ó lazos; pero aquí, amada hermana mia, todas las ocupaciones son virtudes, ó medios que guian á ellas; todos los pasos se dirigen al cielo; aún aquellas obras mas indiferentes tienen su mérito por la obediencia que las arregla; todo está defendido exteriormente, y no podemos hallar escollos sino en nosotros mismos.

Aquí se hallan tambien los socorros de los exemplos. ¡Qué felicidad es vivir entre unas Virgenes fieles, que os inspiran el amor á la obligación! que os la hacen amable, que os dan animo en vuestro desfallecimiento, que os confortan en vuestros disgustos y que ayudandoos á llevar el yugo hacen mas ligero su peso! En el mundo es preciso estarse siempre defendiendo de todo lo que nos rodea; aquí todo quanto vemos nos sirve de instruccion. Por mucha priesa que nos demos á caminar por el camino del Señor, siempre vemos á otros que se nos adelantan, y en aquellas ocasiones de disgustos, en que parece faltarnos las fuerzas, como que nos lleva consigo el mo-

viimiento unánime de los demás que andan el mismo camino.

Se hallan tambien los socorros de la caridad, de el cuidado, y de el desvelo de las demás hermanas. ¡Qué consuelo para vos, amada hermana mia, el haber de pasar lo restante de vuestra vida entre unas personas que os aman, y que nada desean mas que vuestra eterna salud, que siempre se compadecerán de vuestras desgracias, que sentirán vuestras aflicciones, que atenderán á vuestras necesidades, que os aliviarán en vuestras flaquezas, que siempre estarán dispuestas á manifestaros su corazon, á recibir los secretos del vuestro, á proporcionaros en la sinceridad de su amor y caridad los mayores alivios y consuelos de vuestra vida! A la verdad, amada hermana mia, que en el mundo nadie puede preciarse de semejante felicidad: en él viven los que le habitan entre sus enemigos; aquellos mismos á quienes nos une la amistad, regularmente nos aman por su propio interés, por cumplimiento, ó por antojo; continuamente se están quedando en él de que no se hallan amigos verdaderos, porque solamente la verdad y la caridad es la que une los corazones. Aquí todos los corazones están unidos, porque todos tienen un mismo dueño, todos tienen un mismo interés, y una misma esperanza; hallareis en cada una de vuestras hermanas el mismo agrado que ellas hallarán tambien en vos.

Hay tambien los socorros de los avisos y prudentes consejos que nos corrigen sin exasperarnos, que nos curan sin hacernos nuevas heridas, que precaven nuestras faltas, ó las remedian inmediatamente: en el mundo no se halla mas que, ó aduladores que mantienen nuestras flaquezas, ó censores que las exágeran. Aquí la misma caridad que nos descubre nuestras faltas, se compadece de ellas, y las oculta; y si no tenemos la felicidad de vivir libres de defectos, á lo menos tenemos el consuelo de vivir libres de error, y de no ignorar lo que somos.

¿Qué mas diré? Se hallan tambien los socorros de las oraciones y gemidos de las demás hermanas, que se interesan con Dios á favor vuestro, que os alcanzan sus misericordias, que le presentan su fervor, su vigilancia, y sus austeridades en recompensa de vuestras imperfecciones y pereza; y que juntando sus votos y suspiros á los vuestros, dan nueva virtud y nuevo mérito á vuestras oraciones.

A todos estos socorros exteriores podeis añadir, amada hermana mía, las gracias interiores que tan abundantemente derrama aquí el Señor en cumplimiento de su promesa, las que no solamente aligeran su yugo, y los aparentes rigores de esta santa soledad, sino que los hacen amables, y llenan de suavidad y consuelo toda nuestra vida.

¿Qué socorros no os prepara la misericordia de Jesu-Christo, amada hermana mía, en este santo asilo! ¿Qué alivios para vuestra flaqueza! ¿Qué seguridad para la inocencia de vuestra edad! ¿Qué defensa contra vos misma! ¿Qué facilidad para que cumplais con todas vuestras obligaciones! ¿Qué remedios para todos vuestros males! ¿Qué alivios para todos los sucesos de vuestra vida! Y al mismo tiempo que tantas almas viven en el mundo entre escollos y precipicios, descuidadas y sin socorros, expuestas á todos los peligros que las rodean, y á ser presa de los enemigos de su salvacion, vacías interiormente de aquellos dones singulares de fé y de gracia, que inutilizan los esfuerzos y los lazos de Satanás, al mismo tiempo, vuelvo á decir, ¿qué extraordinarias y admirables son, amada hermana mía, las misericordias del Señor para con vos! Libra á vuestra alma, como dice el Profeta, de mil muertes que os habia preparado el mundo: *Qui redimit de interitu animam tuam.* (a) Os llena y corona de sus dones y gracias: *Qui coronat te in miseri-*

(a) *Psalm. 102. v. 4. & seq.*

*cordia, & miserationibus.* Se adelanta á vuestros deseos, y os concede todas las súplicas de vuestro corazón, al mismo tiempo que os abre estas sagradas puertas, y parece que derrama con prodigalidad en favor vuestro sus bienes, y los tesoros de sus riquezas: *Qui replet in bonis desiderium tuum.* Finalmente, aquí siempre estará renovando vuestra fuerza, y estenderá el fervor y la santa ansia de nuestra primera edad hasta la ancianidad mas decrepita. *Renovabitur ut aquila juvenus tua.*

Vestíos, pues, amada hermana mía, con un corazón penetrado de agradecimiento, ese religioso velo con que desde hoy estareis defendida de los engaños del mundo, y de los insultos del enemigo: Mirad las sagradas vestiduras que hoy os pone la religion, y que van á suceder á los despojos del siglo, miradlas como unas hermosas señales de vuestra libertad, y como eterno testimonio de la bondad de Dios para con vos; si alguna vez os preguntan, como preguntaban en otro tiempo á los judios, qué significan esas señales exteriores de consagracion y sacrificio con que vais á vestiros: *Quid sibi volunt testimonia haec?* (a) Responded con la misma libertad que ellos: Estabamos esclavos en Egipto, gemiamos baxo el yugo de Faraon, y el Señor ha obrado un extraordinario prodigio á favor nuestro para sacarnos del cautiverio, y llevarnos á una tierra santa, en la que continuamente estemos celebrando la memoria de sus maravillas, y la gloria de su nombre. *Servi eramus Pharaonis in Aegypto, & eduxit nos Dominus in manu forti.*

Estos son, amada hermana mía, los consuelos que la misericordia de Dios junta en la vida religiosa, y esta es la última utilidad que yo me habia propuesto explicaros; pero es preciso acabar: ¿Que no pueda yo, amada hermana mía, exponeros todos los consuelos que vais á gustar en este santo retiro, adonde os trae la gracia? Aquella

(a) *Deuter. 6. v. 20.*

lla paz del corazon que el mundo ni conoce, ni puede dar; aquella alegría que nace de lo íntimo de una conciencia pura, y aquel feliz sosiego de que goza una alma muerta á todo lo que inquieta á los hijos de Adán, no gustando mas que de Dios, no deseando mas que á Dios, y no poseyendo mas que á Dios. ¡Qué sosiego este, amada hermana mia! ¡qué inocencia de vida! las pasiones tranquilas, las inclinaciones arregladas, apagados todos los deseos, menos el de ir á gozar de Jesu-Christo, la imaginacion pura, los gustos inocentes, el espíritu tranquilo y pacífico, y el alma toda entera entregada á la paz y á la alegría del Señor.

Estas son las tres utilidades de la vida religiosa, y el cumplimiento de las promesas que el Señor hace por su Profeta á esta porcion pura de su rebaño, á estas Esposas fieles y fervorosas, á este pueblo nuevo y escogido; habitará en una mansion de paz: *Et sedebit in pulchritudine pacis.* (a) Primera utilidad, porque aquí son menos las tentaciones; habitará debaxo de unas tiendas de seguridad y confianza: *Et in tabernaculis fiducia.* Segunda utilidad, porque aquí son mayores los socorros. Finalmente, habitará entre consuelos, dulzuras y abundancia: *Et in requie opulenta.* Ultima utilidad, porque aquí son mas abundantes los consuelos.

¡Qué podré yo deciros ahora á vosotros, católicos, los que teneis la desgracia de vivir en el mundo? Porque estas religiosas ceremonias no deben servir de puro espectáculo, sino de instruccion. ¡Qué podré yo deciros? ¡Acaso que salgais de un mundo, en donde os detiene el orden de Dios, y las obligaciones de vuestro estado? No, católicos; lo que si os digo es, que procureis hacer de los mismos peligros, de los estorvos, y de las amarguras del mundo un camino para la salvacion. Confieso que en el mundo hallareis mas dificultades; pero á la

(a) *Isai.* 32. v. 18.

gracia todo la es posible; envidiais el sosiego y la feliz tranquilidad en que viven las Esposas de Jesu-Christo, la comparais con las perpetuas inquietudes, con los temores, con los pesares, con las anxiedades de las pasiones, de la obligacion, y de las correspondencias que no os dexan un instante de sosiego; pero advertid, católicos, que no es precisamente el retiro quien dá la paz al corazon, sino la inocencia de la vida, y la conformidad de las costumbres con la ley de Dios. Vivid bien, y seireis felices; si no hallais sosiego, es porque le buscáis en donde no puede hallarse, esto es, en el favor, en la elevacion, en los placeres, y muchas veces en la culpa; bien sabeis que todo esto inquieta, cansa, oprime el corazon, y le llena de veneno y amargura; buscadle en solo Dios, y le hallareis; él solo es un Dios de paz y de consuelo: la culpa hasta ahora á nadie ha hecho feliz; no os prometáis vosotros una suerte mas favorable que la de los demás pecadores, que antes que vosotros han caminado por las amargas y tristes sendas de la iniquidad; nuestro corazon solamente se hizo para la virtud y la inocencia; todo lo que le saca fuera de este camino le saca de su estado natural y primitivo, y le hace desgraciado. ¡Qué felicidad para nosotros, católicos, el no poder abandonar á Dios sin que nos cueste trabajo, y sin que nuestro corazon se rebele contra nosotros mismos! ¡No es bien funesta desgracia en nosotros el haber de comprar á costa de nuestro sosiego nuestra eterna infelicidad!

¡Gran Dios! en qué me detengo para entregaros un corazon, que está experimentando todos los dias, por las inquietudes que halla en la culpa, que solamente fue hecho para vos! ¡Por qué me he de obstinar en buscar en las criaturas aquella paz, y aquella felicidad quimérica que hasta ahora no he podido hallar en ellas? ¡Por qué he de estar padeciendo mas tiempo unos disgustos, y unos funestos remordimientos que emponzoñan toda la suavidad

dad de mi vida, siendo así que no tengo que hacer más que volverme á vos, ¡ó Dios mio! para ver tempezar mi felicidad, y acabarse mi miseria! Unas Vírgenes sencillas é inocentes arrebatan el cielo á vista mia, y todo lo renuncian sin detenerse quando empiezan á vivir, para alcanzar vuestras eternas promesas; y yo, que há tantos años que estoy gimiendo baxo el yugo del mundo y de las pasiones, yo que estoy muy adelante en mi carrera, ¡no he de tener valor para desprenderme de las cadenas que me oprimen, y consagraros lo restante de una vida desgraciada, que hasta ahora solo ha servido al mundo y á las pasiones! ¡Oh Dios mio! compadeceos de mis desgracias y de mi flaqueza; derramad siempre amarguras sobre mis locas pasiones; no os canséis de perseguirme y mortificarme hasta que yo me haya cansado de huir de vos, y de amar mi desgracia, para que volviéndome á vos, ¡ó Dios mio! pueda por último poseer mi corazón en paz y en alegría, y conseguir la eterna que preparais á los que os aman. Amen.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

SER-

## SERMON TERCERO

## PARA UNA PROFESION

## RELIGIOSA.

*Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra.*

La voluntad de Dios es que seáis santos. *i. The-sal. 4. vers. 3.*

**L**A santidad es la vocacion general de todos los fieles; para ser christianos es necesario ser santos; y la vida eterna que todos esperamos, solamente está prometida á la santidad á que todos somos llamados.

En este punto no hay excepcion alguna: El libre y el esclavo, el poderoso y el pobre, la vírgen consagrada al Señor, y la muger dividida entre Jesu-Christo y los cuidados del siglo, todos tienen la misma esperanza y la misma vocacion; en este punto es comun la regla, y ninguno puede aspirar á la salvacion si no es santo.

No es mi intento examinar aqui, amada hermana mia, en qué consista esta santidad, sin la que nunca podremos gozar de Dios, ni que añada la santidad de la vida religiosa que hoy abrazais, á la santidad de la vida christiana.

La santidad del hombre consiste en restituirse al buen orden y hermosura de su primera institucion, y en reparar, en quanto le sea posible, todas las ruinas con-

Tomo VIII.

Nn

que

dad de mi vida, siendo así que no tengo que hacer más que volverme á vos, ¡ó Dios mio! para ver tempezar mi felicidad, y acabarse mi miseria! Unas Vírgenes sencillas é inocentes arrebatan el cielo á vista mia, y todo lo renuncian sin detenerse quando empiezan á vivir, para alcanzar vuestras eternas promesas; y yo, que há tantos años que estoy gimiendo baxo el yugo del mundo y de las pasiones, yo que estoy muy adelante en mi carrera, ¡no he de tener valor para desprenderme de las cadenas que me oprimen, y consagraros lo restante de una vida desgraciada, que hasta ahora solo ha servido al mundo y á las pasiones! ¡Oh Dios mio! compadeceos de mis desgracias y de mi flaqueza; derramad siempre amarguras sobre mis locas pasiones; no os canséis de perseguirme y mortificarme hasta que yo me haya cansado de huir de vos, y de amar mi desgracia, para que volviéndome á vos, ¡ó Dios mio! pueda por último poseer mi corazón en paz y en alegría, y conseguir la eterna que preparais á los que os aman. Amen.

SERMON TERCERO  
PARA UNA PROFESION  
RELIGIOSA.

*Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra.*

La voluntad de Dios es que seáis santos. *i. The-  
sal. 4. vers. 3.*

**L**A santidad es la vocacion general de todos los fieles; para ser christianos es necesario ser santos; y la vida eterna que todos esperamos, solamente está prometida á la santidad á que todos somos llamados.

En este punto no hay excepcion alguna: El libre y el esclavo, el poderoso y el pobre, la vírgen consagrada al Señor, y la muger dividida entre Jesu-Christo y los cuidados del siglo, todos tienen la misma esperanza y la misma vocacion; en este punto es comun la regla, y ninguno puede aspirar á la salvacion si no es santo.

No es mi intento examinar aqui, amada hermana mia, en qué consista esta santidad, sin la que nunca podremos gozar de Dios, ni que añada la santidad de la vida religiosa que hoy abrazais, á la santidad de la vida christiana.

La santidad del hombre consiste en restituirse al buen orden y hermosura de su primera institucion, y en reparar, en quanto le sea posible, todas las ruinas con-

que el pecado habia destruido en él la obra de Dios; porque para que el hombre sea santo es necesario, por decirlo así, que se renueve en aquel estado en que Dios le crió al principio: El pecado, pues, que ha hecho degenerar al hombre de su santidad, es en él causa de tres desórdenes, que San Juan llama tres concupiscencias.

Primeramente se revelaron la carne y los sentidos contra el espíritu: El alma que era superior al cuerpo, y dueña de sus movimientos, se ha hecho esclava suya; de modo que no siempre hacemos el bien que deseamos, sino que muchas veces, como dice el Apostol, hacemos el mal que no quisieramos practicar; y esto es lo que San Juan llama concupiscencia de la carne.

En segundo lugar, arrojando á Dios de nuestro corazon, que le llenaba todo, deja en él el pecado un profundísimo vacío: De modo que el hombre para llenar este vacío ha llamado á todas las criaturas á su corazon, ha hecho de ellas sus divinidades y sus ídolos, se ha unido sucesivamente á todos los falsos bienes que le rodean y deslumbran, y le ha parecido que de este modo hallaba alivio para la privacion del Soberano bien, y para la interior miseria á que le reduxo el pecado; y esto es á lo que el mismo Apostol llama concupiscencia de la vista.

Finalmente, al hombre le ha hecho vano y soberbio su propia miseria: Quanto mas conocimiento ha ido teniendo de su bajeza, de su corrupcion, y de su nada, afecta exteriormente poder, grandeza, é independencia, para divertir un pensamiento que tanto le abate: Ha procurado exaltar su bajeza con unos bienes exteriores que no pueden dar consuelo al corazon; en defecto de la inocencia, que era su verdadera y primitiva grandeza, ha llamado en su socorro á los títulos, á las dignidades, á la gloria vana, y al nacimiento: De todos estos bienes, que no son propios suyos, se ha formado una grandeza imaginaria, que se ha figurado como

propia, y como las tinieblas son siempre justa pena de la soberbia, ha querido ser admirado y aplaudido, y se ha persuadido á que podia ser grande por otros títulos mas que por los que la mano de Dios habia gravado en su alma. Este es el tercer desorden, al que San Juan llama soberbia de la vida.

La santidad del hombre consiste en remediar estos tres desordenes; porque quanto mas los reparamos, mas nos acercamos al primer estado de justicia y de inocencia en que fuimos criados. Los Filósofos que no conocieron estas tres heridas, no cuidaron de señalar á los hombres remedios para ellas, y sus preceptos no eran mas que como unos vestidos pomposos é inútiles que cubren á un enfermo agangrenado: Solamente Jesu-Christo, soberano médico de las almas, podia curarlos; solamente su doctrina nos manifiesta los remedios específicos; y como los tres votos de nuestro Bautismo, no son mas que un compendio de sus preceptos, y de toda su doctrina, encierran tambien en sí todos los remedios con que unicamente se pueden curar los tres desordenes del pecado, y restablecer á los hombres en su primer estado de santidad y justicia.

Porque primeramente, renunciando á la carne, que es á lo que nos obliga el primer voto de nuestro Bautismo, nos obligamos á no seguir sus deseos sino en quanto sean conformes á la ley de Dios, y á tenerla siempre sujeta al espíritu; y ved aquí en la primera obligacion de nuestro Bautismo, el remedio que repara el primer desorden del pecado.

En segundo lugar, quando renunciarnos al mundo y á sus pompas, que es el segundo voto, prometemos que ni el mundo, ni quanto en él hay, no apartará nuestro corazon de Dios, y que usaremos de todos los bienes que nos rodean como peregrinos que van de viage, y que no ponen en ellos su afecto; y este es el segundo remedio contra el desorden del pecado, el que se halla

en la segunda promesa de nuestro Bautismo.

Finalmente, renunciando á Satanás, que es el primer modelo de la soberbia, y de la independéncia, en lo que consiste el último voto de nuestro Bautismo, nos confesamos pecadores y miserables; confesamos en presencia de los Altares, que en vez de ser como dioses, que es lo que prometió á nuestros padres el enemigo del género humano, hemos decaído aún de la misma exceléncia de la naturaleza humana, y necesitamos de un Salvador que nos libre de todos nuestros males: Por esta confesion nos sometemos á Jesu-Christo como á nuestro reparador y nuestro dueño; y prometemos no buscar nuestra grandeza y libertad sino en la humilde confesion de nuestras miserias; y este es el tercer desorden del pecado, reparado por la tercera obligacion que contraemos en nuestro Bautismo.

A estos tres votos se reducen, amada hermana mia, todas las obligaciones de la vida christiana, y este es el único camino de santificacion señalado á todos los hombres: La vida religiosa que vais á abrazar, nada añade de nuevo á estas tres obligaciones esenciales á todos los christianos, mas que algunos medios que facilitan su observancia. Por eso los Santos fundadores han reducido todas las obligaciones de nuestro estado á los tres votos de religion, que corresponden á los tres votos de vuestro Bautismo, los que, por decirlo así, no son mas que una renovacion y una nueva profesion que encierra en sí nuevas facilidades para cumplir con ellos: Porque primeramente, mandandoos que consagreis vuestro cuerpo á Jesu-Christo con una perpetua virginidad, han querido facilitaros la observancia de la primera obligacion de vuestro Bautismo, por la qual renunciasteis á la carne y á sus obras: En segundo lugar, la pobreza religiosa se ordena á ayudaros á que con mas facilidad renunciéis al mundo y á sus pompas; y esta es la segunda promesa de vuestro Bautismo. Finalmente, el sacrificio de la su-

mi-

mision y obediencia se ordena á abatir la soberbia en su raíz, y á destruir todo lo que el vicio podia hacer que en vos fuese comun con Satanás, que es el padre de ella; y esta es la tercera obligacion de vuestro Bautismo.

Como muchas veces las personas que viven en el mundo se persuaden á que las obligaciones de su estado son menos rigurosas, y mas fáciles de cumplir que las del estado religioso; y como muchas personas de las que viven en la religion se tienen por seguras en una vida tibia y relajada, porque se comparan interiormente con las personas del mundo, y advierten que viven con mas regularidad, con mas mortificacion, y con mas austeridad que ellas, es necesario instruir á unas y á otras, y señalar aqui en qué son comunes las obligaciones de la vida religiosa con las de la vida christiana; qué es lo que aquellas añaden á estas; y si es cierto, como se dice en el mundo, que en él es mas fácil trabajar para la salvacion, y que son menos penosas sus obligaciones que las de la vida religiosa: Os manifestaré, amada hermana mia, esta importante verdad, haciendo algunas reflexiones acerca de los tres votos solemnes que vais á ofrecer.

*I. Reflexion.* Respecto del primer voto de la religion, amada hermana mia, que es un voto de perpetua continéncia, elegis con él á Jesu-Christo por vuestro esposo, le consagrais vuestro cuerpo, vuestros sentidos, y vuestra imaginacion; renunciáis á todo lo que pudiera dividirlos entre Dios y las criaturas, os obligais á buscar siempre el remedio contra las flaquezas de la carne en la mortificacion y en la oracion, y renunciáis á todo lo que puede fortificar el imperio de los sentidos; de modo que este voto encierra en sí dos obligaciones: la primera la entera sumision de la carne al espíritu, y esta obligacion os es comun con los demás fieles: la segunda, los medios para llegar á conseguir esta sumision, y entre estos el principal es propio y peculiar de vuestro estado, y

los

los demás pertenecen igualmente á todos los christianos. Digo primeramente, la sumision de la carne al espíritu; obligacion que nos es comun con todos los fieles. Si, amada hermana mia, la pureza que pide de todos los fieles la santidad de la vocacion christiana, no se reduce á privarlos de ciertos desordenes infames y vergonzosos, hasta cuyos nombres prohibia en otro tiempo San Pablo á los christianos, sino que se estiende á mucho mas; como todos los christianos renunciaron á la carne en su Bautismo, y como por este medio se hicieron Santos, espirituales, miembros de Jesu-Christo, y Templos del Espíritu Santo, es necesario para cumplir con estas sublimes obligaciones que se miren como hombres celestiales, consagrados con la union de la Divinidad que reside en ellos, y con aquella estrecha y espiritual union, que de su carne no hace mas que una misma carne con la de Jesu-Christo; y asi no deben vivir sino segun su espíritu; no solamente no deben hacer que no sirvan los miembros de Jesu-Christo á la ignominia, no solamente están obligados á evitar las profanaciones públicas del Templo de Dios en sí mismos, no solamente es sacrilegio y ultrage del Cuerpo de Jesu-Christo todo lo que mancha su carne, sino que también todo lo que lisongea los sentidos, todos los deleytes sensuales que apetecen y se permiten, todos los gustos y todos los deseos de la carne á que atienden, todos los placeres, aún los mas legitimos, con los que solo intentan satisfacer á los sentidos, manchan y profanan su consagracion, porque el christiano no es hijo de la carne para vivir segun la carne; es necesario que siempre esté sacrificando sus sentidos, sus inclinaciones, y su imaginacion á la fé, y que en él todo esté sujeto á la ley de Dios; esta es la primera obligacion de vuestro Bautismo, que os es comun con los demás fieles; la perfecta sumision de la carne al espíritu.

Pero para que podais conseguir esta sumision os han señalado dos medios vuestros Santos fundadores. El primer-

mero, que es propio y peculiar del estado religioso, es la absoluta consagracion de vuestro cuerpo á Jesu-Christo por medio del voto de perpetua castidad. El segundo, la mortificacion y la oracion, medio tan necesario y preciso á todos los christianos como á vos, para debilitar el imperio de la carne, y tenerla siempre sujeta al espíritu.

Quando digo que el primer medio, que es la entera consagracion de vuestro cuerpo á Jesu-Christo, es propio y peculiar del estado religioso, no quiero decir, como ya he advertido otra vez, que no sean los cuerpos de todos los christianos templos de Dios, consagrados por la union del Espíritu Santo que se derramó sobre nosotros en el Bautismo, y que están separados de todo uso profano con la indeleble señal que imprimió en nosotros el sello de la salud; que aún por eso la Iglesia mira á los cuerpos de los fieles despues de su muerte como santas y preciosas reliquias, como templos animados por el espíritu invisible que reside en ellos como prendas de su inmortalidad, y asi los coloca en un lugar santo, los rodea de luz, los tributa públicos honores, y manda que se quemem delante de ellos preciosos perfumes, y el humo de los inciensos; por eso el christiano está obligado á respetar su propio cuerpo, y á poseerle con honor; por eso, aún el mismo vínculo del Venerable Sacramento, establecido para la conservacion de los escogidos, es un vínculo de pudor y santidad; por eso, la mutua union que le hace indisoluble es una union pura y santa, porque es imagen de la de Jesu-Christo con su Iglesia, y porque el christiano que deshonorá su propio cuerpo es, como ya he dicho, profanador y sacrilego.

A esta oblacion general añadís, amada hermana mia, como ya se ha dicho, el voto particular de la virginidad santa, con el que consagrais vuestro cuerpo, vuestros sentidos, y vuestro corazon á Jesu-Christo de un modo mucho mas especial: Es decir, que para tener la carne sujeta al espíritu, como prometisteis en el Bautismo, tuvie-

rop, los Santos fundadores por mas seguro y mas fácil privaros de todos los placeres, que el arreglar el uso que de ellos podiais hacer; y así, no os parezca que todas las obligaciones de la continencia universal que vais á prometer á Jesu-Christo se reducen á renunciar el sagrado vínculo del matrimonio; en una vírgen consagrada á la castidad religiosa, todo debe ser puro y casto; vuestros ojos no deben abrirse sino para mirar al cielo; vuestra boca para cantar cánticos celestiales; vuestros oídos para oír las maravillas del Señor y las verdades de la vida eterna; vuestra imaginacion no debe representaros imágenes, que no sean puras y santas, ó de la memoria del siglo venidero; vuestro entendimiento no debe pensar sino en la esperanza de los bienes futuros, y en las misericordias que el Señor ha obrado en vuestra alma: A esto obligá, amada hermana mia, el voto de la santa virginidad que vais á hacer; los objetos del mundo y de la vanidad, por mas inocentes que parezcan, de aquí adelante siempre ofenderán la pureza de vuestra vista; los discursos mundanos en que os ocupeis, aún quando no sean mas que ociosos é inútiles, mancharán la santidad de vuestros labios; las noticias de los negocios, y diversiones del siglo que oíreis, afrentarán el pudor y la inocencia de vuestros oídos; el cuidado de vuestro cuerpo, particularmente si en esto se mezcla alguna complacencia, por leve que sea, ofenderá la pureza de vuestra consagración: el afecto carnal á vuestros parientes, ó la amistad demasiado humana con vuestras hermanas, profanarán la santidad de vuestro corazón; la esposa fiel en el mundo puede estar ocupada en agradar á su esposo, y se la permite esta división, porque es santa y necesaria para la obligación y tranquilidad del sagrado vínculo; pero la esposa de Jesu-Christo no tiene á quien agradar sino al Señor, todo lo que divide su corazón la hace infiel, todos los cuidados que no se ordenan á merecer el amor de este celestial Esposo, y darle muestras del suyo, le ofenden y que-

quebrantan la fidelidad que le hemos jurado: en una palabra, amada hermana mia, todo lo que no es santo, eterno, y celestial, os mancha, os degrada y envilece.

Esta es la excelencia de la santa virginidad con que hoy vais á consagraros á Jesu-Christo; y por eso los primeros fundadores de la vida religiosa añadieron á este voto las vigiliass, las mortificaciones, y la oracion; miraron éstos las mortificaciones y la oracion como obligaciones inseparables de la santa virginidad; conocieron que era imposible conservar el cuerpo puro para el Señor, si no se refrenaba su vigor con las mortificaciones, y si la oracion no purificaba sus deseos; y así el estado de la santa virginidad es un estado de mortificacion perpetua, de oracion tierna y fervorosa, y de una continua vigilancia sobre los sentidos; solamente con estos continuos sacrificios podreis asegurar la posesion de vuestro cuerpo al Esposo Celestial; la falta de mortificacion, la relaxacion, el deseo de las comodidades, de las cosas superfluas, y del regalo, son como unas transgresiones esenciales de este primer voto, porque en algun modo le quebrantan, y tarde ó temprano vienen á parar en arruinarle.

Esto es, amada hermana mia, en lo que excedeis á las personas que viven en el mundo: Estas tienen la misma obligacion que vos á conservar su cuerpo puro para el Señor, de hacer pacto con sus ojos de no pensar en los objetos prohibidos de que siempre están rodeadas, de abstenerse de aquellos deseos que podrian manchar su alma, en medio de que todo lo que ven y oyen los despierta, y los aviva en su corazón; pero para conseguir esto, están obligadas como vos, y aún mas, á estarse continuamente mortificando, á estar sempre en vela contra los engaños de los sentidos, á orar y gemir sin intermision para llamar al Señor en socorro de su flaqueza, para que las defienda de los innumerables peligros y tentaciones que hallan en todas partes; pero estas obligaciones tan esenciales á esta virtud, que nos conservan puros y sin

Tomo VIII. Oo man-

mancha, y sin las que no podemos fiar ni un solo instante de la fragilidad de nuestras inclinaciones, estas obligaciones, vuelvo á decir, son como impracticables en el mundo. ¡Ah, amada hermana mía! aún aquellas personas que con mas regularidad viven en el mundo, si dedican por la mañana y por la tarde algun rato á la oracion, esta ocupacion mas las sirve de molestia que de consuelo, y en vez de mirarla como una obligacion precisa, apenas conocen su nombre ni su uso; y no me admiro, porque como se han de dedicar á la oracion con aquel espiritu de tranquilidad y recogimiento que ella pide, quando toda su vida es una continua distraccion, porque la inquietan los negocios, la ocupan las correspondencias, la disipan los placeres, la divierten la inutilidades, formandose de todo esto un tumulto y una inquietud dentro de nosotros mismos, y una continua distraccion incompatible con el espiritu? ¿Cómo han de acudir á ella con un corazon dispuesto para oír la voz de Dios, y capaz de gustar de las verdades de eterna salud, si está lleno de mil pasiones, dividido entre mil cuidados humanos, oprimido con mil deseos terrenos, todo ocupado en esperanzas, proyectos, envidias, rencores, falsas alegrías, amargos pesares, pérdidas verdaderas, y felicidades frívolas, y si no ha quedado en él, gusto, movimiento, ni sensibilidad sino para las cosas de la tierra. La oracion supone un espiritu tranquilo y recogido, y un corazon puro y libre: y para orar con utilidad es necesario vivir, ó desear vivir santamente.

Tan desconocida é impracticable es en el mundo la mortificacion como la oracion. ¡Ah! Amada hermana mía, ¿qué mortificacion ha de haber en un mundo en donde todos viven entregados á los sentidos; en donde la sensualidad de los banquetes, la magnificencia de los edificios, la ociosidad, y el peligro de las diversiones públicas, el lujo, el regalo, la continua diversion, el deseo de todo lo que puede lisonjear y mantener el amor pro-

propio se han convertido en costumbres, y trato civil, sin que la prudencia y regularidad puedan atreverse á eximirse de ellos? Con todo eso, sin la mortificacion no puede estar el cuerpo sujeto al espiritu, sin esta sumision es imposible orar, y sin la oracion no hay virtud que pueda permanecer. Y así, amada hermana mía, ¿que naufragios no padece todos los dias el pudor en el mundo! La misma vergüenza no puede ya servir de freno á la indignidad y furor de este infame vicio; y la costumbre ha hecho ya inocente, y aún falta poco para que mire como honor, lo que la depravacion de las costumbres ha hecho tan comun.

Pero en estos santos asilos, amada hermana mía, la oracion y la mortificacion son la ocupacion mas necesaria de vuestro estado; mas trabajo costaria en ellos el abandonarlas, que el entregarse á ellas con una constante fidelidad; estas dos obligaciones tan molestas, y tan impracticables en el mundo, son aqui el mayor consuelo de las Virgenes fieles; aqui todo facilita la oracion, porque todo inspira recogimiento; apartado el espiritu de los objetos de la vanidad, no lleva sus peligrosas impresiones hasta el pie de los Altares; separado el corazon de todas las criaturas, se halla libre en la presencia del Señor, y en estado de gustar lo suave que es; los sentidos arreglados y recogidos con los exemplos religiosos que continuamente están tocando, no tienen trabajo en recogerse al tiempo de la oracion, y en guardar un respetuoso silencio delante de la Magestad del Altísimo; aqui todo guia á la mortificacion, todo la inspira, todo la hace como necesaria; las santas costumbres establecidas, los ejercicios religiosos, la austeridad de la vida comun, y las mortificaciones voluntarias que á ella se añaden; aqui todo mortifica á la naturaleza, todo conduce á la violencia y agnegacion, y todo la suaviza; la falta de mortificacion seria una singularidad, mas difícil de sufrir que las mismas austeridades, por el desprecio y confusion que

nos ocasionaria. Y así, amada hermana mía, el único privilegio en que os aventajan las personas del mundo es, que teniendo en la realidad las mismas obligaciones que vosotras, no tienen tanta facilidad para cumplir con ellas: Que la salvación cuesta mucho más en el mundo que en la religión; que en estos santos asilos hay más socorros, y en el mundo más peligros y obstáculos, y no obstante, en una y otra parte son casi las mismas obligaciones.

¡Qué os daremos pues, ¡oh Dios mío! por el inestimable favor que nos consagra á vuestro servicio! *Quæ reuocam laudationes tibi.* (a) Habeis aligerado nuestro yugo, imponiendonos el vuestro, al que el mundo siempre necio, mira como yugo pesado é insufrible: ¡Vos, Señor, habeis abreviado nuestros combates, asociandonos á esta milicia celestial, en la que parece que nos declaramos una guerra cruel á nosotros mismos! Habeis aliviado nuestras penas, al mismo tiempo que habeis aumentado nuestras mortificaciones, y habeis secado la raíz de nuestros desasosiegos, librandonos de aquellas conexiones que los ocasionan.

*II. Reflexion.* El segundo voto de la vida religiosa, amada hermana mía, es el de la pobreza y universal renuncia de todas las cosas. Como todas las criaturas, y todos los bienes precederos son lazos para el hombre, el que apenas no puede gozar de los beneficios del autor de la naturaleza sin abusar de ellos, los Santos Fundadores tuvieron por más conveniente y fácil el despojarse absolutamente de todo, que el poderse contener dentro de los límites de un uso santo y legítimo. Dispusieron, pues, que el que quisiere seguir á Jesu-Christo por los caminos de la perfección religiosa lo renuncie todo, temiendo que la posesión, aún la más inocente, de los bienes de la tierra, hallase algún apego en su corazón, dividiere sus cuidados, ó entibiase su fervor y sus adelantamientos en esta santa carrera.

(a) *Psalm. 55. v. 17.*

Es-

Este voto de pobreza religiosa contiene en sí tres obligaciones esenciales: Primeramente, un desasimiento de corazón de todas las cosas de la tierra: En segundo lugar, una privación actual de todas las cosas superfluas: Y en tercero una sumisión y una dependencia absoluta de los Superiores en el uso aún de las cosas más necesarias.

El desasimiento de todas las cosas de la tierra, amada hermana mía, es una obligación que os es común con los demás fieles, pues esta es efecto del segundo voto de vuestro bautismo, por el qual renunciasteis al mundo y á sus pompas. Aún quando no abrazarais un estado de pobreza, y aún quando os quedarais á vivir en el mundo en la opulencia á que parece os destinaba vuestro nacimiento, siempre hubierais vivido entre unos bienes que no serian propios vuestros, á los que siempre se os prohibiria tener apego, y de los que solamente se os permitiria usar como de paso, y para honrar con ellos al Señor que os los confiaba.

Amada hermana mía, en la tierra todos somos extranjeros; por eso quando venimos al mundo empezamos renunciandole por medio de nuestro Bautismo: Esto es, confesamos públicamente en presencia de los Altares, que no es esta nuestra patria, que en él á nada aspiramos, que no queremos fixar en él una morada permanente, que queremos privarnos de sus falsos bienes, que los miramos como tropiezos y peligros en nuestro viage, que somos ciudadanos del cielo, herederos de Dios y de los bienes eternos, y que nada de lo que no se comprehende en esta esperanza es digno de nosotros.

El christiano, pues, debe vivir desprendido de todo lo que le rodea: si tiene apego á alguna cosa, inmediatamente dexa de ser extranjero en la tierra, hace de ella su propia patria, renuncia al título sublime de ciudadano del cielo, y no tiene derecho á un reyno que solamente está prometido á los pobres de corazón, esto es, á los que han vivido en la tierra como si en ella nada poseyeran.

Con-

Confieso, amada hermana mia, que esta pobreza de corazon es muy rara en el mundo, en donde todos viven con grande apego á lo que poseen, en donde todos desean lo que no tienen, en donde todos apetecen lo que no pueden tener, en donde todos anhelan por conseguir lo que nunca poseerán, en donde son muy sensibles las pérdidas, porque el amor á sus bienes es extremado, en donde siempre se están aumentando los deseos, porque el mundo entero no basta para poderlos satisfacer, en donde solo se miran como felices los que están cargados de mas cadenas, y tienen mas cuidado que los demás, en donde las alegrías y los pesares se arreglan por los sucesos de la tierra; finalmente, en donde vivimos como si solamente hubieramos sido criados para lo que vemos, y como si la tierra hubiera de ser nuestra patria: Confieso, vuelvo á decir, que este despego es raro, y casi no conocido en el mundo; y esto consiste en que en él son pocos los verdaderos christianos, y en que quando venga el hijo del hombre apenas hallará rastro de fé en la tierra.

Y esto es, amada hermana mia, en lo que os debe parecer el oprobrio de Jesu-Christo mas apreciable que todas las coronas de la tierra: Este despego tan inseparable de la salvacion, y tan dificil en el mundo, es como natural en la religion. Y á la verdad, amada hermana mia, el que está despojado de todo, facilmente se desprende de todo; el que nada posee en la tierra, se desprende de ella con mucha facilidad, y no le cuesta trabajo el vivir como peregrino en ella, quando no mira como suyo nada de lo que le rodea; es muy facil el ser pobre de corazon, al que lo es real y efectivamente.

Es verdad que es tal la miseria del corazon humano, que muchas veces despues de haber renunciado heroycamente los mayores bienes, y las mas grandes esperanzas del mundo, suele aficionarse en el retiro á unas cosas frívolas y ridículas. Muchas veces, amada hermana mia, una alma á quien no habia podido mover toda

la gloria del mundo, y que en las mayores conveniencias, y la magnificiencia que en él podia esperar no hallaba cosa alguna que fuese digna de su corazon, suele hallar en el retiro mil lazos vanos y pueriles, en los que pone su afecto: Semejante á Rachel, despues de haber generosamente abandonado la casa de sus padres, despues de haberlo renunciado todo, su familia, sus pretensiones, y todos los vínculos de la carne y de la sangre por seguir á su Esposo Jacob, figura del Esposo celestial, hasta una tierra santa, y morada del pueblo de Dios, afrenta la grandeza y magnificiencia de este sacrificio guardando unos vanos Idolos, llevandose consigo los Dioses de Labán, esto es, las pasiones del mundo, y mil afectos humanos, hasta el mysterioso tabernáculo de Jacob, figura del Santuario verdadero, y de estos religiosos ritos, en donde una alma que ha renunciado al mundo viene á habitar con Jesu-Christo, Esposo de las Virgenes castas y fieles.

Parece que el corazon despues de haberlo sacrificado todo se enfada de su libertad, y que no puede ser feliz sin formarse á sí mismo algunas cadenas; parece que apartado de los objetos que forman las mas fuertes aficiones, y que alteran las pasiones violentas, se fabrica una gran pasion de los objetos frívolos que le rodean, y que no hallando, por decirlo así, en que poner el cariño, le pone en todo; y aún parece que estos afectos son mas violentos, y que ocupan el corazon mas de veras y con mas viveza, á proporcion que éste está mas apartado de las tentaciones mas peligrosas, y que los objetos que aún nos quedan son mas despreciables, y mas indignos de nuestro corazon; por eso, aunque estemos separados de todo, á todo tenemos apego; no es pobre de corazon el que aún apetece las cosas de la tierra, aunque haya renunciado á todo lo que en ella podia haber grande y digno de ser amado, porque el delito de nuestro apego á las cosas de la tierra no consiste, en la presencia de Dios, en

la grandeza y resplandor de los objetos que amamos, sino en el ansia de la pasión que nos une á ellos; quanto mas viles y despreciables son estos objetos, mas necio y culpable es nuestro amor, porque tiene menos excusa la pasión, y mas injusta es la preferencia que damos á estos objetos, atendiendo á la santidad de nuestro estado, y á las promesas que en él hemos hecho al Señor.

Este es el escollo que hay que temer en la pobreza religiosa; muchas veces aunque estemos desprendidos de todo, por lo que toca á nosotros mismos, aún deseamos todas las cosas para nuestros parientes; nos enriquecemos, por decirlo así, con sus riquezas, nos ensoberbecemos con su elevación, nos gloriamos con su gloria, y nos tenemos por felices con su prosperidad; sus infortunios nos oprimen, sus desgracias nos abaten, ofrecemos unos votos insensatos por sus adelantamientos, sentimos mas vivamente que ellos los sucesos que los ensalzan, ó que los abaten, y despues de habernos negado á participar con ellos de sus grandezas y riquezas, abrazando un estado de pobreza y de desprecio de todas las cosas, participamos de sus pasiones y de sus delitos.

La primera obligación de la vida religiosa, que nos es comun con todos los fieles, es conservar el corazón desprendido de todo lo que nos rodea, y decirnos continuamente á nosotros mismos, que nuestro corazón solamente se hizo para amar á Dios, que es su único y soberano bien, y que qualquiera otro amor á las criaturas le afrenta y deshonor. ¡Qué necedad es el amar lo que hemos de perder dentro de un instante, y que no puede hacernos felices ni aún en el instante mismo que lo poseemos! Pero todavía es mayor locura sacrificar á las cosas perecederas lo que ha de durar eternamente; estos afectos, además de manchar el corazón, son tambien raíz de todas nuestras desgracias y penas; los mismos objetos que cautivan nuestras pasiones son los que nos castigan; y para ser felices en la tierra es necesasio no amar cosa alguna

de

de las que podemos perder contra nuestra voluntad.

La segunda obligación de la pobreza religiosa es el actual desprecio de todas las cosas superfluas, esto es, de todo lo que se llama en el mundo comodidad y conveniencias de la vida: pero no os parezca, amada hermana mia, que esta obligación es solamente propia vuestra, porque tambien es efecto de los votos del bautismo, y consiguientemente indispensable para todos los fieles: Las criaturas no fueron hechas para servir á los vanos placeres, pues el Evangelio los prohíbe al christiano, y éste mismo los renunció en su bautismo. Aún mas; nosotros, por ser pecadores, hemos perdido el derecho de poder usar de las criaturas, y aún el de hacerlas servir á nuestras necesidades, quanto mas el de emplearlas en nuestros placeres: Como al principio abusamos de ellas, era una pena muy correspondiente á esta culpa el prohibirnos su uso; y como el pecador abusa de todo, todo se le debiera negar inmediatamente, y la muerte debiera ser la pena pronta é inseparable del pecado. Somos, pues, indignos de usar de las criaturas, por haber sido tan ingratos que las hemos hecho servir contra el mismo Señor á quien pertenecen; y así, el permitirnos todavía que usemos de ellas, es un singular beneficio que nos hace; pero debemos acordarnos de que usamos de ellas como pecadores, que no tenemos derecho alguno para ello, que si nos está prohibido el uso de ellas, aún el mas necesario, con mucha mas razón nos estarán prohibidas las superfluidades y delicias; que sería injusticia hacer servir las criaturas á los placeres de un pecador que abusa de ellas, y que solamente debiera vivir para padecer, y expiar este abuso; que si aún se le permite su uso, es con condición de que sirvan de materia á su penitencia, así como han sido la raíz de sus delitos, y para que por medio de las continuas y dolorosas mortificaciones con que se castigue, expie el injusto abuso que de ellas puede haber hecho. Este es el fundamento de la vida christiana.

Tomo VIII.

Pp

tia-

tiana, y las principales máximas que propone el Evangelio á todos los fieles.

Y así, según estas reglas fundamentales de la fé, debemos vivir pobres, aún en medio de la opulencia; abstenernos de todo lo que solamente se ordena á lisongear los sentidos; privarnos de todo aquello que solamente se ha inventado para mantener la vanidad, y el amor propio; de todo lo que sirve de estímulo á las pasiones, y usar solamente de lo que la necesidad, la caridad, y una rigurosa decencia nos precisa á permitirnos. Toda la ventaja, pues, que las personas del mundo tienen respecto de vos en este punto, amada hermana mía, se reduce á que aunque no han renunciado sus riquezas, no las pueden emplear en sus placeres; que teniendo proporcion de usar de todas las cosas superfluas, están obligadas á abstenerse de ellas; á que no viviendo separadas de todo lo que lisongea los sentidos, deben estarlos mortificando continuamente; á que no habiendo renunciado cosa alguna, deben vivir desprendidas de todo; en una palabra, á que tienen mas dificultades que vos, sin tener mas privilegios.

Es verdad que una Esposa de Jesu-Christo, que ha añadido á esta obligación comun una particular promesa de vivir en la pobreza religiosa, debe abstenerse con mucho mas rigor de las mas leves superfluidades; no solamente la está prohibido todo lo que lisonjea á los sentidos y á las pasiones, sino tambien lo que puede servir de entretenimiento, por decirlo así, al amor propio; no solamente es pecado para ella todo lo que tiene alguna semejanza con las pompas del mundo, sino tambien todo lo que no está sellado con el carácter propio de la pobreza y penitencia; no basta el que los objetos exteriores no aumenten sus pasiones, es necesario que las combatan, y las venzan; no basta abstenerse de las profusiones de la vanidad, es necesario tambien añadir las privaciones de una humilde pobreza; no basta el no parti-

ci-

cipar del lujo de las personas del mundo, es necesario no tener cosa alguna particular que pueda distinguirlas de la modestia y sencillez de vuestras hermanas, no tener cosa alguna que pueda hacerlas singular entre ellas, nada que pueda acordarlas las vanas distinciones de la familia, del nacimiento, y de la fortuna, á las que renunciaron quando se consagraron á Jesu-Christo; nada que pueda ofender la uniformidad religiosa, que á todas las iguala; nada finalmente, que pueda introducir las distinciones del siglo en un lugar que está destinado solamente para olvidarlas y destruirlas.

Solamente Dios, dice el Profeta, debe ser grande en la Casa de Sión. *Dominus in Sion magnus.* (a) Aquí está obscurecida y eclipsada toda la grandeza de la tierra; todos los nombres y todos los títulos que ha inventado la vanidad de los hombres, se hallan aquí borrados con el glorioso título de Esposa de Jesu-Christo; aquí todo debe parecer pequeño delante de la Magestad del Altísimo que llena este lugar santo con su gloria y su presencia; y como después del ultimo día solo Dios ha de reynar en el Universo, y acabado el mundo todos los Cetros y todas las Coronas, todos los Reynos y todos los Imperios han de volver á caer en la nada; en una palabra, como destruido todo el poder y toda dominación, solo Dios, dice la Escritura, ha de llenar con su Magestad los nuevos cielos, y la nueva tierra, solo Dios ha de parecer grande, porque sola su gloria se ha de levantar sobre las ruínas de todas las grandezas humanas: Así puede muy bien decirse que estas casas religiosas son anticipadamente este nuevo cielo, y esta nueva tierra, purificados con un fuego celestial, en las que está destruida toda la grandeza, en donde se hallan confundidos todos los nombres y todos los títulos, en donde el mundo con toda su gloria se halla ya des-

trui-

(a) Psalm 98. v. 2.

truido, y en donde solo Dios es grande, porque reyna y es adorado en ellas. *Dominus in Sion magnus.*

A esto os obliga, amada hermana mia, la pobreza á que os vais á sujetar; y bien veis, que lo que ésta os pide mas que á las otras personas del mundo, antes bien es una facilidad para cumplir con el empeño que en este particular contraxisteis en el bautismo, que un nuevo rigor que añadís á él.

Finalmente, la ultima obligacion de la pobreza religiosa es la entera sumision y dependencia, aún en el uso de las cosas mas necesarias; esto es que debeis mirar aquellas cosas que se os permiten para el uso, como que no son vuestras; que no debeis usar de ellas, sino segun el orden y voluntad de los que os gobiernan; que debeis mirarlas con la misma indiferencia, que se muden, que se aumenten, ó que se disminuyan; que no debeis apropiaros de todas las cosas de que usais, mas que la disposicion para ser privada de ellas siempre que se os mande, sin reservar mas que el santo contento de estar libre y despojada de todo.

Con todo eso, amada hermana mia, no os figureis que por esto es peor vuestra condicion que la de las personas del mundo; es verdad que la fé no les manda que dependan de los hombres en el uso de sus bienes, ni que se abstengan ó usen de ellos segun la voluntad agena: Pero dexando ahora aparte que hay mil estados en el mundo, particularmente entre las personas de vuestro sexo, en los que no es lícito disponer de cosa alguna, en los que todo lo que es nuestro es como si no lo fuera; en donde siempre se depende de la voluntad, y muchas veces del antojo de otros, en el uso aún de las cosas mas necesarias, en donde las mayores riquezas que suelen entregarse á un Esposo, las mas veces no sirven mas que de aumentar sus locas profusiones para con los culpables objetos de su pasion, y su indiferencia para con su Esposa; finalmente, en donde la immensas riquezas solo sirven

ven de comprar el derecho de no poder usar de ellas y de verlas disfrutadas de otros sin atreverse á quejar: No quiero detenerme en esta reflexion, amada hermana mia; imaginaos en hora buena en un estado en que de nadie dependais en el uso de los bienes que habeis heredado de vuestros mayores, y hallareis que siempre dependeis en ese mismo estado de las máximas de la fé, que es quien debe arreglar su uso; siempre dependemos de Dios, que cada instante puede quitarnos estos bienes, que con un soplo puede trastornar nuestra fortuna, y mudar nuestra opulencia en una extrema miseria por medio de mil sucesos no esperados: Y así, todos debemos estar dispuestos como Job, á conformarnos con todo lo que sea voluntad del soberano dueño: Debemos usar de nuestros bienes, como que en el instante siguiente podemos ser depojados de ellos: Debemos mirarnos siempre como esclavos, á quien puede su dueño pedir quando gustare los bienes que le ha confiado, sin que pueda oponerse á ello: Debemos poseerlos, como si no los poseyemos: Debemos acordarnos de que habiendo entrado desnudos en este mundo, como dice el Apostol, nada poseemos que sea nuestro, y que habiendo de salir de él con la misma desnudéz y miseria, todo quanto hayamos querido apropiarnos no habrá sido, por decirlo así, mas que un robo hecho al Padre de familias, un robo que tendremos precision de restituir en la hora de la muerte, que nos ha de despojar de todo, y ha de manifestar á todos los hombres que hemos sido usurpadores; que estas grandes riquezas con que nos habiamos adornado con tanta ostentacion, no eran nuestras; y que no teniamos mas derecho que el de usar de ellas, y hacerlas servir á honra y gloria del soberano dueño que nos habia encargado su administracion.

Y así, amada hermana mia, la pobreza religiosa no disminuye en vos los derechos á los bienes y placeres de la tierra, porque el christiano ningun derecho tiene á ellos;

ellos ; solamente disminuye vuestros cuidados é inquietudes ; de nada os despoja , pues nada de quanto hay en el mundo es propio vuestro ; lo que hace es ponerlos fuera del peligro de tener apego á lo que no os pertenece : Tampoco os priva esta pobreza por sí , de las profusiones y superfluidades , pues el Evangelio las tiene prohibidas á todos los fieles ; solamente os aparta de las ocasiones que os pudieran inducir á desearlas ; en una palabra , os separa del riesgo , y en vez de imponeros un nuevo yugo , os pone en una perfecta libertad.

Bien sé que el mundo no mira de este modo á la pobreza religiosa , y que en él se tienen por mas libres y dichosos los que pueden gozar á su arbitrio de los bienes que poseen : ¿ Pero qué felicidad puede ser esta , amada hermana mia ? ¿ Qué son la mayor parte de los hombres mas que unos infelices esclavos de sus bienes y de su fortuna ? Estos no poseen los bienes , sino que son poseídos de ellos. ¿ Qué temores ! ¿ Qué deseos ! ¿ Qué envidias ! ¿ Qué ruindades , y qué cuidados para conservarlos ! ¿ Qué precauciones para no perderlos ! ¿ Quántas pasiones tiene que contentar ! ¿ Quántos accidentes que temer ! ¿ Quántos contratiempos que sufrir ! ¿ Qué cortas son sus alegrías ! ¿ Qué durables sus pesares ! ¿ Qué amargos cuidados no siguen á los excesos del desorden y de la profusion ! ¿ De qué crueles sobresaltos no está siempre acompañada la avaricia ! ¿ Qué insaciabiles deseos de estar siempre amontonando riquezas ! Y no obstante esto , ¿ qué disgusto no se halla en su saciedad y posesion ! ¿ A quántos dueños y tyranos , exclama San Ambrosio , se entrega el que no quiere tomar al Señor por su único Soberano , y por su Patrimonio ! *Quam multos Dominos habet qui unum refugit !*

Felices pues las almas , ¡ oh Dios mio ! que habeis llamado á un estado de un entero desapropio : Viven sin inquietud , y sin cuidado del día de mañana , sin precauciones para lo venidero , y sin atender á lo presente:

Li-

Libres de todo lo que inquieta y atormenta á los hijos del siglo , sin cuidar mas que de agradaos ; siempre están llenas de abundancia , porque de nada necesitan ; siempre están tranquilas , porque nada desean ; su vida es una continua alegría , un sosiego inalterable , y un regocijo puro é inocente : *Et justi epulentur , & exultent in conspectu Dei.* (a) Pero los hijos del siglo , aunque vivan en la abundancia , nunca están contentos ; siempre están entre los placeres , y nunca son felices ; pasan su triste vida en deseos , en inquietudes , en mudar continuamente de situacion , y de medidas ; en vez de formarse una felicidad de lo que poseen , se forman un suplicio de lo que desean ; cada instante los precipita en nuevos movimientos ; no conocen el sosiego sino para huir de él ; y toda su vida es una continua inquietud , que en nada puede fixarse , y que no los dexa mas consistencia en la tierra que la que tiene el polvo , que es el juguete de los vientos : *Non sic impii , non sic , sed tanquam pulvis quem projicit ventus à facie terræ.* (b)

III. Reflexion. Falta hablar , amada hermana mia , del tercer voto del santo estado que vais á abrazar , que es el de la obediencia religiosa. El mundo que no conoce la virtud de la fé , y el espíritu de la vida cristiana , mira este voto como un yugo pesado , opuesto á la razon , é incompatible con el sosiego y tranquilidad de la vida ; es verdad que á primera vista parece cosa triste y molesta para la naturaleza el haberse de formar una ley de la voluntad agena ; el obligarse á estar continuamente sacrificando su propia razon , á la razon , y aún muchas veces á los antojos de los que nos gobiernan ; el no haber de usar de nuestro entendimiento sino para obedecer ciegamente , y sujetarle á unos preceptos que suelen parecer ridículos ó injustos ; el no haber de tener entendi-

mien-

(a) Psalm. 67. v. 4.

(b) Psalm. 1. v. 4.

miento ni voluntad propia; y no obstante la buena opinión que tenemos de nuestra capacidad, la que siempre preferimos interiormente á la agena, no obstante los defectos y cortas luces que nos descubre nuestra soberbia en aquellos de quienes dependemos, no obstante la vivacidad de los gustos é inclinaciones que nos dominan, y que ponen en nosotros mil repugnancias á las cosas que nos mandan, no obstante todo esto, haber de obrar como si nada vieramos, como si nada conociéramos, y como unos instrumentos ciegos é insensibles, que no tuvieran mas movimiento que la voluntad de aquel que los dirige y gobierna: Confieso, amada hermana mia, que este estado parece que desde luego altera las inclinaciones mas racionales de la naturaleza, y que quita á los hombres el único consuelo inocente que suele quedarles, aún en las mas tristes circunstancias, que es la independenciam y libertad para poder disponer de sus acciones, y de sí mismos.

Pero, amada hermana mia, esto no es mas que un lenguaje de que se precia el mundo; y si no ved si podeis hallar en el mundo un estado de absoluta independenciam; ved si podeis imaginar unas circunstancias, en que libre de todo yugo, de toda servidumbre, de todos respetos, de toda subordinacion, y de todo cuidado, solamente seais responsable de vos misma á vuestro propio corazon: ¿Qué sujeciones no se hallan en el matrimonio! ¿Qué otra cosa es esta libertad tan ponderada mas que una servidumbre, que sujeta á la voluntad, y muchas veces á los antojos de un esposo injusto, zeloso y altanero, que convierte una sociedad santa en un funesto cautiverio? ¿Qué servidumbre no traen consigo la Corte, la fortuna, los puestos, y los empleos? ¿Qué fantasma de libertad es esta, que hace depender á los que la siguen de tantos dueños, que los sujeta á todo, á sus superiores, á sus vasallos, á sus amigos, á sus enemigos, á los envidiosos, y á todo lo que los rodea? ¿Qué es una alma entregada al mundo y á la fortuna, mas que la esclava de todo el Universo, juguete eter-

no

no de las pasiones y altanerías agenas, porque lo es de las suyas propias? ¿Qué cosa es la vida del mundo y de la corte mas que una eterna servidumbre, en donde nadie vive para sí, en donde es necesario estar continuamente sacrificando los placeres á la fortuna, el sosiego á la obligacion, las comodidades á las etiquetas, nuestro propio gusto al gusto ageno, nuestros talentos á las preocupaciones de aquellos de quienes dependemos, y aún muchas veces hasta nuestra misma conciencia á sus injustas pasiones?

Esta es, amada hermana mia, la miseria de las personas del mundo; sus sujeciones, que son la causa de todas sus desgracias, suelen serlo tambien de sus delitos; en su servidumbre hallan á un mismo tiempo el escollo de su sosiego, y el de su salvacion; hacen á sus gefes un continuo sacrificio de su libertad, un sacrificio que al mismo tiempo que es mas penoso, les hace mas culpables. Su condescendencia es á un mismo tiempo trabajosa y delincente; pero en estos santos asilos la sumision siempre cuesta menos al corazon, y siempre añade un nuevo mérito; aquí son menos penosos los sacrificios de la propia voluntad, porque ademas de que la gracia los suaviza, tenemos la seguridad de que no sacrificamos nuestra voluntad sino á la de Dios, de la que los superiores son intérpretes y organos, y con todo eso, estos sacrificios siempre se nos cuentan como nuevas virtudes; en una palabra, aquí no perdemos mas libertad que aquella que depende puramente del genio y del antojo, la que muchas veces nos sirve de estorvo á nosotros mismos, y se conserva la libertad del corazon, que es la raíz de los verdaderos placeres, y la imagen de la eterna libertad; en el mundo se pierden ambas libertades, y hay la desgracia de no poder vivir ni para el deleite, ni para la salvacion.

Pero oidme, amada hermana mia, otra reflexion con que acabo; aún quando os pudierais lisongear de hallar en el mundo un estado de independenciam y entera li-

Tomo VIII.

Qq

ber-

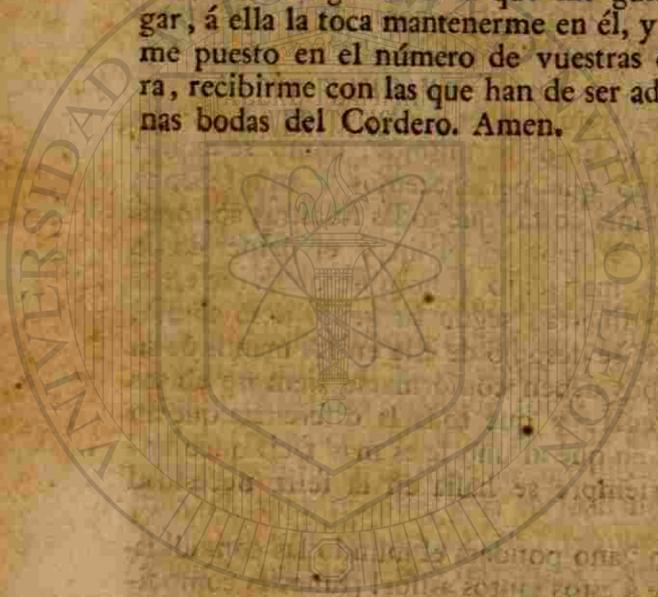
bertad, estado por el que há tanto tiempo que suspiran los hombres, sin que todavia hayan podido hallarle; aún quando fuerais tan feliz vuelvo á decir, que le hallarais, no por eso os sería lícito el seguir, ciegamente vuestros gustos y antojos; no os sería permitido el vivir á medida de vuestras inclinaciones ó de vuestro genio, y no tener mas regla de vuestras acciones que laquello que os agradára; todo christiano tiene una regla eterna y superior, la que debe consultar continuamente en cada una de sus acciones; todo quanto hace debe ser con orden, y con regla, esto es, todo debe ser conforme á la ley de Dios; consiguientemente en todo quanto hace no le es permitido buscar solamente su propia satisfaccion, pues lo contrario sería ocupar el lugar de Dios, por cuyas ordenes y preceptos debe regular todas sus acciones. Todo aquello que no tiene mas fundamento que el genio, el antojo, y el amor de nosotros mismos no es segun el orden de Dios, ni es accion christiana; porque todas las acciones del christiano, para ser dignas de la vida eterna, deben tener por principio la caridad, como dice el Apostol; el genio, el amor propio, y la caridad no pueden ser principio de una misma accion; porque la una nos hace siempre proceder con respeto á Dios, y la otra solamente por nosotros mismos.

¿Qué os parecé que hace, amada hermana mia, la obediencia religiosa? Nos manifiesta por el organo de nuestros superiores aquella regla eterna, que tendríamos precision de consultar siempre en todos nuestros pasos; nos escusa la molestia de averiguar en cada accion qual sea la voluntad de Dios, segun la qual debe gobernarse el christiano en todo tiempo, y en todo lugar; nos escusa las incertidumbres y ansiedades que acompañarian siempre á nuestras propias determinaciones; precave los engaños que nos pudieran inducir al error; en una palabra, nos descarga de nosotros mismos, por de-

cirlo asi, para ponernos en manos de Dios, y baxo su amparo: Y asi las personas del mundo, si se tienen por libres es porque no conocen el espíritu de la religion, y las obligaciones de la vida christiana; se miran como dueños de sus acciones, porque están persuadidas á que no son responsables de ellas á nadie; ponderan tanto esta libertad, porque ignoran que todas nuestras acciones se gobiernan por una regla severa, de la que jamás debemos apartarnos; ignoran que la libertad de la fé es una santa servidumbre, que somos esclavos de la justicia, y que siempre estamos sujetos á la ley de Dios; que no somos dueños de nosotros mismos, como se explica el Apostol, sino que pertenecemos á aquel Señor que nos rescató á tanta costa; que todas nuestras acciones son suyas, porque él debe ser el fin y el principio de todas; que no le es mas lícito al hombre que vive en el mundo usar de su libertad segun su genio ó su antojo, que al solitario que se despojó de ella en las manos de su superior; que ambos deben conformarse siempre en sus acciones con la regla; y que toda la diferencia que en esto hay consiste, en que al uno le es mas fácil quebrantarla, y el otro siempre se halla en la feliz necesidad de seguirla.

¡Ah Señor! en vano pondera el mundo las comodidades en que excede á estos santos asilos! ¡funestas comodidades, que son la raíz de todos sus delitos, y le hacen perpetuo objeto de vuestra indignacion! ¡Tristes comodidades, emponzoñadas con tantas amarguras, y que al mismo mundo le sirven de molestia! Se precia de una fantasma y de una apariencia de fidelidad, cuya nada él mismo está conociendo, y en la que hasta ahora no ha podido hallar verdadera dicha. Pero vuestro caliz ¡ó Dios mio! solamente ofrece amarguras á la ilusion de los sentidos; en él bebe el corazon con abundancia los consuelos de la paz y de la justicia. ¡Qué suaves y qué amables son, Señor, las cadenas que nos unen á vos! ¡Qué tanto

se gana con perderlo todo y renunciarlo todo por vos! Recibid, pues, ¡ó Dios mio! el sacrificio que hoy os hago de mi misma; no reparéis en las imperfecciones de la hostia que se ofrece; no atendais mas que al gusto y al fervor con que corre á sacrificarse al pie de vuestros Altares: Vos mismo sois quien la ha de hacer digna de vos; vuestra gracia es la que me guia á este santo lugar, á ella la toca mantenerme en él, y despues de haberme puesto en el número de vuestras esposas en la tierra, recibirme con las que han de ser admitidas á las eternas bodas del Cordero. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

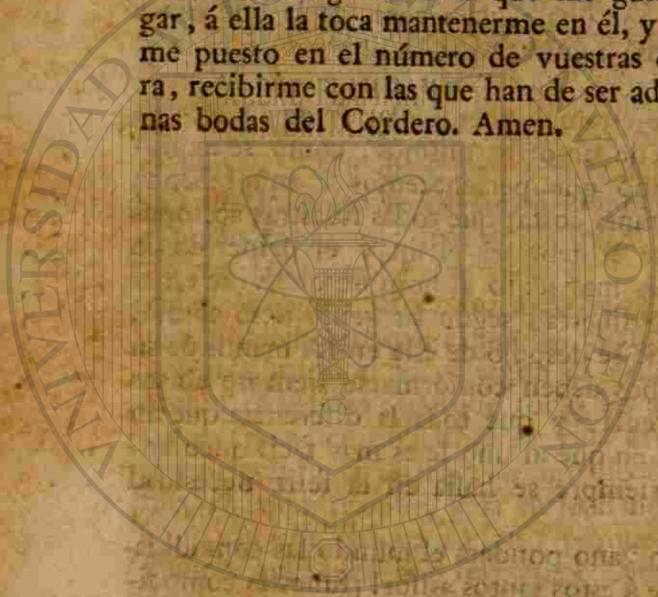
SERMON CUARTO  
PARA UNA PROFESION  
RELIGIOSA.

*Sponsabo te mihi in sempiternum, & sponsabo te mihi in justitia, & in iudicio, & in misericordia, & sponsabo te mihi in fide, & scies quia ego Dominus.*

Me desposaré contigo para siempre por medio de una alianza de justicia, de juicio y de misericordia, y con una inviolable fidelidad, y sabrás que yo soy el Señor. *Oseæ. 2. vers. 19. 20.*

**E**sto es lo que pasa entre Jesu-Christo y una alma, que habiendose dejado arrastrar de sus pasiones, y saliendo por último del desorden, se une al Señor con los lazos de la fé y de la justicia, y solamente quiere vivir para reparar con una constante fidelidad las transgresiones de su vida pasada; puede decirse con propiedad que entonces renueva con el Señor la alianza que en otro tiempo le habia jurado en el Bautismo; aunque no renuncia todas las cosas, mira al Señor como á su único patrimonio; aunque no se retira á un santo asilo, ni se oculta á la vista de los hombres, no vive mas que para él; aunque no se despoja de los bienes percederos, los desprecia, y no conoce mas bien que el poseerle; aunque no se separa del esposo terrestre, no pierde de vista al Esposo inmortal que tiene en el cielo; finalmente,

se gana con perderlo todo y renunciarlo todo por vos! Recibid, pues, ¡ó Dios mio! el sacrificio que hoy os hago de mi misma; no reparéis en las imperfecciones de la hostia que se ofrece; no atendais mas que al gusto y al fervor con que corre á sacrificarse al pie de vuestros Altares: Vos mismo sois quien la ha de hacer digna de vos; vuestra gracia es la que me guia á este santo lugar, á ella la toca mantenerme en él, y despues de haberme puesto en el número de vuestras esposas en la tierra, recibirme con las que han de ser admitidas á las eternas bodas del Cordero. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

SERMON CUARTO  
PARA UNA PROFESION  
RELIGIOSA.

*Sponsabo te mihi in sempiternum, & sponsabo te mihi in justitia, & in iudicio, & in misericordia, & sponsabo te mihi in fide, & scies quia ego Dominus.*

Me desposaré contigo para siempre por medio de una alianza de justicia, de juicio y de misericordia, y con una inviolable fidelidad, y sabrás que yo soy el Señor. *Oseæ. 2. vers. 19. 20.*

**E**sto es lo que pasa entre Jesu-Christo y una alma, que habiendose dejado arrastrar de sus pasiones, y saliendo por último del desorden, se une al Señor con los lazos de la fé y de la justicia, y solamente quiere vivir para reparar con una constante fidelidad las transgresiones de su vida pasada; puede decirse con propiedad que entonces renueva con el Señor la alianza que en otro tiempo le habia jurado en el Bautismo; aunque no renuncia todas las cosas, mira al Señor como á su único patrimonio; aunque no se retira á un santo asilo, ni se oculta á la vista de los hombres, no vive mas que para él; aunque no se despoja de los bienes percederos, los desprecia, y no conoce mas bien que el poseerle; aunque no se separa del esposo terrestre, no pierde de vista al Esposo inmortal que tiene en el cielo; finalmente,

te, aunque no muda de estado, muda de corazón, y aparta de sí todo lo que pudiera romper el nuevo empeño que contrae con su Señor.

Con todo eso, amada hermana mía, por grande que sea el poder de la gracia sobre una alma que aún vive entre los peligros del mundo, por mas fervorosos que sean sus deseos, por mas sincera que parezca su penitencia y su conversión á Dios, puede decirse que la alianza que hace con su Magestad, mientras permanece en el mundo, siempre está acompañada de mil imperfecciones, que en él son como inevitables. Los cuidados temporales, las obligaciones, y las correspondencias que se multiplican á proporcion de la clase y del nacimiento, los respetos que pide el mundo, y que muchas veces nos quitan la libertad de poder ser dueños de nosotros mismos, aquellas costumbres de que no puede escusarse la virtud mas rigida, los vínculos de la carne y de la sangre, á que es preciso vivir unidos, los cuidados para merecer el favor de los que distribuyen las gracias, los arbitrios para proporcionar á los hijos unos puestos dignos de su nacimiento, los contratiempos que desordenan todas nuestras medidas, todo esto aparta el corazón del principal fin, aún á pesar nuestro, ocupa nuestros afectos, se apodera de nuestros pensamientos, apaga nuestra fé, nos disgusta de las cosas del cielo, hace que el ejercicio de la oracion y de las obras santas nos sea fastidioso, pone mil nubes sobre nuestro espíritu, deja que el mundo tenga todavía mucho imperio sobre nuestro corazón, y hace que muchas veces mas nos sirva la virtud de hollar interiormente los estorvos que la debilitan, que de gustar de los consuelos que la acompañan.

A vos pues, amada hermana mía, se dirigen con mas especialidad las palabras de mi texto: con vos es con quien el Señor vá á hacer una alianza santa y eterna, y como su amor la podía desear; no se contenta con poseer una parte de vuestro corazón, como le sucede con otras mu-

muchas almas que le sirven en el mundo, os quiere toda entera para sí, es zeloso de todo vuestro corazón, y no puede sufrir que se divida aún con los mas legítimos afectos; feliz vos, si despues de haber vencido todos los obstáculos que se oponen á vuestro sacrificio, si despues de haber resistido á todas las instancias que ya casi nos hacian temer de vuestra perseverancia, si despues de haberos apartado de un mundo, que no ha omitido diligencia alguna para deteneros, empezais haciendo el debido aprecio de una dicha que nadie podrá disputaros; feliz, si en adelante no aflojais en el fervor que habeis manifestado en el principio, y si despues de haber huido del mundo quando él os seguia, no le echais menos quando os haya olvidado del todo.

Pero no, amada hermana mía, nosotros concebimos mejores esperanzas, y formamos felices pronósticos en orden á vuestra eterna salud. *Confidimus meliora, & viciniore salutis.* (a) Vuestra eleccion no es como aquellas que se hacen en una edad tierna, ni efecto de la larga educacion en el santo retiro, la que muchas veces suele decidir en este punto, porque no conociendo todavía al mundo, no vemos en él cosa alguna que nos pueda engañar: Es una santa determinacion, formada y mantenida mucho tiempo en medio del mismo mundo, y de un mundo que para vos estaba lleno de alhagos, en donde os llevabais las atenciones de todos, en donde, por vuestra desgracia, abundabais de aquellos preciosos talentos que son tan propios para agradarle, en donde erais el único consuelo de una madre afligida; en una palabra, en donde parece que todo debía servir de atractivo, y en donde, no obstante los muchos obstáculos que han retardado la resolucion que habiais tomado de abandonarle, nada os ha podido apartar de ella. Y así,

(a) *Hebr. 6. vers. 7.*

amada hermana mia, los aplausos del mundo profano, que tanta impresion hacen en el corazon, y que tan generosamente habeis despreciado; el haber roto con tanto valor aquel lazo que todavia os unia al mundo por la aficion á una madre amorosa y christiana, este lazo que siempre respetareis, y cuya memoria es sin duda mas viva ahora que vais á romper para siempre sus nudos, y que acaso en este mismo instante está arrancando de vuestro corazon algunas señales de sentimiento y de ternura, los singulares caminos por donde la providencia os ha traído á este santo lugar, el especial cuidado que parece ha tenido hasta ahora de vuestro destino, todo esto, amada hermana mia, nos dá felices esperanzas para lo sucesivo; las dificultades que el mundo ha opuesto á vuestra empresa nos aseguran de que es preciso que sea obra de Dios; sí, Señor, vos no despreciareis una víctima que vuestra misma mano ha conducido por entre tantos obstáculos hasta el pie del Altar; abandonad enhorabuena á aquellas Virgenes necias, que no os siguen sino contra su gusto, y á las que solamente la soberbia y el pesar de no poder hallar en el mundo un acomodo que mantenga la vanidad de su nombre y nacimiento, abre las puertas de este santo lugar; mirad con ojos de indignacion y desprecio solamente á aquellos sacrificios forzados, que mas se ofrecen al mundo que á vos, y en los que no se os presenta mas que lo que el mundo desprecia; pero esta virgen fiel, que con tanta sinceridad sigue vuestros caminos, que desprecia con un santo valor todos los alhagos que el mundo la ofrecia, que todo lo renuncia por seguirlos, que os confia el deposito de su fé y de su inocencia, y que os elige por su única porcion y heredad. ¡Ah! Vos, Señor, sois fiel en vuestras promesas, la mirareis como á las niñas de vuestros ojos, y la cubrireis con las alas de vuestra gracia.

A la verdad, amada hermana mia, basta exâminar las circunstancias de la alianza que vais á hacer con Jesu-  
Chris-

Christo, para inferir que entre todas las señales de salvacion, apenas hay otra mas cierta ni de mas consuelo para vos que este sagrado desposorio.

*I. Reflexion.* En primer lugar, el Señor vá á haceros su esposa con una alianza de justicia. *Sponsabo te in justitia.* Primera circunstancia: Es decir, que era muy justo que le dieseis esta señal de vuestro amor, que vuestro agradecimiento no cumpliera con menos, y que con un sacrificio menos perfecto no hubierais correspondido á lo que el Señor tenia derecho para esperar de vos. Sí, amada hermana mia, la medida de lo que debemos á Dios es la de lo que hemos recibido de su Magestad; no pide igualmente á todas las almas, porque no es igualmente liberal con todas. Quanto mas se nos comunica, mas suyos quiere que seamos: quantos mayores deseos de perfeccion y fidelidad pone en nuestro corazon, mas quiere que adelantemos y que le seamos fieles: quanto mayor es su impulso, mas debemos caminar: en una palabra, sus dones deben reglar nuestros esfuerzos y nuestro zelo.

Acordaos pues, amada hermana mia, de todas las gracias con que hasta ahora os ha favorecido, de los deseos de salvacion que os ha inspirado desde vuestra mas tierna edad, de tantos peligros como os ha librado, de tantos obstaculos como ha vencido, los que parecia hacian imposible la accion que hoy vais á executar, de que ha reservado para sí solo todos los talentos que parecia os destinaban al mundo y á la vanidad, de que os ha hecho despreciar tantas instancias como os hacian para que os disgustaseis del estado que vais á abrazar, de que os ha librado de tantos lazos como oponia á vuestra inocencia un amor demasiado humano, de que ha hecho inútiles tanto las lagrimas como las amenazas de los que tenían autoridad sobre vos, de que ha arruinado y puesto á vuestros pies al mundo entero, que se habia conjurado para perderos, ó con las emboscadas que os armaba, ó con los movimientos que excitaba en vuestro corazon, los que

no podiais negar á la sangre y á la naturaleza. Acordaos, amada hermana mia, de las muchas misericordias que el Señor ha usado con vos, y no se borre jamás de vuestro corazon la memoria de tan repetidas gracias.

En estos dias que han precedido á este dia feliz, quando cansada, al parecer, de manteneros sola contra los asaltos del mundo, de la naturaleza, y de vuestro propio corazon, parecia que estabais para rendiros; en aquellos instantes que tantas veces habeis experimentado, en que parecia debilitarse vuestro fervor, temblar vuestro valor, y obscurecerse vuestra fé, y en que pareciendos el mundo mas amable no veiais en el religioso retiro mas que disgustos y secretos horrores; ¿qué era lo que pasaba entonces en vuestro corazon? ¿No estaba en él el mismo Christo para daros fortaleza? ¿De dónde os venian aquellas repentinas inspiraciones, y aquellos afectos de fé y de religion? ¿Qué voz secreta era la que entonces os hablaba en lo intimo del alma? ¿No era el Celestial Esposo, que os decia interiormente: Insensata, todo lo que estás viendo, y quantas esperanzas te dá el mundo, todo pasará; pero los bienes que yo te prometo durarán eternamente: ¿de qué te serviria ganar todo el mundo, si perdías tu alma? Pon tú afecto, si eres prudente, en lo que nunca se ha de acabar, y ha de durar para siempre; las criaturas que parece te prometen unos placeres tan agradables, y una felicidad tan risueña, no pretenden mas que engañarte; todas son vanas, inconstantes, falsas, y perfidas; no te preparan mas que disgustos y crueles amarguras; el mundo está lleno de infelices, y si en él se halla algun consuelo, solamente es para aquellas almas que me son fieles.

Quando el Señor os hablaba de esta suerte, amada hermana mia, ¿no se abrasaba vuestro corazon como el de los discipulos que iban á Emaus? ¿No conociais que se animaba vuestra fé, que se despertaba vuestra tibieza, que se fijaban vuestras irresoluciones, que se disipaban

vues-

vuestras tinieblas, y que sucedia la serenidad á la borrascosa? ¿No era el efecto de estas tentaciones el formar una resolucion mas viva, mas constante, y mas firme de consagraros á Jesu-Christo? Yo no hago aqui mas que referir la historia de las misericordias de Dios para con vuestra alma, la que me habeis confiado, llena de un amoroso agradecimiento, para que la haga publica á todo el mundo.

Ved, pues, si el Señor procede del mismo modo con otras muchas almas que se dejan arrebatar de la corriente: no las inquieta en sus insensatos caminos, no se digna de disputar al mundo su corazon quando le tiene poseido, las deja gozar pacíficamente del fruto de sus infidelidades, parece que el mismo Señor permite que se las proporcionen las ocasiones, y que por sus secretos y terribles juicios aparta ó inutiliza todo lo que pudiera atraerlas á los caminos de la verdad: ¿Qué habeis hecho vos, amada hermana mia, para poder merecer estas atenciones y estas preferencias? ¿Qué sería de vos si el Señor se hubiera contentado con solicitaros debilmente, con inspiraros algunos deseos de consagraros á él, sin haceros que los pudieseis en execucion, como se los está inspirando todos los dias á muchas almas, en quienes el mundo ahoga estos principios de gracia, y que siempre permanecen infieles á su vocacion? ¿Qué sería de vos si hubiera ceñido todas las operaciones de su gracia para con vos, á aquellas voluntades irresolutas de que está lleno el mundo, á aquellas reflexiones esteriles acerca del abuso de los placeres, de la fortuna, y de todas las cosas presentes, que á nadie convierten, á aquellos proyectos remotos de conversion, que se están formando todos los dias, solamente para decirse cada uno á sí mismo que aún no está obstinado, que al fin se mudará, y vivir con esta esperanza tranquilo en los desordenes? Bien pudiera el Señor haberse portado con vos de este modo, pues para con su Magestad no teniais mas merito que otras muchas almas á quienes trata así; pero se ha dignado de llenaros de sus

Rr 2

ben-

bendiciones, y siempre os ha defendido con su escudo. Quantos mas esfuerzos ha hecho el mundo para engañaros, mas ha cuidado el Señor de defenderos; siempre os ha estado mirando atentamente, y estudiando las flaquezas de vuestro corazon para haceroslas conocer.

Ah! despues de tantos cuidados no era posible que os dejase entre los peligros de un mundo corrompido: El Señor trabajaba en formarse una esposa, y adornar la víctima que destinaba á sus Altares, y así entregandoos hoy á él no hacéis mas que ofrecerle su propia obra, le presentais el fruto de sus cuidados, adornais el Altar con sus propios dones, le restituís lo que de él habeis recibido, cumplís con vuestro bienhechor, y no podeis hacer menos por él sin ser injusta é ingrata; con los beneficios que os habia hecho, habia adquirido sobre vos todos los derechos que vais á presentarle con este nuevo empeño, y la santa alianza que hoy hacéis con el Señor es una alianza de agradecimiento y de justicia. *Sponsabo te in iustitia*

*II. Reflexion.* Pero aún quando la justicia y el agradecimiento no os obligáran al sacrificio que vais á hacer, la prudencia christiana no os permitiría dudar, y esta santa alianza sería tambien una alianza juiciosa y prudente. *Sponsabo te in iudicio.* Segunda circunstancia.

Pensad bien, amada hermana mia, en lo que vais á sacrificar, y en el premio que os tiene preparado Jesu-Christo: en una parte no hallais mas que un humo que desaparece en un instante, unos placeres que duran muy poco, que no obstante su corta duracion todavia cansan, y que han de ser castigados eternamente; no hallareis mas que envidias, pesares, y pasiones, á las que todo sirve de incentivo sin que nada pueda satisfacerlas, unos disgustos que es preciso sufrir, aún sin atreverse á quejar de ellos, unos remordimientos secretos, que en nada hallan sosiego, unas sujeciones, y unas mortales molestias, las que es preciso disimular dando á entender que

se tienen por honor y por favores, las altanerias y desayres de los Grandes que es preciso sufrir y disimular, y al mismo tiempo el olvido de Dios, que es inevitable en este metodo de vida; mil peligros de los que jamás sale intacta la inocencia, mil mitigaciones peligrosas en las reglas y obligaciones, unas continuas inquietudes, en las que no hay mas solidéz que el conocimiento de su nada, una vida llena de vanidad, de inquietud, de errores, de deseos, de temores, y de esperanzas; finalmente, una muerte acompañada muchas veces de un falso arrepentimiento, ó de una funesta calma, siempre terrible para la salvacion, porque siempre es fin de una vida, ó inutil, ó pecaminosa; esto es, amada hermana mia, lo que sacrificais quando renunciáis al mundo.

Pero por otra parte; ¿qué premio es el que os dispone Jesu-Christo en recompensa de este sacrificio? La inocencia y la paz del corazon que no conoce el mundo; la alegría de la buena conciencia, que es la unica raiz de los verdaderos placeres; las obligaciones, cuyo trabajo es recompensado inmediatamente con los consuelos que facilitan su cumplimiento; una compañía santa, cuyo lazo es la caridad, y que halla en la paz todo su consuelo, en la que nada se envidia, porque todo es comun á todas las hermanas, en donde de nadie se desconfia, porque todas esperan unos mismos bienes, y temen unos mismos males, en donde la diversidad de intereses no divide los corazones, porque todas tienen un mismo interés, en donde se ignoran todos los pesares que emponzoñan la vida humana, porque están desterradas de allí las pasiones que los causan, en donde se hallan remedios para todos los pesares, precauciones contra todas las flaquezas, alivios contra todos nuestros desfallecimientos, atractivos para las obligaciones, y una vida tranquila, inocente, y llena de buenas obras, en donde las mas indiferentes acciones son virtudes, y se nos reputan por merito para el cielo; y finalmente en donde una muerte semejante á la de los

justos, llena de consuelos, y sin pesares de lo que se deja en el mundo, porque no poseyendo en él cosa alguna, nada puede dejarse en él sin tener inquietá la conciencia acerca de los negocios que se han tratado; porque en ella ha sido nuestro principal negocio el de la salvacion, sin remordimientos acerca de los bienes mal adquiridos; porque hemos renunciado aún aquellos que legitimamente podiamos poseer, sin escrúpulos en orden á los puestos á que nos pudiera haber elevado la ambicion, y que acaso no eran los que Dios nos habia destinado; porque morimos en un estado en que solamente pudo collocarnos la gracia; en una palabra, una muerte suave, pacifica, y llena de felices esperanzas para la eternidad, porque no habiendo sido el mundo nuestra patria, es preciso que lo sea el cielo: Esto es, amada hermana mia, lo que os prepara Jesu-Christo.

Decidme, ahora que estais ya para declarar al pie de los Altares vuestra eleccion, ¿no conoceis con mas claridad que otras veces quán acertada y prudente es? Examinaos por la ultima vez, os dice Jesu-Christo, mirad todas las cosas que os rodean, ved si el mundo con todas las pompas que puede prometeros, puede compararse con la inocencia y seguridad del santo asilo adonde yo os llamo: Yo os doy licencia para que hagais este paralelo en vuestro corazon; ved aqui el santo monte en donde yo me comunico al alma, como un amigo á otro amigo, y la llanura en donde la multitud de insensatos está adorando al Becerro de oro; ved aqui el sosiego del Santuario, y el tumulto del siglo, elegid, todavia estais á tiempo, aún está en vuestras manos vuestra suerte; en mi servicio es preciso que tengais cruces y amarguras, es verdad que mi gracia os suavizará tanto mi yugo, que os parecerá ligero, y aún su mismo peso os servirá de consuelo, pero habrá ocasiones en que parecerá que yo, para probar vuestra fidelidad, os dejo entregada á vos misma; no suspenderé mis auxilios, pero suspenderé mis

mis consuelos; siempre estaré con vos, pero no siempre me dejaré ver en vuestro corazon; dejaré en mi caliz toda su amargura, y no hallareis en él, como no hallé yo en el que me presentó mi Padre, mas que disgusto, y una secreta repugnancia: Yo os anuncio este tiempo de probacion, y vos debeis estar dispuesta para él. No pretendo engañaros, ni aprovecharme de los primeros fervores de un zelo que muchas veces suele ser excesivo; no intento alhagar á la víctima para que aparte el pensamiento del cuchillo y de la hoguera, ni llevaros al Altar con los ojos vendados para ocultar á vuestra flaqueza la vista del aparato, y de los rigores del sacrificio; yo quiero que la ofrenda sea racional, y que esté instruida en su sacrificio; quiero que solamente se abraze en el fuego del amor, pero quiero un amor sabio y prudente, y que no se pierda por la precipitacion el mérito de la eleccion y preferencia; en una palabra, no quiero desposarme con vos sino por medio de una alianza juiciosa y prudente: *Sponsabo te in iudicio.*

Bien sé, amada hermana mia, que nada de esto falta en vuestro sacrificio; las pruebas que le han precedido, los obstaculos que le han retardado, las contradicciones que habeis padecido tanto tiempo por parte del mundo, de la sangre, y de la naturaleza, la constante perseverancia con que las habeis vencido todas, todo esto contribuye á asegurarnos que vuestra eleccion no ha sido imprudente ni precipitada. Bastante tiempo habeis concedido al mundo para dar en él lugar á las reflexiones y á las pruebas, y podeis decir que estais dispuesta para la vida religiosa desde el primer dia que la gracia os inspiró la resolucion de consagraros á ella, y asi postrada ahora al pie del el Altar, vuestro amor no tiene de que quejarse mas que del tiempo que los intereses y razones humanas retardaron vuestro sacrificio: Ya os oygo que decis á Jesu-Christo, movida del ansia de consagraros á él

él para siempre: ¿Qué es Señor lo que yo he abandonado por vos, que ha sido menester usar de tantas dilaciones y pruebas? La libertad que voy á perder no es en la realidad mas que una verdadera servidumbre que deixo: Solamente me tendré por libre, quando esté unida á vos con unos lazos indisolubles: ¡Ah! todavía me parece que tiene el mundo algun derecho sobre mi corazon: Aún me parece que estoy unida á él, porque no lo estoy á vos con lazos indisolubles: Estas reliquias de libertad me ofenden, y me parecen indignas de un corazon que ha tanto tiempo que os escogió por su unico dueño: ¡Funesta libertad, de que yo no podria servirme sino para ser esclava del demonio y de las insensatas pasiones! Amables cadenas, las que van á unirme á mi Salvador con unos lazos eternos, y darne la libertad de los hijos de Dios: ¿El mundo que os sacrificio merece acaso el que me cueste el menor pesar abandonarle? Si siento alguna turbacion al hacer el sacrificio, es por no poder ofrecer cosa alguna que corresponda al especial favor que vais á concederme: Yo quisiera, Señor, que el mundo y toda su gloria fuesen mas sólidos, y sus esperanzas fuesen mas reales, sus placeres mas durables, sus bienes mas verdaderos, y sus promesas mas sinceras: ¡Ah! entonces si que le pondria yo con gusto á vuestros pies, y os presentaria estos despojos como trofeos; pero siendo como es, vale muy poco para que yo pueda preciarne de abandonarle por vos; lo que me consuela es que estais viendo mi corazon. No os sacrificio el mundo porque juzgue que no puede hacer felices á los que en él viven, sino porque es vuestro enemigo, y porque si le amo, os aborrezco y os pierdo. Engañoso ó sólido, favorable ó ingrato, fiel ó pérfido, nunca hubiera podido agradarme, y si tuviera mas sólidos atractivos, haria mas solemne mi sacrificio, pero no le retardaria ni un solo instante.

III. *Reflexion.* Y así, amada hermana mia, la alian-

za que vais á hacer con Jesu-Christo es, en tercer lugar, una alianza de misericordia: *Sponsabo te in misericordia.* Tercera circunstancia; es decir, que el Señor no mira á lo poco que le ofrecéis, y que os dá mas de lo que recibe de vos: Bien sé que le dais mucho segun el idioma del mundo, un nombre distinguido, unos talentos que el mundo estima, unas esperanzas grandes, y los títulos de vuestros mayores. Pero, amada hermana mia, ¿aún quando hoy pusierais á los pies de Jesu-Christo todos los cetros, todas las coronas, todos los reynos del mundo y toda su gloria, no sería suficiente recompensa el poder ser la última en su casa? Quanto mas le sacrificais, mas le debéis; porque quanto mayores esperanzas parece que os ofrecia el mundo, mas gracia habeis necesitado para despreciarlas; quanto mas á propósito pareciais á la vanidad, y quanto mas propios eran vuestros talentos para perderos, mas necesidad habeis tenido de que el Señor preservase en tiempo vuestro corazon para salvaros, y para estableceros con solidéz en la verdad.

Por eso no hay vanidad menos digna de perdon en estos santos retiros, que la de aquellas Virgenes locas, que teniendo complacencia en acordarse del ilustre nombre de sus antepasados, ó de la clase que las hubiera dado su nacimiento en el mundo, y aumentando en su corazon el mérito de su sacrificio, quieren que se les tribute en este lugar de humildad los honores y las distinciones que en él renunciaron, y tratan con altivéz y desprecio á las que no siendo de tan distinguido nacimiento como ellas, no tuvieron que ofrecer al Señor, como la viuda del Evangelio, mas que una fé viva, un corazon desinteresado, y lo corto de su fortuna; como si quanto mayores eran los motivos que tenian para amar al mando, hubiera sido preciso que fuesen mayores los auxilios de la gracia para sacarlas de él; como si la memoria que debiera servirles para excitar su agradecimiento pudiera aumentar su vanidad; y como si quisieran hallar títulos

de gloria y de soberbia en los mismos peligros de que el Señor las libró por su gran misericordia.

Y así, amada hermana mía, esta alianza que el Señor hace con vos es una alianza de misericordia. Es un favor muy señalado que os hizo Dios desde el principio de los siglos: Preveía el Señor que habiendo nacido con tantas gracias no le seriais mas fiel en el mundo con los auxilios que os destinaba, que otras muchas almas que perecen en él: Leía en las disposiciones de vuestro corazón y de vuestras inclinaciones, que en él no podríais resistir á los peligros, que son tan frecuentes; y como os ha amado con un amor eterno, os llama á sí, según la expresión de un Profeta, con una abundante misericordia: *Ideo attraxi te miserans.* (a) Sin duda que podia haberos dexado andar errando algun tiempo por el mundo, entregada á vuestras necias pasiones, y llamaros despues por medio del disgusto que siempre sigue á estas; pero ha querido para sí las primicias de vuestro corazón: Es verdad que aquellos templos que han servido á Baál, aquellos corazones que han sido del mundo, pueden algun dia consagrarse al Señor, pero siempre quedan en ellos no sé qué manchas que ofenden su delicadeza: No baxa á ellos con tanto gusto como á los corazones inocentes, y á aquellos templos de Sion que á nadie han servido sino á él solo.

*IV. Reflexion.* Ya no se trata, amada hermana mía, mas que de corresponder con una inviolable fidelidad á las misericordias del celestial Esposo. *Sponsabo te in fide.* Y esta es la última circunstancia de esta santa alianza. Sí, amada hermana mía, en tanto sereis feliz en el partido que abrazais, en quanto permanezcais fiel en él: No debéis esperar hallar consuelo sino en el exácto cumplimiento de vuestras obligaciones: El mundo, que hasta ahora os ha alagado, os olvidará muy presto; vais á poner

(a) *Jerem. 31. v. 13.*

ner un eterno velo entre él y vos; nada teneis que esperar por esta parte; en adelante le sereis indiferente, porque le sereis inútil; le despreciaisteis quando parecia que os buscaba, pues qué desgracia sería que vuestro corazón se volviese á él, quando él ya os desprecia, y quando os habeis apartado de él para siempre; ya no le hallareis el mismo, porque se burla, desprecia, y aún es cruel con aquellas almas que despues de haberle abandonado, y abrazado un estado santo, vuelven á mirar atrás, le alargan la mano, y le miran con gusto; insulta su inconstancia, y él mismo las manda que le aborrezcan: Quanto mas ruioso haya sido su sacrificio, mas burla hace de la vergonzosa inconstancia con que parece le desaprueban, y se venga de sus pasados desprecios con unas befas ridiculas. ¿Qué amarguras no padece entonces, amada hermana mía, una Virgen infiel que se ha dexado engañar del mundo, y que vé encerradas para siempre en el santo retiro sus inclinaciones mundanas? En todas partes la acompañan sus disgustos é inquietudes; los rigores de la santa disciplina son para ella un peso que no puede sufrir. No halla en el retiro del Santuario mas gusto que el de las fantasmas que la representa su desarreglada inclinacion: La oracion es para ella una molestia, ó un tumulto de imagenes profanas y mundanas que se presentan á su espíritu; las alabanzas del Señor una ocupacion desagradable, los exemplos de sus hermanas un espectáculo que la cansa, porque la reprehende interiormente sus infidelidades; las menores obligaciones de la obediencia la alteran, los mas faciles ejercicios de la regular observancia la molestan, las mas suaves mortificaciones la fatigan, lo que á las demás Esposas de Jesu-Christo sirve de consuelo, es para ella un suplicio, y como sus desórdenes tarde ó temprano dán motivo á la murmuracion, y á las reprehensiones de aquellas que están establecidas para zelar su conducta, mantiene dentro de sí unos rencores y unos sentimientos que la atormentan,

que cada instante se empeoran y avivan con la presencia de las demás, y son mas vivos, mas amargos, y mas irremediabiles en el retiro que los que mantienen los hijos del siglo unos contra otros.

¿Puede haber, amada hermana mia, estado mas infeliz en la tierra, que tener dentro de nosotros unas infelices inclinaciones que nos arrastran ácia el mundo y ácia los deleites, y hallarnos siempre rodeados de horrores, de penitencia, y de retiro? ¿Dexar continuamente al corazon que salga de estas sagradas barreras, y no detenerle sino para que sienta mas el rigor de su prision y de sus cadenas! ¿No vivir sino para padecer baxo un exterior penitente, y estar padeciendo sin consuelo y sin mérito! ¿Huir de vos, oh Dios mio, y estaros encontrando á cada paso! ¿Seguir con una ansia loca á un mundo que huye de nosotros, y que solamente vemos desde lexos, y tener por dicha el desear lo que hace infelices aún á los mismos que lo poseen! ¿Qué es lo que pretendes, alma infiel? (si es que se halla alguna alma de estas circunstancias entre las fervorosas Virgenes que me escuchan). Renovad á los pies de Jesu-Christo los santos empeños de la alianza que con él contraxisteis; buscad en él los consuelos, y los sólidos y verdaderos placeres que aqui os preparaba; los demás no son dignos del corazon; estos os están prohibidos por muchas razones; abandonad esos deseos, pues tenéis perdidas las esperanzas. ¿Oh qué dignas sois de lástima, y que poco remedio promete vuestro estado! Quando una alma mundana se extravía, suele hallar el remedio en el mismo mal; el disgusto sigue inmediatamente á los placeres, el mundo visto de cerca sirve de desengaño contra el mismo mundo, pero visto de lexos engaña, es una figura que solamente brilla y deslumbra desde lexos; la idea que de él se forma siempre es infinitamente mas amable que el mismo; y el que le ama sin verle ni conocerle, suele amarle por mucho tiempo.

Pe-

Pero por otra parte, amada hermana mia, nada hay que se pueda comparar con los consuelos que prepara Jesu-Christo á vuestra fidelidad. El mundo, al que siempre habeis despreciado, porque le habeis conocido, nada os representará que pueda turbar aqui la feliz tranquilidad de vuestro retiro; si aún volveis los ojos á mirarle, será con compasion y dolor; llorareis al pie del Santuario por la ceguedad y deplorable suerte de tantas almas como en él perecen todos los dias, y particularmente de aquellas que os son mas amadas por razon de los vínculos de la carne y de la sangre, y en cuya salvacion tenéis mayor interés; aqui llorareis el desorden y locura de casi todos los hombres, los vereis con una santa tristeza, correr como locos tras un humo que se desvanece, y despreciar los bienes verdaderos, que son los únicos que podian asegurarlos una felicidad eterna: Otras veces, penetrada del zelo de la gloria del Señor, tan públicamente ultrajada con los escándalos y libertad de los pecadores, le direis con el Profeta: ¿A qué esperais Señor? Parece que vuestra paciencia autoriza los delitos, ya es tiempo de que vengueis las ofensas de vuestra gloria, y las blasfemias contra vuestro santo nombre; por poco que tardeis, quedará destruida vuestra ley santa: *Tempus faciendi Domine, dissipaverunt legem tuam.* (a) Otras veces, compadecida de las desgracias de aquellos, que no obstante sus buenos deseos se dexan arrastrar del torrente del mundo y de las pasiones, y cuyo mayor delito es su flaqueza, direis al Señor con Job: O Dios mio, acordaos de que nos formaste de un barro quebradizo, fortificad los corazones flacos, y ó quitad á los engaños y placeres del mundo el funesto atractivo que tienen para ellos, ó quitadlos á ellos su flaqueza, la que á pesar suyo les hace todos los dias esclavos y juguete del mundo; otras veces, por último,

(a) Psalm. 118.

siendo depositaria de los secretos pensamientos de aquellos mismos que pasan por felices en el mundo, y que os confiarán sus pesares, deseando hallar en vos consuelo para los trabajos, perfidias, é injurias del mundo, al acabarlos de oír os dareis mil parabienes de vuestra eleccion, renovareis mil veces al pie de los altares vuestro sacrificio, y llena de amor y de alegría dareis gracias á Jesu-Christo porque os traxo al puerto de la seguridad, y porque os sacó de un lugar en donde son tan engañosas las apariencias, tan verdaderos los pesares, tan tristes los placeres, y tan inevitable la pérdida de la salvacion; y así mas atenta cada dia á apretar los felices lazos que os unen á Jesu-Christo, unas veces le sacrificareis un deseo que empieza á manifestarse, otras una impaciencia que se empezaba á formar, otras un enojo que ya turbaba é indisponia vuestro corazón, otras un gusto que hubierais deseado con ansia, otras una repugnancia y un pesar que hubierais temido mucho, y ahogareis las pasiones aún antes que hayan tenido tiempo de formarse y nacer.

Sin duda que ya os parece tarde para empezar á experimentar estas felicidades; ya es tiempo, amada hermana mía; una santa alegría se esparce por todo vuestro rostro; no os asustéis á vista de la hoguera, como aquellas desgraciadas víctimas que lleva al altar el temor, ó el interés; el sacrificio que vais á hacer con tanto valor mueve á todos los asistentes; solamente vos os manifestais firme y tranquila, y como Jesu-Christo, quando estaba para perfeccionar su obra, decís á los testigos que aquí asisten, y que se enternecen á vista de esta ceremonia: *No lloreis por mí, llorad sí por vosotros.* (a) Este es el dia más feliz de mi vida, el cumplimiento de todos mis deseos, y el mas alto punto de mis esperanzas: ¿qué puede haber en mi suerte que no sea digno de ser envidiada?

(a) *Luca 23. v. 28.*

diado? Yo voy á entrar en el puerto, y os dexo entregados á las olas, y á pique de naufragar cada instante: voy á aplacar á mi juez, á trabajar mientras hay tiempo, para hacerme favorable, y á pedirle que jamás me aparte de su vista; vosotros vais á aumentar el tesoro de indignacion para el terrible dia de sus venganzas; es verdad que yo muero para el mundo, pero muero para un mundo que no hace sino desgraciados, para un mundo que ya está condenado, para un mundo que mañana ha de perecer, y del que solamente podria gozar el corto tiempo de una vida que pasa en un instante: *No lloreis por mí, llorad sí por vosotros.*

¿Qué injusticia y qué ceguedad es, ¡oh Dios mio! el llorar porque una alma se entrega enteramente á vos, y quando la poneis en salvo contra los infinitos lazos de que están sembrados todos los caminos de los hijos de los hombres! Yo, Señor, pongo á vuestros pies los despojos del mundo, y vos vais á ponerme un vestido de salud y de justicia; yo me aparto del comercio y compañía de los que no os conocen, y vos me vais á colocar entre vuestras esposas fervorosas y fieles; yo abandono el lugar de los trabajos y tentaciones, y vos vais á introducirme en el de los consuelos y gracias: ¡Mundo profano, jamás te he mirado con gusto, y así te abandono sin pesar! Es verdad que todavía dexo en tu poder algunas prendas que siempre me serán amables, y de las que me aparto con mucho sentimiento, ¿pero no habia de haber sangre y dolor en mi sacrificio? ¡Ah! Si yo no tuviera que renunciar mas que tus pompas y tus frívolos placeres, esto me costaria muy poco, y sería dar á Jesu-Christo muy cortas señales de mi amor, el sacrificarle lo que no amaba: ¡Con qué os agradeceré, Señor, tantos favores! Beberé vuestro caliz, invocaré vuestro santo nombre, os ofreceré mis votos en presencia de todo este pueblo, en el recinto de vuestra casa, y haré con vos una alianza eterna, porque vos sois el Señor y el Rey de la inmortalidad. Amen.

ANA-

## ANALISIS

De los Sermones contenidos en este  
tomo octavo.

## PRIMER SERMON.

PARA UNA PROFESION  
*Religiosa.*

Division. **TRES** son los consuelos de la vida religiosa. I. El consuelo de la eleccion. II. El consuelo de la preservacion. III. El consuelo de la consagracion.

I. Parte. *El consuelo de la eleccion.* Además de la eleccion invisible, por medio de la qual la misericordia de Dios nos ha señalado con el sello de la salud, y nos ha separado de la masa de perdicion, hay tambien otras elecciones visibles que pueden mirarse como medios para conseguir la primera, y consuelos que de ella resultan; una de estas es la vida religiosa en aquellas almas á quienes Dios llama para este estado.

En él se vé la preferencia con que Dios nos ha señalado entre tantas almas á quienes abandona: Esta preferencia es puro efecto de su bondad; los hombres no nos prefieren en la distribucion de sus gracias, sino porque nos hallan ó mas á propósito para sus intentos, ó mas dignos de sus beneficios; pero Dios en su eleccion no consulta mas que á su misericordia, porque todos somos igualmente indignos de ella; y así las buenas inclinaciones,

cio-

ciones, el pasar la primera edad en la inocencia, y el natural aborrecimiento al mundo, son efectos, y no causas de nuestra eleccion. ¿Quántos con los mismos socorros no han perseverado en el designio que tenían de sepultarse con Jesu-Christo en los santos retiros? 2. Esta preferencia es de gran consuelo por su singularidad: Considerad lo que pasa en el mundo, comparad si podeis, el corto número de almas justas y fieles que entre nosotros se sustentan de la fé, con la multitud de infieles, ignorantes, pecadores, y mundanos de todos los paises, y de todas las naciones que siguen los caminos de la perdicion y de la ira, y vereis que son como un átomo en un espacio inmenso; pues entre este corto número os escogió el Señor, y aún os sacó de entre sus mismos escogidos: ¡Quántas gracias se incluyen en una sola gracia! El Señor os ha separado de tantos pueblos que no le conocen, ó que aunque le conocen no le adoran como deben; de tantos fieles que al mismo tiempo que le adoran, quebrantan su santa ley; y aún os ha distinguido entre el corto número de almas justas que le sirven entre los peligros del mundo, y que tienen precision de dividirse entre el mundo, y el Señor: ¿Conoceis bien el valor de esta preferencia?

2. Los medios de que se ha valido el Señor para atraeros á este santo retiro, os deben servir de nuevo motivo de consuelo: ¿Qué prodigios no ha obrado el brazo del Señor, y de qué medios no se ha valido su Sabiduría para sacaros del mundo? ¿Qué secretos impulsos! ¿Qué nubes no ha disipado! ¿Qué disgustos no ha vencido! ¿Qué obstáculos no ha apartado! ¿Qué facilidades no ha proporcionado! ¿Qué sucesos tan inesperados no ha dispuesto! ¿Qué resoluciones y mudanzas para abriros el camino por donde queria guiaros! De modo, que el Señor nunca os ha perdido de vista; y le podeis decir con el Profeta; vos, Señor, me habeis dispuesto todos mis caminos, y desde el seno de mi madre me habeis llevado

Tomo VIII.

Tt

por

por la mano : Estas son las grandes misericordias que usa el Señor con los suyos.

3. Otro motivo de consuelo en vuestra eleccion : los auxilios y la proteccion que Dios promete , y que siempre acompañan á esta eleccion : Es una verdad infalible, que los auxilios particulares de la gracia siguen regularmente á la eleccion que la misma gracia hace de nosotros : esta ventaja tiene el alma que camina por la senda en que el Señor la ha puesto ; no debe contemplarse á sí misma , ni detenerse por la desproporcion que advierte en su flaqueza , y por las dificultades que halla en el camino en que Dios la ha puesto ; bastala saber que es Dios quien la guia , y puede decir muy bien con el Profeta : *El Señor es quien me guia , y así nada podrá faltarme* ; pero las almas mundanas , como la mayor parte de ellas ha entrado en el estado en que se hallan sin vocacion del cielo , están entregadas á su propia flaqueza , y el Señor no las defiende en los caminos en que no las ha puesto él mismo ; de esto proviene que todos los dias estemos viendo en el mundo tantas almas , que aunque están llenas de buenos deseos , y aunque nacieron con felices inclinaciones , se quejan continuamente de su flaqueza ; unas almas á quienes todo sirve de escollo , y en quienes las mas firmes resoluciones no duran mas que hasta el primer peligro en que se hallan ; el Señor las entrega á sus propias pasiones en un mundo , en donde no las ha colocado su mano ; pero vosotras á quienes la mano del Señor ha puesto en el lugar santo , vosotras podeis vivir seguras de su proteccion y de sus auxilios ; no temais , pues , los trabajos y dificultades que al principio presenta á la naturaleza la vida religiosa ; estas austeridades se mudarán para vosotras en suaves consuelos ; sus mas penosas obligaciones servirán de fundamento á vuestra fé en vez de desanimarla , y vosotras mismas os admirareis de vuestra fortaleza y valor ; pero no os fieis tanto de la gracia , de vuestra eleccion , que dexeis entibiar en vosotras aquel primer fervor del

ANALISIS

espíritu ; si afloxaís , aunque hayáis sido llamadas á las bodas del Esposo , sereis arrojadas de ellas , como sucedió á las Virgēnes necias , no obstante haber sido cierta su vocacion.

II. Parte. *Consuelo de preservacion.* Es verdad que abandonais el mundo , ¿ pero qué es este mundo miserable de que os aparta para siempre la misericordia de Jesu-Christo ? 1. Es una region de tinieblas ; 2. un camino lleno todo de escollos y precipicios ; 3. un lugar de tormentos é inquietudes.

1. Una region de tinieblas : la verdad no halla en él mas que ó ciegos que no la conocen , ó enemigos que la impugnan ; no quiero detenerme en los diversos géneros de ceguera que hay en el mundo , y que se oponen á los fundamentos de la fé y de la doctrina santa ; solamente hablaré de los errores que alteran sus reglas y sus máximas ; todos los dias se están anunciando estas santas máximas con la misma fortaleza , exactitud y seguridad que en las primeras edades de la Iglesia ; con todo eso , ninguna hay á que no se oponga el mundo con mitigaciones y falsos colores que las desfiguren , ó con nubes que la oculten á la vista ; y este error no es puramente de algunos particulares , sino que es el error de casi todos los hombres , y la doctrina mas recibida en el mundo , contra la qual ya es inútil clamar ; de este modo casi todos los hombres caminan , sin saberlo , por las tinieblas , y de este modo hubierais vivido vos misma , si la misericordia de Jesu-Christo no os hubiera sacado de la region de las tinieblas para haceros pasar al reyno de la luz ; hubierais mirado como verdades los errores que aprueba la multitud , hubierais seguido los caminos que mira como seguros todo el mundo ; las misericordias que con vos ha usado el Señor son acreedoras á un agradecimiento que no se acabe sino con vuestra vida ; reparad en que al mismo tiempo que toda la tierra está cubierta de espesas tinieblas , á vos sola os alumbró la luz del Señor , y os ha

Tt 2

traí-

traído á un lugar en donde os manifiesta la verdad ; no hay cosa de mayor consuelo para una alma á quien la misericordia del Señor ha separado del mundo , que esta primera vista con que descubre sus errores , y falsas máximas.

2 El mundo es un camino sembrado todo de escollos y precipicios : El mundo todo es peligros ; peligros en el nacimiento , en la elevacion , en los cargos públicos , en el uso de las riquezas , en las conversaciones , en las amistades , en el matrimonio , en el celibato , &c. Esto es el mundo : si os librais de un peligro , vais á dar en otro ; y no os parezca que para vos serian menores estos peligros que para los demás , aún quando vuestra inocencia estuviera defendida por algun tiempo con los exemplos domesticos. ¡ Ah ! ; Qué poco mueven los exemplos en esta primera estacion de la vida que se destina al olvido de Dios ! Puede ser que envidiaseis la felicidad de aquellas almas que sirven á Dios , y que se entregan del todo á su Magestad , pero arrebatada inmediatamente por el torrente fatal del mal exemplo , toda vuestra virtud se reduciria á estos tibios deseos , y el mundo tendria siempre vuestro corazon y vuestros verdaderos afectos : no es mi intento justificar las vanas excusas de los mundanos , aunque pondero los innumerables peligros del mundo , y la dificultad de trabajar en él para la salvacion ; es difícil , dicen los mundanos , vivir christianamente en el mundo , es verdad , ¿ pero cuántas almas fieles se forma y conserva en él la gracia á vuestra vista todos los dias ? Lo mas seguro , decís , sería abandonarlo todo , y sepultarse en lo mas escondido de un retiro : ¡ Ah ! Yo tambien lo confieso , pero no debéis vivir tranquilos en los peligros del estado presente , fiados en los deseos que tenéis del que os es imposible : es ilusion el no hacer lo que se debe , por desear hacer lo que es imposible.

3 El mundo es un lugar de tormentos y de tristes inquietudes. A primera vista parece que este mundo re-

reprobado está lleno de placeres y alegrías , pero nada de esto hay ; ¡ Ah ! si el hombre pudiera ser feliz olvidandose de Dios , y concediendo todos los gustos á las insensatas pasiones , á lo menos ya que no pudiera evitar los eternos suplicios destinados á los pecadores , gozaria de lo presente ; pero aún este instante presente , que es tan rápido , se niega á los pecadores. Dios , que nos ha hecho para sí , no quiere que sin él podamos ser felices ni un instante , y así se vale de nuestras mismas pasiones para castigarlas. Aunque nos formemos un plan de felicidades en la culpa , nuestro corazon desmiente inmediatamente nuestra esperanza. De esta vana idea de felicidad no nos queda otra cosa verdadera mas que el pesar de haberla formado en vano. Jesu-Christo no dexó su paz al mundo , sino á sus discipulos , y así en el sacrificio que hoy le haceis de él nada le presentais que sea digno de aprecio : El mérito y el valor de vuestro sacrificio mas consiste en la santa alegría con que le haceis , que en los frívolos placeres que renunciáis. Si conocierais bien el interior de este mundo miserable , no veriais en él mas que desgraciados : Este es el mundo con todos sus errores , peligros , é inquietudes : Alegraos , pues , de que el Señor os haya librado de la tirania de este mundo para morar él solo en vuestro corazon , y establecer en él una paz y una serenidad eterna.



## SERMON SEGUNDO

### PARA UNA PROFESION

*Religiosa.*

Division. I. *Las tentaciones.* II. *Los consuelos de la vida Religiosa.*

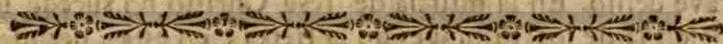
I. Parte. *Las tentaciones de la vida Religiosa.* Tres ten-

traído á un lugar en donde os manifiesta la verdad ; no hay cosa de mayor consuelo para una alma á quien la misericordia del Señor ha separado del mundo , que esta primera vista con que descubre sus errores , y falsas máximas.

2 El mundo es un camino sembrado todo de escollos y precipicios : El mundo todo es peligros ; peligros en el nacimiento , en la elevacion , en los cargos públicos , en el uso de las riquezas , en las conversaciones , en las amistades , en el matrimonio , en el celibato , &c. Esto es el mundo : si os librais de un peligro , vais á dar en otro ; y no os parezca que para vos serian menores estos peligros que para los demás , aún quando vuestra inocencia estuviera defendida por algun tiempo con los exemplos domesticos. ¡ Ah ! ; Qué poco mueven los exemplos en esta primera estacion de la vida que se destina al olvido de Dios ! Puede ser que envidiaseis la felicidad de aquellas almas que sirven á Dios , y que se entregan del todo á su Magestad , pero arrebatada inmediatamente por el torrente fatal del mal exemplo , toda vuestra virtud se reduciria á estos tibios deseos , y el mundo tendria siempre vuestro corazon y vuestros verdaderos afectos : no es mi intento justificar las vanas excusas de los mundanos , aunque pondero los innumerables peligros del mundo , y la dificultad de trabajar en él para la salvacion ; es difícil , dicen los mundanos , vivir christianamente en el mundo , es verdad , ¿ pero cuántas almas fieles se forma y conserva en él la gracia á vuestra vista todos los dias ? Lo mas seguro , decís , sería abandonarlo todo , y sepultarse en lo mas escondido de un retiro : ¡ Ah ! Yo tambien lo confieso , pero no debéis vivir tranquilos en los peligros del estado presente , fiados en los deseos que tenéis del que os es imposible : es ilusion el no hacer lo que se debe , por desear hacer lo que es imposible.

3 El mundo es un lugar de tormentos y de tristes inquietudes. A primera vista parece que este mundo re-

reprobado está lleno de placeres y alegrías , pero nada de esto hay ; ¡ Ah ! si el hombre pudiera ser feliz olvidandose de Dios , y concediendo todos los gustos á las insensatas pasiones , á lo menos ya que no pudiera evitar los eternos suplicios destinados á los pecadores , gozaria de lo presente ; pero aún este instante presente , que es tan rápido , se niega á los pecadores. Dios , que nos ha hecho para sí , no quiere que sin él podamos ser felices ni un instante , y así se vale de nuestras mismas pasiones para castigarlas. Aunque nos formemos un plan de felicidades en la culpa , nuestro corazon desmiente inmediatamente nuestra esperanza. De esta vana idea de felicidad no nos queda otra cosa verdadera mas que el pesar de haberla formado en vano. Jesu-Christo no dexó su paz al mundo , sino á sus discipulos , y así en el sacrificio que hoy le haceis de él nada le presentais que sea digno de aprecio : El mérito y el valor de vuestro sacrificio mas consiste en la santa alegría con que le haceis , que en los frívolos placeres que renunciáis. Si conocierais bien el interior de este mundo miserable , no veriais en él mas que desgraciados : Este es el mundo con todos sus errores , peligros , é inquietudes : Alegraos , pues , de que el Señor os haya librado de la tirania de este mundo para morar él solo en vuestro corazon , y establecer en él una paz y una serenidad eterna.



## SERMON SEGUNDO

### PARA UNA PROFESION

*Religiosa.*

Division. I. *Las tentaciones.* II. *Los consuelos de la vida Religiosa.*

I. Parte. *Las tentaciones de la vida Religiosa.* Tres ten-

tentaciones se deben temer en este estado. 1. La tentación del tiempo : 2. La tentación del disgusto : 3. La tentación del mal exemplo.

1. La tentación del tiempo : Los principios regularmente son fervorosos y fieles , pero despues de haber pasado estos primeros años en el fervor , nos tenemos por seguros , y nos persuadimos á que hemos adquirido derecho para descansar ; primera tentación : Para evitar , pues , un escollo , contra el que muchas veces se deshace la gracia de vuestra vocación , debéis acordaros de que el espíritu de la vida religiosa que abrazáis es el mismo en todas las edades , que las santas reglas de este instituto son las mismas en todos los tiempos , y que tanto en la edad abanzada como en la juventud , debe ser la misma vuestra fidelidad , porque siempre es igual la santidad de vuestro estado : Aún no basta esto , sino que quanto mas adelantada os halleis en la Profesion religiosa , mas debéis crecer en la gracia de vuestro estado : El no adelantar en los caminos de Dios es volver atrás : Si pudiera haber algun tiempo en que fuera lícito servir á Dios con tibieza , parece que seria en los principios de la carrera , quando todavía está débil la gracia ; pero despues , debiendo ésta haber crecido en nosotros , y debiendo haberse fortificado el espíritu de nuestra vocación , la tibieza es un grave delito. En la milicia de Jesu-Christo no sucede lo que en la de los Príncipes de la tierra ; en esta , despues de cierto tiempo de trabajos y servicios se adquiere derecho para pretender como recompensa el descanso de las fatigas pasadas ; pero en la milicia de Jesu-Christo el que dexa de pelear un solo instante es tenido por desertor ; y el que afloxa despues de algunos años de fervor pierde todo el fruto de su pasada fidelidad.

2. La tentación del disgusto. Los principios de la vida christiana y religiosa siempre están acompañados de ciertos consuelos interiores , que nos suavizan entonces

to-

todos sus exercicios : Entonces todo nos parece fácil ; pero este primer gusto regularmente se pierde , y nuestras inclinaciones , que al principio estaban tan dóciles , se sublevan contra el yugo ; y de esto proviene que desmayemos , y que vayamos arrastrando por el camino de la santidad. Oíd , pues , los siguientes consejos , para que podais precaver una tentación que es tan frecuente en estos religiosos retiros : El primero es , que la raíz de nuestros disgustos en los caminos de Dios se halla regularmente en nuestras infidelidades : Quando empezamos á mezclar mitigaciones con la obligación , entonces es quando las obligaciones empiezan á sernos tristes y penosas : Y así , si alguna vez experimentáis estos disgustos en la santa carrera que vais á empezar , examinaos inmediatamente á vos misma , y ved si hay en vuestro corazón algun secreto principio de infidelidad que infecte vuestros santos exercicios , y que os aparte de Dios : El segundo consejo es , que algunas veces pueden hallarse disgustos aún en la vida mas fervorosa y mas fiel , y que aunque hoy os consagreis á Jesu-Christo , debéis esperar algunos disgustos y amarguras en su servicio. En el principio de la carrera nos mantiene el Señor con algunos consuelos sensibles ; estos sirven de leche con que alimenta nuestra flaqueza , pero según vamos creciendo nos vá tratando como á hombres robustos , y nos sustenta con el pan de la verdad , que es el aliménto de los perfectos , y que también es muchas veces pan de tribulación y de amargura : pero entonces debe servirnos de consuelo que el Señor no nos pide el gusto sino la fidelidad , que la vida religiosa es vida de muerte y de sacrificio , y que este estado de trabajos y tristezas parece el estado mas natural de una alma que ha escogido la Cruz de Jesu-Christo en patrimonio.

3. La tentación del mal exemplo. Este es uno de los mas peligrosos escollos de la vida religiosa. Aunque todavía se conserve en la casa en que vais á entrar aquel

pri-

primer espíritu de zelo, de caridad, y de fidelidad que recibió de las manos de su bienaventurado Fundador, con todo eso, es muy difícil que entre tantas Virgenes fieles y fervorosas, no se halle alguna en quien la fé no se haya entibiado, en quien no se haya debilitado la piedad, y cuyo método de vida no dé algunas muestras de la humana flaqueza: No hay, pues, cosa mas temible que la tentacion de este mal exemplo. Si en ella se vieran unos desórdenes claros y manifiestos, no hallarian en vos mas que el horror y la indignacion que merecen; pero este mal exemplo que se presenta á la vista, disfrazado con un aparente color de inocencia, no nos dexa vér mas que unas tibiezas leves, y casi necesarias á la humana flaqueza: El remedio contra un contagio, que es tan temible aún en este santo lugar, es, 1. decirse uno á sí mismo que Dios permite estos malos exemplos, aún en las Comunidades mas fervorosas, para probar á las almas que le son fieles. 2. Tener siempre presente el exemplo de aquellas piadosas Fundadoras, que fueron las primeras que os franquearon el camino de este fervoroso instituto. 3. Sin ir á buscar exemplos en los tiempos anteriores, no teneis que hacer mas que proponeros el de aquellas fervorosas Virgenes que á vuestra vista caminan con tanta fidelidad por los caminos del Señor: aprended de su método de vida, amad su trato, y buscad su amistad.

II. Parte. *Los consuelos de la vida Religiosa.* Estos consisten en tres utilidades: 1. En ella son menores las tentaciones: 2. Son mayores los auxilios: 3. Los consuelos son mas puros y abundantes.

1. Son menores las tentaciones, porque la malicia é imperio de los tres principales escollos de la inocencia del hombre tienen en ella muy corto influxo: Las riquezas son la primera tentacion de la vida humana, y la pobreza religiosa nos defiende contra esta tentacion, esto es, nos defiende del apego á las riquezas, del mal uso que

que de ellas suele hacerse, y de los cuidados que es preciso emplear, tanto para adquirirlas como para conservarlas: El sacrificio que vais á hacer á Jesu-Christo de vuestro cuerpo, consagrandole á una perpetua continencia, os hace superior á las tentaciones de la carne, que es la segunda tentacion de la vida humana; porque al mismo tiempo que parece que todo el mundo desea naufragar contra este escollo, y se precia de ello, en estos santos asilos todo está inspirando castidad, y todo ayuda á conservar la inocencia: El tercer escollo de la vida humana es el mal uso que hacemos de nuestra libertad; pero el sacrificio que de vuestra voluntad y entendimiento vais á hacer á Jesu-Christo os defiende contra esta tentacion, y os libra de los tropiezos y estorvos que trae consigo. La libertad que tanto ponderan los hombres en el mundo, y á la que miran como á la mayor de todas las felicidades, es no obstante, la raíz de todos los pesares que emponzoñan sus placeres, y la causa de todos los desórdenes de su vida: Al contrario, en la vida religiosa todo está arreglado, y cada momento tiene señalado su particular exercicio; aquí no hay que temer la tentacion de la molestia ó de la ociosidad en que se vive en el mundo; aquí no vivimos entregados á la casualidad, ni á la incierta y peligrosa conducta de nosotros mismos; aquí vivimos bajo la direccion de las reglas, que siempre son seguras y constantes.

2. Aquí son mayores los auxilios: 1. Los auxilios del retiro que os defienden de los peligros de que está lleno el mundo: 2. Los auxilios de los exercicios religiosos que mortifican las pasiones, que arreglan los sentidos, que mantienen el fervor, que aniquilan poco á poco el amor propio, y que perfeccionan todas las virtudes: 3. Los auxilios del buen exemplo. ¿Puede haber mayor consuelo que vivir entre unas Virgenes fieles, que están inspirando el amor á la obligacion, y que nos alientan en nuestra flaqueza? 4. Los auxilios de la cari-

dad, del cuidado, y del esmero de las demás hermanas: ¡Qué consuelo no es el haber de vivir entre unas personas que nos aman, y nada desean tanto como nuestra salvacion, que se compadecen de nuestras desgracias, que sienten nuestras aflicciones, que cuidan de nuestras necesidades, que nos socorren en nuestras flaquezas, &c! 5. Los auxilios de las advertencias y prudentes consejos que nos corrigen sin exasperarnos, que precaven nuestras faltas, ó las remedian inmediatamente que caemos en ellas: 6. Los auxilios de las oraciones y gemidos de las demás hermanas, que piden á Dios por nosotros, y nos alcanzan sus misericordias: 7. Las gracias interiores que el Señor derrama con abundancia en este santo lugar, y que no solamente aligeran su yugo, sino que nos le hacen amable.

3. Los consuelos mas puros y abundantes. Aqui se gusta de aquella paz del corazon que no conoce el mundo, y que él no puede dar; de aquella alegría que nace de una conciencia pura; y de aquel feliz sosiego que goza el alma que está muerta á todas las cosas que inquietan á los hijos de Adán, sin gustar mas que de Dios, sin desear mas que á Dios, y sin apetecer mas que á solo Dios.



### TERCER SERMON

## PARA UNA PROFESION

### Religiosa.

Division. *Tres reflexiones acerca de los tres votos de la Religion, en las que se examina, qué es lo que tienen de comun estos votos con la vida christiana, y qué es lo que añaden á ella.*

I.

I. Reflexion. *Acerca del voto de perpetua castidad.* Este voto induce dos obligaciones; la primera la entera sumision de la carne al espiritu; obligacion que os es comun con todos los demás fieles; la segunda, los medios para conseguir esta sumision, entre los cuales el principal es propio y particular de vuestro estado, y los demás miran igualmente á todos los Christianos.

Primera obligacion, *la entera sumision de la carne al espiritu*, obligacion que os es comun con todos los demás fieles; porque la pureza que en todos pide la santidad de la vocacion christiana no se ciñe á abstenerse de ciertos desordenes infames y vergonzosos, sino que pasa mas adelante. Como el Christiano renunció á la carne en su Bautismo, y de este modo se hizo santo, espiritual, miembro de Jesu-Christo, y Templo del Espiritu Santo, es necesario para cumplir con esta grande obligacion, que se mire como un hombre celestial, y consagrado con la uncion de la Divinidad que habita en él. Desde entonces no solamente todo lo que mancha la carne es sacrilegio para un Christiano, sino que aún los mas licitos placeres, si no busca en ellos mas que la satisfaccion de sus sentidos, manchan y profanan su consagracion: Para llegar, pues, á esta perfecta sumision de la carne al espiritu, os han señalado dos medios los Santos Fundadores: El primero, que es propio del estado religioso, es la entera consagracion de vuestro cuerpo á Jesu-Christo, la que no consiste solamente en renunciar al santo vinculo del matrimonio, porque en una Virgen consagrada á la castidad Religiosa todo debe ser puro y casto: Todo lo que no es santo, eterno y celestial, la mancha, la degrada, y la envilece: Esta es la excelencia de la santa virginidad con que vais á consagraros á Jesu-Christo. Para facilitar la práctica de este primer medio añadieron otro los santos Fundadores, y consiste en los ayunos, las vigiliass, las mortificaciones, y la oracion, porque llegaron á conocer que era imposible conservar

Vv 2

el

dad, del cuidado, y del esmero de las demás hermanas: ¡Qué consuelo no es el haber de vivir entre unas personas que nos aman, y nada desean tanto como nuestra salvacion, que se compadecen de nuestras desgracias, que sienten nuestras aflicciones, que cuidan de nuestras necesidades, que nos socorren en nuestras flaquezas, &c! 5. Los auxilios de las advertencias y prudentes consejos que nos corrigen sin exasperarnos, que precaven nuestras faltas, ó las remedian inmediatamente que caemos en ellas: 6. Los auxilios de las oraciones y gemidos de las demás hermanas, que piden á Dios por nosotros, y nos alcanzan sus misericordias: 7. Las gracias interiores que el Señor derrama con abundancia en este santo lugar, y que no solamente aligeran su yugo, sino que nos le hacen amable.

3. Los consuelos mas puros y abundantes. Aqui se gusta de aquella paz del corazon que no conoce el mundo, y que él no puede dar; de aquella alegría que nace de una conciencia pura; y de aquel feliz sosiego que goza el alma que está muerta á todas las cosas que inquietan á los hijos de Adan, sin gustar mas que de Dios, sin desear mas que á Dios, y sin apetecer mas que á solo Dios.



### TERCER SERMON

## PARA UNA PROFESION

### Religiosa.

Division. *Tres reflexiones acerca de los tres votos de la Religion, en las que se examina, qué es lo que tienen de comun estos votos con la vida christiana, y qué es lo que añaden á ella.*

I.

I. Reflexion. *Acerca del voto de perpetua castidad.* Este voto induce dos obligaciones; la primera la entera sumision de la carne al espiritu; obligacion que os es comun con todos los demás fieles; la segunda, los medios para conseguir esta sumision, entre los cuales el principal es propio y particular de vuestro estado, y los demás miran igualmente á todos los Christianos.

Primera obligacion, *la entera sumision de la carne al espiritu*, obligacion que os es comun con todos los demás fieles; porque la pureza que en todos pide la santidad de la vocacion christiana no se ciñe á abstenerse de ciertos desordenes infames y vergonzosos, sino que pasa mas adelante. Como el Christiano renunció á la carne en su Bautismo, y de este modo se hizo santo, espiritual, miembro de Jesu-Christo, y Templo del Espiritu Santo, es necesario para cumplir con esta grande obligacion, que se mire como un hombre celestial, y consagrado con la uncion de la Divinidad que habita en él. Desde entonces no solamente todo lo que mancha la carne es sacrilegio para un Christiano, sino que aún los mas licitos placeres, si no busca en ellos mas que la satisfaccion de sus sentidos, manchan y profanan su consagracion: Para llegar, pues, á esta perfecta sumision de la carne al espiritu, os han señalado dos medios los Santos Fundadores: El primero, que es propio del estado religioso, es la entera consagracion de vuestro cuerpo á Jesu-Christo, la que no consiste solamente en renunciar al santo vinculo del matrimonio, porque en una Virgen consagrada á la castidad Religiosa todo debe ser puro y casto: Todo lo que no es santo, eterno y celestial, la mancha, la degrada, y la envilece: Esta es la excelencia de la santa virginidad con que vais á consagraros á Jesu-Christo. Para facilitar la práctica de este primer medio añadieron otro los santos Fundadores, y consiste en los ayunos, las vigiliias, las mortificaciones, y la oracion, porque llegaron á conocer que era imposible conservar

Vv 2

el

el cuerpo puro para el Señor, si no se reprimian sus fuerzas con la mortificacion, y si la oracion no purificaba sus deseos.

En esto excede vuestro estado al de aquellas personas que viven en el mundo; ellas están obligadas, como vos, á conservar su cuerpo puro al Señor, y á reprimir todos aquellos deseos que pudieran manchar su alma; pero para conseguir esto están obligadas como vos, y aún mas que vos, á mortificarse continuamente, á velar, á no cesar de orar, y á gemir para llamar al Señor en socorro de su flaqueza: Pero estas obligaciones, que son tan esenciales á esta virtud, y que á vos os conservan pura y sin mancha, son como impracticables en el mundo; la oracion, aún para los que viven en él con mas arreglo, es como un tiempo molesto y enfadoso, que dedican por la mañana y por la noche á este ejercicio santo; la mortificacion no es menos desconocida, ni menos practicada que la oracion: Y á la verdad, ¿qué mortificacion ha de haber en un mundo, en donde todo está alhagando á los sentidos? Pero en estos santos retiros la oracion y la mortificacion son las ocupaciones mas necesarias de vuestro estado; mas trabajo os costaría abandonarlas, que el que os cuesta dedicaros á ellas con una constante fidelidad; aqui todo está convidando á la oracion, porque todo está inspirando recogimiento; aqui todo se ordena á la mortificacion; las santas costumbres establecidas, los ejercicios religiosos, la austeridad de la vida comun, &c. Y así, en este particular solamente se distinguen de vos las personas del mundo, en que teniendo que cumplir con las mismas obligaciones, no tienen tanta facilidad para desempeñarlas.

II. Reflexion. *Acerca del voto de la pobreza.* Como nosotros casi no podemos gozar de los beneficios del Autor de la naturaleza sin abusar de ellos, los santos Fundadores tuvieron por mas seguro y mas facil el despo-

jar-

jarse de todo absolutamente, que el contenerse dentro de los límites de un uso santo y legitimo: Este voto de la pobreza religiosa encierra en sí tres obligaciones esenciales. 1. Un despego de corazon de todas las cosas de la tierra: 2. Una privacion actual de todo lo superfluo: 3. Una absoluta sumision y dependencia de los superiores, aún en el uso de las cosas mas necesarias.

La primera obligacion que consiste en el despego de corazon de todas las cosas de la tierra, es una obligacion que os es comun con todos los demás fieles, pues es efecto del segundo voto de vuestro Bautismo, por el qual renunciasteis al mundo y á sus pompas; todo Christiano debe vivir desprendido de quanto le rodea en la tierra, porque todo Christiano debe mirarse como extranjero en ella; pero en el mundo no hay cosa mas rara que este despego de corazon, pues vivimos en él como si solamente hubieramos sido criados para estas cosas que vemos, y como si la tierra hubiera de ser nuestra eterna patria: El oprobrio de Jesu-Christo que hoy abrazais, os debe parecer mas apreciable que todas las coronas de la tierra; este desasimiento tan indispensable para la salvacion, y tan dificil en el mundo, es como natural en la religion, porque el que está privado de todo, facilmente se desprende de todo; el que nada posee en la tierra, facilmente se desprende de ella; y es muy facil que sea pobre de corazon el que lo es en la realidad.

La segunda obligacion de la pobreza religiosa es el actual desasimiento de todas las cosas superfluas, esto es, de todo lo que en el mundo se llama conveniencia y comodidad de la vida: Esta obligacion es indispensable á todos los fieles, pues es tambien efecto de los votos del Bautismo: Las criaturas no deben servir para fomentar los vanos placeres del Christiano, pues todos se los prohíbe el Evangelio, y él mismo los renunció en el Bautismo: Aún mas: Como pecadores hemos perdido el

el

el derecho de usar de las criaturas, y de poder hacer que sirvan á nuestras necesidades; y el uso de ellas que Dios nos concede, es una pura gracia: Segun estas reglas fundamentales de la fé, debemos vivir pobres aún en medio de la opulencia, y apartar de nosotros todo lo que se ordena á alhagar los sentidos, y lo que puede servir de estímulo á las pasiones: La distinción que hay entre vos y las personas del mundo en este particular es, que aquellas aunque no hayan renunciado á sus grandes riquezas, con todo eso no las pueden hacer servir á sus placeres; en que aunque puedan gozar de todas las comodidades, tienen obligacion á abstenerse de ellas; en una palabra, en que aunque tienen mas estorvos que vencer que vos, no por eso tienen mas privilegios: Es verdad que una Esposa de Jesu-Christo que añade á esta obligacion comun una promesa particular de vivir en la pobreza religiosa, debe abstenerse con mas rigor aún de las mas leves superfluidades, y que no solamente debe evitar las profusiones de la vanidad, sino que debe añadir las privaciones de una humilde pobreza: Pero bien veis que esta obligacion que os añade vuestro voto á la que tienen las personas del mundo, mas es facilidad para cumplir con el voto de vuestro Bautismo, que nuevo rigor que añadais á él.

La tercera obligacion de esta pobreza religiosa es la entera sumision y dependencia de la voluntad de vuestros superiores en el uso aún de las cosas mas necesarias; esto es, deis mirar los bienes que se os permiten como si no fueran vuestros, y usar de ellos solamente según el orden y voluntad de los que os gobiernan, sin conservar para vos mas que el santo consuelo de estar libre y despojada de todo: Y no os parezca que en esto es mas dura vuestra condicion que la de las personas del mundo: Es verdad que la fé no los pide que dependan de los hombres en el uso de sus bienes, pero este uso siempre debe arreglarse por las máximas de la fé: Dependen de Dios, que

que á cada instante puede privarlos de estos bienes; y así siempre deben mirarse como esclavos, á quienes el Señor puede pedir los bienes que los ha entregado, sin que ellos puedan replicar; deben usar de ellos como que se les pueden quitar en el instante siguiente; deben poseerlos como si no los poseyeran: En una palabra, deben pensar que el único derecho que tienen es el poderlos emplear en utilidad y gloria del Soberano Señor que los ha entregado la administracion: La pobreza religiosa no minora vuestros derechos á los bienes y placeres de la tierra, porque el Christiano ningun derecho tiene á ellos; minora solamente vuestros estorvos y vuestras inquietudes, y en vez de imponeros un nuevo yugo, os pone en una perfecta libertad.

III. Reflexion. *Acerca del voto de la obediencia.* El mundo que no conoce la virtud de la fé, ni el espíritu de la vida christiana, mira este voto como un yugo pesado é insufrible para la razon; es verdad que á primera vista parece cosa triste y molesta para la naturaleza el haber de estar continuamente sacrificando nuestro propio talento, al talento, y muchas veces al capricho de los que nos gobiernan: Este estado parece que altera las mas razonables inclinaciones de la naturaleza, y que quita á los hombres el unico consuelo que suelen hallar en sus desgracias, esto es, la independenciam y libertad de disponer de sus acciones y de sí mismos: Pero este es un estilo de que se precia el mundo, porque en él es imposible hallar un estado de entera independenciam: La vida del mundo no es mas que una perpetua servidumbre, y lo mas terrible para las personas que en él viven es, que sus abatimientos, en los que consisten sus desgracias, suelen ser tambien sus mayores delitos; y el descender con otro muchas veces es penoso y culpable; pero en estos santos asilos no cuesta tanto trabajo al corazon, porque tenemos la seguridad de que solamente sacrificamos nuestra voluntad á la de Dios, de la que los

los superiores no son mas que interpretes, y por este medio siempre estamos adquiriendo nuevo merito.

Por otra parte; aún quando pudierais lisongearos de que habiaís hallado en el mundo un estado de independencia y de entera libertad, no por eso os sería permitido seguir ciegamente vuestros gustos y antojos. Todo Christiano tiene una regla entera y superior; á la que siempre debe consultar en cada accion, y consiguientemente en nada de quanto hace le es permitido el intentar solamente su propia satisfaccion, porque si esto fuera así querria ocupar el lugar de Dios, que es el Autor de todo el orden que se debe seguir. ¿Pues qué es lo que hace la obediencia religiosa? Manifestarnos por el organo de nuestros Superiores aquella regla eterna que nosotros tendriamos obligacion de consultar siempre en todas nuestras acciones; en una palabra, nos descarga de nosotros mismos, por decirlo así, para ponernos en manos de Dios, y bajo su conducta; y así las personas del mundo solamente se tienen por mas libres, porque no conocen los principios de la religion, y las obligaciones de la vida Christiana; nos ponderan tanto su libertad é independencia, porque ignoran que no las es mas permitido usar de ella segun su genio ó su antojo, que al Solitario que la depositó en manos de sus Superiores.



SERMON CUARTO  
PARA UNA PROFESION  
Religiosa.

Proposicion. *Las circunstancias de la alianza que una Virgen Christiana contrae con Jesu-Christo, abrazan-*

*zando el estado religioso, prueban que entre todos los medios para conseguir la salvacion, no hay otro mas seguro, ni que sea de mas consuelo para ella.*

I. Reflexion. Primera circunstancia de esta alianza: *Una alianza de justicia. Sponsabo te in justitia.* Es decir, que era muy justo que dieseis á Dios esta señal de vuestro amor, y que no cumpliera con menos el agradecimiento que le debeis; porque la medida de lo que debemos á Dios es la de lo que hemos recibido de su Magestad: quanto mas él se nos comunica, mas suyos quiere que seamos: acordaos, pues, de todas las gracias con que hasta ahora os ha favorecido, de los deseos de salvacion que os ha inspirado en vuestra juventud, de los peligros de que os ha librado, de los obstáculos que os ha hecho vencer, los que parecia os hacian imposible el paso que hoy vais á dar: acordaos, en una palabra, de las grandes misericordias que el Señor ha usado con vos en estos días que han precedido á este dia feliz, quando cansada, al parecer, de defenderos vos sola contra la guerra que os hacia el mundo, la naturaleza, y vuestro propio corazon, y que estabais para ceder y rendiros, ¿qué pasaba en lo interior de vuestra alma? ¿Qué secreta voz era aquella, que os hablaba en lo íntimo de vuestro corazon? ¿No era el mismo divino Esposo que os advertia interiormente, que no dieseis oidos á los discursos del mundo y á sus instancias? ¿No os decia que el mundo está lleno de infelices, y que si en él se halla algun consuelo, es solamente para aquellas almas que son fieles á su Dios? ¿No conociaís entonces que se afirmaba vuestra fé, que se avivaba vuestra tibieza, que se fixaban vuestras irresoluciones, que se disipaban vuestras tinieblas, y que sucedia la serenidad á la borrasca? Estas son las misericordias que el Señor ha practicado con vuestra alma: mirad si se porta del mismo modo con otras muchas que se dexan arrebatadas de la corriente; apenas se digna de disputar sus corazones al mundo que los posee. ¿Qué habeis hecho vos

los superiores no son mas que interpretes, y por este medio siempre estamos adquiriendo nuevo merito.

Por otra parte; aún quando pudierais lisongearos de que habiais hallado en el mundo un estado de independencia y de entera libertad, no por eso os sería permitido seguir ciegamente vuestros gustos y antojos. Todo Christiano tiene una regla entera y superior; á la que siempre debe consultar en cada accion, y consiguientemente en nada de quanto hace le es permitido el intentar solamente su propia satisfaccion, porque si esto fuera así querria ocupar el lugar de Dios, que es el Autor de todo el orden que se debe seguir. ¿Pues qué es lo que hace la obediencia religiosa? Manifestarnos por el organo de nuestros Superiores aquella regla eterna que nosotros tendríamos obligacion de consultar siempre en todas nuestras acciones; en una palabra, nos descarga de nosotros mismos, por decirlo así, para ponernos en manos de Dios, y bajo su conducta; y así las personas del mundo solamente se tienen por mas libres, porque no conocen los principios de la religion, y las obligaciones de la vida Christiana; nos ponderan tanto su libertad é independencia, porque ignoran que no las es mas permitido usar de ella segun su genio ó su antojo, que al Solitario que la depositó en manos de sus Superiores.



SERMON CUARTO  
PARA UNA PROFESION  
Religiosa.

Proposicion. *Las circunstancias de la alianza que una Virgen Christiana contrae con Jesu-Christo, abrazan-*

*zando el estado religioso, prueban que entre todos los medios para conseguir la salvacion, no hay otro mas seguro, ni que sea de mas consuelo para ella.*

I. Reflexion. Primera circunstancia de esta alianza: *Una alianza de justicia. Sponsabo te in justitia.* Es decir, que era muy justo que dieseis á Dios esta señal de vuestro amor, y que no cumpliera con menos el agradecimiento que le debeis; porque la medida de lo que debemos á Dios es la de lo que hemos recibido de su Magestad: quanto mas él se nos comunica, mas suyos quiere que seamos: acordaos, pues, de todas las gracias con que hasta ahora os ha favorecido, de los deseos de salvacion que os ha inspirado en vuestra juventud, de los peligros de que os ha librado, de los obstáculos que os ha hecho vencer, los que parecia os hacian imposible el paso que hoy vais á dar: acordaos, en una palabra, de las grandes misericordias que el Señor ha usado con vos en estos días que han precedido á este dia feliz, quando cansada, al parecer, de defenderos vos sola contra la guerra que os hacía el mundo, la naturaleza, y vuestro propio corazon, y que estabais para ceder y rendiros, ¿qué pasaba en lo interior de vuestra alma? ¿Qué secreta voz era aquella, que os hablaba en lo íntimo de vuestro corazon? ¿No era el mismo divino Esposo que os advertia interiormente, que no dieseis oidos á los discursos del mundo y á sus instancias? ¿No os decia que el mundo está lleno de infelices, y que si en él se halla algun consuelo, es solamente para aquellas almas que son fieles á su Dios? ¿No conociais entonces que se afirmaba vuestra fé, que se avivaba vuestra tibieza, que se fixaban vuestras irresoluciones, que se disipaban vuestras tinieblas, y que sucedia la serenidad á la borrasca? Estas son las misericordias que el Señor ha practicado con vuestra alma: mirad si se porta del mismo modo con otras muchas que se dexan arrebatadas de la corriente; apenas se digna de disputar sus corazones al mundo que los posee. ¿Qué habeis hecho vos

para que os mire con tanto cuidado y distinción? ¿Qué hubiera sido de vos si el Señor hubiera ceñido todas las operaciones de su gracia para con vuestra alma á aquellos imperfectos deseos de que está lleno el mundo, á aquellas reflexiones estériles acerca del abuso de los placeres, de la fortuna, y de todas las cosas presentes que á nadie convierten? El Señor pudo haberlo hecho así, y vos nada teniais á su vista que os distinguiese de otros muchos á quienes trata de este modo: con todo eso, os llenó de sus bendiciones; quanto mayores esfuerzos ha hecho el mundo para engañaros, mas ha cuidado el Señor de protegeros; hoy, entregandoos á su Magestad, nõ haceis mas que ofrecerle su propia obra, y la santa alianza que hoy haceis con él es una alianza de agradecimiento y de justicia. *Sponsabo te in iustitia.*

*II. Reflexion.* La segunda circunstancia de esta alianza es ser una *alianza de juicio, y de prudencia. Sponsabo te in iudicio.* Contemplad qué es lo que vais á sacrificar á Jesu-Christo, y cuál es el premio que el Señor os dispone: Por una parte le sacrificais un humo que se desvanece en un instante, unos placeres que duran poco, y que han de ser castigados eternamente; en una palabra, le sacrificais el mundo con sus disgustos, sus remordimientos, sus peligros, &c. y finalmente, una muerte acompañada las mas veces de un arrepentimiento inútil, de una calma funesta, y que siempre es terrible para la salvacion. Pero por otra parte, ¿qué os dispone Jesu-Christo en recompensa de este sacrificio? La inocencia y la paz del corazon que el mundo no conoce, la alegría de una buena conciencia, en la que hallamos el alivio de todas nuestras penas, remedios para nuestras flaquezas, fortaleza para nuestra inconstancia, atractivo para nuestras obligaciones, una vida tranquila, llena de buenas obras; y finalmente una muerte semejante á la de los justos, y llena de consuelo. Ahora que estais para dealararos al pie del altar, ¿no conoceis mejor que nunca la pruden-

dencia de vuestra eleccion? Exâminad por último, y ved si el mundo, con quantas pompas podia prometeros, puede compararse con la inocencia y seguridad del santo asilo á que os llama Jesu-Christo, no obstante los trabajos y amarguras que habeis de hallar en su servicio: La alianza, pues, que hoy vais á contraer con este divino Esposo es una alianza de juicio, y de prudencia. *Sponsabo te in iudicio.*

*III. Reflexion.* La tercera circunstancia de esta alianza, es ser una *alianza de misericordia. Sponsabo te in misericordia:* Es decir, que Jesu-Christo no rapara en lo poco que le ofreceis, y que os dá mas de lo que recibe de vos. Porque, por último, quiero concederos que sea mucho lo que le dais; pero aún quando pusierais á los pies de Jesu-Christo, no solamente vuestra nobleza, vuestros talentos, y vuestras esperanzas, sino tambien todos los Cetros y Coronas del mundo, ¿no sería suficiente recompensa el poder ser la última de su casa? Y así quanto mas le sacrificais, mas le debeis: quantos mayores atractivos ha hallado en vos el mundo, mas expuesta estabais á perderos, y mas gracia habeis necesitado para disgustaros del mundo, y confirmaros sólidamente en la verdad; esta es una alianza toda de misericordia para vos; preveía Dios que con la medida de gracia que os destinaba os perderiais en el mundo, y como os ha amado con un amor eterno, os ha llamado para sí con una abundante misericordia, aún antes que os entregaseis á los impulsos de vuestras pasiones.

*IV. Reflexion.* La quarta circunstancia de esta alianza es, una *fielidad inviolable en corresponder á las misericordias del celestial Esposo. Sponsabo te in fide.* Y á la verdad, que en tanto sereis feliz en el estado que abrazaís, en quanto permanezcaís fiel en él: Este es el unico consuelo que debeis prometeros en la exâcta práctica de vuestras obligaciones: de aquí en adelante, el mismo mundo os impondrá por ley que le aborrezcaís, el mis-

mismo mundo insulta la inconstancia de los que despues de haberle abandonado le vuelven á mirar con complacencia. Por otra parte, ¡qué amarguras no experimenta una Virgen infiel que se dexa engañar del mundo al ver encerradas para siempre en el santo retiro sus inclinaciones mundanas! ¡Ah! A todas partes la acompañan sus disgustos é inquietudes, y no hay en la tierra estado mas infeliz que el suyo: además de que no hay cosa que se pueda comparar con los consuelos que Jesu-Christo prepara á vuestra fidelidad: si alguna vez volveis á mirar al mundo, sea con ojos de compasion y de dolor, para renovar continuamente al pie del altar vuestro sacrificio; dareis gracias á Jesu-Christo con unas expresiones llenas de amor y de alegria por haberos conducido al puerto, y por haberos sacado de un lugar, en donde las apariencias son tan engañosas, los pesares tan verdaderos, los placeres tan tristes, y la pérdida de la salvacion inevitable.

*FIN DE LOS ANALISIS,  
y del tomo octavo.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







OTEC